

Los rojos Redmayne

Eden
Phillpotts



Selecciones del Séptimo Círculo

de

Marc Brendon, joven cuya ascendente carrera en Scotland Yard le ha reportado cierta notoriedad, pasa sus vacaciones en Dartmoor dedicado a la pesca de la trucha, cuando un terrible suceso sacude la tranquilidad del condado: un hombre ha desaparecido en lo que se perfila como un caso de asesinato, y con él, el principal sospechoso.

La esposa de la supuesta víctima aprovecha la estancia de Brendon para pedirle ayuda, y así, sometido por el arrollador encanto de la mujer, se ve envuelto en una sorprendente intriga.



Eden Phillpotts

Los rojos Redmayne

Selecciones Séptimo Círculo - 43

ePub r1.4

Titivillus 10.12.16

Título original: *The Red Redmaynes*
Eden Phillpotts, 1922
Selecciones del Séptimo Círculo nº 43
Colección creada por Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares
Dirigida por Carlos V. Frías

Editor digital: Titivillus
Retoque de cubierta: orhi
Corrección de erratas: jcmi (r1.3, varias erratas)
ePub base r1.2



PRÓLOGO

Eden Phillpotts ha dicho: «Según los indiscretos catálogos del Museo Británico, soy autor de ciento cuarenta y nueve libros. Estoy arrepentido, resignado y maravillado.»

Eden Phillpotts, «el más inglés de los escritores ingleses», era de evidente origen hebreo y nació en la India. Sin negar a su estirpe, no fue nunca un judío profesional, a la manera de Israel Zangwill. A los cinco años, hacia 1867, su padre, el capitán Henry Phillpotts, lo envió a Inglaterra. A los catorce atravesó por primera vez el páramo de Dartmoor, que es una pampa nebulosa y sedienta en el centro de Devonshire. (Misterios del proceso poético: esa caminata de 1876 —ocho rendidas leguas— determinó casi toda su obra ulterior, cuyo primer volumen, *Hijos de la neblina*, data de 1897.) A los diez y ocho años fue a Londres. Tenía la esperanza y la voluntad de ser un gran actor. El público logró disuadirlo. De 1880 a 1891 trabajó ingratamente en una oficina. De noche redactaba, releía, tachaba, amplificaba, reponía, arrojaba al fuego. En 1892 se casó.

La fama —sería una exageración hablar de la gloria— ha sido muy considerada con Eden Phillpotts. Phillpotts era un hombre apacible que no fatigaba el atareado Atlántico para asestar un ciclo de conferencias, que sabía discutir con el jardinero el destino de los alhelíes y de los jacintos y a quien aguardaban taciturnos lectores en Aberdeen, en Auckland, en Vancouver, en Simla y en Bombay. Esos lectores taciturnos e ingleses que alguna vez escriben para confirmar un rasgo verídico en una descripción del otoño o para deplorar —seriamente— el trágico final de la fábula. Esos lectores que de todas partes del mundo enviaban semillas minuciosas para el jardín inglés de Eden Phillpotts.

A tres categorías suelen corresponder sus novelas. La primera, sin duda la más importante, la integran las novelas de Dartmoor. De estas obras de tipo regional básteme citar *El jurado*, *Hijos de la mañana*, *Hijos de hombres*. La segunda, las novelas históricas: *Evandro*, *Los tesoros de Tifón*, *El dragón heliotropo*, *Amigos de la luna*. La tercera, las novelas policiales: *El señor Digweed y el señor Lumb*, *Médico, cúrate a ti mismo*, *La pieza gris*. La economía y severidad de estas últimas es admirable. Juzgo que la mejor es *The Red Redmaynes*. Otra, *Bred in the Bone* («Lo tiene en la sangre») empieza como relato policial y se ahonda después en historia trágica. Esa indiferencia (o pudor) es típica de Phillpotts.

Es asimismo autor de comedias —alguna redactada en colaboración con su hija, otras con Arnold Bennett— y de libros de versos: *Cien y un sonetos*, *Una fuente de manzanas*.

Me ha tocado en suerte el examen, no siempre laborioso, de centenares de novelas policiales. Quizá ninguna me ha intrigado tanto como *The Red Redmaynes*, libro cuyo argumento repetiría con las variaciones del caso Nicholas Blake en *There's Trouble*

Brewing. En otras ficciones de Phillipotts la solución es evidente desde el principio; ello no importa, dado el encanto de la historia. No así en este volumen que sumirá al lector en la más grata de las perplejidades.

Jorge Luis Borges



El rumor

Alguien ha dicho que todo hombre tiene el derecho de ser vanidoso mientras no adquiere celebridad; y Marc Brendon, tal vez inconscientemente, compartía este parecer.

Sin embargo, su propia estimación no era visible, aun cuando sostenía que únicamente los hombres mediocres son tímidos y modestos. A los treinta y cinco años desempeñaba un alto cargo en el Departamento de Investigaciones Criminales de la policía. Pronto lo nombrarían inspector, ascenso bien ganado gracias a sus dotes intuitivas y de imaginación, que sumadas a las imprescindibles condiciones de valor, ingenio y laboriosidad, le habían proporcionado el sólido prestigio de que gozaba.

Su hoja de servicios era excelente y, durante la guerra de 1914, ciertos éxitos en el campo internacional habían favorecido su carrera. Estaba convencido de que pasados diez años se retiraría de su empleo oficial y abriría la agencia privada que siempre había ambicionado.

Por entonces Marc se hallaba de vacaciones en Dartmoor dedicado a la pesca de la trucha, su pasatiempo preferido; al mismo tiempo aprovechaba la oportunidad que le brindaba el descanso para examinar su vida en una visión de conjunto, sopesar sus éxitos y reflexionar imparcialmente sobre el futuro, tanto en su calidad de detective como en la de hombre.

Se hallaba en una encrucijada, o mejor dicho, en un punto en que nuevos intereses y proyectos entrarían tal vez en juego en el escenario de su vida, dedicada hasta aquel momento a un solo espectáculo. Había vivido únicamente para su trabajo. Desde la guerra, absorbido de nuevo por las rutinarias tareas de los casos de misterio, duda y crimen, no había hecho más que resolver estos enigmas, sin otro interés que su sombría ocupación. Había sido una máquina tan carente de vida interior, aspiraciones espirituales y designios propios como un par de esposas.

Su constancia y aplicación habían tenido recompensa parcial. Se hallaba, por fin, en situación de ampliar sus miras, de considerar aspectos más elevados de la existencia y de decidirse a ser, además de una máquina, un hombre.

Tenía ahorradas cinco mil libras procedentes de subvenciones especiales otorgadas durante la guerra y de los espléndidos honorarios ganados al servicio del gobierno francés. Recibía además un buen sueldo y abrigaba la certeza de ser ascendido en fecha no muy lejana, cuando alguno de los empleados más viejos se retirara. Demasiado inteligente para creer que su trabajo le brindaría todo lo que ofrece la vida, Marc orientaba ahora sus pensamientos hacia la cultura y las satisfacciones humanas y hacia el interés y la responsabilidad que una esposa y una

familia añadirían a su existencia.

Conocía a muy pocas mujeres y ninguna le había inspirado cariño. En realidad, al cumplir los veinticinco años se había dicho que convenía no incluir el matrimonio en sus proyectos, puesto que su profesión ponía la vida en constante peligro; además, considerando la naturaleza de su trabajo, no era razonable complicarlo compartiéndolo con una mujer. El amor —había reflexionado— podía disminuir su poder de concentración, entorpecer sus extraordinarias facultades policíacas e introducir tal vez un elemento de cálculo y cobardía cuando se encontrara en trances decisivos de su carrera y, por ende, reducir sus posibilidades y comprometer sus éxitos futuros.

Pero ahora, diez años más tarde, pensaba de otra manera: deseaba experimentar nuevas emociones, estaba dispuesto a cortejar a la mujer adecuada, si se presentaba, y a casarse con ella. Soñaba con una compañera instruida que le transmitiese la ilustración que le faltaba.

Por lo general, una persona en estado de ánimo tan acogedor no tarda en recibir la necesaria respuesta; pero Brendon, chapado a la antigua, no se sentía atraído en absoluto por la mujer de postguerra. Reconocía sus excelentes cualidades y la excepcional inteligencia que frecuentemente demostraba, pero su ideal femenino pertenecía a un tipo distinto y anterior: al de su madre, quien después de enviudar y hasta su muerte, había seguido ocupándose del hogar. Ella —reposada, comprensiva, leal— era su ideal femenino; ella, que olvidaba sus intereses por los de su hijo, concentrándose más en la vida de éste que en la propia y extrayendo de los progresos y triunfos de ese hijo la sal de su existencia.

En realidad, Marc deseaba hallar a alguien que se sintiera feliz de unirse con él sin tratar de imponerle su personalidad ni de establecer un ambiente de independencia. Tenía suficiente inteligencia para comprender que el punto de vista de una madre es muy distinto de la propia mujer, por intenso que sea el cariño de ésta. Recordando los matrimonios que conocía, le parecía difícil encontrar en el mundo de postguerra a la mujer que buscaba; no obstante, conservaba la esperanza de que existiesen aún mujeres a la antigua y se preguntaba dónde hallaría a tan inapreciable compañera.

Estaba cansadísimo después de un año de abrumadoras tareas; y, como siempre que se le ofrecía la oportunidad, había ido a Dartmoor a fin de reponer su salud y descansar. Era la tercera vez que se alojaba en el Hotel del Ducado, en Princetown, y pensaba reanudar allí viejas amistades; además se divertiría pescando truchas, durante los largos días de junio y julio, en los ríos de la región.

Disfrutaba con el interés que despertaba entre los demás pescadores y, aunque siempre iba solo a sus expediciones de pesca, solía reunirse con los otros, después de la comida, en el salón de fumar. Como era conversador ameno, nunca le faltaba público. Sin embargo, le agradaba más charlar (algunas veces hasta durante una hora) con los guardias del presidio; porque el penal que domina ese tiznón denominado Princetown, situado en el corazón de las ciénagas, encerraba a muchos interesantes y

famosos delincuentes, algunos de los cuales habían sido «retirados de la circulación» por Brendon y cumplían, gracias a la laboriosidad y audacia del detective, sus respectivas condenas a trabajos forzados.

Entre el personal de la cárcel había hombres inteligentes y de gran experiencia que podían contar a Brendon muchas cosas relacionadas con su trabajo. La psicología del crimen atraía intensamente a Marc y muchos incidentes extraños o frases oscuras de presidiarios, relatados sin comentarios por los testigos presenciales, debían de tener, en opinión del detective, una explicación.

Había descubierto un lugar ignorado, morada de algunas hermosas truchas, y una tarde de mediados de junio se puso en marcha hacia él para desafiarlas. Era una cantera abandonada donde existían varias charcas profundas, alimentadas por un arroyuelo, que contenían peces de mayor tamaño que los pescados diariamente en los ríos Dart y Meavy, Blackbrook y Walkham.

Por dos caminos se podía llegar hasta la cantera de Foggintor, donde se hallaban esas charcas. Entre el seno granítico del páramo, abierto para obtener la piedra con que se construyó antaño la antigua prisión de guerra de Princetown, se extendía un camino hacia aquel lugar abandonado y ochocientos metros más allá se unía con la carretera principal. Varias casitas —viviendas ocupadas por picapedreros— se levantaban sobre este camino cubierto de hierbas; pero la enorme excavación se hallaba abandonada hacía tiempo y, pese a que la naturaleza la había embellecido, convirtiéndola en un lugar maravilloso, era poco apreciada y sólo servía de refugio a diversos animales en libertad.

Pero Brendon se dirigió hacia la cantera por un sendero directo que atravesaba el páramo. Dejando a su izquierda la estación ferroviaria de Princetown, se encaminó hacia el Oeste, donde la oscura desolación se erguía frente a él bajo el cielo encendido. Se ponía el sol y un radiante crepúsculo dorado, salpicado de tonos lilas y carmesíes, iluminaba la tierra lejana; aquí y allí la luz se reflejaba en los cristales de cuarzo de los graníticos cantos rodados y centelleaba en el sereno atardecer de los campos.

Recortada contra el resplandor del poniente, apareció una figura que llevaba una cesta al brazo. Marc Brendon, con el pensamiento fijo en la hora de la tarde en que las truchas suben a la superficie, irguió la cabeza al oír un rumor de leves pisadas. En ese instante pasó junto a él la mujer más hermosa que había visto en su vida y esa inesperada belleza lo sobresaltó e hizo que su imaginación echara a volar. Parecía que del árido desierto hubiese brotado una flor exótica o que la luz crepuscular, que ahora se apagaba en los helechos y en las piedras, se hubiera concentrado en una llamarada para encarnarse en aquella bellísima mujer. Era delgada y de estatura mediana. No llevaba sombrero y sus cabellos de tono cobrizo, levantados sobre la frente, parecían atraer los cálidos rayos de la puesta del sol y brillaban como una aureola alrededor de su cabeza. El color de esos cabellos era deslumbrante; poseía las tonalidades raras y perfectas con que el otoño engalana las hayas y los helechos. Y la joven tenía ojos

azules, azules como la nomeolvides. El tamaño de esos ojos impresionó a Brendon.

Había conocido a una sola mujer de ojos realmente grandes, y era una criminal. Pero los ojos brillantes de esta desconocida parecían achicar su rostro. Aunque su boca no era pequeña, sus labios llenos estaban delicadamente dibujados. Su andar era rápido y la ligera falda de color gris perla y la blusa de seda rosada realzaban su figura: las redondeadas caderas y el pecho firme y juvenil. Andaba ágilmente, como una imagen fugaz de alegría y belleza, cuyos leves piececillos no tocaran el suelo.

Durante un segundo los ojos de la muchacha se encontraron con los de Brendon; su mirada era franca y confiada, pero no se detuvo. Brendon esperó medio minuto y se volvió para contemplarla de nuevo. Oyó que cantaba con la alegría despreocupada de la juventud y retuvo en el oído unas cuantas notas claras y jubilosas, semejantes a las de un pájaro. Luego, andando siempre con rapidez, la mujer se alejó hasta convertirse en un punto brillante en medio del páramo, descendió repentinamente por una de las ondulaciones del terreno y desapareció. Parecía hija del matorral y del suelo salvaje y era difícil imaginársela encerrada en vivienda alguna.

Como suele ocurrir cuando la sensibilidad se enfrenta con una belleza inesperada, la visión tornó pensativo a Marc. Sintió que despertaba en él una viva curiosidad por saber quién era aquella muchacha. Supuso que estaría allí de paso y que tal vez formara parte de un grupo de turistas que había ido a visitar la región. Presumió que tendría novio. Una criatura tan exquisita no podía haber escapado al amor. Era evidente que esta pasión y un estado de ánimo feliz se reflejaban en sus ojos y en su canción. Se preguntó cuál sería su edad, y calculó que no podía tener más de dieciocho años. Y por asociación de ideas, pensó en su propia apariencia. Tendemos a ser en extremo indulgentes cuando se trata de nuestro físico; pero Brendon vivía demasiado en contacto con las duras realidades de la vida para engañarse a sí mismo, en ésta o en cualquier otra materia. Era bien proporcionado, ágil y delgado para su edad y poseía gran vigor físico; pero sus cabellos tenían un feo color pajizo y su rostro, afeitado y pálido, no se salía de lo común, salvo por determinados indicios de rectitud, carácter y voluntad. Era un rostro muy adecuado para su profesión porque resultaba fácil desfigurarlo, pero no un rostro que pudiera encantar o interesar a una mujer; Marc lo sabía demasiado bien.

Avanzando a grandes pasos, el detective llegó a un enorme cráter situado en la ladera de la desolada cantera de Foggintor. A los pies de Brendon se abría una cavidad cuyas paredes tenían sesenta metros. En algunas partes sus picos y precipicios trazaban rústicos y gigantescos escalones, formando, en otras, escarpadas y brucas superficies de granito donde únicamente la maleza y los renuevos del serbal y del espino hallaban asidero. En el fondo se mezclaban desordenadamente las piedras y los helechos y las escrofularias crecían sobre los montones de escombros donde se escondían alimañas de toda clase. El agua caía sobre más de un saliente del granito, alimentando varias charcas grandes y pequeñas.

Brendon empezó a descender por un sendero de ovejas que serpenteaba hasta el

fondo de la hondonada. Una jaca de Dartmoor con su potrillo se alejó galopando a través de una salida orientada hacia el Oeste. En cierto punto las piedras se agrupaban en forma de abanico y, sobre esa inclinación del granito desintegrado, goteaba musicalmente el agua que caía de los salientes de la roca. En todas direcciones corrían arroyuelos y, desde el sitio en que se hallaba ahora el deportista, la cantera abandonada presentaba una desconcertante confusión de enormes cantos rodados, pozos profundos y colosales riscos que formaban sucesivas escarpas. En una visita anterior, Brendon había descubierto el espíritu guardián del lugar y, elevando la voz, gritó:

—¡Aquí estoy!

—¡Aquí estoy! —contestó claramente el eco escondido en el granito.

—¡Marc Brenton!

—¡Marc Brenton!

—¡Bienvenido!

—¡Bienvenido!

Cada sílaba retornaba repetida con vigorosa claridad y atenuada apenas por ese matiz deshumanizado que constituye el hechizo de las palabras devueltas por el eco.

Una enorme mancha purpúrea parecía inundar el cráter, y el zumo de la noche lo llenaba gradualmente, mientras a lo largo de la cumbre oriental de la hondonada, la roja luz del poniente bordeaba de oro el inmenso tazón. Abriéndose paso a través del amontonado desorden, Marc se dirigió hacia la parte más espaciosa de la cantera, a cuarenta y cinco metros al Norte y se detuvo en una altura situada sobre dos anchas y tranquilas charcas que había en el centro. Cubrían el sector más profundo de la vieja obra; por un lado, su fondo se inclinaba formando una playa desigual y, por el otro, descendía a una profundidad de nueve metros; el granito, partiendo del borde del pequeño lago, se elevaba a pique como la pared de un precipicio. El agua clara y cristalina se hundía en una penumbra azulada. La superficie total de las charcas estaba, sin embargo, al alcance de cualquier pescador que tuviese una caña suficientemente fuerte y habilidad para lanzar una cuerda larga. Las truchas se movían y, aquí y allí, círculos de luz se dilataban sobre las aguas y sus ondas concéntricas llegaban hasta los bordes del escarpado. Luego se produjo un movimiento más violento y, saliendo de una roca que surgía en el centro de la charca más pequeña, un pez grande cazó una mariposilla blanca que había revoloteado demasiado cerca.

Marc se instaló para pescar; pero sentía que una disociación desacostumbrada se había producido en su cerebro. Mientras, sacaba de una caja dos moscas artificiales de ojos diminutos y las ajustaba al finísimo sedal que siempre usaba, persistía en su mente el recuerdo de la muchacha de cabellos cobrizos, de andar rápido y leve, de ojos azules como el cielo de abril, de voz tan parecida a la de los pájaros y tan carente de emoción humana.

Comenzó a pescar al ver que oscurecía; pero después de lanzar su caña una o dos

veces decidió esperar media hora más. Dejó en el suelo el aparejo de pesca y sacó del bolsillo su pipa y una tabaquera. La vida diurna se preparaba al sueño; no obstante, persistía aún cierto sonido metálico, intermitente y monótono, que el deportista atribuía a algún pájaro. Procedía de las pronunciadas cuevas que ascendían frente al sitio en que él se encontraba. Comprendió, de pronto, que no se trataba de un sonido natural, sino del ruido producido por alguna actividad humana. Era, en realidad, la nota musical de la paleta de un albañil; y al cesar el ruido, contrarió a Marc oír rumor de pasos en la cantera; supuso que sería algún obrero.

Pero el que apareció no lo era. Se le acercaba un personaje corpulento que vestía chaqueta de cazador, anchos pantalones ceñidos debajo de la rodilla y chaleco rojo con llamativos botones dorados. Había entrado por la parte inferior de las canteras y se dirigía a la salida norte, donde el arroyuelo que alimentaba las charcas desembocaba por un angosto paso.

El desconocido se detuvo al ver a Brendon, clavó los pies en el suelo, se quitó el cigarro de la boca y dijo:

—¡Ah! ¿Las ha descubierto, entonces?

—¿Qué dice que he descubierto? —preguntó el policía.

—Esas truchas. Vengo a nadar aquí algunas veces. Me extrañaba no ver nunca una caña en este agujero. Hay aquí una docena de truchas que pesan un cuarto de kilo, y tal vez haya algunas más grandes aún.

Por instinto, Marc estudiaba siempre a toda persona que entraba en contacto con él. Era extraordinario fisionomista. Levantó los ojos y observó las facciones poco comunes del hombre que tenía delante. Su examen fue rápido y certero; pero de haber sabido el enorme significado de esta visión, o de haber previsto la trascendencia que aquel hombre tendría en los años de su futuro inmediato, sin duda Marc hubiera prolongado la breve entrevista para estudiarlo con mayor detenimiento.

Advirtió las anchas espaldas y el cuello vigoroso, sobre el cual sobresalían las mandíbulas rectangulares y fuertes y el mentón característico de las voluntades resueltas; luego, una boca grande y el bigote más largo que Brendon recordaba haber visto en rostro humano. Era un bigote casi grotesco; pero para el desconocido constituía evidentemente un motivo de orgullo, porque lo retorció de cuando en cuando, estirando sus guías hasta las orejas. Cuando hablaba (su voz era áspera y algo discordante), se vislumbraban sus grandes dientes blancos. Daba la impresión de estar encantado consigo mismo y de poseer temperamento apasionado y mentalidad materialista. Tenía los ojos grises y pequeños, bastante separados por una nariz de gran tamaño. Sus cabellos de un rojo encendido, muy cortos, eran de tono aún más vivo que el del bigote. Ni la luz cada vez más tenue amortiguaba la rubicundez de aquel rostro.

El hombre se mostraba afable, pero Brendon deseaba sinceramente que se marchara.

—La pesca en el mar es mi deporte preferido —dijo el desconocido—. El congrio

y el bacalao, la caballa y el abadejo: cargar media barca, eso es deporte. Significa sedales tirantes y mucha sed después.

—Lo creo.

—Pero este maldito lugar parece hechizar a las gentes —prosiguió el hombretón—. ¿Qué tiene Dartmoor? No es más que un desierto de colinas, piedras y arroyuelos de mala muerte que un niño puede vadear; sin embargo..., ¡ya los oirá usted hablar de este sitio como si fuera mejor que el cielo!

El otro rió.

—Hay algo mágico aquí. Se le mete a uno en la sangre.

—Así es. ¡Un rincón olvidado de Dios, sin otro interés que esos pobres diablos de presidiarios! Una persona que conozco está edificando una casita por aquí. Él y su mujer van a ser más felices que una pareja de tórtolos; por lo menos así lo creen.

—Oí el ruido de una paleta de albañil.

—Sí, a veces trabajo en la obra cuando se han marchado los obreros. Pero ¡imagínese usted!... ¡Volver la espalda a la civilización y construir una casa en un desierto!

—La idea no es mala..., si no se tiene ambición.

—Es verdad que la ambición no es el punto fuerte de esos dos. Los pobres creen que el amor basta. ¿Por qué no pesca usted?

—Estoy esperando que oscurezca un poco más.

—Bueno; ¡hasta la vista! ¡Cuidado con pescar algo que lo arrastre al fondo!

Riéndose de su chiste y provocando la aguda repercusión del eco sobre la quieta superficie del agua, el pelirrojo se alejó y desapareció por la abertura situada a cuarenta y cinco metros de donde se hallaba Brendon. Luego éste oyó el estruendo de un motor que rompía el silencio. Evidentemente, el hombre se había alejado en motocicleta hacia la carretera principal, situada a ochocientos metros de distancia.

Cuando el ruido del motor se desvaneció, Brendon se puso de pie y se acercó a la otra entrada de la cantera, con el objetivo de ver la casita que el desconocido había mencionado. Dejando atrás la enorme cavidad, dobló hacia la derecha y en una depresión del terreno que daba frente al Sudoeste encontró el edificio. No estaba aún terminado, ni mucho menos. Las paredes de granito se elevaban dos metros y eran de considerable anchura. El replanteo indicaba que la casa constaría en el futuro de una sola planta con seis habitaciones. En torno a la construcción iniciada habían levantado una tapia que rodeaba una extensión de media hectárea, pero los límites no estaban aún totalmente delineados. Hacia el Oeste y el Sur, el panorama era magnífico. A pesar de la luz imprecisa de la hora, la aguda vista de Brendon distinguía el puente Saltash que atravesaba las aguas de Plymouth, donde Cornualles surgía contra el agonizante resplandor del Oeste. Era un sitio magnífico para vivir y el detective se preguntó cómo serían los que edificaban su casa en aquel silencioso desierto.

Supuso que estarían cansados de las ciudades o de sus semejantes. Pensó que

quizá se sintieran desilusionados del mundo y desearan volver la espalda a la vida gregaria, eludir en lo posible sus problemas, escapar de su vergüenza y de sus locuras y vivir allí entre austeras realidades que nada prometían, pero que encerraban innumerables riquezas para determinada clase de seres humanos. A su juicio, la pareja que se resolvía a vivir junto a la silenciosa cantera de Foggintor debía de haber sufrido mucho hasta llegar a un estado de ánimo cuyo mayor anhelo era la soledad en el seno de la naturaleza. Tales personas —se dijo— no podían ser muy jóvenes. Recordaba, sin embargo, las palabras del hombretón, según las cuales la pareja creía que «el amor bastaba». Eso significaba que el idilio proseguía, sea cual fuere la edad de ambos.

Anohecía. La lucha de la luz y la sombra sobre la tierra cesaba, envolviendo todas las cosas en una creciente e inmensa vaguedad. Brendon se dirigió nuevamente a la laguna para entregarse a la pesca; una de las pequeñas moscas que le servían de señuelo resultó bastante eficaz. De las dos charcas extrajo una docena de truchas: retuvo seis y devolvió el resto al agua. Los tres mejores ejemplares pesaban un cuarto de kilo cada uno.

Decidido a volver pronto al paraje, Marc puso punto final a la pesca y prefirió regresar al hotel por la carretera y no aventurarse a cruzar de noche el inhospitalario páramo. Salió de la cantera por la abertura norte, pasó delante de la media docena de casitas situadas a cien metros de allí y llegó finalmente a la carretera principal entre Princetown y Tavistock. Mientras marchaba a buen paso bajo el cielo estrellado, sus pensamientos se orientaron hacia la joven de cabellos cobrizos que había visto en el páramo. Trataba de recordar cómo estaba vestida. Su memoria tenía presentes con extraordinaria nitidez los detalles de su figura, desde sus resplandecientes cabellos hasta sus ágiles pies que calzaban zapatos color castaño con hebillas plateadas; pero en aquel instante no podía representarse mentalmente su vestido. Después de un esfuerzo lo recordó: blusa rosa y falda corta gris perla.

Otras dos tardes volvió Brendon a Foggintor, pero no tuvo la satisfacción de ver a la joven. Algo después, cuando la imagen de la muchacha se había atenuado en su mente, un acontecimiento extraño y terrible ocupó su pensamiento envolviéndolo contra su voluntad en un problema profesional. Aunque no tenía por qué ocuparse del súbito rumor de homicidio que se difundió con asombrosa rapidez por el pueblo, se produjo un incidente que lo obligó a interesarse en el crimen y a terminar sus vacaciones antes de tiempo.

Cuatro días después de su expedición de pesca a la cantera dedicó una mañana a las aguas menos profundas del río Meavy. Al final de ese día, cerca de medianoche, seis hombres que, después de vaciar sus vasos y apagar sus pipas, se disponían a retirarse a dormir, recibieron una mala e inesperada noticia.

William Blake, el limpiabotas del Hotel del Ducado, aguardaba para apagar las luces y, al ver a Brendon, se acercó a él.

—Ha sucedido algo que se relaciona con su profesión, señor —le dijo—. ¡Qué lío

se armará mañana!

—¿Se ha evadido algún recluso, William? —inquirió el detective bostezando y deseando estar en la cama—. Es la única diversión que tienen ustedes por aquí, ¿verdad?

—¿Evasión de un recluso? No; dicen que han matado a un hombre. Según parece, Mr. Penrod ha sido asesinado por su tío político.

—¿Qué lo ha inducido a semejante cosa? —preguntó Brendon sin ninguna emoción en la voz.

—Eso tienen que descubrirlo los hombres inteligentes como usted —repuso William.

—¿Y quién es Mr. Penrod?

—El caballero que edifica una casa junto a Foggintor.

Marc se sobresaltó. La imagen del hombretón pelirrojo, completa en todos sus detalles físicos, acudió a su mente. Lo describió.

—¡Ése es el asesino! —exclamó el limpiabotas—. ¡Ése es el tío político del caballero que ha muerto!

Brendon se fue a acostar y la tragedia no le quitó el sueño. A la mañana siguiente, cuando todos pretendían comunicarle lo que sabían, no mostró el menor interés. Mary, la encargada de despertarlo y llevarle el agua caliente, opinaba, mientras abría los postigos, que nadie mejor que un renombrado detective podía comprender la gravedad del acontecimiento.

—¡Oh señor!... ¡Qué cosa tan horrible!... —comenzó a decir; pero él la interrumpió.

—¡Vamos, Mary, no me hable de asuntos profesionales! No he venido a Dartmoor a pescar asesinos, sino truchas. ¿Cómo está el tiempo?

—Nublado y brumoso; pero Mr. Penrod... pobre hombre...

—¡Basta! No quiero saber nada de Penrod.

—Y ese pelirrojo grandote y endemoniado...

—Ni tampoco del pelirrojo grandote y endemoniado. Si el tiempo está nublado, pescaré con plomada esta mañana.

Muy desilusionada, Mary lo miró.

—¡Válgame Dios! —exclamó—. ¡Han matado a un hombre, puede decirse que en sus narices, y un experto como usted en atrapar criminales se va a pescar!

—No me corresponde ocuparme del caso. Ahora, retírese. Deseo levantarme.

—¡Nunca lo hubiera creído! —murmuró la mujer, y se marchó francamente asombrada.

Pero estaba escrito que Brendon no podría eludir la obligación de ocuparse del asunto. Encargó unos emparedados, con la intención de escapar y ponerse fuera del alcance de todos, y a las nueve y media salió. Era una mañana nublada y triste. Caía una fina llovizna, y la densidad de la niebla ocultaba las colinas. Todo indicaba que el día continuaría lluvioso y, desde el punto de vista del pescador, las condiciones

climáticas eran inmejorables. En el momento en que Brendon se ponía el impermeable y se apresuraba a dejar el hotel, William Blake apareció y le entregó una carta. El detective le echó una mirada con deseos de dejarla en el buzón del vestíbulo y leerla detenidamente a su regreso; pero la caligrafía era de mujer y no carecía de rasgos distinguidos y personales. Sintió curiosidad, y sin asociar la misiva con los rumores del crimen, dejó a un lado la caña y el cesto, abrió el sobre y leyó:

Estimado señor:

La policía me ha informado que está usted en Princetown, y parecería que la Providencia lo ha mandado aquí. No tengo autorización para solicitar directamente sus servicios; pero si puede usted acceder al ruego de una mujer acongojada y prestarle la ayuda de su pericia en estos terribles momentos, le quedaré eternamente agradecida.

Lo saluda atentamente

JOANNA PENROD.

Calle de la Estación núm. 3, Princetown.

Marc Brendon murmuró una imprecación. Luego se volvió hacia William.

—¿Dónde se encuentra la casa de Mrs. Penrod? —preguntó.

—En la calle de la Estación, al pie del bosque del presidio, señor.

—Vaya hasta allí, entonces, y avise que iré dentro de media hora.

—¡Ha visto! —exclamó William haciendo una mueca—. ¡Ya decía yo que intervendría usted en el asunto! —comentó y se marchó.

Brendon volvió a leer la carta; examinó la nítida caligrafía y observó que una lágrima había emborronado el centro de la hoja. Volvió a murmurar una imprecación, dejó su caña y su cesta, se levantó el cuello del impermeable y se dirigió a la comisaría donde un agente le dio datos sobre el crimen; luego Brendon pidió permiso para utilizar el teléfono. Cinco minutos después hablaba con su jefe de Scotland Yard. La voz familiar con acento londinense del inspector Harrison llegaba a través de los trescientos y pico de kilómetros que separaban la metrópoli carcelaria de la metrópoli imperial.

—Parece que han asesinado a un hombre aquí, inspector. Ha muerto el supuesto culpable. La viuda desea que me encargue del caso. No tengo ganas de hacerlo, pero creo que es mi deber.

Esto dijo Brendon.

—Bien. Si cree que es su deber, cúmplalo. Transmítame nuevos informes esta noche. Halfyard, el jefe de policía de Princetown, es viejo amigo mío; hombre excelente en todo sentido. Hasta luego.

Marc se enteró entonces de que el inspector Halfyard se encontraba en Foggintor.

—Me ocuparé del caso —informó al agente—. Volveré más tarde. Dígame al

inspector que me espere a mediodía para los detalles. Ahora voy a entrevistarme con Mrs. Penrod.

El agente de policía lo saludó militarmente. Conocía mucho de vista a Brendon.

—Espero que la tarea no le interrumpa sus vacaciones, señor; pues, si no me equivoco, el asunto se presenta fácil.

—¿Dónde está el cadáver?

—No lo sabemos todavía, señor; y, al parecer, únicamente Robert Redmayne podría decírnoslo.

El detective asintió con la cabeza. Luego se dirigió a la casa señalada con el número 3 en la calle de la Estación.

La pequeña hilera de edificios pegados unos a otros formaba ángulo recto con la calle principal de Princetown. La fachada de las casitas daba al Noroeste y al flanco profusamente arbolado del North Hessary Tor. El bosque ascendía en empinada cuesta y un muro de piedra lo separaba de las construcciones situadas más abajo.

Brendon llamó a la puerta del número 3. Una mujer delgada y canosa, con evidentes muestras de haber llorado, le franqueó la entrada. Marc se halló en un pequeño vestíbulo decorado con muchos trofeos de caza. Había allí cabezas y colas y varios ejemplares disecados de grandes zorros de Dartmoor, guardados en vitrinas adosadas a las paredes.

—¿Es usted Mrs. Penrod? —inquirió Brendon; pero la anciana movió negativamente la cabeza.

—No, señor. Soy Mrs. Gerry, viuda del célebre Eduard Gerry que durante veinte años fue miembro del Club de Cazadores de Dartmoor. Mr. Penrod y su señora eran... son... quiero decir, es inquilina mía.

—¿Podrá recibirme ahora?

—Ha sido un golpe terriblemente cruel para la pobre señora. ¿A quién debo anunciar?

—A Marc Brendon.

—Ella esperaba que usted viniese. Pero no la asedie a preguntas; aunque no ha hecho nada malo, tener que hablar con usted es una espantosa prueba para cualquiera.

La buena mujer abrió una puerta situada a la derecha de la entrada.

—Mrs. Penrod —dijo—, ha llegado el célebre Marc Brendon.

Éste entró y la mujer cerró la puerta tras él.

De la silla que ocupaba ante la mesa donde estaba escribiendo cartas se levantó Joanna Penrod; y Brendon reconoció en ella a la muchacha de cabellos cobrizos con quien se había cruzado una tarde a la hora de la puesta del sol.

Planteamiento del problema

La joven, abismada sin duda en su aflicción, se había vestido aquella mañana con evidente descuido. Había recogido desaliñadamente sus maravillosos cabellos y su belleza estaba atenuada por el llanto. Sin embargo, se dominaba y no dejaba entrever sus sentimientos al visitante, pero parecía exhausta; las inflexiones de su voz agradable y clara revelaban cansancio. Cuando hablaba se advertía que había sufrido mucho y que había perdido gran parte de su vitalidad. Brendon supo luego que, en realidad, había perdido la mitad de sí misma.

Cuando Marc entró, ella se puso de pie y, aunque vio el asombro pintado en el rostro del detective, no pareció sorprenderse; estaba acostumbrada a la admiración y sabía que su belleza sobresaltaba a los hombres.

A pesar de que el corazón le latía con inusitada rapidez ante lo inesperado de este segundo encuentro, Marc recobró pronto la sangre fría. Habló con simpatía y tacto, sintiéndose comprometido a servirla con toda su inteligencia y todas sus fuerzas. Sólo temió que el caso no llegara a ser de los que ponían de relieve sus extraordinarias dotes. Brendon combinaba los métodos reglamentarios de la investigación criminal con el moderno sistema deductivo y siempre aseguraba que debía sus éxitos a esta combinación. Ansiaba distinguirse ante aquella mujer.

—Mrs. Penrod —dijo—, me alegra que supiera usted que estaba en Princetown y será para mí un privilegio servirla en lo que pueda. Quizá no haya ocurrido lo peor, aunque, por lo que he oído, existen motivos para temerlo; pero, créame, haré por usted todo lo que esté en mi mano. Me he comunicado con Londres y, como estoy libre en este momento, puedo dedicarme enteramente al problema que la preocupa.

—Tal vez he sido egoísta al llamarlo estando usted de vacaciones —repuso ella—. Pero no sé por qué sentí...

—No piense en eso. Espero que no sea larga la tarea que tenemos por delante. Y ahora la escucharé. No necesita explicarme lo ocurrido en Foggintor. Me informaré más tarde sobre el particular. Pero sería conveniente que me contara lo acontecido anteriormente que se relacione con este triste asunto; y si puede darme algún indicio, por pequeño que parezca, que me guíe y me ayude en mis pesquisas, tanto mejor.

—No puedo darle ningún indicio —dijo ella—. Me ha caído como un rayo y mi mente se niega a aceptar todavía la historia que me han contado. No me siento con fuerzas ni para pensarlo... No puedo soportarlo; y si lo creyera, enloquecería. Mi marido es todo en mi vida.

—Síntese y cuénteme algo de usted y de Mr. Penrod. Seguramente hace poco que se casaron.

—Hace cuatro años.

Brendon mostró asombro.

—Tengo veinticinco años —explicó ella—; pero dicen que no los represento.

—Por cierto que no; yo hubiera calculado dieciocho. Refiérame los detalles, tanto de su vida como de la de su marido, que a su criterio puedan serme útiles.

Ella no contestó, y Brendon tomó una silla, la arrimó y se sentó, apoyando los brazos en el respaldo y adoptando una posición natural y cómoda. Deseaba que su interlocutora se sintiera completamente a sus anchas.

—Hable usted como si charlara del pasado con un amigo —instó—. Y no dude de que está hablando con un amigo que sólo desea ayudarla.

—Comenzaré por el principio —contestó ella—. Mi historia personal es breve y se relaciona muy poco con este espantoso asunto; tal vez le interesen más mis parientes que yo. La familia se ha reducido mucho y no parece que vaya a aumentar, porque mis tres tíos son solteros. No tengo en Europa otros parientes carnales y nada sé de unos primos lejanos que viven en Australia.

»He aquí la historia de mi familia: John Redmayne vivió toda su vida en Victoria, junto al río Murray, en Australia del Sur; y allí, dedicado a la cría de ovejas, acumuló una considerable fortuna. Se casó y tuvo muchos hijos. De siete varones y cinco mujeres que nacieron en el lapso de veinte años, los esposos Redmayne sólo vieron crecer con salud y vigor físico a cinco de sus hijos. Cuatro varones vivieron; los demás murieron muy jóvenes (dos en un accidente náutico), y mi tía Mary, la hija mayor, murió un año después de casarse.

»Quedaron cuatro hijos: Henry, el mayor; Albert, Benjamin y Robert, el menor de la familia que ahora tiene treinta y cinco años. Este último es el que busca usted a causa de la horrible cosa que, según parece, ha ocurrido.

»Henry Redmayne era representante de su padre en Inglaterra y comerciante en lanas por cuenta propia. Se casó y tuvo una hija: yo. Recuerdo muy bien a mis padres, porque era estudiante de quince años cuando murieron. Fueron de viaje a Australia, cumpliendo el deseo de mi padre de visitar a los autores de sus días después de una ausencia de muchos años. Pero el vapor en que viajaban, el «Wattle Blossom», naufragó con todo el pasaje, y quedé huérfana.

»John Redmayne, mi abuelo, pese a su gran fortuna, tenía la religión del trabajo y exigía que sus hijos hallaran ocupación y justificaran su existencia. Mi tío Albert, que era sólo un año menor que mi padre, demostró siempre afición por el estudio y la literatura. En su juventud fue empleado de un librero de Sydney; años después vino a Inglaterra, trabajó con una firma importante del ramo y se hizo un experto. Lo asociaron al negocio, realizó viajes comerciales y residió varios años en Nueva York. Se especializó en la literatura italiana del Renacimiento y, como adoraba Italia, ahora reside allí. Como es soltero y vive modestamente, hace alrededor de diez años se retiró de los negocios en bastante buena posición. Además, sabía que su padre moriría pronto, y puesto que su madre ya había fallecido, podía contar con una parte de la

cuantiosa fortuna que se dividiría entre él y sus dos hermanos vivos.

»De estos dos, mi tío Benjamin Redmayne era marino mercante. Llegó a capitán de la Mala Real Inglesa y se jubiló en la época en que murió mi abuelo, hace cuatro años. Es un viejo marino francote y rudo y carente de atractivos; nunca lo ascendieron al servicio de pasajeros; se quedó siempre al mando de buques de carga, circunstancia que despertaba en él un profundo resentimiento. Pero el mar es su vida y, cuando estuvo en condiciones de hacerlo, se edificó una casita en los acantilados de Devon, donde vive ahora junto al rumor de las olas.

»De mi tercer tío, Robert Redmayne, se sospecha en este momento que haya asesinado a mi marido; pero cuanto más pienso en ello menos posible me parece semejante atrocidad. Porque ni la pesadilla más extravagante parecería tan inexplicable e insensata como este horror.

»En su juventud, Robert Redmayne era el preferido de su padre; y si puede decirse que éste mimó a alguno de sus hijos, fue al menor. Mi tío Robert llegó a Inglaterra y, como era aficionado a la ganadería y la agricultura, se empleó en la propiedad de un terrateniente, hermano de un amigo australiano de John Redmayne. Parecía que prosperaba en su trabajo, pero iba y venía, porque a mi abuelo no le agradaba que pasara un año sin verlo.

»A mi tío Robert le gusta la buena vida, y especialmente las carreras de caballos y la pesca en el mar. Basándose en sus buenas perspectivas económicas, pidió dinero prestado y se endeudó. Cuando murió mi padre, estreché las relaciones con mi tío Robert, porque era bondadoso conmigo y le agradaba que pasara con él las vacaciones. Trabajaba muy poco. Pasaba la mayor parte del tiempo en las carreras o en Cornualles, en la localidad de Penzance, donde, según se decía, cortejaba a una muchacha, hija de un hotelero. Acababa de salir del colegio y me disponía a marcharme de Inglaterra para vivir con mi abuelo en Australia, cuando los acontecimientos, uno tras otro, se sucedieron con rapidez, modificando la vida de los Redmayne.»

—Descanse un poco, si está fatigada —dijo Marc. Advertía, al observar las pausas ocasionales y los suspiros que oprimían el pecho de Mrs. Penrod, el enorme esfuerzo que ésta hacía para relatar bien su historia.

—Continuaré sin detenerme —repuso ella—. Cierta verano, en que pasaba una temporada con mi tío Robert en Penzance, dos grandes, en realidad, tres grandes acontecimientos se produjeron. Estalló la guerra, mi abuelo murió en Australia y yo me prometí en matrimonio a Michael Penrod.

»Hacía un año que amaba a Michael, cuando me pidió que nos casáramos. Pero al darle la noticia a mi tío Robert, no la aprobó, diciéndome que mi elección era equivocada. Los progenitores de mi novio habían muerto. Su padre había sido jefe de la firma Penrod y Trecarrow, que exportaba sardinas a Italia. Pero a Michael, que había sucedido a su padre en el negocio, no le interesaba en absoluto esa actividad. Le producía una renta, pero su verdadera afición era la mecánica. (Y, entre paréntesis,

fue siempre un soñador que prefería planear a ejecutar.)

»Nos amábamos apasionadamente, y no dudo de que con el tiempo mis tíos no se habrían opuesto a nuestra boda si ciertos desgraciados sucesos, contrarios a nuestro compromiso, no se hubieran producido.

»Al morir mi abuelo, se descubrió que había dejado un curioso testamento, y supimos también que su fortuna era considerablemente menor de lo que creían sus hijos. No obstante, dejó algo más de ciento cincuenta mil libras. Según parece, en los últimos diez años de su vida, la disminución de su lucidez para los negocios lo había impulsado a efectuar malas inversiones de dinero.

»En las disposiciones de dicho testamento, mi abuelo ponía toda su fortuna en manos de mi tío Albert, el mayor de los hijos vivos, pidiéndole que dividiese el producto total de la herencia entre él y sus dos hermanos, de acuerdo con los dictados de su propio criterio; porque sabía que Albert era hombre de honor muy escrupuloso y que sería equitativo con todos. En lo que a mí se refiere, le ordenaba a mi tío que separara veinte mil libras que debía entregarme cuando me casara; y, aunque no estuviera casada, cuando cumpliera veinticinco años. Entretanto, mis tíos estaban obligados a cuidar de mí, y agregaba que mi futuro esposo, si se presentaba, tenía que obtener el consentimiento de mi tío Albert.

»A pesar de su desilusión al saber que recibiría mucho menos de lo que había esperado, mi tío Robert recobró pronto su buen humor, porque el hermano mayor les comunicó a él y a Benjamin que dividiría la fortuna en tres partes iguales. De esta forma cada uno recibió alrededor de cuarenta mil libras, y el legado que me correspondía fue reservado. Todo, sin duda, hubiera ido bien; poco faltaba para convencer a mis tíos, que veían el desinterés de Michael Penrod; en efecto, éste nada sabía de nuestros asuntos e ignoraba por completo que yo heredaría algún dinero. Era una boda puramente por amor, y ambos considerábamos que las cuatrocientas libras anuales que recibía Michael del negocio de pesca de sardinas eran más que suficientes para nuestras necesidades.

»Pero estalló la guerra en aquellos aciagos días de agosto y la faz del mundo cambió, creo que para siempre.»

Hizo una nueva pausa, se levantó, se acercó al aparador y se sirvió un poco de agua. De un salto, Marc se puso de pie y le retiró de la mano la jarra de cristal.

—Descanse ahora —rogó; pero ella, mientras bebía el agua a pequeños sorbos movió la cabeza.

—Descansaré después que usted se haya marchado —contestó—, pero le ruego que vuelva luego si puede darme un poco de esperanza.

—Tenga la seguridad, señora, de que así lo haré.

Ella volvió a su silla y él también se sentó.

—La guerra modificó todas las cosas —siguió diciendo Mrs. Penrod— y creó una dolorosa desavenencia entre mi novio y mi tío Robert. Éste se alistó inmediatamente, regocijándose ante la idea de las aventuras que podrían presentársele. Engrosó las

filas de un regimiento de caballería y propuso a Michael que hiciese lo mismo; pero Michael, aunque no existe hombre más patriota... debo de hablar como si existiera aún, Mr. Brendon...

—Naturalmente; todos debemos suponer que vive, mientras no se pruebe lo contrario.

—¡Gracias por haberme dicho eso! Michael no tenía mentalidad guerrera: era delicado de complexión y de temperamento apacible. Lo horrorizaba la idea del combate cuerpo a cuerpo, y existían, por supuesto, otras mil maneras de servir a la patria; sobre todo para un hombre tan hábil como él.

—Por supuesto.

—Sin embargo, mi tío Robert hizo de ello una cuestión personal. El país pedía con urgencia el alistamiento de voluntarios para el servicio activo y mi tío declaró que las filas eran el único lugar que correspondía a un hombre en edad de combatir que deseara seguir considerándose hombre. Expuso la situación a sus hermanos y mi tío Benjamin (que acababa de jubilarse, pero que, por pertenecer a las reservas de la armada, volvía a prestar servicio al mando de algunos barreminas) escribió una carta enérgica diciendo que Michael debía alistarse. Desde Italia, mi tío Albert opinó en el mismo sentido; y, aunque la actitud de los tres me ofendía, la decisión, como es natural, dependía de Michael, y no de mí. En esa época mi novio sólo tenía veinticinco años y no deseaba otra cosa que cumplir con su deber. A nadie podía pedir consejo y, advirtiendo el riesgo de oponerse a la voluntad de mis tíos, cedió y se presentó como voluntario.

»Pero no fue aceptado. El médico dijo que su corazón no permitía someterlo a la instrucción necesaria. Cuando lo supe, di gracias a Dios. Aquí empezaron las tribulaciones; mi tío Robert se enfureció y acusó a Michael de eludir su obligación, de haber sobornado al médico para que lo eximiera. Tuvimos varias discusiones sumamente desagradables y respiré cuando mi tío se marchó a Francia.

»Accediendo a mis deseos, Michael se casó conmigo y participé la boda a mis tíos. Esto tuvo por resultado que nuestras relaciones se hicieran muy tirantes; pero nada me importaba, porque mi marido sólo vivía para hacerme feliz. Entonces, en mitad de la guerra, la nación lanzó una urgente llamada para reclutar trabajadores y, al enterarse de que aquí en Princetown se necesitaban hombres que hubieran pasado la edad de combatir o que estuvieran incapacitados para la lucha, Michael se ofreció y vinimos juntos.

»El príncipe de Gales contribuyó a instalar un gran depósito de musgo destinado a la fabricación de vendajes quirúrgicos, y tanto mi marido como yo nos incorporamos a esta empresa. En ella se recogía el musgo esfagníneo de los pantanos de Dartmoor, que, después de ser secado, limpiado y sometido a un proceso químico, era enviado a todos los hospitales de guerra del reino. Un limitado personal, activo y dispuesto, realizaba esta buena obra; y mientras me unía a las mujeres que juntaban y limpiaban el musgo, mi marido, cuyas escasas fuerzas no le permitían recorrer las ciénagas ni

entregarse al duro trabajo de recogerlo y llevarlo a Princetown, se ocupaba de secarlo y extenderlo en el asfalto de los campos de tenis de los guardianes del presidio, lugar donde se efectuaba este proceso preliminar. Michael tenía también a su cargo los archivos y la contabilidad; y, a decir verdad, organizó a la perfección el depósito.

»Cerca de dos años continuamos dedicados a esta tarea, viviendo aquí en casa de Mrs. Gerry. Durante ese tiempo me enamoré de este paraje y rogué a mi marido que, cuando terminase la guerra, y si sus recursos lo permitían, me construyera una casita en Dartmoor. Su comercio de sardinas con Italia había quedado prácticamente paralizado desde el verano de 1914. Pero la compañía Penrod y Trecarrow poseía algunas pequeñas embarcaciones que pronto se valorizaron mucho. Y Michael, que a su vez se había encariñado con Dartmoor tanto como yo, se ocupó del proyecto y obtuvo un largo contrato de arriendo de un bellísimo y resguardado terreno cerca de la cantera de Foggintor, a pocos kilómetros de aquí.

»Entretanto, no tenía noticias de mis tíos; sólo había visto en los periódicos el nombre de mi tío Robert, que figuraba en la lista de los condecorados con la medalla de Servicios Distinguidos. Michael me aconsejó que no me ocupara de mi dinero hasta después de la guerra, y así lo hice. Empezamos a construir la casa el año pasado y vinimos a vivir con Mrs. Gerry hasta que estuviese terminada.

»Hace seis meses escribí a Italia a mi tío Albert y me contestó que reflexionaría sobre el asunto, pero que estaba muy disgustado con mi boda. También escribí a mi tío Benjamin, que vivía en su nueva casa; pero, aunque en su respuesta no se mostraba muy enfadado conmigo, me hablaba con desdén de mi querido Michael. Estos hechos nos traen a la situación que repentinamente se produjo hace una semana, Mr. Brendon.»

Joanna se detuvo y volvió a suspirar.

—Me aflige ver que se fatiga usted tanto —dijo él—. ¿No prefiere dejar el resto para otro momento?

—No. Es mejor que le cuente todo ahora. Así no habrá confusiones. Hace una semana, salía de la oficina de correos cuando tuve la sorpresa de ver a mi tío Robert que llegaba en motocicleta. Esperé a que bajara de ella y la colocara frente a correos. Luego me acerqué a él. Antes de que supiera lo que ocurría le había echado los brazos al cuello y lo había besado; porque no necesito decirle que lo había perdonado hacía tiempo. Al principio frunció el ceño, pero luego se ablandó. Estaba alojado en Paignton, Torbay, donde pasaba el verano, y me dio a entender que iba a casarse. Traté de mostrarme lo más cariñosa posible y, cuando me anunció que se dirigía a Plymouth por unos días, antes de regresar a Paignton, le imploré que olvidara el pasado, que fuésemos amigos y que viniera a visitar a mi marido.

»Mi tío Robert había ido a ver a un viejo camarada de armas que vive en Two Bridges, a tres kilómetros de aquí, y pensaba almorzar en el Hotel del Ducado para luego seguir a Plymouth; pero al final lo convencí, conseguí que viniera a compartir nuestro almuerzo y tuve oportunidad de contarle cosas de Michael que no podían

menos que modificar su inflexible actitud. Para alegría mía insistió en detenerse aquí varias horas y le preparé un sabroso almuerzo. Poco después mi marido volvió de la casa en construcción y logré que se reconciliaran. En el primer momento Michael se puso a la defensiva; pero no es rencoroso, y cuando advirtió la actitud amable de mi tío Robert y su interés al enterarse de que había merecido ser condecorado con la Orden del Imperio Británico por sus valiosos servicios en el depósito, se mostró rápidamente dispuesto a perdonar y olvidar el pasado.

»Creo que fue el día más feliz de mi vida; y libre de mi anterior preocupación, pude detenerme a observar un poco a mi tío Robert. Su aspecto no había cambiado, pero hablaba con voz más alta y parecía más excitable que nunca; la guerra había despertado en él nuevos y más amplios intereses; era capitán y, si nada se oponía, tenía la intención de continuar en el ejército. En actividad durante casi toda la guerra, se había salvado milagrosamente en muchas batallas. Poco antes del armisticio, sufrió los efectos de los gases y fue enviado al hospital; pero antes había estado internado dos meses, curándose de una conmoción nerviosa. Hablaba de estas cosas sin darles mucha importancia, pero adiviné que algo había cambiado en él y atribuí este cambio a la conmoción que había tenido. Siempre había sido excitable e inclinado a extremismos, sintiéndose a veces exageradamente optimista y otras en el colmo de la desesperación; pero la terrible experiencia de la guerra había acentuado esta peculiaridad y, pese a sus modales amables y aparente buen ánimo, Michael y yo comprendimos que sus nervios se hallaban en tensión y que no era posible confiar en su buen sentido, pues, a decir verdad, nunca se singularizó por éste.

»Pero se mostró muy alegre, aunque muy egoísta. Habló durante horas enteras de la guerra y de las hazañas con que había ganado sus galones y en su charla nos llamó especialmente la atención un detalle. A veces la memoria no le respondía. No quiero decir que nos contara inexactitudes, pero se repetía a menudo; después de referir alguna de sus aventuras volvía a contarla como cosa nueva cuando había transcurrido una hora, o menos, después de su primer relato.

»Michael me explicó más tarde que este defecto era cosa seria y que probablemente indicaba una lesión cerebral, susceptible de agravarse. Pero nuestra reconciliación me hacía tan feliz que en aquel momento ninguna preocupación podía asaltarme y después del té rogué a mi tío Robert que se quedara con nosotros unos días, en lugar de irse a Plymouth. Por la tarde nos dirigimos a pie hasta nuestra casa, atravesando el páramo, y a mi tío le interesó mucho nuestro futuro hogar. Finalmente decidió dormir aquí aquella noche y lo obligamos a alojarse en el cuarto de huéspedes de Mrs. Gerry, impidiéndole que fuera, como pensaba, al Hotel del Ducado.

»Se quedó más tiempo y lo divertía a veces ayudar a la construcción cuando los albañiles se habían marchado. En compañía de Michael, pasaba allí con frecuencia muchas horas de estas largas tardes y yo les llevaba el té.

»Mi tío Robert nos había hablado de su noviazgo con la hermana de un camarada de armas. Ella se encontraba en Paignton con sus padres; y él, en aquellos días, tenía

la intención de visitarla. Nos hizo prometer que iríamos a Paignton en el próximo mes de agosto, cuando se realizaran las regatas de Torbay. Le pedí reservadamente que escribiese a mis otros dos tíos comunicándoles su convicción de que Michael había cumplido el deber que le correspondía en la guerra. Accedió a mis ruegos y pareció que nuestras aflicciones terminarían pronto.

»Ayer, después de tomar el té más temprano que de costumbre, mi tío Robert y Michael fueron juntos hasta la casa, pero no los acompañé. Enfilaron hacia la carretera; iban en la motocicleta de mi tío Robert; detrás, como siempre, se había instalado mi marido.

»Llegó la hora de la cena y ninguno de los dos apareció. Estoy hablándole de anoche. Hasta las doce no sentí gran preocupación, pero a esa hora me asusté. Fui a la comisaría, hablé con el inspector Halfyard y le dije que mi marido y mi tío no habían regresado de Foggintor y que su ausencia me inquietaba. El inspector conoce de vista a mi tío y personalmente a mi marido, porque le ayudó muchas veces cuando funcionaba el depósito de musgo. Esto es todo cuanto puedo decirle.»

Mrs. Penrod dejó de hablar, y Brendon se puso en pie.

—Lo demás me lo dirá el inspector Halfyard —dijo—. Y permítame felicitarla por su relato. No creo posible presentar de modo más claro su situación pasada. Los hechos más importantes que usted menciona son que su marido y el capitán Redmayne se habían reconciliado por completo y que, cuando se separaron de usted la última vez, demostraron hallarse en excelentes términos de amistad. ¿Está segura de esto?

—Absolutamente segura.

—¿Ha revisado el cuarto de su tío después de su desaparición?

—No, nadie ha tocado nada.

—De nuevo, señora, muchas gracias. Volveré más tarde.

—¿Puede darme alguna esperanza?

—Hasta ahora nada sé del acontecimiento en sí, y por tanto ni puedo darle esperanzas ni desalentar las que tenga.

Joanna le estrechó la mano mientras en su rostro se esbozaba una levísima sonrisa que, aunque inconsciente, era infinitamente conmovedora. Hasta en la pena, aquella mujer era extraordinariamente bella y Brendon (cuyas emociones de orden personal intervenían influyendo en el esfuerzo intelectual que el caso exigía) la encontraba exquisita. Al separarse de ella deseó enfrentarse con un arduo problema. Anhelaba impresionarla y miraba hacia el futuro con una repentina exultación, desconocida en su habitual estado de ánimo juicioso y comedido; llegó al extremo de repetirse un refrán lleno de sentido, cuyo autor ignoraba, que había leído en un libro de proverbios: «Existe una hora en la que el hombre, si consigue descubrirla, puede ser feliz para el resto de su vida.»

Pero se avergonzó de sí mismo y sintió que el rubor sonrojaba su rostro de rasgos comunes.

En la comisaría lo esperaba un automóvil, y veinte minutos más tarde se encontraba en Foggintor. Mientras avanzaba con cuidado, dejando atrás las charcas, observaba los oscuros riscos y el vasto espacio de la cantera que se hallaban envueltos en una melancólica niebla y fue hacia la salida situada en el extremo opuesto. Luego, apartándose del arroyuelo que corría por este paso, se dirigió a la casa en construcción y pronto se halló en sus inmediaciones. Era la hora del almuerzo. Seis albañiles y carpinteros comían en una casita de madera levantada cerca del edificio; sentados al lado de ellos, se encontraban dos agentes de policía y el inspector Halfyard. Éste se puso de pie al ver a Brendon, se adelantó y le estrechó la mano.

—¡Qué suerte que se halle usted aquí, querido amigo! —dijo con su modo simpático y llano—. Aunque a decir verdad, el caso no presenta hasta ahora complicaciones que hagan necesaria su inteligencia.

El inspector Halfyard medía un metro ochenta de estatura y tenía hombros anchos y angulosos; pero su imponente torso estaba mal sostenido por unas piernas muy largas y delgadas, y ligeramente torcidas. Su nariz prominente, su cabeza pequeña y sus ojillos grises y brillantes le daban cierto aspecto de cigüeña. Además era reumático y esto hacía que se moviera con rigidez.

—Este agujero no es bueno para mis piernas —comentó—. Pero, por lo que sabemos hasta ahora, la cantera de Foggintor no entra en el asunto, aunque al verla se diría que sí. El asesinato fue cometido aquí, dentro de esta casa, y es seguro que al criminal no iba a ocurrírsele utilizar un escondrijo tan obvio.

—¿Han recorrido la cantera?

—Todavía no. De nada sirve emplear cincuenta hombres en ese hueco recóndito mientras no sepamos si es necesario; en realidad, todos los detalles indican otra dirección. Un caso muy extraño... Tan extraño que probablemente al extremo del hilo hallaremos a un loco homicida. El asunto parece muy claro, pero no es atribuible a gente cuerda.

—¿No han hallado el cadáver?

—No; pero a menudo se puede probar el crimen sin hallarlo..., como ahora. Venga a la casa y le diré lo que sabemos. No cabe duda de que ha habido crimen, pero es más probable que encontremos al asesino que a su víctima.

Salieron juntos y pronto estuvieron frente a la casa de campo.

—Ahora refiérame el asunto desde que usted intervino en él —dijo Brendon, y el inspector Halfyard inició su relato.

—Alrededor de las doce y cuarto de la noche me despertaron —explicó—. Acudí a la llamada, y el agente Ford, que se hallaba de servicio, me dijo que Mrs. Penrod deseaba verme. Conocía mucho a ella y a su marido, porque ambos fueron el alma del depósito de provisión de musgo instalado en Princetown durante la guerra. Ella me explicó que su marido y su tío, el capitán Redmayne, habían venido a esta casa con el objeto de adelantar un poco la obra, como lo hacían con frecuencia después de las

horas de trabajo; pero a medianoche no habían regresado y estaba inquieta por ellos. Cuando me enteré de que habían salido en una motocicleta, supuse que tal vez habrían tenido algún contratiempo o un accidente, y ordené a Ford que despertase a un compañero y que inspeccionaran el camino. Así lo hicieron, y Ford volvió a las tres y media de la madrugada con la mala noticia de que no habían encontrado a nadie; en cambio, habían descubierto un gran charco de sangre dentro de esta casa... Como si alguien hubiese matado un cerdo. Ya había amanecido y vine inmediatamente hacia aquí en un automóvil. El charco está en el cuarto que servirá de cocina y hay sangre en el umbral de la puerta trasera que da sobre esta dependencia. Busqué minuciosamente algún indicio, pero no hallé ni siquiera un botón. A mi juicio, las declaraciones de los habitantes de las casitas situadas en el camino de Foggintor, que fue el que tomamos para venir, hacen inútiles nuestras investigaciones en este sitio. Viven allí varios picapedreros, con sus respectivas familias y también Tom Ringrose, el inspector de pesca en el río Walkham. Los picapedreros no trabajan aquí, porque este lugar está abandonado desde hace más de cien años, pero van a la cantera del Duque, en Merivale, y casi todos tienen bicicleta para trasladarse al trabajo.

»Cuando regresaba para desayunar obtuve en esas casitas informaciones muy concretas. Dos hombres me dijeron exactamente la misma cosa, sin haberse visto antes de hablar conmigo. Uno de ellos es Jim Bassett, segundo capataz de la cantera del Duque, y el otro es Ringrose, el inspector de pesca que vive en la última casa. Bassett ha venido a esta obra una o dos veces, porque el granito que emplean en ella lo traen de la cantera del Duque. Conocía de vista a Penrod y al capitán Redmayne y anoche, alrededor de las diez, hora de verano, cuando todavía había luz, vio que el capitán salía de aquí y pasaba luego frente a las casitas. En ese momento Bassett fumaba en la puerta de su domicilio, y Robert Redmayne se acercó empujando su motocicleta hasta llegar al camino. Detrás del asiento llevaba atado un saco de gran tamaño. Bassett le dio las "buenas noches" y él le contestó; y ochocientos metros más abajo del mismo camino, Ringrose también se cruzó con él. Robert Redmayne, montado en su motocicleta, se dirigía lentamente a la carretera principal. Según declara Ringrose, cuando el capitán llegó allí aceleró el motor y tomó velocidad. Siguió cuesta arriba y el inspector supuso que regresaba a Princetown.»

Halfyard calló.

—¿Y eso es todo cuanto sabe? —preguntó Brendon.

—En lo que concierne a los pasos del capitán Redmayne, sí —contestó el viejo inspector—. Probablemente nos darán alguna información cuando regresemos a Princetown, porque estamos haciendo averiguaciones a lo largo de los dos caminos: hacia Moreton y Exeter, por un lado, y desde Dartmeet a Ashburton y los pueblos de la costa, por el otro. Creo que debe de haberse internado en el páramo por uno de ellos; si no es así, significa que volvió sobre sus pasos y se dirigió a Plymouth o hacia el Norte. No tardaremos en encontrar su pista. Es un hombre que no pasa inadvertido.

—¿Declaró también Ringrose que había visto el saco detrás de la motocicleta?

—Sí.

—¿Antes de que usted lo mencionara?

—Sí, señaló el detalle, como lo había hecho Bassett.

—Veamos entonces lo que hay que ver aquí —dijo Brendon y juntos entraron en la futura cocina de la casa de campo.

El misterio

Brendon entró detrás de Halfyard en la futura cocina de la casa de campo de Michael Penrod y el inspector levantó un lienzo encerado que alguien había extendido en uno de los ángulos de la habitación, sobre el suelo. En el centro había un banco de carpintero, y el piso, cuyas tablas estaban ya colocadas, se hallaba cubierto de virutas y herramientas. Debajo del lienzo, una enorme mancha que había salpicado las paredes demostraba que allí había corrido mucha sangre. En partes, estaba húmeda todavía y sobre ella se veían virutas ensangrentadas. Un borde oscuro y viscoso rodeaba la mancha central y en él estaba estampada la huella de la suela claveteada de una bota.

—¿Han entrado hoy aquí los obreros? —inquirió Brendon, y el inspector Halfyard contestó categóricamente que no.

—Dos de mis hombres vinieron anoche después de la una: los dos que envié desde Princetown cuando Mrs. Penrod dio la alarma. Inspeccionaron el lugar con una linterna eléctrica y descubrieron la sangre. Uno de ellos fue a darme el informe; el otro pasó aquí la noche. Vine antes de que llegaran los obreros y les prohibí que tocaran algo hasta que efectuáramos la inspección. Penrod solía trabajar en la obra cuando se retiraban los albañiles.

—¿Podrían decirnos estos hombres si se hizo algún trabajo anoche... en lo concerniente al adelanto de la obra?

—Seguramente se darán cuenta si la recorren.

Brendon llamó a un albañil y a un carpintero, y mientras este último aseguraba que nada se había agregado a lo hecho por él, su colega, señalando un muro destinado a cercar el jardín, declaró que algunas pesadas piedras habían sido colocadas y aseguradas en su sitio con argamasa después de haberse marchado él de allí, la víspera, a las cinco de la tarde.

—Eche abajo el trabajo nuevo —ordenó Brendon. Y se dirigió a revisar con mayor detenimiento la cocina.

Su examen resultó infructuoso; no halló nada cuya presencia no fuera explicada por los carpinteros. Tampoco descubrió indicios de lucha. En aquel cuarto lo mismo podía haber hallado la muerte un cordero que un hombre; pero la sangre parecía humana, y a Halfyard no se le había pasado por alto un detalle, importante quizá. El marco de la puerta estaba colocado y tenía una primera capa de pintura blanca en la cual se veían manchas de sangre, sobre poco más o menos la altura del hombro de una persona.

Brendon examinó el suelo del lado exterior de la puerta de la cocina. Estaba

desnivelado y pisoteado por los obreros, pero no presentaba huellas especiales, ni otros indicios de importancia. En veinte metros a la redonda recorrió cada palmo de terreno y halló las huellas de una motocicleta. La habían estacionado allí a diez metros de la casa y las marcas de las ruedas y del soporte que la había sostenido se destacaban claramente en el suelo pantanoso. Siguió las huellas dejadas por la máquina al ser retirada de allí y observó que, en un lugar más blando, se habían hundido profundamente. El dibujo de los neumáticos le era familiar: marca Dunlop. Media hora más tarde uno de los agentes se le acercó y, después de hacer el saludo militar, comunicó a Marc la siguiente información:

—Han echado abajo la pared, señor, y no han encontrado nada; sin embargo, Fulford, el albañil, dice que falta un saco grande de cemento que estaba en un rincón de la casita; su contenido ha sido volcado, pero el saco ha desaparecido.

El detective fue hasta el rincón indicado y desparramó el montón de cemento sin hallar nada debajo. Luego, después de revisar infructuosamente la casita de los obreros, dirigió sus pasos hacia los terrenos contiguos a la casa y examinó la entrada de las canteras. Ningún detalle revelador compensó su búsqueda. Regresó al rato, huyendo de la lluvia que empezaba a caer en forma sostenida; pero antes había llegado hasta las charcas y había visto, en la orilla arenosa, huellas claras de pies desnudos de hombre.

El inspector Halfyard, que había permanecido en la casa, lo acompañó a revisar minuciosamente los cinco cuartos restantes. En el recinto destinado a la sala, que dominaba el bello panorama del Suroeste, Brendon encontró un cigarro a medio fumar. Con toda evidencia lo habían arrojado encendido y se había apagado lentamente, chamuscando la madera del suelo. Halló también la extremidad arrancada de un cordón de bota color castaño con herrete de bronce. El cordón estaba desgastado por el uso y probablemente se había roto al ser atado. Pero Brendon no dio importancia a ninguno de estos dos hallazgos. La inspección de la casa no ofreció, a juicio del detective, ningún resultado de interés y decidió regresar a Princetown. Mostró a Halfyard las huellas que había junto a la charca y se ocupó de protegerlas con uno de los lienzos encerados.

—A pesar de todo, algo me dice que este asunto es muy sencillo —declaró—. No perdamos más tiempo aquí, inspector, por lo menos hasta que no hayamos telefoneado para enterarnos de las últimas noticias.

—¿Cuál es su opinión?

—Creo, sin lugar a dudas, que se trata de un crimen, y que el militar ése, el que sufrió una conmoción nerviosa durante la guerra, se volvió contra Penrod y lo degolló. Después, convencido de que podría ocultar su crimen, se llevó consigo el cadáver. Debe de estar demente, porque Mrs. Penrod, que me ha contado su pasado, me aseguró que los dos hombres habían estrechado su amistad y que las diferencias existentes entre ambos cuando estalló la guerra habían desaparecido por completo. Aunque aceptemos la teoría de un nuevo altercado, éste debe de haberse producido

repentinamente. Ello no parece probable y es difícil imaginar que una súbita disputa llegue a ser tan grave como para terminar en asesinato.

»Redmayne es un hombre corpulento y vigoroso, y puede haber golpeado sin intención de matar; pero esta mancha significa algo más que un puñetazo. En mi opinión, el asesino, impulsado por la locura homicida, planeó todo de antemano con la astucia limitada de los dementes; si es así, nos esperan noticias en Princetown. Seguramente sabremos antes de que anochezca dónde se encuentran el vivo y el muerto. Estas huellas de pies desnudos significan que una o dos personas se han bañado aquí. Las examinaremos más tarde, y si es necesario desecaremos la charca.»

La exactitud de las deducciones de Brendon se puso de manifiesto antes de transcurrida una hora, y se aclararon, hasta cierto punto, las actividades de Robert Redmayne. En la comisaría los esperaba un hombre: George French, peón del Hotel Two Bridges, de West Dart.

—Conozco al capitán Redmayne —les dijo—, porque últimamente ha ido a tomar el té varias veces al pueblo de Two Bridges. Anoche, a las diez y media, cruzaba yo el camino de la cochera, cuando súbitamente, sin previo aviso, un motociclista apareció en el puente. Oí que se me venía encima, corrí y escapé por un metro. No había luz, pero el hombre pasó frente al resplandor procedente de la puerta abierta del hotel y advertí, por sus bigotes y su chaleco rojo, que era el capitán Redmayne.

»No me vio, porque estaba concentrado en lo que hacía; acababa de acelerar a fondo la motocicleta para subir la cuesta que se encuentra a la salida de Two Bridges. Desapareció como una ráfaga de viento; iba a gran velocidad; diría que a ochenta kilómetros por hora. Luego supimos que había ocurrido algo grave en Princetown y el amo me envió aquí para que contara lo que había visto.»

—¿Qué dirección tomó el motociclista después de pasarlo a usted, French? —inquirió Brendon, que conocía bien la región de Dartmoor—. El camino se bifurca después de Two Bridges. ¿Viró a la derecha, hacia Dartmeet, o la izquierda, hacia Post Bridge y Moreton?

Pero George no lo sabía.

—Fue como si pasara un bólido —contestó—, y no podría decir hacia qué lado se dirigió cuando llegó a la cima.

—¿Iba alguien con él?

—No, señor; lo hubiera visto; pero llevaba un saco grande detrás del asiento... Puedo jurarlo.

Durante su ausencia, el inspector Halfyard había tenido varias llamadas telefónicas; y ahora lo esperaban tres declaraciones distintas de los diferentes distritos. Un agente las había copiado, y Halfyard, después de leerlas una por una, se las entregó a Brendon. La primera procedía del correo de Post Bridge; la empleada informaba que la noche anterior un hombre llamado Samuel White había visto que una motocicleta con las luces apagadas subía a gran velocidad la elevada pendiente situada al norte del pueblo. Según la versión del hombre, había ocurrido entre las diez

y media y las once.

—Las siguientes noticias, lógicamente, tendrían que venir de Moreton —dijo Halfyard—; pero no es así. Debe de haber tomado la encrucijada próxima a Hameldown y virado hacia el Sur, porque estas noticias son de Ashburton.

El segundo mensaje decía que al encargado de un garage de Ashburton lo habían despertado, minutos después de medianoche, pidiéndole gasolina para una motocicleta. La descripción del viajero correspondía a Redmayne, y el mensaje agregaba que la motocicleta llevaba atado en su parte trasera un saco grande. El motociclista no parecía tener prisa; fumó un cigarrillo, protestó porque no podía conseguir un trago, encendió las luces de la motocicleta y finalmente, siguió viaje por el camino de Totnes que serpenteaba hacia el Sur, a través del valle del Dart.

La tercera comunicación procedía de la comisaría de Brixham y era bastante larga. Decía lo siguiente:

«Anoche, diez minutos después de las dos, el agente de policía Widgery, que cumplía su guardia nocturna en Brixham, vio pasar por la plaza del pueblo a un hombre en motocicleta con un bulto grande atado detrás del asiento. Siguió por la calle principal y desapareció durante casi una hora; pero, antes de las tres, Widgery advirtió que volvía sin el bulto. Subió velozmente la cuesta y salió del pueblo por la misma ruta por la que había entrado. Las averiguaciones realizadas hoy demuestran que alrededor de las dos y cuarto cruzó frente a la estación de guardacostas de Brixham, y que debe de haber cargado con su motocicleta para pasarla por la barrera existente al final del camino de dicha estación costanera, porque un muchacho del faro de Berry Head lo vio mientras avanzaba, empujándola y trepando el sendero escarpado de la playa. El muchacho iba en busca de un médico para su padre, uno de los guardianes del faro, que se sentía enfermo. Declara el muchacho que el motociclista era un hombre grandote y que respiraba ruidosamente porque la máquina era pesada y porque el camino, en ese lugar, es muy quebrado y abrupto. Cuando el declarante volvió de casa del médico, el hombre había desaparecido. Estamos recorriendo la cima de Berry Head y los acantilados, por si hubiera algún rastro.»

El inspector Halfyard esperó que Brendon terminara de leer los mensajes.

—Casi tan fácil como pelar guisantes, ¿eh? —comentó cuando vio que el detective dejaba los papeles sobre la mesa.

—Esperaba que lo hubiesen detenido —observó Brendon—. No pueden tardar mucho.

Como confirmando sus palabras, sonó el teléfono, y Halfyard se levantó y entró en la cabina para recibir las últimas informaciones.

—Le hablan de Paignton. Acabamos de visitar la casa donde se aloja el capitán Redmayne: calle de la Marina, número 7. Lo aguardaban anoche; había telegrafiado ayer anunciando su regreso. Como hacen siempre en estos casos, le dejaron preparada la cena y se acostaron. No lo oyeron cuando entró, pero a la mañana siguiente comprobaron que había llegado; había comido y la motocicleta estaba en la casita de

herramientas del fondo, donde acostumbraba a guardarla. Lo llamaron a las diez, pero no recibieron contestación. Entraron en el cuarto. No estaba; nadie había dormido en la cama ni se había cambiado de ropa. Hasta ahora no lo han visto.

—Espere un minuto. Aquí está Marc Brendon que se ocupa del caso. Desea hablarle.

El inspector Halfyard comunicó el informe a Brendon y éste se acercó al teléfono.

—Soy Marc Brendon. ¿Quién habla?

—El inspector Reece, de Paignton.

—Si consiguen detenerlo, avíseme a las cinco de la tarde. De no ser así, iré hasta allí en automóvil.

—Muy bien. De un momento a otro espero la noticia de que lo han atrapado.

—¿No han informado nada de Berry Head?

—Tenemos muchos agentes en ese punto, y otros rodeando los acantilados; pero hasta ahora no se ha producido ninguna novedad.

—Bien, inspector. Si no recibo noticias a las cinco, iré por allá.

Marc colgó el teléfono.

—Me parece que el asunto toca a su fin —dijo Halfyard.

—Así parece. Ese pobre diablo está loco.

—El muerto me causa más lástima.

Brendon reflexionó después de mirar su reloj. Pensamientos de carácter personal, pese a su asombro y vergüenza, se imponían en su mente. Comprendía con claridad ciertas realidades que no podrían ser modificadas por el futuro desarrollo de los acontecimientos: el hecho dominante era que Joanna Penrod había perdido a su marido. Si era cierto que había quedado viuda...

Movió la cabeza con impaciencia y se volvió hacia Halfyard.

—Si no detuvieran hoy a Robert Redmayne, sería necesario tomar diversas medidas —dijo—. Mande analizar un poco de aquella sangre a fin de comprobar si es humana. Y, por el momento, guarde aquí el cordón de bota y el cigarro, aunque no creo que sirvan de mucho. Ahora iré a comer algo; luego veré a Mrs. Penrod. Después regresaré aquí y, si no recibo noticias que alteren mis planes, me trasladaré a Paignton, en el automóvil de la policía, a las cinco y media.

—Estoy seguro de que recibirá noticias. Ya verá usted cómo, después de todo, este asunto no interrumpirá sus vacaciones.

«¿Qué iba a ocurrir?», pensó Brendon. Pero, sin decir nada se preparó para marcharse. Eran las tres de la tarde. De pronto se volvió y preguntó a Halfyard:

—¿Qué opinión le merece Mrs. Penrod?

—La siguiente —repuso el viejo inspector—: es tan hermosa que no parece de este mundo; además, la adoración que demuestra por su marido es extraordinaria. Será difícil que se reponga del golpe que ha recibido.

Estas opiniones llenaron de melancolía al detective; no había pensado aún hasta qué punto la muerte del marido idolatrado modificaría la vida de Mrs. Penrod. De

pronto se sintió despreciado; pero rechazó la idea por irracional e hiriente.

—¿Qué clase de hombre era?

—Un individuo amable, oriundo de Cornualles. Creo que pacifista en su fuero interno, pero jamás hablamos del aspecto político de la guerra.

—¿Qué edad tenía?

—No sabría decirle..., difícil de calcular; estaría quizá entre los veinticinco y treinta y cinco años. Su vista era mala y tenía barba de color castaño. Usaba gruesos lentes para ver de cerca, pero decía que cuando miraba lejos veía bien.

Después de almorzar Brendon volvió a casa de Mrs. Penrod; durante la mañana habían llegado a oídos de ésta muchos rumores, y presentía lo que el detective iba a decirle. Se notaba un cambio en ella: guardaba silencio y estaba muy pálida. Marc adivinó que había comprendido la verdad y que para ella todo indicaba que su marido había muerto.

No obstante, Joanna mostró ansiedad por conocer la explicación de Brendon sobre lo ocurrido.

—¿Se ha encontrado usted antes con algo parecido a esto? —inquirió.

—Ningún caso se parece enteramente a otro. Tienen sus diferencias. Creo que el capitán Redmayne, víctima en el pasado de una conmoción nerviosa, debe de haber perdido la razón. Con mucha frecuencia las conmociones nerviosas causadas por la guerra originan demencias que alcanzan diversos grados: algunas son incurables; otras, pasajeras. Creo que su tío perdió la razón, y que, en un momento de locura, cometió una barbaridad. Luego, dominado aún por su locura, se entregó a la tarea de ocultar su crimen. Siempre en el terreno de las conjeturas, cabe suponer que se llevara consigo a su víctima con el propósito evidente de arrojarla al mar. Desgraciadamente tengo la certeza de que su marido ha muerto, señora. Debe usted prepararse a afrontar este horrible infortunio.

—Es difícil afrontarlo —dijo ella—, porque ambos habían vuelto a trabar amistad.

—Algo que usted ignora puede haber surgido entre ellos y trastornado a Redmayne. Si recobra la razón, pensará seguramente que ha sido una pesadilla. ¿Tiene usted un retrato de su marido?

Joanna salió del cuarto y en contados minutos regresó con una fotografía en la mano. Era la de un hombre de rostro meditabundo; frente ancha y mirada firme. Tenía barba, bigotes y patillas y el cabello bastante largo.

—¿Lo sacaron bien en este retrato?

—Sí, pero no refleja su expresión. No está muy natural..., él era más alegre.

—¿Qué edad tenía?

—Veintinueve años, pero parecía mucho mayor.

Brendon estudió la fotografía.

—Puede llevársela, si lo desea. Tengo otra copia —dijo Mrs. Penrod.

—Recordaré bien su rostro —contestó Brendon—. Estoy casi seguro de que el

cuerpo del pobre Mr. Penrod fue arrojado al mar. Tal vez lo hayan encontrado. Ese parece haber sido el propósito del capitán Redmayne. ¿Sabe algo de la joven novia de su tío?

—Puedo darle su nombre y dirección, pero nunca la he visto.

—¿La conocía su marido?

—No lo creo. A decir verdad, puedo asegurarle que no. Se llama Flora Reed y está con sus padres en el Hotel Singer, de Paignton. Tengo entendido que su hermano, el amigo de mi tío a quien éste conoció en Francia, también se encuentra allí.

—Muchas gracias. Si no hay ninguna novedad iré a Paignton esta tarde.

—¿Para qué?

—Para proseguir la investigación e interrogar a todos los que conocen a su tío. Me extraña un poco que no lo hayan encontrado, porque una persona que sufre semejante perturbación mental difícilmente elude la persecución de la policía. Tampoco, por lo que hasta ahora sabemos, ha tratado de escapar. Después de dirigirse a Berry Head, esta mañana temprano regresó a su alojamiento, comió, guardó su motocicleta y volvió a marcharse... vestido con el traje de «tweed» y el chaleco rojo.

—¿Visitará a Flora Reed?

—Si es necesario, sí; pero no lo haré si han capturado a Robert Redmayne.

—¿Cree usted entonces que el asunto es sencillo y sin complicaciones?

—Así parece. Lo mejor que podemos desear es que el infortunado recobre la razón y diga claramente lo que ocurrió. Si no es impertinencia, desearía saber cuáles son sus proyectos y en qué puedo ayudarla.

Al oír esta pregunta, Joanna Penrod se sorprendió. Levantó la cabeza para mirar a Brendon y un leve rubor cubrió su palidez.

—Es usted muy amable —dijo—. No lo olvidaré. Pero cuando descubramos lo que ha sucedido, es probable que me marche de aquí. Si mi marido ha perdido la vida, no terminaré la casa. Me iré, naturalmente.

—¿Me permite preguntarle si vendrán a buscarla sus amigos?

Ella movió negativamente la cabeza.

—En realidad estoy muy sola en el mundo. Mi marido lo era todo para mí..., todo. Y yo lo era todo para él. Conoce usted mi historia... No he omitido nada en mi relato de esta mañana. Sólo me quedan los dos hermanos de mi padre: mi tío Benjamin, en Inglaterra, y mi tío Albert, en Italia. Hoy les escribí a los dos.

Marc se puso de pie.

—Le daré noticias mías mañana —dijo—; pero, si no voy a Paignton, la veré esta noche.

—Gracias... Es usted muy amable.

—Le pido que en estos duros momentos no sea demasiado exigente consigo misma y que cuide su salud. Uno es capaz de soportar cualquier cosa, pero muchas veces advierte, cuando llega el día de ajustar cuentas, que ha exigido demasiado a la propia naturaleza. ¿No desea consultar a un médico?

—No, Mr. Brendon. No es necesario. Si mi marido está... como creemos, la vida no tiene interés para mí. Tal vez me la quite.

—¡Por amor de Dios, no diga semejante enormidad! —exclamó Brendon—. Mire hacia el futuro. Aunque no podamos ser felices en este mundo, nada nos impide ser útiles. Piense en lo que su marido hubiese deseado que usted hiciera, y cómo hubiera esperado que afrontase cualquier pena o tragedia.

—Es usted muy bueno —repuso Mrs. Penrod—. Agradezco lo que acaba de decirme. Le prometo que volverá a verme.

Tomó en la suya la mano de Brendon y la estrechó. Éste se marchó perplejo por la atmósfera sutil que la rodeaba. No temía su amenaza de quitarse la vida. La vitalidad y el dominio de sí misma, que eran parte de la personalidad de Joanna, parecían excluir toda probabilidad de suicidio. Era joven, y sin duda alguna el tiempo cumpliría su inevitable obra de consuelo. Pero Brendon comprendía la calidad de su amor por el hombre que, seguramente, había muerto. Era posible que ella afrontara la vida, aceptara la existencia y llevara felicidad a otras vidas; pero de todo esto no cabía deducir que olvidaría a su marido y consentiría en casarse otra vez.

Regresó a la comisaría y se enteró con asombro de que Robert Redmayne seguía prófugo. No tenían información alguna sobre su paradero, pero los hombres destacados en Berry Head habían comunicado el hallazgo del saco de cemento en la boca de una conejera, situada sobre un precipicio. El saco tenía manchas de sangre, varios mechones de pelo y partículas de cemento.

Una hora más tarde, después de hacer su maleta, Marc Brendon se dirigió a Paignton en uno de los automóviles de la policía; pero al llegar allí tampoco encontró noticias frescas. El inspector Reece compartió la sorpresa de Brendon al comprobar que Redmayne no había sido detenido. Explicó que, en la medida de lo posible, guardias costaneros rastreaban el mar debajo del acantilado en que había estado escondido el saco; pero la marea era muy violenta en ese punto, y los habitantes de la localidad opinaban que probablemente la corriente habría arrastrado el cuerpo mar adentro. Presumían que al cabo de una semana el cadáver sería hallado flotando a dos o tres kilómetros de Berry Head, si el asesino no lo había arrojado con peso al fondo.

Después de comer frugalmente en el Hotel Singer, Brendon fue al domicilio de Robert Redmayne. Había alquilado un cuarto en dicho hotel con el propósito de averiguar algo concerniente a la futura mujer y a la futura familia política del prófugo. Mrs. Medway, propietaria de la casa situada en el número 7 de la calle de la Marina, poco sabía de su inquilino. Explicó a Marc que el capitán Redmayne era un caballero amable y bondadoso, pero exaltado. No era puntual y nunca esperaban que llegara hasta que lo veían aparecer. A menudo regresaba de sus excursiones cuando se habían acostado todos los demás de la casa. Ignoraba a qué hora había llegado la noche anterior y a qué hora había vuelto a salir; pero no se había cambiado de ropa ni llevado nada consigo.

Brendon examinó con minuciosidad la motocicleta. Detrás del asiento había un

soporte, compuesto de ligeras varillas de hierro, en el cual descubrió manchas de sangre. Un trozo de cuerda, atada al soporte, también estaba manchado. Sin duda había sido cortado cuando Redmayne, al llegar al acantilado, había bajado su carga. El encadenamiento de indicios no presentó la menor dificultad y la mañana siguiente tampoco planteó nuevos problemas, excepto el misterio persistente e insoluble de la desaparición de Robert Redmayne.

Antes del almuerzo del siguiente día Brendon se dirigió a Berry Head y examinó el acantilado. Descendía en forma de enormes peldaños de roca caliza en los que crecían cardos, estepas blancas, clavellinas de mar y retamas. Abundaban las madrigueras y el saco ensangrentado había sido hallado por un perro. Estaba oculto en una de esas cuevecillas, pero el animal lo había descubierto y sacado fuera con facilidad.

Inmediatamente debajo de este lugar el acantilado descendía a pico hasta el mar, en una caída de noventa metros. Abajo, las aguas eran profundas y sólo alguna que otra grieta rompía la lisa superficie del precipicio. En esas hendiduras la vegetación crecía dificultosamente y las gaviotas construían sus toscos nidos fabricados con plantas silvestres. No había ninguna huella en el borde del acantilado; sobre las verdes aguas del mar se balanceaban las barcas pesqueras que penosamente seguían buscando el cadáver, sin resultado alguno hasta aquel momento.

Algo después Brendon volvió al hotel y se presentó a Miss Reed y a su familia; le dijeron que el hermano de Flora, y amigo de Robert Redmayne, había regresado a Londres. Cuando Brendon se presentó, ella y sus padres se hallaban sentados en el vestíbulo. Los tres parecían azorados y dolorosamente perplejos. No estaban enterados de nada susceptible de aclarar el asunto. Mr. Reed y su mujer eran personas tranquilas, entradas en años, que poseían una tienda de telas en Londres; la hija revelaba más carácter. Aventajaba a su padre en estatura, llevándole una cabeza, y su cuerpo era hermoso y bien proporcionado. Demostraba mucha fogosidad y menos pena de la que era permitido esperar; pero Brendon descubrió que conocía a Robert Redmayne hacía sólo seis meses y que el noviazgo databa de un mes atrás. Flora Reed era morena, animada, y dueña de una mentalidad común. Cumpliendo su ambición de trabajar en las tablas, había actuado en varias giras teatrales por el interior del país; pero decía que la vida del teatro la fatigaba y había prometido a su futuro esposo que abandonaría el arte escénico.

—¿Le habló alguna vez el capitán Redmayne de Joanna y Michael Penrod? —inquirió Brendon.

—Sí —repuso Flora Reed—, y decía siempre que Michael Penrod era tímido y cobarde. También aseguraba que su sobrina no existía para él, y que jamás le perdonaría su casamiento con ese hombre. Pero esto sucedía antes de que Robert fuera a Princetown, hace seis días. Desde allí me escribió algo muy distinto. Se había encontrado por casualidad con ellos y se había enterado de que Michael Penrod, lejos de eludir su deber, había ayudado durante la guerra y obtenido una condecoración.

Esto hizo que Robert cambiara, y estaba en las mejores relaciones con los Penrod antes de que ocurriera esa horrible tragedia. Le habían prometido que vendrían aquí para las regatas.

—¿No ha visto al capitán desde entonces, ni ha recibido noticias de él?

—No. Su última carta, que puede usted ver, llegó hace tres días. Me anunciaba en ella, sencillamente, su regreso para ayer y que se encontraría conmigo a la hora del baño de mar, como de costumbre. Fui a bañarme y lo esperé; como es natural, no llegó.

—Dígame algo sobre la personalidad de su novio, señorita —rogó Marc—. Ha sido muy amable en acceder a esta entrevista; estamos frente a un problema curioso, y la situación, tal como se presenta actualmente, puede ser engañosa y muy distinta de la realidad. Según tengo entendido, el capitán Redmayne sufrió una grave conmoción nerviosa y también fue levemente atacado por los gases asfixiantes. ¿Ha notado usted algún síntoma revelador de que estas enfermedades hayan dejado rastros?

—Sí —contestó ella—. Todos los hemos notado. Mi madre fue la primera en advertir que Robert repetía sus dichos con frecuencia. Su carácter era excelente, pero la guerra lo había tornado brusco y cínico en algunos aspectos. Se impacientaba con facilidad y después de discutir o querellarse con alguien se sentía compungido y nunca le avergonzaba pedir disculpas.

—¿Se querellaba con frecuencia?

—Era muy porfiado y no hay que olvidar que había visto la guerra muy de cerca. Esto lo había endurecido un poco, y a veces decía cosas que desagradaban a los civiles. Por consiguiente, protestaba y se enfadaba.

—Disculpe la pregunta. ¿Lo quería usted mucho?

—Lo admiraba y ejercía sobre él bastante influencia. Robert poseía excelentes cualidades: mucho valor y sinceridad. Sí, lo amaba y estaba orgullosa de él. Creo que, con el tiempo, se hubiera tornado más tranquilo, menos excitable e impaciente. Los médicos le habían asegurado que desaparecerían por completo los efectos de su conmoción.

—¿Era hombre capaz de golpear o matar a un semejante?

La joven vaciló.

—Deseo ayudar a Robert —contestó—; por tanto, le diré que si lo provocaran mucho creo que se enfurecería; y estimo posible que, dominado por la pasión, llegara a golpear a un hombre. Había visto la muerte muchas veces, y el peligro lo dejaba absolutamente indiferente. Sí; puedo imaginarlo en trance de lastimar a un enemigo, o a un supuesto enemigo, pero no que haya hecho lo que suponen que hizo después; es decir, eludir las consecuencias de su mala acción.

—Sin embargo, tenemos el testimonio indiscutible de que ha tratado de ocultar un crimen; aunque todavía no podemos decir si cometido por él o por otro.

—Sólo me queda esperar y rogar al cielo que lo encuentren para bien de todos —

replicó ella—; pero si es verdad que se ha visto obligado a cometer un crimen tan horrendo, no creo que lo encuentren.

—¿Por qué no, señorita? Me parece que adivino. Lo que usted piensa también se me ha ocurrido. El suicidio.

Ella asintió con la cabeza y se llevó el pañuelo a los ojos.

—Sí; si el pobre Robert perdió la razón y luego la recobró para descubrir que había matado a un inocente en un momento de locura, procedería, si lo conozco bien, en una de las dos formas siguientes: se entregaría inmediatamente y explicaría lo sucedido, o se suicidaría.

—El móvil no siempre coincide con el crimen —observó Brendon—. Con frecuencia, una rápida y pasajera tempestad de ira ha destruido una vida, sin más intención criminal que la contenida en un rayo. En este caso, una tempestad así parece ser la única explicación admisible. Sin embargo, no veo cómo un hombre del tipo de Penrod puede haber despertado semejante ira. Hasta ahora, la declaración de Mrs. Penrod y las afirmaciones del inspector Halfyard, de Princetown, nos dicen que Michael Penrod era persona amable y tranquila, difícil de enfadar. El inspector Halfyard lo conocía mucho, porque lo había visto a menudo en el depósito de musgo donde trabajó durante dos años de guerra. Al parecer, no era hombre capaz de sacar de quicio al capitán Redmayne ni a nadie.

A continuación Marc relató su breve encuentro con Redmayne junto a las charcas de la cantera. Por algún recóndito motivo, esta anécdota afectó a Flora Reed, y el detective observó que se hallaba sinceramente conmovida.

La joven empezó a llorar y al rato se levantó y los dejó. En ausencia de la hija, los padres pudieron hablar con mayor libertad.

Mr. Reed, que parecía callado e indiferente, se tornó locuaz.

—Creo mi deber decirle —expresó— que a mi mujer y a mí nunca nos agradó este noviazgo. A mi entender, las intenciones de Redmayne eran buenas y el hombre tenía corazón. Era generoso y estaba enamorado de Flora. Desde el primer momento demostró su apasionamiento, y su cariño obtuvo respuesta. Pero nunca pude imaginarlo casado ni constante. Era vagabundo por naturaleza, y la guerra lo había vuelto, no diré que inhumano, pero sí inconsciente de sus obligaciones para con la sociedad, y de sus propios deberes como persona razonable que debe ayudar a reconstruir la quebrantada organización social de la vida. Vivía para el placer y la diversión de gastar dinero; y aunque no sostengo que hubiera sido mal marido, no veía en sus ideas sobre el porvenir lo necesario para formar un hogar estable. Había heredado alrededor de cuarenta mil libras, pero ignoraba el valor del dinero y no demostraba muy buen sentido en lo tocante a sus futuras responsabilidades.

Marc agradeció estos datos y les repitió que aumentaba en él el convencimiento de que el hombre se había suicidado.

—Cada hora que pasa acrecienta mi temor en este sentido —dijo—. En realidad, no veo solución más deseable, porque la alternativa, en el mejor de los casos, sería

Broadmoor; y es odioso pensar que un hombre que ha luchado por su patria, y luchado bien, termine sus días en un manicomio para criminales.

Durante dos días el detective permaneció en Paignton y dedicó toda su energía, inventiva y experiencia a la tarea de hallar a los desaparecidos. Pero ni vivos ni muertos aparecieron, y no llegó la menor información de Princetown ni de ningún otro lugar. Se repartieron fotografías de Robert Redmayne y pronto fueron colgadas en los tabloneros de anuncios de las comisarías del Oeste y el Sur, pero esta publicidad sólo dio por resultado dos capturas erróneas. Un vagabundo con grandes bigotes rojizos fue detenido en North Devon, y un recluta fue apresado en Devonport. Éste se parecía a la fotografía y había ingresado en un regimiento de línea, veinticuatro horas después de la desaparición de Redmayne. Ambos, sin embargo, lograron establecer su identidad en forma perfectamente satisfactoria.

Brendon se preparó para regresar a Princetown. Escribió a Mrs. Penrod, comunicándole su intención y anunciando su visita a la calle de la Estación para la tarde siguiente. Aconteció, empero, que su carta se cruzó con la de ella, y tuvo que alterar sus planes, porque Joanna Penrod se había marchado de Princetown a fin de reunirse con Benjamin Redmayne en su casa llamada «El nido del cuervo», situada más allá de Dartmouth. La carta de Joanna decía:

Mi tío me rogó que viniese, y acepté agradecida. Debo decirle que mi tío Benjamin recibió ayer una carta de su hermano Robert. Le pedí que me permitiera enviársela a usted, pero se niega a dármela. Me parece que mi tío está de parte del capitán Redmayne. Tengo la convicción de que no haría nada en el sentido de poner trabas a la ley, pero no está seguro de que sepamos todo lo que hay que saber sobre este terrible asunto. La gasolinera de «El nido del cuervo» estará en Kingswear Ferry mañana a las dos de la tarde, hora en que llega el tren, y espero que se halle usted aún en Paignton y que pueda venir unas horas.

Agregaba unas palabras de agradecimiento y expresaba su pesar porque la tragedia hubiera perturbado las vacaciones de Brendon.

Los pensamientos del detective derivaron por entero hacia ella y olvidó durante un rato el significado de su carta. Había esperado verla esa noche en Princetown. En cambio la hallaría mucho más cerca, en la casa del acantilado, más allá de Dartmouth.

Un rato después telegrafió diciendo que tomaría la lancha. Luego tuvo tiempo de sentirse disgustado, porque no le habían enviado la carta de Robert Redmayne. Reflexionó sobre la personalidad de Benjamin Redmayne.

«Un hermano es un hermano —pensó—, y es indudable que esa casa de viejo marino puede ser un excelente escondite para cualquier prófugo.»

Un indicio

Cuando Marc Brendon llegó a Kingswear Ferry había una gasolinera atracada al muelle. No conocía el famoso puerto, y aunque su mente estaba bastante ocupada, el detective conservaba libre todavía su facultad de percepción y pudo admirar el pintoresco río, las colinas que surgen sobre el estuario y la antigua ciudad situada en medio de arboladas laderas; como también el Real Colegio Naval que, dominando el conjunto, se eleva, con sus grandes bloques de albañilería blanca y roja, contra el fondo azul del cielo.

La embarcación que lo esperaba era perfecta en todos sus detalles. Estaba pintada de blanco y decorada con madera de teca. Los bronce y maquinarias relucían; los motores y el timón estaban colocados hacia proa y detrás de los camarotes y el salón un toldo se extendía sobre la popa. El único marinero encargado de la lancha se ocupaba de replegar dicho toldo en el momento en que Marc descendía hacia la embarcación; y cuando el hombre acabó su tarea, los ojos de Brendon brillaron al ver que ya había un pasajero a bordo; una mujer estaba sentada a popa y aquella mujer era Joanna Penrod.

Vestía de negro, y Marc, al saltar a bordo y saludarla, advirtió que aquellas ropas de luto eran fiel reflejo de su estado de ánimo. La joven se había convencido de que debía abandonar toda esperanza; sabía que era viuda porque la carta recibida por su tío así lo decía. Saludó amablemente al detective y le aseguró que se alegraba de que hubiera aceptado su invitación; pero Marc comprendió en seguida que la actitud mental de Joanna había cambiado. Ahora demostraba extrema indiferencia y profunda melancolía. El detective le dijo que le había enviado una carta a Princetown y pidió datos sobre la misiva del capitán Redmayne; pero ella no se mostró sensible a su ruego.

—Mi tío le dirá todo —afirmó—. Parece que su primera suposición es la correcta. Mi marido ha perdido la vida a manos de un loco.

—Sin embargo, señora, es increíble que un loco de esa clase, si está vivo, siga escapando de la policía. ¿Sabe usted de dónde viene esa carta? Hubieran debido comunicarnos la noticia inmediatamente.

—Así se lo dije a mi tío Benjamin.

—¿Está seguro su tío de que realmente es de su hermano?

—Sí; no cabe la menor duda. La carta fue enviada desde Plymouth. Pero, por favor, no me haga preguntas al respecto. No quiero pensar en ella.

—Supongo que cuida usted su salud y sé que está mostrándose valiente.

—Estoy viva —dijo ella—; sin embargo, mi vida ha terminado.

—No debe pensar ni sentir así. Permítame contarle algo que me consoló cuando lo oí en boca ajena al morir mi madre. Me lo dijo un viejo sacerdote: «Piense en lo que desearía el muerto y trate de complacerlo.» No parece gran cosa; pero, si se reflexiona, ayuda mucho.

La lancha era veloz y pronto se deslizó entre los históricos castillos que se erguían, en ambas orillas, a la entrada del puerto.

—Esta belleza y esta paz parecen intensificar mi pena. Cuando las personas sufren, deberían ir donde la naturaleza también sufre... A regiones tristes y desoladas.

—Convendría que se ocupase en algo. Procure distraerse con el trabajo... Trabaje; si es necesario, hasta quedar exhausta. No hay nada mejor que una ocupación mental o física cuando se sufre.

—Me receta una droga. Sería lo mismo que beber o tomar opio. Aunque pudiera, no eludiría mi dolor. Es un homenaje que debo a mi marido muerto.

—Usted no es cobarde. Tiene que vivir y hacer más feliz al mundo, porque vive.

Ella sonrió por primera vez y su sonrisa iluminó un instante su belleza, pero en seguida desapareció.

—Es usted bueno, generoso e inteligente —contestó. Luego cambió de tema y señaló al hombre de proa.

Estaba sentado, muy erguido, en el timón, y les daba la espalda. Se había quitado el gorro y cantaba suavemente para sí, apenas lo suficientemente alto como para oírlo por encima del ruido de los motores. El aria que entonaba pertenecía a una de las primeras óperas de Verdi.

—¿Se ha fijado en ese hombre?

Marc movió negativamente la cabeza.

—Es italiano. Nació en Turín, pero hace algún tiempo que trabaja en Inglaterra. Me parece más griego que italiano; no griego moderno, sino de la época clásica, de las épocas que estudiábamos en el colegio. Tiene cabeza de estatua.

Joanna dio una orden al marinero.

—Alejémonos cosa de una milla, Doria —dijo elevando la voz—. Deseo que Mr. Brendon vea la línea de la costa.

—Bien, bien, señora —contestó el hombre, y cambió el rumbo mar adentro.

Al oír la voz de Joanna se había vuelto, mostrando a Marc un rostro de gran belleza, afeitado, alegre y bronceado. Su contorno era clásico, pero carecía de la perfección sin alma del ideal griego. Los ojos negros y brillantes del italiano reflejaban inteligencia.

—Giuseppe Doria cuenta una maravillosa historia sobre sí mismo —prosiguió Joanna—. Mi tío Benjamin dice que, según afirma, descende de una antiquísima familia y es el último de los Doria de... No recuerdo... Un lugar cerca de Ventimiglia. Mi tío lo estima muchísimo. Espero que sea digno de tal confianza y que tenga un carácter tan honrado como agraciado es su físico.

—Por cierto que puede tener alcurnia. En su aspecto hay distinción, raza y

calidad.

—Además es inteligente... Sabe de todo, como la mayoría de los marineros.

Brendon admiró los variados encantos de la costa de Dartmouth; los riscos, los verdes promontorios, el rojo vivo de los acantilados de roca arenisca y los perlinos precipicios de piedra caliza que surgían sobre las aguas tranquilas. La embarcación se dirigió luego hacia el Oeste, atravesó un paisaje de rocas y pequeñas ensenadas con playas de arena, y a poco costó acantilados más altos y abruptos que se elevaban a ciento ochenta metros sobre el nivel del mar.

Encaramada en las alturas, como un nido de pájaro, se veía una casita con vetanas que miraban hacia el Canal de la Mancha. En el centro se elevaba una torre, y delante se extendía una meseta en la cual había un asta de bandera y un mástil, en cuya punta flameaba una enseña roja. Detrás de la casa se extendía un valle arbolado del cual descendía un camino; debajo de los acantilados que la rodeaban, rompían perezosamente las olas estivales, adornando la costa con un collar de espumas. Mucho más abajo de la casa, apenas sobre el nivel de la marea alta, se extendía una angosta playa cubierta de guijarros y más arriba había una caverna convertida en fondeadero de botes. Hacia allí se dirigieron Brendon y sus acompañantes.

La lancha acertó la marcha y encalló la proa en los guijarros. Doria detuvo el motor, lanzó a tierra una planchada y ayudó a Joanna y al detective a alcanzar la playa. El lugar parecía cerrado; pero detrás de un saliente de roca subían peldaños tallados en la piedra, formando una escalera completada con una baranda de hierro. Joanna tomó la delantera y Marc la siguió; después de subir doscientos escalones se hallaron sobre la terraza. Tenía cincuenta metros de largo y también estaba cubierta de guijarros marinos. Las bocas de dos cañoncitos de bronce apuntaban hacia el mar por encima del parapeto y, en el centro, el césped que rodeaba el mástil se hallaba cuidadosamente bordeado de una decoración de conchas.

—¿Quién que no fuera un viejo marino podría haber creado un lugar como éste?
—observó Brendon.

Un hombre de edad madura, que llevaba un catalejo debajo del brazo, se adelantó a recibirlos. Benjamin Redmayne era proporcionado y sólido, y su aspecto de hombre de mar era inequívoco. Usaba barba corta y patillas que empezaban a encanecer, pero no tenía bigote; su cabeza descubierta brillaba con el fulgor rojizo de sus cabellos. El rostro, curtido por la intemperie, era rubicundo y ligeramente amoratado en los pómulos; sus cejas tupidas sombreaban un par de ojos castaños hundidos y tristes. La expresión de la boca le comunicaba un aspecto malhumorado y belicoso, que parecía corresponder a su carácter. Por lo menos a Brendon no le demostró, al principio, mucha consideración.

—De modo que decidió venir —dijo estrechándole la mano—. ¿No hay noticias?

—Ninguna, Mr. Redmayne.

—¡Vaya, vaya! ¡Pensar que Scotland Yard no es capaz de encontrar a un pobre diablo que ha perdido el juicio!

—Podía habernos ayudado usted —expresó Marc con tono cortante—, si es verdad que ha recibido una carta de su hermano.

—¿Acaso no estoy haciéndolo ahora? Se la mostraré en seguida.

—Ha dejado pasar dos días.

Benjamin Redmayne refunfuñó.

—Entre y lea la carta —dijo—. No pensé que fracasarían ustedes. Todo es muy terrible, por cierto; ¡y que me parta un rayo si entiendo algo de todo esto! Pero una cosa está clara: mi hermano escribió la carta y la escribió desde Plymouth; y puesto que no ha sido hallado en Plymouth, no dudo de que ha logrado lo que quería.

Luego se volvió hacia su sobrina.

—Tomaremos el té dentro de media hora, Joanna. Entretanto, llevaré a Mr. Brendon al cuarto de la torre.

Joanna Penrod desapareció en el interior de la casa, y Marc y el marino la siguieron.

Cruzaron un vestíbulo cuadrado lleno de exóticas curiosidades coleccionadas por el dueño de casa. Luego subieron a una habitación grande y octogonal, semejante al fanal de un faro, que coronaba la vivienda.

—Mi atalaya —explicó Redmayne—. Cuando hace mal tiempo, paso aquí la mayor parte del día, y con aquel catalejo de ocho centímetros veo lo que sucede en el mar. Como usted ve, tengo una litera en ese rincón. A menudo duermo aquí arriba.

—Es casi como si estuviera a bordo —dijo Brendon, y la observación agradó a Benjamin.

—Así me parece y le diré que a veces hasta se mueve un poco. Nunca he visto olas más altas que las que rompían en estos acantilados durante el temporal del mes de marzo último. Le aseguro que nos sacudíamos hasta la quilla.

Se acercó a un rincón en que había un alto armario con llave, lo abrió y sacó un cofre de madera, cuadrado y de forma anticuada. Levantó la tapa y extrajo una carta que entregó al detective.

Brendon se sentó en una silla junto a la ventana abierta y leyó lentamente la esquila. La letra era grande y extendida, y las líneas subían levemente de izquierda a derecha, dejando en blanco el ángulo inferior derecho del papel. Decía lo siguiente:

Querido Ben: Todo ha terminado. He matado a Michael Penrod y lo he llevado donde sólo lo encontrarán el Día del Juicio. Algo me impulsó a hacerlo; pero sea como fuere, ahora lo siento..., no por él, sino por mí. Esta noche, si la suerte me ayuda, huiré a Francia. Si más adelante puedo enviar mi dirección, lo haré. Cuida a Joanna... Por fin está libre de ese sinvergüenza. Tal vez regrese cuando las cosas se hayan calmado. Cuéntales esto a Albert y a Flora.

Te abraza

R. R.»

Brendon examinó la misiva y el sobre.

—¿Conserva alguna otra carta..., alguna del pasado que pueda comparar con ésta? —inquirió.

Benjamin asintió con la cabeza.

—Supuse que me pediría eso —contestó y extrajo del cofre una segunda carta.

Contenía unas líneas en las que Robert Redmayne comunicaba su compromiso matrimonial y la letra era idéntica.

—¿Y qué cree usted que ha hecho su hermano? —preguntó Brendon, guardando en el bolsillo ambas misivas.

—Creo que hizo lo que se proponía. En esta época del año, todos los días de la semana hay una docena de pequeños barcos de carga españoles y bretones dedicados al transporte de la cebolla, atracados al muelle de Plymouth. Y si el pobre Robert llegó hasta allí, no habrá faltado quien aceptara el riesgo de esconderlo a cambio de una buena suma de dinero. De ser así, estaría tanto o más seguro que en cualquier otra parte a bordo de una de esas chalupas. Podría bajar en Saint-Malo, o en algún otro puerto de por allí, y librarse de la persecución de ustedes.

—Y hasta que descubrieran que está loco, no tendríamos más noticias de él.

—¿Por qué habrían de descubrir que está loco? —inquirió Benjamin—. Sin duda lo estaba cuando mató a ese inocente, porque sólo un loco pudo cometer una acción tan horrible y mostrarse tan astuto después..., con esa especie de astucia infantil que lo delató desde el principio. Pero no creo que siguiera dominado por la locura después de realizar lo que su mente desequilibrada lo impulsó a hacer. Si lo atrapara mañana, posiblemente hallaría que es tan cuerdo como usted mismo, en todo, menos en ese único punto. Había fomentado en su cerebro el odio que sentía contra Michael Penrod, porque lo consideraba cobarde. Y esta idea emponzoñó su mente en forma tal que no pudo reprimir su encono. Esta es mi opinión. Yo también despreciaba al pobre Penrod y me enfadé mucho con mi sobrina cuando se casó con él, contrariando nuestra voluntad; pero mis sentimientos no me hicieron perder la cabeza y me alegré cuando supe que Penrod era un hombre decente que hizo cuanto pudo para favorecer el éxito del depósito de musgo.

Brendon reflexionó.

—Su punto de vista es muy sensato —dijo—, y quizá tenga razón. Basándonos en esta carta podemos deducir que después de arrojar el cadáver al mar, en Berry Head, su hermano regresó a su alojamiento, se disfrazó en alguna forma y tomó el primer tren de Paignton a New Abbot, y otro de allí a Plymouth. Probablemente llegó a esta última localidad y se escondió antes de que empezáramos a buscarlo.

—Eso creo yo —repuso el marino.

—¿Cuándo lo vio por última vez, Mr. Redmayne?

—Hace alrededor de un mes. Vino a pasar el día en compañía de Flora Reed, la joven con quien iba a casarse.

—¿Estaba bien en ese momento?

Benjamin reflexionó y se rascó la barba rojiza.

—Bullicioso y charlatán, pero no advertí nada raro en él.

—¿Habló del matrimonio Penrod?

—Ni una palabra. Se dedicó por completo a su novia. Pensaban casarse a fines del otoño y emprender un viaje para visitar a mi hermano Albert.

—¿Cree usted que escribirá a Miss Reed cuando llegue a Francia?

—No sabría decirle. Suponiendo que dentro de poco lo detuvieran, ¿qué establecería la ley? Un individuo enloquece y comete un crimen. Más tarde lo prenden y está tan cuerdo como un juez. No es posible que lo ahorquen por lo que hizo cuando perdió el juicio y no es posible encerrarle en un manicomio si no está loco.

—El problema es interesante, no hay duda —admitió Brendon—; pero esté seguro de que la ley no dejará de ser previsor. Un loco homicida, aunque tenga intervalos de cordura, no andará suelto por ahí después de matar a un semejante.

—Bueno; nada más puedo agregar a lo dicho. Si tengo noticias de Robert avisaré a la policía; y supongo que si ustedes lo capturan, nos avisarán en seguida a mí y a su otro hermano. Lo que ha sucedido es horrible para la familia. Robert se comportó bien durante la guerra y recibió honores. Si está loco, quiere decir que la guerra lo enloqueció.

—Todo eso se tendría muy en cuenta, se lo aseguro. Lamento lo ocurrido, tanto por él como por usted, Mr. Redmayne.

Malhumorado, Benjamin lo miró por debajo de sus tupidas cejas.

—Si apareciera por aquí alguna noche, no me sentiría muy dispuesto a entregarlo a la muerte en vida en un manicomio.

—Apuesto lo que quiera a que cumpliría usted con su deber —replicó Brendon.

Bajaron al comedor, donde Joanna Penrod los esperaba para servir el té. Los tres guardaban silencio y Marc tuvo tiempo de observar a la joven viuda.

—¿Qué hará usted, señora? —preguntó al rato—. ¿Dónde podré encontrarla si necesito su ayuda?

—Estoy en manos de mi tío Benjamin —contestó Joanna mirando a Redmayne y no a Brendon—. Sé que me permitirá vivir aquí por el momento.

—Quiero que te quedes para siempre —declaró el viejo marino—. Ésta es tu casa ahora, Joanna, y estoy muy contento de que te encuentres aquí. Ahora no somos más que tres: tú, tu tío Albert y yo, porque no creo que volvamos a ver jamás al pobre Robert.

Una mujer de edad entró en el comedor.

—Doria desea saber a qué hora necesitan la lancha —dijo.

—En seguida, si es posible —rogó Brendon—. Hemos perdido mucho tiempo.

—Dígale a Doria que esté a bordo —ordenó Benjamin.

Cinco minutos más tarde Marc se despedía.

—Le comunicaré inmediatamente la noticia de la captura, Mr. Redmayne —

aseguró—. Si su pobre hermano vive aún, no es posible que siga mucho tiempo prófugo. Considerando la situación en que se halla, debe de sentirse atormentado y lleno de ansiedad; por su propio bien deseo que se entregue pronto o que lo encuentren, si no en Inglaterra, en Francia.

—Gracias —repuso el viejo marino con voz contenida—. Lo que acaba usted de decir es cierto. También lamento ahora esta tardanza. Si vuelvo a tener noticias de él, telegrafiaré a Scotland Yard o encargaré que lo hagan desde Dartmouth. Habrá advertido usted que he instalado un cable telefónico para comunicarme con el pueblo.

Estaban otra vez debajo del mástil, en la terraza, y Brendon contemplaba la línea rugosa de acantilados y los campos de cereales que ascendían en declive tierra adentro. La región era muy despoblada y sólo se veía, hacia el Oeste, la albardilla del tejado de una alquería solitaria, situada a casi dos kilómetros de distancia.

—Si recurre a usted (y me parece que lo hará), recíballo y avísenos —dijo Brendon—. Es una obligación muy dolorosa, por cierto; pero tengo la certeza de que la cumplirá, Mr. Redmayne.

La áspera actitud del viejo marino se había suavizado un poco en el transcurso de la visita del detective. Era evidente que la aversión natural que le inspiraba la profesión de Brendon no se extendía al policía como persona.

—El deber es el deber —dijo—, pero ruego a Dios que me aparte del que usted cumple. Si algo puedo hacer, confíe en que lo haré. No creo probable que Robert venga; tal vez trate de refugiarse en casa de Albert, allá en Italia. Adiós.

Redmayne volvió a la casa y Joanna, que se hallaba junto a ellos, acompañó a Brendon hasta los peldaños.

—No vaya a creer que detesto a Robert —le dijo—. El pobre infeliz me ha roto el corazón, eso es todo. Más de una vez he dicho tontamente que Michael había escapado a la guerra. Pero no... No es mi tío Robert quien mató a mi adorado marido: fue la guerra. Ahora lo comprendo.

—Es una suerte que sea usted tan sensata —contestó Marc en voz baja—. Admiro su extraordinaria paciencia y su valor, señora, y... haría por usted, y haré todo lo que la inteligencia humana sea capaz de hacer.

—Gracias, bondadoso amigo —repuso ella. Luego estrechó su mano y se despidió de él.

—¿Me avisará usted si se marcha de aquí? —preguntó Brendon.

—Sí..., puesto que me lo pide.

Se separaron y Marc bajó los escalones corriendo, casi sin verlos. Sentía que amaba, con toda su alma, a aquella mujer. La intensidad del sentimiento lo dominaba por completo, mientras la razón y el buen sentido protestaban.

Saltó a bordo de la lancha que lo esperaba y pronto navegaron velozmente rumbo a Dartmouth. Doria le hacía vehementes preguntas, pero el pasajero no se mostraba dispuesto a satisfacer su curiosidad. En cambio, le pidió algunos datos sobre su persona y descubrió que al italiano le encantaba hablar de sí mismo. Antes de que la

lancha llegara al muelle de Dartmouth, la egolatría y la frivolidad que demostraba Doria dejaron pensativo a Brendon...

—¿Por qué no ha regresado usted a su país ahora que ha terminado la guerra? —preguntó a Doria.

—No estoy en mi país, precisamente porque la guerra ha terminado, señor —repuso Giuseppe—. Luché contra Austria en el mar; pero ahora..., ahora Italia es un país desgraciado; por el momento, no es lugar para héroes. No soy un hombre cualquiera. Soy de noble linaje: el de los Doria de Dolceacqua, en los Alpes Marítimos. ¿Ha oído hablar de los Doria?

—Creo que no... No estoy muy fuerte en historia.

—En las orillas del río Nervia, los Doria poseían un poderoso castillo y gobernaban la tierra de Dolceacqua. Eran guerreros. Hubo un Doria que mató al príncipe de Mónaco. Pero las grandes familias son como las naciones: su historia es un leve montículo en el reloj de arena del tiempo. Surgen y se desmoronan por el proceso de su propia evolución. ¡Sí! El tiempo sacude el reloj de arena y desaparecen... hasta el último granito. Yo soy el último granito. Fuimos hundiéndonos gradualmente hasta el punto en que sólo he quedado yo. Mi padre conducía un automóvil de alquiler en Bordighera. Murió en la guerra y mi madre también ha muerto. No tengo más que una hermana. Se deshonró y supongo que no existe. No la conozco. Por consiguiente, quedo yo; y el destino de la poderosa familia depende sólo de mí; el destino de una familia que en un tiempo reinó soberana.

Brendon se hallaba sentado en la proa de la lancha junto al marinero y no podía menos que admirar la asombrosa belleza del italiano. Además, revelaba voluntad y ambición, junto con un franco cinismo que se manifestó en seguida.

—Hay familias que, como la suya, han estado a veces pendientes de un hilo —observó Marc—; el hilo de una única vida. Quizá ha nacido usted para revivir la buena fortuna de su casta, Doria.

—No hay «quizá». Es un hecho. Tengo un ángel tutelar que a veces me habla. He nacido para grandes proezas. Soy muy bien parecido; esto era necesario. Soy muy inteligente; esto también era necesario. Una sola cosa me separa del castillo en ruinas de mis antepasados, en Dolceacqua... Una sola cosa. Y está esperándome en alguna parte del mundo.

Brendon rió.

—Entonces ¿qué está haciendo en esta gasolinera?

—Haciendo tiempo. Esperando.

—¿Qué está esperando?

—Una mujer... A una esposa, a una amiga. Lo único que necesito es una mujer... con mucho dinero. Mi cara ganará su fortuna. ¿Comprende? Por eso vine a Inglaterra. En Italia no hay por ahora ricas herederas. Pero he dado un paso en falso aquí. Necesito codearme con lo mejor, donde abundan las grandes fortunas. Cuando habla el oro, todas las lenguas callan.

—¿No se engaña usted a sí mismo?

—No; sé lo que tengo en venta. Las mujeres se sienten atraídas por la belleza de mi rostro, señor.

—¿Sí?

—Es el tipo clásico antiguo que ellas adoran. ¿Por qué no? Sólo un tonto pretendería ser menos de lo que es. Un hombre tan dotado como yo, con sangre noble y antiguo abolengo en las venas, es decir, lo mejor de lo mejor, romántico y capaz de amar como sólo puede hacerlo un italiano, un hombre así tiene que encontrar una mujer espléndida y muy rica. Es sólo cuestión de paciencia. Pero ese tesoro no se encuentra en las inmediaciones de este viejo lobo de mar. No tiene mucha alcurnia. Yo no lo sabía. Antes de venir aquí hubiera debido verlos a él y su casucha. Volveré a poner un anuncio y entraré en ambientes más elevados.

Brendon halló que sus pensamientos se centraban por entero en Joanna Penrod. ¿Estaba dentro de los límites de lo posible que ella, cuando el transcurso del tiempo atenuara el sufrimiento causado por su dolorosa pérdida, detuviera la mirada en aquel extraordinario individuo? Marc se lo preguntaba; pero le parecía poco probable. Además, el último de los Doria aspiraba, evidentemente, a obtener posición más elevada y mayor fortuna que las que podía proporcionarle la viuda de Michael Penrod. Marc sintió desprecio por aquel curioso ser que violaba, con tanta franqueza y jovialidad, las normas inglesas de reserva y modestia. No obstante, le impresionaba la seguridad y el sentido de su propio valer que el otro mostraba.

Se alegró de dejar a Doria en el desembarcadero después de darle cinco chelines. Pero Giuseppe torturaba su mente. Podía uno desaprobar su arrogancia o admirar su belleza física; pero era imposible no sentirse influido por su vitalidad y su dinamismo.

Poco después Brendon llegó a la comisaría y se apresuró a comunicarse con Plymouth, Paignton y Princetown. A esta última localidad envió órdenes especiales y pidió al inspector Halfyard que visitara a Mrs. Gerry, en la calle de la Estación, y revisara minuciosamente el cuarto que había ocupado allí Robert Redmayne.

Robert Redmayne aparece

Una sensación de irrealidad se apoderó de Marc Brendon después de esta etapa de la investigación. Llegaría la hora en que el falso ambiente en el cual se movía sería despejado por una mente más poderosa que la suya. Vagamente tenía conciencia de que un error fundamental lo había impulsado hacia el camino erróneo, de que recorría a tientas un callejón sin salida y de que había perdido el único sendero que podía llevarlo a la realidad.

Se trasladó, por la mañana, de Paignton a Plymouth y dirigió allí una investigación minuciosa y enérgica. Pero demasiado sabía que llegaba tarde; tenía la certeza de que si Robert Redmayne vivía no estaba en Inglaterra. Regresó a Princetown para revisar nuevamente el lugar; aun cuando comprendía la inutilidad de su esfuerzo, era necesario proseguir la rutina. Las huellas de pies desnudos en la arena estaban cuidadosamente protegidas. Resultaron demasiado borrosas, lo que impidió distinguirlas; no obstante, Marc comprobó que eran las huellas dejadas por dos hombres, o quizá tres. Recordó que Robert Redmayne había dicho que nadaba en las charcas e intentó probar la presencia de tres pisadas diferentes; pero no lo consiguió.

El inspector Halfyard, que había seguido muy de cerca los pormenores del caso, echaba toda la culpa a Benjamin, el hermano del asesino desaparecido.

—Nos entretuvo premeditadamente —afirmaba— y estos días perdidos nos ponen en aprietos. Ahora el criminal estará en Francia, o tal vez en España.

—Hemos enviado detalles completos del caso —explicó Brendon; pero el inspector no daba importancia a esta medida.

—Sabemos que la policía extranjera rara vez atrapa a un prófugo —dijo.

—Sin embargo, éste no es un prófugo común. Sigo creyendo que está loco.

—Si así fuera, ya lo habrían prendido. Y esto, en mi opinión, hace que lo que antes parecía simple se convierta en un enigma cada vez más impenetrable. No creo que el hombre estuviera loco. Creo que sabía muy bien lo que hacía; y, si estoy en lo cierto, tendrá que empezar de nuevo, Brendon, y descubrir el móvil del crimen. Partiendo de la base de que se trata de un asesinato premeditado y mucho más hábilmente planeado de lo que al principio parecía, será menester hurgar en el pasado y encontrar qué motivos tuvo Redmayne para cometerlo.

Brendon no se convencía.

—No estoy de acuerdo con usted —replicó—. Se me había ocurrido esa hipótesis, pero la encuentro demasiado inverosímil. Sabemos, por testimonios imparciales, que los dos mantenían cordiales relaciones hasta el momento en que partieron juntos en la

motocicleta de Redmayne, la noche del suceso.

—¿Qué testimonio imparcial? Supongo que no calificará de imparcial la declaración de Mrs. Penrod.

—¿Por qué no? Tengo la certeza de que lo es; pero me refiero ahora a lo que dijo en Paignton Flora Reed, novia de Robert Redmayne. Me explicó que él le había escrito comunicándole la opinión enteramente modificada que tenía de Penrod; también le decía que había invitado a su sobrina y al marido para las regatas de Paignton. Más aún: tanto Miss Reed como sus padres manifestaron claramente que Redmayne era de naturaleza excitable y caprichosa. A decir verdad, Mr. Reed no aprobaba esa boda. Al describir a Redmayne dijo que su cerebro podía pasar muy fácilmente la línea divisoria entre la razón y la locura. No, Halfyard, no hay teoría alguna que se mantenga en pie; excepto la de un colapso mental. La carta que escribió al hermano lo confirma. La letra misma revela su falta de freno y de dominio.

—¿Era realmente su escritura?

—La comparé con otra carta que me mostró Benjamin Redmayne. Es una letra muy peculiar. A mi entender, no hay lugar a dudas.

—¿Qué hará usted ahora?

—Volveré a Plymouth y haré averiguaciones a bordo de los barcos de carga. Van y vienen y es fácil saber cuáles salieron de Plymouth en los días que siguieron a la carta de Redmayne. Probablemente regresarán con otro cargamento dentro de una o dos semanas. No costará mucho identificarlos.

—Es una empresa quimérica, Brendon.

—Me parece que la investigación entera lo ha sido desde el principio. No hemos acertado con la verdadera clave. ¿Cómo pudo escapar, sin que nadie lo viera en el camino, el hombre que partió de Paignton, con aquel traje y el chaleco rojo, la mañana siguiente del crimen?... El hecho contradice a tal punto la experiencia y la lógica que no puedo fiarme de las apariencias.

—Efectivamente... En alguna parte existe una contradicción; eso, precisamente, es lo que quiero decirle; tarde o temprano descubrirá usted si la culpa es nuestra, o si nos han jugado una mala pasada para desviarnos de la meta. Sea como fuere, me parece que nada más podemos hacer aquí.

—Nada más —admitió Brendon—. Hemos cumplido con la rutina y hemos perdido mucho tiempo. En confianza, le diré que estoy algo avergonzado de mí mismo, Halfyard. Seguramente se me ha escapado algo... Algo que era lo más importante. En alguna parte ha de haber un letrero indicador que no he visto.

El inspector asintió con la cabeza.

—Así ocurre a veces... La fatalidad nos provoca cruelmente y luego se burlan de nosotros y preguntan para qué ganamos un sueldo. De cuando en cuando, como usted dice, un caso claro como la luz del día ofrece una señal de peligro; sin embargo, debido a que corremos detrás de otros indicios o a que nos aferramos a la teoría que

nos parece exacta, no vemos el punto vital y verdadero hasta que nos damos de narices contra él. Y entonces, tal vez, es demasiado tarde y hacemos el papel de tontos.

Brendon admitió la verdad de estas observaciones basadas en la experiencia.

—Sólo caben dos hipótesis —dijo—: o fue un asesinato sin motivo, y la falta de móvil significa demencia, o existía una razón poderosa para cometerlo, y Redmayne mató a Penrod después de planear largamente el crimen y la forma de escapar. En el primer caso lo hubiéramos hallado, a menos que se haya suicidado con tanta astucia que no podemos encontrar el cadáver. En el segundo supuesto se trataría de un pájaro de cuenta y el viaje a Paignton y la desaparición del cuerpo (que parecen procedimientos de loco) habrían sido tramados con extraordinaria pericia. Pero si vive, loco o cuerdo, creo que ha hecho lo que anunciaba en su carta al hermano; es decir, ha escapado a un puerto francés o español. Por tanto, mi próximo paso será tratar de encontrar el barco que lo llevó.

Y así lo hizo. Al día siguiente partió hacia Plymouth, alquiló un cuarto en una posada de marineros situada en el Barbican y, con ayuda de las autoridades portuarias, investigó los viajes de una docena de pequeñas embarcaciones que habían anclado en Plymouth durante los días posteriores al crimen.

Dedicó un mes de ardua labor a esta etapa de la investigación, pero sus averiguaciones no dieron resultado. Ninguno de los capitanes de los barcos sospechosos pudo proporcionar la menor información; y, pese a la vigilancia ejercida, ni la policía del puerto ni habitante alguno de Plymouth habían visto a nadie que se asemejase a Robert Redmayne.

Finalmente el detective fue llamado a Londres y tuvo que soportar francas burlas por su fracaso; pero como no ocultaba su propia desilusión, cosa poco habitual en él, desarmó las bromas gastadas a sus expensas. El caso presentaba, en apariencia, tan pocas dificultades, que el total fracaso de Brendon asombraba a su jefe. No obstante, aceptó la opinión de Marc: Robert Redmayne no se había alejado de Inglaterra, sino que se había suicidado, probablemente poco después de despachar en Plymouth la carta para Benjamin.

Muchos otros problemas reclamaban la atención de la policía y, poco después, Brendon se hallaba dedicado a la tarea de dilucidar un robo de diamantes cometido en las Midlands. Pasaron los meses, el paradero del cadáver de Michael Penrod seguía en el misterio y el pequeño mundo de Scotland Yard archivó el caso en un casillero, en tanto que el mundo más grande lo olvidó por completo.

Mientras tanto, con sensación de alivio, Marc Brendon se preparó a afrontar lo que había surgido del episodio de Dartmoor, permitiéndose, al mismo tiempo, desinteresarse de los acontecimientos propiamente dichos. Quedaba Joanna Penrod, y Marc se hallaba profundamente preocupado por ella. A decir verdad, aparte de la diaria obligación del trabajo, ella llenaba su mente, excluyendo todo lo demás. Deseaba con vehemencia verla otra vez, pues aunque le había escrito durante la

investigación, teniéndola al corriente de sus actividades, no existía pretexto para seguir haciéndolo. Ella había contestado a sus cartas; pero en sus breves respuestas, a pesar de los ruegos de Marc, nunca le había enviado noticias de sí misma, ni de sus futuros proyectos. Sólo una cosa le había comunicado: que estaba terminando la casita de Foggintor, conforme al plan original de su marido, y buscando un posible comprador. En su carta decía lo siguiente:

No puedo volver a Dartmoor, porque allí he pasado las horas más felices, y también las más desgraciadas, de mi vida. Nunca volveré a ser tan dichosa y espero que jamás sufriré tan indeciblemente como durante los últimos meses.

Marc relejó esta frase muchas veces y pesó cada palabra. Dedujo que, aunque Joanna Penrod comprendía que su mayor dicha había terminado para siempre, abrigaba la esperanza de que algún día su desesperación fuera reemplazada por una tranquila felicidad.

Brendon se asombraba de este estado de ánimo. Supuso que Joanna habría elegido mal las palabras y que el consuelo que tácitamente expresaban no era fiel reflejo de la realidad. Había calculado que transcurriría, por lo menos, un año, y no apenas cuatro meses, antes de que se atenuara su terrible aflicción. Estaba seguro de ello y sacó la conclusión de que atribuía a aquellas palabras una intención que Joanna no había querido darles. Ansiaba verla y estaba planeando la forma de hacerlo, cuando la suerte le ofreció una oportunidad.

Cierto día de mediados de diciembre encargaron a Brendon que detuviera a dos rusos que desembarcarían en Plymouth, procedentes de Nueva York. Después de identificarlos y atestiguar sus anteriores actividades en Inglaterra, se vio con unos días libres por delante. Sin previo aviso siguió viaje a Dartmouth, durmió allí esa noche y, a las nueve de la mañana siguiente, salió y se dirigió a «El nido del cuervo».

Su corazón latía con violencia; dos pensamientos dominaban su ritmo, porque no sólo experimentaba el intenso anhelo de ver a la joven viuda, sino que, por otras razones, deseaba también sorprender a la pequeña comunidad del acantilado. Persistía en su mente la vaga sospecha de que Benjamin Redmayne estuviera prestando ayuda a su hermano. Aunque la idea era imprecisa, no la había descartado por completo, y más de una vez había pensado en la conveniencia de una visita por sorpresa como la que ahora estaba a punto de efectuar.

No obstante, mientras ascendía las altas cuestas situadas al oeste del estudio fluvial, sus sospechas parecieron disminuir; y cuando al cabo de dos horas de marcha llegó a un sitio desde donde se divisaba «El nido del cuervo», entre las cimas de los acantilados y el mar invernal y grisáceo, no había en su mente otra cosa que la anticipada visión de Joanna Penrod.

Llegaba, ignorando los acontecimientos asombrosos que lo esperaban, sin adivinar siquiera que antes de terminar aquel día, tanto la historia de su sueño secreto

como la crónica del crimen de la cantera estaban destinadas a prolongarse con el añadido de importantísimos incidentes.

El camino corría sobre los acantilados y alrededor de Marc se extendían los campos amarillentos y desnudos bajo el cielo invernal. Aquí y allí una gaviota chillona volaba por encima de su cabeza y la única otra señal de vida en aquella soledad era un campesino que se arrastraba detrás de su arado, mientras a sus espaldas revoloteaba una bandada de aves marinas. Brendon divisó, por fin, un portón blanco que daba a la carretera y comprendió que había llegado a su destino. Sobre el portón, en letras grabadas en una placa de bronce, se leía: «El nido del cuervo», y encima del letrero se elevaba un poste con un receptáculo destinado a colocar un farol durante la noche. El camino que llevaba a la casa descendía en brusca pendiente y, muy abajo, Marc vio el mástil y el cuarto de la torre que surgían sobre el edificio. En aquel día sombrío, el desamparo y la melancolía parecían rodear el lugar. El viento suspiraba y movía, comunicándoles un temblor de luz, las briznas secas del césped; el horizonte estaba oculto detrás de la niebla y entre la baja bruma color ceniza se asomaba al mar, en cuya superficie se agitaban millares de monótonas y diminutas olas, manchadas aquí y allí por bordes de espuma.

Mientras bajaba, Marc vio a un hombre que colocaba en el jardín una cerca de red metálica de sesenta centímetros de altura, con el objeto evidente de proteger de los conejos los macizos de flores cultivadas que habían sido extraídos del barranco verde del vallecito.

Oyó a alguien que cantaba y reconoció a Doria, el marinero. A cincuenta metros del hombre Marc se detuvo y aquél, abandonando su trabajo, se le acercó. Iba sin sombrero y fumaba un cigarro toscano provisto de su correspondiente anillo de papel con los colores italianos.

—¡Es Mr. Brendon, el sabueso! —exclamó Doria reconociéndolo—. ¿Trae noticias para mi amo?

—No, Doria, ninguna noticia, desgraciadamente; pero andaba por aquí cerca..., de nuevo en Plymouth, y se me ocurrió hacerles una visita a Mrs. Penrod y a su tío. ¿Por qué me llamó sabueso?

—Leo libros de crímenes en los que los detectives son «sabuesos». Es una expresión norteamericana. Los italianos decimos «esbirros», y los ingleses «oficial de policía».

—¿Cómo están todos?

—Muy bien. El tiempo pasa, las lágrimas se secan, la Providencia vela.

—¿Y todavía busca usted a la mujer rica que recobrará el castillo del último de los Doria?

Giuseppe rió, luego cerró los ojos y aspiró su maloliente cigarro.

—Ya veremos. El hombre propone y Dios dispone. Hay un dios llamado Cupido, señor, que remueve nuestros planes, así como aquel arado remueve las moradas secretas de los gusanos.

El pulso de Marc se aceleró. Adivinaba lo que Doria quería insinuar y se sentía preocupado, pero no sorprendido.

—La ambición bien puede ceder ante la belleza —prosiguió el otro—. Los castillos de antaño bien pueden desmoronarse, arrastrados por la marea del amor, a semejanza del edificio de arena de un niño junto al mar. ¡Demasiado lo sabemos!

Doria suspiró y clavó la mirada en Brendon. El italiano lucía una camiseta ajustada, de lana color castaño, y lo pintoresco de su figura se destacaba contra el fondo oscuro del cielo. El otro nada tenía que decir y se dispuso a bajar. Comprendía lo que había ocurrido; pero el objeto de su preocupación era Joanna Penrod y no el romántico personaje que estaba frente a él. El hecho de que aquel extranjero se encontrase aún allí, aislado en el lugar solitario, era para Marc tan explícito como las palabras que había pronunciado. Por algo se hallaba encadenado a «El nido del cuervo», manteniendo en suspenso sus grandes ambiciones. No obstante, el detective fingió no comprender el significado de la confesión de Doria.

—Un amo bueno, ¿eh? Supongo que el viejo lobo de mar es excelente amigo cuando uno respeta sus pequeñas manías.

—Es todo cuanto puedo desear y me demuestra simpatía, porque lo comprendo y lo halago. Todo hombre es un león en su propia cueva. Redmayne gobierna; en realidad, ¿de qué le sirve el hogar al hombre si no es para mandar y dar órdenes? Somos amigos. Sin embargo, es probable que no lo seamos por mucho tiempo, cuando...

Se interrumpió bruscamente, echó una densa bocanada de humo y regresó a su red metálica. Pero se volvió un momento hacia Brendon, mientras éste se alejaba.

—Madona está en casa —gritó, y Marc comprendió a quién se refería.

Cinco minutos después llegaba a «El nido del cuervo», y Joanna Penrod le daba la bienvenida.

—Mi tío está en la torre —dijo—. Lo llamaré en seguida. Pero dígame primero si trae alguna noticia. Me alegra mucho verlo..., ¡mucho!

Estaba agitada, y sus grandes y húmedos ojos azules brillaban. Parecía más hermosa que nunca.

—Nada nuevo, señora. Por lo menos... No, absolutamente nada. He agotado todas las posibilidades. Y usted... Usted tampoco tiene noticias, porque si las tuviera me las habría comunicado.

—Ninguna —admitió ella—. Si mi tío Benjamin supiera algo, me lo habría dicho. Estoy segura de que Robert Redmayne ha muerto.

—Yo también lo creo. Cuénteme cómo le ha ido a usted, si no es impertinencia preguntárselo.

—Ha sido usted muy bueno conmigo: le aseguro que siento gran aprecio por usted. Estoy muy bien. Tengo la vida por delante y he encontrado el modo de ser útil aquí.

—¿Está contenta entonces?

—Sí. El contento es muy pobre sucedáneo de la felicidad; pero estoy contenta.

Marc ansiaba hablar con mayor intimidad, pero no hallaba pretexto para hacerlo.

—¡Cómo me alegraría poder trocar su contento y convertirlo de nuevo en felicidad! —le dijo.

—Gracias por tan amistoso deseo —dijo ella, sonriéndole—. Estoy segura de que es sincero.

—Ya lo creo que sí.

—Tal vez vaya a Londres algún día, y entonces le permitiré que me proteja un poco.

—Ojalá sea pronto.

—Pero me siento desconcertada y sin ánimo todavía. Tengo fuertes recaídas y a veces hasta la voz de mi tío me resulta insoportable. En tales ocasiones me encierro. Me encadenó por algún tiempo, como si fuera una criatura salvaje, hasta que recobro la paciencia.

—Debería tratar de distraerse.

—Aunque no lo crea, hasta en este sitio abundan las distracciones. Giuseppe Doria canta para mí y salgo de cuando en cuando en la lancha. Siempre viajo por mar cuando tengo que ir a Dartmouth a hacer encargos de mi tío y a buscar las provisiones para la casa. En la primavera me dedicaré a criar pollos.

—El italiano...

—Es un caballero, Mr. Brendon... Un gran caballero, sin duda. No lo comprendo bien; pero no corro peligro con él. No es capaz de cometer ninguna bajeza ni deslealtad; se confió a mí apenas llegué. Soñaba con encontrar a una mujer rica, que lo amara y le permitiese rescatar el castillo de los Doria en Italia y reconstruir la familia. Es romántico y estoy convencida de que su energía y curioso atractivo conseguirán algún día lo que desea.

—¿Conserva todavía esa ambición?

Durante un segundo, Joanna guardó silencio. A través de la ventana sus ojos miraban hacia el mar.

—¿Por qué no? —preguntó.

—Tengo entendido que es hombre de quien las mujeres se enamoran fácilmente.

—¡Oh, sí!... Su belleza física es extraordinaria y posee una mentalidad superior.

Marc sentía el impulso de prevenirla; pero comprendió que cualquier consejo de su parte sería una impertinencia. Joanna, sin embargo, parecía leer sus pensamientos.

—Nunca volveré a casarme —dijo.

—Nadie se atrevería a pedirle que lo hiciera... Nadie que conozca lo que usted ha sufrido. Quiero decir, hasta después de mucho tiempo —agregó Brendon con torpeza.

—Comprenda usted —contestó ella, tomándole impulsivamente la mano—. Creo que existe un abismo entre nosotros los anglosajones y los latinos. Éstos tienen una mentalidad más ágil que la nuestra. Están ávidos de obtener el máximo de lo que ofrece la vida. En muchos aspectos, Doria es un niño; pero un niño deliciosamente

poético. Creo que Inglaterra lo hiela un poco; pero jura que no existen mujeres ricas en Italia. A pesar de todo, ansía estar allí. Supongo que volverá pronto a su patria. Se irá de aquí en la primavera... Así me lo ha confiado; pero no lo diga usted, porque mi tío lo estima mucho y lo afligirá perderlo. Doria es habilísimo y nos adivina el pensamiento en forma milagrosa.

—Muy bien; no quiero que pierda usted más tiempo por causa mía.

—Esté seguro de que no lo pierdo. Me alegra mucho, pero mucho, verlo, Mr. Brendon. ¿Se quedará a almorzar? Almorzamos a las doce.

—¿Puedo hacerlo?

—Se lo ruego. Y también que se quede a tomar el té. Suba ahora a ver a mi tío Benjamin. Lo dejaré una hora con él. Luego estará listo el almuerzo. Doria siempre nos hace compañía. ¿No le importa, verdad?

—¡El último de los Doria! ¡Creo que nunca he comido en tan encumbrada compañía!

Joanna lo condujo por la escalera hasta el refugio del viejo marino.

—Mr. Brendon ha venido a visitarnos, tío Benjamin —dijo, y Redmayne se apartó del gran catalejo.

—Se acerca un vendaval —anunció—. El viento ha virado un poco hacia el Sur. El tiempo está malo ya en el Canal.

Estrechó la mano de Brendon y Joanna se retiró. Benjamin se mostró contento de ver a Marc; pero, al parecer, su interés por su hermano había disminuido. No mencionó a Robert Redmayne; abordó otros temas que ocupaban su pensamiento y lo hizo en forma tan directa que asombró al policía.

—Soy hombre rudo —dijo—, pero me mantengo alerta para observar de dónde sopla el viento; y me costó poco advertir, cuando vino usted aquí el verano último, que mi sobrina le agradaba. Según parece, pertenece al tipo de mujer que hace perder la cabeza a los hombres. Por mi parte, desde que mi madre dejó de alimentarme, nunca tuve necesidad de mujer alguna; y siempre he desconfiado de esas sirenas, porque he visto a muchos de mis compañeros encallar en las rocas por culpa de ellas. Pero confieso que Joanna ha hecho más comfortable mi casa y creo que siente afecto por mí.

—Naturalmente, señor.

—Espere que termine de hablar. En estos días me enfrento con un problema muy enojoso, porque mi brazo derecho, Giuseppe Doria, ha puesto sus ojos en Joanna; él no tiene precio como soltero y ella es valiosísima sola; pero si el pícaro la convence y consigue que ella se enamore de él, se casarán el año próximo y tendré que despedirme de los dos.

Esta confidencia molestó mucho a Marc.

—En su lugar —dijo—, le haría a Doria una insinuación inequívoca. Sabe mejor que nosotros lo que se considera de buen tono en Italia; y si no lo sabe, debería saberlo, puesto que es un caballero. Dígale que es de muy mal tono cortejar a una

viuda reciente..., en especial si ésta amaba a su marido con locura, como es el caso de su sobrina que, además, se ha visto separada de él en trágicas circunstancias.

—Me parece bien y, si sólo se tratara de una de las partes, quizá lo haría; aunque, a decir verdad, temo que Doria no permanezca mucho tiempo aquí. No me lo ha dicho; pero veo que Joanna es lo único que lo retiene. También es menester pensar en ella. No diré que lo alienta, ni nada por el estilo. Evidentemente no lo hace. Pero como le dije, tengo bien abiertos los ojos, y es inútil negar que tolera de buena gana su compañía. Es hombre espléndido y atrayente, y ella es joven.

—Tenía entendido que buscaba una heredera... con bastante dinero para restaurar las perdidas glorias de su familia.

—Así era y, por supuesto, sabe que no podrá hacerlo con las veinte mil libras de Joanna. Pero el amor, más que el temor, vence muchas cosas. Aniquila la ambición (aunque sólo sea por un momento) y pone al hombre en situación de desventaja en la carrera de la vida. Actualmente Doria sólo quiere a Joanna Penrod y, si no me equivoco, la conseguirá. Nada me importaría si se quedaran conmigo y si siguiéramos como ahora; pero esto, como es natural, no podría ser. Doria se ha convertido en amigo. Cumple con creces su obligación, pero más que sirviente es un huésped y lo echaré mucho de menos cuando se vaya.

—Es difícil saber qué podría usted hacer, Mr. Redmayne.

—Muy difícil. No deseo interponerme entre mi sobrina y su felicidad; y, sinceramente, no me atrevería a asegurar que Doria no sería un buen marido, aunque los buenos maridos son raros en todas partes y creo que, más que en ninguna, en Italia. No sería raro que ese hombre cambiara de opinión después de un año de casados y ansiara otra vez el logro de sus ambiciones y el dinero para ponerlas en práctica. Algún día, Joanna será rica, porque tarde o temprano nos entregarán el dinero del pobre Robert; luego tendrá el mío y el de su tío Albert; al menos si las cosas no cambian. Pero, analizando a fondo la cuestión, preferiría que no se casaran. Le digo estas cosas porque es usted célebre y porque sus antecedentes revelan que posee excelente criterio.

—Agradezco la confidencia y se la corresponderé con otra —contestó Brendon, después de reflexionar un instante—. Admiro fervientemente a Mrs. Penrod. Además de ser asombrosamente bella, tiene una naturaleza bondadosa y encantadora. Semejante distinción de carácter es garantía de que nada sucederá por el momento. Su sobrina se mantendrá fiel, durante muchos meses, al recuerdo de su marido muerto. Y quizá definitivamente.

—No creo —afirmó Benjamin—. No dudo de que el plazo se extenderá hasta el año próximo, o tal vez más. Pero el hecho es que están diariamente juntos y aunque Joanna se cuidaría mucho de mostrarme sus sentimientos, y acaso hasta de confesárselos a sí misma, estoy convencido de que Doria vencerá.

Brendon no contestó. Se sentía descorazonado y no lo ocultaba.

—Créame, preferiría mil veces que fuera un inglés —siguió diciendo el marino

—; pero no hay nadie por estos contornos capaz de rivalizar con Doria. Giuseppe corre la carrera solo —luego cambió de tema—. ¿No hay noticias de mi pobre hermano?

—Ninguna, Mr. Redmayne.

—Confiaba en que hallaría otra explicación a aquella horrible cosa. ¿Se probó que la sangre era humana?

—Sí.

—Otro secreto del mar, entonces, en lo que respecta a Penrod. En cuanto a Robert, el Día del Juicio Final se sabrá dónde descansan sus huesos.

—También tengo la convicción de que ha muerto.

Minutos más tarde sonó un gong y los dos hombres bajaron al comedor. Giuseppe Doria tomó la palabra mientras los cuatro hacían honor a un sustancioso almuerzo. Se mostró muy egoísta y encantado de relatar sus pintorescas ambiciones, a pesar de su confesión de que las había modificado.

—Pertenezco a una familia que, en determinada época, dominaba la Italia occidental —declaró—. En el centro, hacia el interior, entre Ventimiglia y Bordighera, se halla situada nuestra vieja fortaleza, al pie de las montañas y junto al río. Un antiguo puente, en forma de arco iris, se extiende sobre el Nervia; las casas suben por los montes entre viñedos y olivares y, dominando el conjunto, se alzan las austeras ruinas del poderoso castillo de los Doria, fantasma de un magnífico pasado. En medio del bullicio y de los asuntos humanos, secularmente apartado de las preocupaciones de los hombres, se eleva, hueco y vacío, mientras la vida se agita a su alrededor como el mar que rompe al pie de estos acantilados. El pueblo lo invade; lo invaden los humildes que antaño se arrodillaban con la cabeza descubierta delante de mis antepasados. ¡Los de baja esfera se pasean por nuestros grandes salones; los habitantes del pueblo secan su ropa en nuestros pisos de mármol; los niños juegan en los gabinetes de los grandes consejeros, los murciélagos vuelan a través de los ventanales junto a los cuales se han sentado princesas llenas de esperanza o de temor!

»Mi familia —prosiguió— descendió muchos escalones, y mi abuelo se vio obligado a adoptar el oficio de leñador y a transportar con dos mulas carbón de leña de las montañas. Mi tío cultivaba limones en Menton y ahorró varios miles de francos; pero su mujer los despilfarró. Ahora quedo yo solo, el último del linaje, y el solar de los Doria está en venta desde hace mucho tiempo.

»El castillo y el título van unidos; ésta es nuestra grotesca costumbre italiana. Cualquier carnicero o comerciante en manteca puede mañana convertirse en conde de Doria, si tiene los bolsillos bastante llenos. Pero la salvación está en que, pese a lo barato que cuestan el título y la propiedad, restaurar las ruinas y devolverlas a su antigua magnificencia exige la fortuna de un millonario.»

Siguió charlando y después del almuerzo encendió uno de sus cigarros toscanos, bebió un coñac especial que Redmayne ofreció en honor de Brendon y luego se marchó.

Hablaron de él y Marc observó con especial curiosidad la actitud de Joanna; pero ésta no mostró mucho interés por el italiano y se limitó a alabar su voz, su adaptabilidad y su buen carácter.

—Es hábil para todo —dijo—. Se disponía a pescar esta tarde, pero como el mar está muy agitado, trabajará en el jardín.

Luego expresó su esperanza de que Doria hallara una mujer rica y alcanzara la cima de su ambición. Era evidente que aquel hombre no formaba parte de ninguno de sus planes para el futuro. Pero, refiriéndose a él, dijo una cosa que sorprendió a Marc.

—No le gustan las mujeres —declaró—. Me enfada a veces la actitud despectiva que tiene hacia mi sexo. Es igual o peor que mi tío Benjamin, quien se ha convertido en un solterón empedernido. Dice: «A las mujeres, los curas y las gallinas nada les basta.» Pero sostengo que los hombres son mucho más voraces que las mujeres y que siempre lo han sido.

El marino rió y salieron a la terraza; estuvieron allí hasta que se insinuaron las primeras sombras del crepúsculo vespertino. No había estallado aún la tormenta y una luz ígnea se extendió por el Oeste; durante un rato el viento huracanado despejó casi por completo el cielo. Luego, cuando el faro de Start abrió su ojo blanco y centelleante sobre el color púrpura que se intensificaba sobre el mar y las olas embravecidas acrecentaron su estruendo, los tres regresaron a la casa y Redmayne mostró a Brendon sus colecciones de curiosidades. Tomaron el té a las cinco y media y una hora más tarde el detective se marchó.

Lo habían invitado a que volviera cuando quisiese; el viejo marino le había asegurado que en cualquier momento tendría gran placer en recibirlo como huésped. Esta proposición tentaba no poco a Brendon.

—Ha hecho usted maravillas —le dijo Joanna mientras le acompañaba hasta el portón exterior—. Ha conquistado por completo a mi tío; es una verdadera proeza.

—¿Le disgustaría a usted que aceptase la invitación y que viniera a pasar unos días en Navidad? —inquirió él, y Joanna le aseguró que sería para ella un gran placer verlo en la casa.

Algo más alentado, Marc se alejó; pero pronto perdió la sensación de euforia que experimentaba en presencia de Joanna. Lo asaltaban graves sospechas y creía posible que la indiferencia de la joven con respecto a Doria fuera simulada. Seguramente, Joanna se obligaba a no demostrar sentimiento alguno hasta que pasaran sus días de luto; y Brendon se sintió invadido por la melancólica certeza de que después del siguiente verano, Joanna Penrod se casaría por segunda vez.

Reflexionó sobre si era cuerdo volver pronto a casa de Benjamin Redmayne y sintió vehementes deseos de hacerlo. Sin adivinar que estaría allí de nuevo al día siguiente, decidió que en los primeros días de primavera recordaría al viejo marino su invitación. Hasta entonces podían suceder muchas cosas, pues su intención era mantener correspondencia con Joanna o, por lo menos, dar el primer paso en este sentido.

Mientras Brendon avanzaba en su solitario camino, la luna había salido y brillaba claramente a través de nubéculas que se juntaban, amenazando ocultar pronto la plateada luz. Las nubes pasaban velozmente y sobre la cabeza de Brendon los alambres telegráficos susurraban el canto de una tormenta cercana. Los pensamientos del caminante se sucedían con la irregularidad del viento caprichoso y vocinglero. Pensaba en todas las palabras que había pronunciado Joanna y trataba de interpretar cada una de las miradas que le había dirigido.

Intentó convencerse de que la teoría de Benjamin Redmayne era falsa; no era posible que la viuda de Michael Penrod entregara su corazón lleno de tristeza a un extraño llegado de Italia. La idea era absurda, porque una mujer de tan delicada naturaleza, que había sufrido pérdida tan repentina y trágica, no podía hallar en aquel charlatán bien parecido y palpitante de egoísmo, solaz para su pena ni promesa de dicha futura. En teoría, sus puntos de vista resultaban perfectos. Pero, pese a sus reflexiones, sabía que el amor, cuando madura, es capaz de hacer añicos todas las teorías y de trastornar el carácter más firme.

Sumido en sus pensamintos, Brendon avanzaba; de pronto, en un punto donde el camino descendía, flanqueado a la izquierda por una loma y a la derecha por un bosque de pinos, experimentó una de las mayores sorpresas que la vida le había deparado hasta aquel instante.

Junto a un rústico portón, paralelo al camino que marcaba el límite de un espeso matorral, se hallaba Robert Redmayne.

Sólo los separaba el portón; el hombre estaba apoyado en él, con los brazos cruzados sobre la barra superior. La luz de la luna iluminaba de lleno su rostro y, sobre su cabeza, sacudidos por la violencia del viento, los pinos emitían un rumor áspero y tétrico, mientras de allá abajo subía el grito sordo del mar embravecido que azotaba los acantilados. El pelirrojo estaba inmóvil, vigilante. Tenía puesto el traje de «tweed», la gorra y el chaleco rojo que Brendon recordaba haberle visto en Foggintor; la luz de la luna brillaba en sus ojos sobresaltados y descubría su bigote y la blancura de sus dientes. Su rostro ojeroso reflejaba miedo y dolor, pero ningún síntoma de demencia.

Parecía que había acudido al lugar en respuesta a una cita; pero no era a Marc Brendon a quien esperaba. Durante un segundo se quedó mirándolo atónito mientras el detective se detenía y lo enfrentaba. Seguramente había reconocido a Marc, o al menos lo había tomado por un enemigo, porque instantáneamente giró sobre sus talones, se internó en el bosque y desapareció. En un abrir y cerrar de ojos, se había esfumado y el fragor de la tormenta ahogó el rumor de su aterrorizada huida.

Robert Redmayne habla

Durante un instante Marc permaneció inmóvil, con los ojos clavados en el portón iluminado por la luz de la luna y en la lobreguez del bosque que se extendía al otro lado de la valla. El rododendro y el laurel, siempre verdes, se entrelazaban espesamente debajo de los pinos, ofreciendo un impenetrable refugio. Perseguir a Robert Redmayne hubiera sido inútil y peligroso, porque en semejante guarida era fácil que el cazador estuviera a merced de la caza.

La inesperada aparición preocupaba a Brendon, porque planteaba una serie de interrogantes. Sugería la posibilidad de que las personas que acababa de dejar en «El nido del cuervo» hubieran sido falsas y desleales con él; en efecto, era una coincidencia extraordinaria que el mismo día de su visita, el hombre a quien se buscaba con empeño se presentara de repente en la vecindad de la casa del hermano. No obstante, no era posible que se tratara de algo convenido entre ellos, porque él, Marc, no había anunciado su visita a Benjamin Redmayne.

Brendon se preguntó si habría sido víctima de una alucinación; pero sabía demasiado bien que su mente no acostumbraba a crear fantasmas. Poseía imaginación, pero una imaginación que lo fortalecía en lugar de debilitarlo, y ninguna superstición disminuía su capacidad mental. Sabía, por otra parte, que en el momento de la súbita aparición de Robert Redmayne nadie había estado más lejos de su pensamiento que este personaje. No; había visto a un ser viviente que hubiera deseado no presentarse ante sus ojos.

No tenía la menor intención de pasar por alto su descubrimiento y estaba decidido a capturar a Robert Redmayne, aunque fuera bajo el techo de su hermano; pero deseaba escuchar la opinión de Joanna Penrod al respecto antes de solicitar la ayuda de la policía de Dartmouth. Estaba seguro de que ella no lo engañaría y de que no contestaría con una mentira a una pregunta directa. Pero, de pronto, tuvo la convicción de que le había mentado; porque si Redmayne vivía oculto en «El nido del cuervo», toda la casa, inclusive Doria y la única criada, estaban, con toda seguridad, en el secreto.

Si Joanna le rogaba que detuviera su mano y perdonara a Robert Redmayne, ¿tendría derecho a ocultar su descubrimiento? Más de uno habría construido una esperanza personal sobre esta posibilidad, creyéndose triunfante en el logro de su mayor deseo por el hecho de haber acatado la voluntad de la joven viuda; pero Marc no mezclaba los pensamientos del deber y del amor, y ni siquiera se le ocurría que el éxito del uno pudiera depender del abandono del otro. Le bastó hacerse la pregunta para hallar la respuesta y decidió que ni Joanna ni su tío Benjamin ni nadie le

impedirían apresar al día siguiente a Robert Redmayne, si la ocasión se le presentaba. En realidad, tenía la seguridad de que esto ocurriría. Esa noche no tenía prisa. Durmió bien después de la emoción y del desacostumbrado ejercicio y se levantó más tarde que otros días. A las ocho y media estaba vistiéndose, cuando una criada llamó a la puerta.

—Hay un señor que desea verlo en seguida —informó la mujer—. Dice que es Mr. Doria y que viene de parte del capitán Redmayne que vive en «El nido del cuervo».

Contento al pensar que su próxima tarea podía ahora simplificarse, Marc indicó a la criada que introdujese al visitante. Dos minutos después entraba Giuseppe Doria.

—Me felicito de haberlo encontrado —dijo éste—; sabíamos que paraba usted esta noche en Dartmouth, pero ignorábamos dónde. Pensé que elegiría el mejor hotel y adiviné. Si no le parece mal, desayunaré con usted y le diré por qué he venido. Tenía que hallarlo antes de que se marchase. Me alegra haber llegado a tiempo.

—¿Así que Robert Redmayne, asesino de Michael Penrod, ha aparecido? —inquirió Brendon, terminando de afeitarse.

—*Corpo di Bacco!* ¿Cómo lo sabe? —preguntó Doria asombrado.

—Lo divisé anoche cuando regresaba —contestó Marc—. Antes de la tragedia lo vi una vez en Dartmoor y ayer lo reconocí; y no es improbable que él también me reconociera.

—Tenemos miedo —prosiguió Doria—. Todavía no se ha presentado ante su hermano, pero está cerca.

—¿Cómo saben que está cerca, si todavía no se ha presentado ante su hermano?

—Se lo explicaré. Todas las mañanas subo temprano a comprar leche y manteca a la granja Strete, situada en lo alto de las colinas. Fui hoy y me contaron algo inquietante. Anoche entró un hombre en la granja y robó comida y bebida. El dueño de la casa lo oyó y lo halló sentado en la cocina, comiendo; era un hombretón pelirrojo con grandes bigotes y chaleco rojo. Cuando vio a Mr. Brook, el granjero, el hombre huyó por la puerta trasera; había entrado por allí. Mr. Brook no lo conoce y me refirió la aventura; regresé a casa y le comuniqué la noticia al amo.

»Cuando describí al intruso, Mr. Redmayne y Madona sufrieron una fuerte impresión. ¡Reconocieron en él... al asesino! En seguida pensaron en usted y me pidieron que viniera a toda velocidad, en bicicleta, a contarle lo ocurrido, si tenía la suerte de encontrarlo antes de que se marchase. Lo he logrado, pero no puedo detenerme; debo regresar para montar guardia. No me agrada la idea de que no haya nadie allá. El viejo lobo de mar no tiene miedo al mar, pero creo que teme un poco a su hermano. Y Mrs. Penrod está muy asustada.»

—Venga a desayunar —dijo Marc, que había terminado de vestirse—. Conseguiré un automóvil dentro de un cuarto de hora y llegaré allá lo más rápidamente posible.

Mientras desayunaban de prisa, crecía la agitación de Doria. Rogó a Brendon que fuera acompañado de otros policías; pero el detective se negó.

—Tenemos tiempo para eso —observó—. Quizá lo capturemos con facilidad. No haré nada antes de ver a Benjamin Redmayne en «El nido del cuervo» y escuchar sus puntos de vista. Si Robert Redmayne se introduce clandestinamente en las casas para comer, debe de estar en las últimas.

A las nueve, en cuanto el italiano se puso en marcha, de vuelta a la casa, Brendon se dirigió a la comisaría, pidió prestado un revólver y un par de esposas, insinuó para qué los necesitaba y pidió que le prepararan en seguida un automóvil. Lo conducía uno de los agentes y antes de salir Marc indicó al jefe de policía local, inspector Damarell, que recibiría un mensaje telefónico en el curso de la mañana. Ordenó que, por el momento, se guardase la más absoluta reserva.

Alcanzó a Doria en el camino y se adelantó. La tormenta se había disipado casi por completo y la mañana era clara y fría. Al pie de los acantilados rugía un mar agitado que iba calmándose gradualmente.

Cuando Brendon se halló frente a Joanna y su tío, se borró de su mente la sospecha de que los habitantes de la casa de Benjamin intentaran crear falsas impresiones. Ella se mostraba nerviosa; Benjamin sumamente perplejo. No existía la menor duda de que Robert Redmayne era el hombre que había entrado en la granja Strete para robar comida, puesto que el encuentro que había tenido Marc la noche anterior confirmaba tal suposición. Había visto a Redmayne varias horas antes de que el fugitivo alarmara a los habitantes de la alquería. ¿Dónde estaba ahora, y por qué se encontraba en los alrededores de la casa? Todos opinaban que, probablemente, el desgraciado había vuelto de Francia o de España y que ahora se escondía en las proximidades, a la espera de una oportunidad de ver al viejo marino.

—Su hermano debe vigilar la casa —expresó Brendon—, y seguramente cavila sobre el modo de acercarse a usted sin arriesgar su libertad.

—Sólo confía en una persona, creo, y esa persona soy yo —declaró Benjamin—. Si supiera que Joanna no le desea ningún mal, confiaría también en ella; pero no ha de creer que es suficientemente cristiana como para perdonarlo. De todos modos, no ha de saber que está conmigo. Hablo como si Robert estuviera cuerdo; pero dudo de que lo esté.

Marc, que había estudiado el enorme mapa topográfico oficial que del distrito poseía Redmayne, sugirió una inmediata búsqueda en las zonas de la vecindad más indicadas para servir de escondite.

—Pienso en usted y en Mrs. Penrod —explicó—. No han de desear que se suscite nuevamente la alarma ni que recrudezcan los comentarios sobre el asesinato. Sería mucho mejor que lo atrapáramos sin recurrir a la policía. Debe de hallarse muy necesitado. Cuando lo vi parecía atormentado y su rostro tenía una expresión de horror. Es posible que se encuentre en un estado mental tan tenso y torturado que no lamentaría verse rodeado de personas cordiales y comprensivas. En dos zonas buscaría especialmente al fugitivo: en la costa, donde hay muchas cavernas y hendiduras sobre el nivel del mar, ocultas a las miradas, y en el espeso bosque donde

desapareció cuando anoche me topé con él. Al venir hacia aquí recorrí un trecho de ese bosque; es muy extenso; pero lo cruzan muchos senderos destinados a los cazadores, que permiten ver, a uno y otro lados, hasta varios centenares de metros.

Benjamin Redmayne llamó a Doria, que acababa de llegar.

—¿Puede salir la lancha? —le preguntó.

Giuseppe dijo que sí. Entonces Benjamin hizo una propuesta.

—Le pido autorización para que esta búsqueda continúe en forma tranquila y privada hasta dentro de veinticuatro horas. Si no logramos encontrarlo sin alboroto, por decirlo así, soltará usted, naturalmente, a la policía para darle caza. Hoy podemos revisar los sitios que usted indica; creo que ha acertado en señalar las madrigueras que con mayor probabilidad ha de haber elegido el pobre. Pienso también que si no hiciéramos nada y nos quedáramos tranquilos lo veríamos arrastrarse hasta aquí dentro de poco, cuando oscurezca; pero seguiremos su consejo y veremos si la costa o el bosque nos dan un indicio.

»Nosotros tres lo conocemos: Joanna, usted y yo; propongo que mi sobrina recorra la costa en la lancha, acompañada por Giuseppe. Si se dirigen hacia el Oeste, donde hay pequeñas ensenadas de fácil acceso que permiten desembarcar, quizá descubran a mi hermano asomado en alguna parte o escondido en algún agujero de la costa. Hay cavernas con túneles que llegan hasta los campos quebrados y los vallecitos arbolados de atrás. Es una región muy solitaria y no podría permanecer mucho tiempo allí ni encontrar comida. Si ellos dos recorren ese lado, nosotros nos internaremos tierra adentro. O bien, si le parece, yo lo llevaré a usted en la lancha mientras ellos investigan por el lado del Bosque Negro... Como le plazca.»

Brendon reflexionó. Le parecía más probable que el fugitivo se hubiera refugiado en el bosque y no en la playa. Además, Marc no era un buen marino, y comprendía que la gasolinera no contaría con un timonel competente en la marejada que se producía después de la borrasca.

—Si a Mrs. Penrod no le importa el mal tiempo y no existe peligro para la lancha, aconsejaría que fuera ella a recorrer la costa y a echar un vistazo a las cavernas, como propone usted —dijo—. Confiamos en que Doria sabrá cuidarla. Mientras tanto revisaremos el bosque metro por metro. Si consiguiéramos enfrentarnos con el prófugo, podríamos, tal vez, capturarlo sin alboroto.

—Tiene que haber alboroto si lo atrapamos —declaró Doria—. Es un criminal famoso, y quien logre descubrir su guarida y lo obligue a salir de ella provocará revuelo y recibirá grandes alabanzas.

El italiano se preparó para el viaje de investigación; y media hora más tarde la lancha salía navegando allá abajo, al pie de «El nido del cuervo»; luego enderezó rumbo al Oeste, balanceándose mucho, pero no tanto como para preocupar a Joanna que, sentada a popa, mantenía un par de prismáticos Zeiss fijos en los acantilados de la costa. Pronto la lancha quedó reducida a un lunar blanco entre la neblina; y cuando desapareció, Benjamin, luciendo chaqueta y gorro de marino, encendió su pipa,

empuñó un rústico bastón de endrino y salió con Marc. El automóvil de la policía estaba en el camino; subieron a él y pronto se hallaron frente al portón junto al cual había aparecido Robert Redmayne la noche anterior. Dejaron allí el vehículo y se internaron en el bosque.

Benjamin seguía hablando de su sobrina. Era una conversación que el otro oía con sumo placer.

—Está ahora en una encrucijada —aseguró el tío de Joanna—. Veo cómo trabaja su cerebro. Admito que amara entrañablemente a su marido y que dejara una profunda influencia en su carácter, porque es distinta de como era de niña. Pero no dudo de que Doria la quiere mucho... y cuando un hombre de ese tipo ama a una mujer, ésta por lo general le sale al encuentro. Creo que mi sobrina no puede dejar de quererlo, y que, en secreto, se avergüenza sinceramente, sí, se avergüenza de haber pensado en otro hombre a los seis meses de la muerte de Penrod.

—Dice usted que su marido le cambió el carácter —observó Marc—; ¿en qué sentido?

—A mi entender le enseñó a ser sensata. Le cuesta a usted, ¿verdad?, imaginar que era una Redmayne, una de nosotros, pelirroja y de mal carácter, rabiosa y violenta. Pero era así de niña. Su padre tenía las características de los Redmayne en mayor grado que ninguno de nosotros y se las transmitió. Era voluntariosa, valiente y traviesa. Sus compañeros de colegio la adoraban porque se reía de la disciplina; la expulsaron de un colegio por rebeldía. Era la criatura que recordaba cuando Joanna volvió a mi lado, ya viuda. Por tanto, veo que Michael Penrod, fuese como fuese en otros sentidos, tuvo, evidentemente, el carácter necesario para enseñarle cordura y paciencia.

—Quizá haya sido una evolución natural de la edad y la experiencia, combinadas con el golpe repentino y horrible de la muerte de su marido. Todo esto transformó, tal vez, su carácter y dulcificó su violencia, aunque sólo sea por una temporada.

—Es cierto. Pero, a pesar de su serenidad, no es mujer tranquila. Su alegría de vivir era demasiado grande para que, en cuatro años, Penrod o cualquier otro pudieran privarla de su vitalidad. Acaso era metodista como muchos de sus paisanos; acaso era un aguafiestas; pero, fuese lo que fuese, no logró, en ese lapso, convertirla del todo; y ahora veo a la joven que retorna a sí misma debido a la influencia de ese italiano. Además, es astuto. Sabe halagar su vanidad, porque hasta ella, la mujer menos orgullosa de su extraordinaria belleza, no carece de presunción femenina. Pero Doria ha tenido buen cuidado de insinuarle que ha sacrificado su ambición en aras del amor; se lo ha dado a entender con mucha inteligencia, haciéndole ver que ahora su norte es ella. Ha colocado a Joanna en primer lugar, posponiendo el dinero y sus sueños del castillo en el Mediterráneo. En una palabra, si no me equivoco, le pedirá que se case con él en cuanto se cumpla un año de la muerte de Penrod y pueda hablar del asunto decentemente.

—¿Y cree usted que ella aceptará?

—Por el momento, creo que sí; pero Doria es muy versátil y no sería raro que dentro de un año pensara de otro modo.

Benjamin cambió de tema e hizo, a su vez, una pregunta a Marc.

—No hemos encontrado testamento entre los papeles del pobre Robert y, naturalmente, no ha podido disponer de sus bienes desde este deplorable asunto. Sólo Dios sabe en qué forma habrá vivido en estos últimos tiempos. Pero suponiendo que suceda lo peor y se pruebe que está loco, ¿qué ocurrirá con su dinero?

—Oportunamente se lo entregarían a usted y a su otro hermano.

Se internaron en la espesura y encontraron a un guardabosques que saludó a los intrusos con muy poca amabilidad. Pero al enterarse de lo que se proponían y después que le describieron al fugitivo, les dijo que anduviesen por donde quisieran y prometió que, por su parte, mantendría una estrecha vigilancia. Daría la voz de alarma a dos de sus colegas que lo secundaban, y demostró que comprendía la importancia de guardar el más estricto secreto respecto al prófugo hasta que se consiguieran informaciones más exactas.

Pero ni Brendon ni Benjamin Redmayne descubrieron cosa alguna. Su búsqueda no les proporcionó indicios ni rastros del hombre que perseguían; y después de tres horas de marcha sostenida, que abarcó toda la zona y dejó exhausto a Benjamin, volvieron en el automóvil a «El nido del cuervo».

Los esperaban importantes noticias, según las cuales era acertada la suposición de Benjamin de que su hermano había elegido la costa para esconderse. No sólo habían visto a Robert Redmayne, sino que Joanna había hablado con él. Había regresado desesperada y muy nerviosa, en tanto que Doria, cuya intervención en el asunto había sido muy decidida, se mostraba dispuesto a jactarse de su actuación. Pero rogó a Joanna, en su calidad de heroína de una extraña aventura, que iniciara su relato.

Se hallaba profundamente conmovida, y varias veces durante su narración le faltó la voz; pero el interés del relato era tal que Benjamin no incluía a Joanna en la escena del encuentro que había tenido con su desgraciado hermano: la joven contaba que, de pronto, habían divisado a Robert desde la lancha.

—Lo vimos en la costa, a unos tres kilómetros de aquí, sentado a cincuenta metros del mar; él, por supuesto, también nos vio; pero no me reconocía, porque no tenía gemelos y nos hallábamos casi a media milla de la costa. Entonces, Giuseppe propuso que desembarcáramos y le habláramos. Se trataba, si era posible, de que yo me acercara a él. No le tenía miedo... Sólo abrigaba el temor de que, sabiendo que había destrozado mi vida, eludiera mi presencia.

»Pasamos de largo, como si no lo viéramos; luego, al llegar detrás de un pequeño morro que nos ocultaba a sus miradas, viramos, bajamos de la lancha, la amarramos y fuimos acercándonos a hurtadillas. No nos habíamos equivocado. Era, efectivamente, mi tío Robert quien había divisado a través de los prismáticos. Doria, deslizándose, se adelantó; lo seguí hasta que estuvimos a veinte metros de él. Al vernos, el infortunado se levantó de un salto; pero era tarde; en un instante Giuseppe lo alcanzó

y le explicó que yo iba como amiga. Doria se preparó a sujetarlo si intentaba escapar, pero no fue necesario. Robert Redmayne está exhausto. Ha pasado momentos terribles. Al principio, trataba de evitar mi proximidad y casi tuvo un colapso cuando me acerqué a él. Se arrodilló ante mí, y yo, pacientemente, le hice comprender que no había ido como enemiga.»

—¿Está en su sano juicio? —preguntó Benjamin.

—Parece estarlo —repuso ella—. No mencionó el pasado y no habló de su crimen ni de lo que ha hecho desde entonces; pero no es el mismo de antes. Parece el fantasma de sí mismo; su sonora voz ha cambiado tanto, que se ha convertido en susurro; sus ojos revelan una intensa obsesión. Ha adelgazado y parece que el terror lo domina. Me pidió que indicara a Doria que se alejara a un punto desde el cual no pudiera oírnos y luego me dijo que sólo había venido con la intención de verte. Hace varios días que vive escondido en una de las cavernas de la costa, hacia el Oeste. No quiso señalarme exactamente el lugar; pero debe de hallarse cerca de donde lo encontramos. Está harapiento y herido. Habría que curarle una de las manos.

—¿Insiste usted en que su comportamiento era de persona cuerda, señora? —inquirió Brendon.

—Sí..., salvo que parecía dominado por el espanto. Sin embargo, teniendo en cuenta las circunstancias, encuentro que ese espanto era natural. El desgraciado comprende que ha llegado al final de sus fuerzas; no sabe que, en el caso de estar loco, puede salvarse de la pena capital. Le imploré que viniese conmigo en la lancha, que hablase contigo, tío Benjamin, y que confiara en la piedad de sus semejantes. Sabía que no lo traicionaba al pedirle esto, porque creo que, pese a su aparente cordura, en realidad, está loco; puesto que sólo la demencia explica el pasado y sé que será juzgado con justicia. Pero se mostró muy receloso. Me lo agradeció todo y se humilló horriblemente en mi presencia; sin embargo, no quiso confiar en Doria ni en mí y no hubo manera de hacerlo subir a la lancha. Estaba tan nervioso que, al rato, se le despertó el temor de que estuviéramos planeando una emboscada, o algo por el estilo, para privarlo de la libertad.

»Entonces le pedí que me explicara lo que deseaba y la forma en que podría ayudarlo. Reflexionó, y dijo que si su hermano Benjamin aceptaba verlo completamente a solas y juraba ante Dios que no le impediría marcharse después del encuentro, vendría a «El nido del cuervo» esta noche, cuando todos estuviesen durmiendo.

»Por el momento necesita comida y una lámpara para iluminar de noche su guarida. Sobre todo, tío Benjamin, te ruego que le permitas venir a verte a solas. Luego, nos dijo que, si éramos amigos sinceros, nos retiráramos. Finalmente quedó decidido que, si quieres verle, vendrá a cualquier hora que le indiques después de medianoche. Pero primero tienes que escribir tu juramento, ante Dios, declarando que no le tenderás una trampa y que no tratarás de detenerlo. Desea y espera que le proporciones dinero y ropa para marcharse de Inglaterra y refugiarse en casa de

Albert, en Italia. Nos obligó a jurar que no revelaríamos a nadie su actual paradero y luego nos indicó un sitio donde tengo que llevar tu respuesta escrita antes de que oscurezca. Tengo que dejarla allí lo antes posible y alejarme en seguida; él irá en busca de tu carta y leerá lo que le digas.

Redmayne asintió con la cabeza.

—Será bueno que aproveches la ocasión para llevarle un poco de comida y bebida y la lámpara. No comprendo cómo ha vivido durante estos seis meses.

—Ha estado en Francia... Así dice.

Benjamin tardó poco en determinar lo que haría y Brendon aprobó sus decisiones.

—En primer lugar —declaró Benjamin Redmayne—, el pobre debe de estar loco, aunque parezca que no. El relato que acaba de hacernos Joanna así lo indica, y puesto que sigue en libertad y ha conseguido vivir y eludir a la policía de dos países, es evidente que su demencia no le ha impedido poner en práctica una asombrosa astucia. Pero, como bien dice Joanna, está ahora en las últimas. Conoce esta casa y también el camino. De modo que haré lo siguiente.

»Aceptaré que venga esta noche..., es decir, al empezar el día de mañana. Le diré que lo espero a la una; hallará la puerta abierta y una luz en el vestíbulo. Deberá entrar directamente y subir a verme a la torre, y juraré, como él exige, que no verá a nadie más que a mí y que podrá marcharse cuando quiera. Esto lo calmará y me dará ocasión de estudiarlo y de ver cuál es la situación. Podríamos, naturalmente, atraparlo; pero no puedo mentir ni siquiera a un demente.»

—No hay razón para mentirle —dijo Brendon—. Si no le tiene miedo, véalo en la forma que propone. Sin embargo, usted comprende que no debe ayudarlo a eludir la ley, como desea.

Benjamin movió la cabeza en señal de asentimiento.

—Claro que no. De todos modos, no puedo enviárselo a mi hermano Albert; es hombre débil y nervioso y le daría un ataque si creyera que Robert busca asilo en su casa.

—Corresponde al Estado procurarle asilo —dijo Marc—. Su porvenir no depende de sus parientes. Lo mejor y más deseable, tanto para él como para los demás, es que pronto se encuentre donde no pueda hacer daño. Hará usted bien en entrevistarse con él, prestarle ayuda y oír lo que tiene que decirle. Después, Mr. Redmayne, si me permite darle un consejo, deje el resto en mis manos.

Benjamin se apresuró a escribir la carta invitando a Robert a encontrarse con él, privadamente, a la una, aquella misma noche, y prometiéndole, bajo juramento, que estaría en completa libertad de marcharse cuando así lo deseara. No obstante, expresaba sus vivos deseos de que su hermano se alojara en «El nido del cuervo», y que se dejara aconsejar sobre su actitud futura. Embarcaron provisiones en la lancha y, con la carta en el bolsillo, Joanna se puso otra vez en camino. Pensaba ir sola, pues sabía manejar la lancha tan hábilmente como el mismo Doria; pero su tío no se lo permitió.

Anocheecía cuando partieron, y Giuseppe aceleró el motor hasta imprimirle el máximo de velocidad.

Brendon tuvo, entonces, una nueva sorpresa. Había permanecido al pie del mástil, observando a los que partían, en compañía del dueño de casa, y cuando la lancha, envuelta en la tarde tranquila y gris, desapareció rumbo al Oeste, Benjamin se dirigió al detective y le propuso algo completamente inesperado.

—Escúcheme —dijo—. Me inquieta sobremanera encontrarme solo frente a mi hermano en esa entrevista nocturna. Es una sensación indefinible. No soy cobarde y nunca he eludido mi deber; pero, francamente, no me agrada mucho la idea de verme frente a él, por la siguiente razón: un loco es un loco, y pretender que se muestre razonable si uno se opone a sus deseos, aunque lo haga con el mayor tacto, es absurdo. Me sentiría indefenso si Robert perdiera la cabeza o se ofendiera por los consejos que pienso darle, y se arrojara sobre mí; es decir, no tendría otro remedio que dominarlo a tiros. Pero, si fuera menester recurrir a tal extremo, no quiero ser quien lo haga.

»Le he prometido verlo a solas y no le he mentado al pobre; porque si todo anda bien y no se exaspera, no necesitará saber que había otra persona cerca. Pero en el caso de que yo corriera peligro, podría dominarlo menos radicalmente si alguien me ayudara; en tanto que si estoy solo y llegara a amenazarme, no quiero ni pensar en lo que ocurriría.»

Brendon comprendió lo acertado de estas observaciones.

—Encuentro razonable lo que usted dice —repuso— y, por consiguiente, sería muy excusable que no cumpliera su promesa al pie de la letra.

—No obstante, la cumpliré en el espíritu; he jurado que le permitiré llegar hasta aquí y marcharse luego en libertad, y debo cumplir ese juramento mientras él no haga algo que me obligue a romperlo.

—Tiene razón, y estoy completamente de acuerdo con usted —aprobó Marc—. Doria ha de ser, sin duda, persona de toda confianza y además es vigoroso.

Pero Benjamin movió la cabeza.

—No —contestó—. No he tocado este tema hasta que mi sobrina y Doria se han marchado y no lo he hecho porque no quiero que estén mezclados en este asunto más de lo que están; no quiero que ellos ni nadie sepan que cuando llegue Robert, habrá en la torre un amigo escondido cerca de mí. Crean que lo veré a solas y les he pedido que se mantengan alejados y que por ningún motivo aparezcan. Deseo que allá arriba esté usted conmigo y únicamente usted.

Brendon reflexionó.

—Confieso que la idea se me ocurrió en cuanto oí la propuesta de su hermano; pero cuando me enteré de sus condiciones, no pude pedir nada —dijo—. Ahora acepto y, más aún, considero conveniente que nadie en la casa se entere de mi presencia aquí.

—Es fácil. Si envía usted el automóvil de regreso, anunciando que mañana

entregará su informe, la policía no nos molestará hasta nuevo aviso. Puede usted subir a la torre y esconderse en el armario donde guardo mis banderas y objetos diversos. Tiene agujeros para la ventilación, a la altura de la cabeza de una persona y, si se encierra usted allí, oírás y verá todo; y en cinco segundos puede acudir en mi ayuda, si corro peligro.

—Muy bien —contestó Brendon—. Pero conviene prever lo que ocurrirá después. Supongamos que su hermano salga de aquí en libertad; no hay duda de que, en cuanto él se marche, Mrs. Penrod subirá a verlo a usted. No puedo permanecer toda la noche en el armario.

—Después que se haya ido, nada importará —repuso Benjamin—. Por el momento, lo indispensable es que vuelva el automóvil. Todos creerán que ha regresado usted a Dartmouth y que no estará aquí otra vez hasta mañana temprano.

Marc aceptó este plan. Ordenó al chófer que se marchase con el vehículo y que dijera al inspector Damarell que no hiciese nada mientras no recibiera noticias suyas. Luego, en compañía del viejo marino, subió al cuarto de la torre, examinó el enorme armario y comprobó que desde allí dentro podría asistir muy cómodamente a la esperada entrevista. En cada puerta había varios orificios del tamaño de una moneda de medio penique y, añadiendo una improvisada tarima de siete centímetros, Brendon verificó que sus ojos y oídos quedaban a la altura deseada.

—La cuestión es saber cómo evitaremos que me descubran después —observó Brendon, volviendo a considerar la segunda parte del plan—. Es seguro que en cuanto su hermano se aleje, Mrs. Penrod, y también Doria, se apresurarán a subir para enterarse de lo ocurrido y de las decisiones que haya tomado usted.

—Después nada importa —repitió Benjamin—. Bajaré con Robert hasta la puerta; usted puede seguirme y deslizarse fuera cuando él se marche. Otra solución sería que apareciera usted después de la partida de Robert y le dijera a Joanna que quiso quedarse sin que nadie más que yo lo supiera. Esto será lo mejor; y en cuanto ella sepa que está usted aquí, se ocupará de prepararle un alojamiento cómodo para el resto de la noche.

Brendon aprobó el plan, y cuando la lancha regresó, Benjamin dijo a su sobrina que el detective se había marchado para efectuar ciertas averiguaciones, pero que regresaría temprano a la mañana siguiente. A Joanna le sorprendió que se hubiera ido; pero expresó que, de todos modos, hubiera tenido que hacerlo antes de la llegada del fugitivo.

—Dejamos la carta, la lámpara, la comida y la bebida exactamente donde él nos había indicado —explicó—; es un lugar abandonado: la antigua playa alta situada junto a las grandes rocas.

Todo fue dispuesto como queda dicho. Marc ocupó su posición en el cuarto de arriba y Benjamin procuró que nadie lo molestase. Era costumbre de Redmayne echar la llave al cuarto de la torre cuando no estaba allí, y lo cerró hasta la noche. Después de haber llevado a Brendon algunos alimentos a su escondrijo, comió con Joanna y el

italiano. Habían concertado que el marino subiría a su torre alrededor de las once y que Marc estaría oculto en el armario.

A la hora convenida Doria y su amo subieron juntos, el primero llevando una luz. Joanna también les hizo compañía, pero sólo durante diez minutos; luego se retiró a acostarse. El tiempo se había tornado tormentoso y húmedo. El viento del Oeste silbaba y sacudía el cuarto de la torre, proyectando contra los vidrios la violencia de la lluvia. Benjamin, inquieto, recorría el aposento de un lado al otro, y observaba atentamente las tinieblas de la noche, frunciendo el entrecejo.

—El pobre diablo se ahogará —dijo—, o se romperá la cabeza tratando de trepar hasta aquí en esta oscuridad.

Giuseppe había subido una jarra con agua, una botella de ginebra, un barrilito de tabaco y dos o tres pipas de arcilla. El viejo marino nunca fumaba hasta después de cenar y luego lo hacía sin interrupción hasta la hora de acostarse.

—Usted que es inteligente —preguntó a Doria, volviéndose hacia él— y conoce bastante la naturaleza, ha visto con sus propios ojos a mi hermano. ¿Qué le pareció?

—Lo observé detenidamente y escuché lo que decía —contestó el italiano—, y tengo la impresión de que está muy enfermo.

—¿Le parece probable que algún día se desate y vuelva a degollar a alguien?

—No, nunca. Creo lo siguiente: cuando mató al marido de Madona, estaba loco; ahora no lo está. No está más loco que cualquier otra persona. Sólo ansía una única cosa: paz.

El convenio

Benjamin encendió su pipa y buscó su libro favorito, *Moby Dick*. Desde largos años atrás, la obra maestra de Hermán Melville era, para el viejo marino, la única literatura del mundo. Hallaba en *Moby Dick* lo que más le interesaba en la vida, y todo cuanto necesitaba para reconciliarse con la muerte, cada día más próxima, y con la idea de una existencia futura más allá de la tumba. Esa obra le proporcionaba también el incesante compañerismo del mar, tan esencial para su felicidad.

—Bueno —dijo a Doria—, puede retirarse. Dé, como de costumbre, una vuelta para cerciorarse de que todo marcha bien arriba y abajo; luego vaya a acostarse. Deje encendida la luz del vestíbulo, y sin llave la puerta delantera. ¿Sabe usted si mi hermano tenía reloj?

—No lo tenía; pero la señora pensó en eso y le prestó el suyo.

Benjamin asintió con la cabeza y eligió una pipa de arcilla.

—¿Se siente tranquilo? —prosiguió Doria—. ¿No desea que me quede despierto para ayudarlo, si me necesita?

—No, no..., retírese y váyase a dormir. Y déme su palabra de caballero de que no me espiaré. Razonaré con el pobre desventurado; creo que saldrá bien. Sabemos que ha sufrido una conmoción y que fue herido; creo, por tanto, que la ley no será demasiado severa con él.

—La señora se comportó como un ángel con Robert Redmayne. Al principio él creyó que ella se proponía delatarlo. Pero sus ojos le demostraron que había ido en su busca, llena de piedad. ¿Me permite hablar un momento de su sobrina antes de retirarme?

Benjamin encogió sus cargados hombros y se pasó la mano por el cabello rojizo.

—No vale la pena hablar de ella antes de haber hablado con ella —repuso—. Sé muy bien lo que usted pretende. Pero me parece que es cuestión de Joanna, y no mía. Ha hecho cuanto ha querido desde chiquilla... Debajo de sus formas femeninas esconde la voluntad de su padre.

Benjamin, incómodo, tenía presente que Marc Brendon oiría las palabras que allí se pronunciarían; pero no había modo de remediar la situación.

—En Italia es costumbre hablar con los padres de la amada —explicó Doria—. Ganar la voluntad de usted significa avanzar mucho en mi camino, porque ocupa el sitio de sus padres. ¿No es así? No puede vivir sola. Dios no la hizo para soltera o viuda. En mi idioma existe un refrán que dice: «La que nace agraciada, nace casada.» Temo mucho que se le presente otro hombre.

—Pero ¿en qué han quedado sus ambiciones? ¿No piensa en su boda con una rica

heredera para reclamar el título y las propiedades de sus antepasados desaparecidos?

Con amplio ademán, Doria extendió sus manos a derecha e izquierda, como desechando sus viejas esperanzas.

—Es el destino —expresó—. Había planeado mi vida sin amor; nunca había amado y no lo deseaba. Pensé que el amor nacería cuando me hubiera casado con una heredera, después de obtener los medios y el ocio necesarios para amar. Ahora todo ha cambiado. La flecha ha sido disparada. El espíritu y la simpatía, y no la mujer rica, han ganado. Ahora no quiero a la mujer rica, sino a la que despierta en mí pasión, adoración, idolatría. La vida no significa nada sin Madona. ¿Qué son los castillos y los títulos, la pompa y la gloria, comparados con ella? ¡Menos que nada, señor!

—¿Y ella qué dice, Giuseppe?

—Su corazón calla; pero algo en sus ojos me invita a tener esperanzas.

—¿Y yo?

—¡Ay! El amor es egoísta. Pero es usted el último a quien yo haría sufrir o despojaría de algo. Ha sido muy bondadoso conmigo, y Madona lo quiere mucho. Le aseguro que si ocurriera lo que tanto ansío, ella no haría nada que pudiera contrariar a una persona que se ha comportado con ella del modo que usted lo ha hecho.

—Sea como fuere, me parece mejor dejar a un lado este tema hasta dentro de seis meses —observó Benjamin, encendiendo su larga pipa de arcilla—. Supongo que en su país, lo mismo que en éste, existen formas correctas e incorrectas de acercarse a una mujer; y considerando que mi sobrina acaba de quedar viuda (y en circunstancias particularmente dolorosas), comprenderá usted que esas frases de amor seguirán estando fuera de lugar durante bastante tiempo.

—Es muy cierto lo que usted dice. Procuro ocultar el fuego de mis miradas. Sólo me atrevo a mirarla con los ojos entornados.

—Joanna recibirá bastante dinero; y un hombre tan listo como usted indudablemente ha de saberlo. Pero, por ahora, todo está en el aire. Su marido no dejó testamento, y como no existe nadie con mayor derecho a la herencia que Joanna, ella recibirá todo el dinero; es decir, una suma que representa alrededor de quinientas libras anuales de renta. Pero, cuando pase el tiempo, Joanna tendrá mucho más. Mi hermano Albert y yo somos viejos solterones sin vínculos más cercanos que nuestra sobrina. En realidad, si todo transcurre normalmente será bastante rica algún día. No tanto como para comprar castillos en ruinas; pero sí como para gozar de una espléndida renta. Además, está el dinero del pobre Robert, porque sea cual fuere la suerte que le espera, no me parece que podrá gastarlo en el futuro.

—Para mí eso es como viento que silba entre los árboles y cacareo de gallinas —declaró Doria—. No he pensado en ello, y no me interesa. El criterio del amor que siento por Joanna es que contra él nada pesa en la balanza. Que fuera una pordiosera, o que poseyera millones, mi corazón seguiría siendo el mismo. La adoro con todo mi ser; tanto que no existe en mi espíritu el menor resquicio que pueda servir de asidero al ansia de riquezas, como tampoco al temor de la pobreza. La felicidad no depende

de la carencia o de la abundancia de dinero; lo único que impide hallar la felicidad en este mundo es la falta de verdadero amor.

—Lo que usted dice puede ser jactancia, o la pura verdad...; lo ignoro. Nunca me he enamorado, y nadie ha gastado jamás en mí una onza de afecto —replicó Redmayne—. Pero ha oído lo que le dije. De todos modos, tenga paciencia otros seis meses; probablemente tendrá más éxito que si lo hace así; porque una cosa es innegable: Joanna no lo amará más porque la corteje usted en las actuales circunstancias.

—Tiene toda la razón —contestó el otro—. Confíe en mí. Ocultaré mis sentimientos y seré exquisitamente prudente. Su duelo será respetado; no solamente por motivos egoístas, sino porque soy un caballero, como me lo recordó usted.

—La juventud es la juventud, y a ustedes los italianos les han puesto dentro mucho más apasionamiento que a nosotros los de estas latitudes.

Repentinamente Doria cambió de actitud y miró a Benjamin con aire severo y cierta curiosidad. Luego sonrió para sus adentros y terminó la conversación.

—No tema —dijo—. Confíe en mí. A decir verdad, no hay razón para que sea de otro modo. Ni una palabra más de esto hasta dentro de seis meses. Le deseo que pase muy buena noche, señor.

Se marchó, y durante varios segundos reinó el silencio, interrumpido por la violencia de la lluvia que golpeaba los ventanales del cuarto de la torre; luego Brendon salió del escondrijo y estiró sus miembros. Benjamin lo miró con expresión mitad humorística, mitad ceñuda.

—Así es como se presenta la situación —comentó—. Ahora ya lo sabe.

Marc agachó la cabeza.

—Y cree que ella...

—Sí; lo creo. ¿Por qué no? ¿Ha conocido usted alguna vez a un hombre con mayores probabilidades de encantar a una muchacha?

—¿Mantendrá su palabra de que no tratará de conquistar su amor hasta pasados seis meses?

—Es usted tan inexperto en amor como yo; pero su pregunta es fácil de contestar. ¡Claro que tratará de conquistarla! No podrá evitarlo y ni siquiera necesita hablar.

—A Mrs. Penrod le será odiosa, durante muchos años, la idea de volver a casarse; y ningún verdadero inglés se atrevería a inmiscuirse en su dolor, digno del mayor respeto.

—No estoy capacitado para opinar sobre eso. Pero no me cabe duda de que sea cual fuere la profundidad de su dolor, está muy interesada por Giuseppe..., que no es inglés.

Conversaron cerca de una hora, y Marc pudo comprobar que el viejo marinero era bastante fatalista. Había sacado la conclusión definitiva de que su sobrina se casaría muy pronto por segunda vez, y con el italiano. Tal perspectiva sólo molestaba a Benjamin desde el punto de vista de su propia comodidad. Brendon observó que

Redmayne no tenía objeciones contra la persona de Doria y que no desconfiaba de él. Al parecer, el tío de Joanna no preveía que su sobrina lamentaría alguna vez haber aceptado semejante marido; Marc, juzgando con imparcialidad, creía sinceramente que, tarde o temprano, un personaje tan inconsciente y de físico tan atrayente ensombrecería la vida de la joven. Conocía la calidad de su propio amor; pero comprendía cuan inútil era, por el momento, demostrarlo. Efectivamente, no veía posibilidad alguna de serle útil en aquella encrucijada. Pero era paciente y esperaba que el futuro le proporcionaría, quizá, la ocasión de ayudarla en algo tan vital, aunque ella no pudiera corresponder a su cariño.

Conocía bien sus propias reacciones y sabía que el amor extraño y desconocido que experimentaba era un sentimiento profundo y omnipotente, superior a todo deseo de felicidad egoísta y puramente personal. Tal vez Doria pensara lo mismo de su amor; pero a Brendon le parecía difícil que, llegado el momento de prueba, el italiano antepusiera la felicidad de la joven a su propia pasión.

Cuando faltaba poco para la una se dispuso a esconderse de nuevo en el armario; pero antes de hacerlo, volvió al tema de Robert Redmayne. El viejo marino dijo su última palabra sobre el particular, dejando a Marc inquieto ante el cariz que adquiriría el futuro inmediato.

—Si mi hermano —expresó Benjamin— me da alguna explicación favorable de lo que hizo; si me convence, por ejemplo, de que mató a Penrod en defensa propia, estaré de su parte y no lo entregaré mientras pueda luchar junto a él. Me dirá usted que, procediendo de este modo, también me pondré al margen de la ley; pero no me importa. La sangre tira en un caso así.

Era, a todas luces, una nueva actitud; pero el policía nada dijo, y cuando el reloj del vestíbulo de abajo dio la una, entró en el armario y cerró la puerta. Benjamin acababa de encender su segunda pipa cuando resonó en la torre un ruido de pasos que subían por la escalera; no era, sin embargo, un rumor de pasos cautelosos o vacilantes. El hombre que subía no titubeaba ni procuraba llegar arriba silenciosamente. Se acercaba con rapidez, y Benjamin, tranquilo y dueño de sí, se puso de pie para recibir a su hermano. Pero en lugar de Robert Redmayne, apareció Giuseppe Doria.

Estaba muy agitado y le brillaban los ojos. Respiraba con dificultad y se apartaba con la mano un mechón que le caía sobre la frente. Se advertía que había salido bajo la lluvia, porque el agua brillaba en sus hombros y su rostro.

—Permítame tomar un trago —dijo—. Me han dado un susto.

Benjamin le acercó la botella y un vaso vacío a través de la mesa, y el otro, sentándose, se sirvió.

—¡Hable de una vez! ¿Qué diablos ha ocurrido? Mi hermano estará aquí dentro de pocos minutos.

—No, no subirá. Lo he visto y he hablado con él... No vendrá a verlo.

Doria apuró un pequeño sorbo.

—Efectuaba la vuelta de inspección —explicó—, y me disponía, como siempre, a apagar la lámpara de petróleo del portón, cuando me acordé de Mr. Redmayne. De esto hace media hora; pensé que sería mejor dejar la luz para que se guiara, porque la noche está terriblemente oscura. Por tanto, bajé de la escalera; pero me había visto. Esperaba, guarecido del otro lado del camino, debajo de las rocas, en el sitio donde éstas forman una especie de techo natural de piedra; al verme me reconoció y se acercó a hablarme. Nuevos temores lo dominaban. Dijo que venían persiguiéndolo y que en ese mismo momento había, no muy lejos, varias personas escondidas que querían atraparlo. Le aseguré que no era así, que usted estaba solo y deseaba ayudarlo. Utilicé mis mejores argumentos, le rogué que entrara rápidamente y que me permitiese cerrar con llave el portón; pero sus sospechas se acrecentaron y en sus ojos se reflejó el miedo de un animal acorralado. Interpretó mal mis palabras. El terror que experimentaba pudo más, y lo que le había explicado para tranquilizarlo fue contraproducente. No quiso trasponer el portón, y me mandó decirle que vaya a verlo si todavía desea salvarlo. Es un pobre enfermo que no vivirá mucho. A la luz de la lámpara vi la muerte pintada en sus ojos.

Hubo una pausa mientras Benjamin asimilaba lentamente el cambio que se había producido en la situación. Luego se dirigió levantando la voz, no a Doria, sino al hombre que estaba escondido en el armario.

—Puede salir, Brendon —dijo—. Como habrá podido apreciar, la partida ha terminado por ahora. Doria ha visto a Robert y, según parece, lo ha ahuyentado. Sea como fuere, no vendrá.

Marc se presentó y Doria lo miró asombrado. Era evidente que sus pensamientos retrocedían en el tiempo. Se sonrojó violentamente dando muestras de fastidio.

—*Corpo di Bacco!* —exclamó—. Esto significa que oyó mis confidencias. ¡Es usted un hipócrita!

—¡Cállese! —gritó Benjamin—. Brendon está aquí porque le rogué que se quedara por el bien de mi hermano. Quería que se enterara de lo que ocurriera... Los amoríos de usted no vienen al caso. No repetirá nada de lo que no concierna a sus actividades profesionales. ¿Y qué más dijo Robert?

Pero Doria estaba enfadado. Abrió la boca con la intención de decir algo y volvió a cerrarla; miró primero a Brendon, después a su amo, y respiró con fuerza.

—Hable —instó Benjamin—. ¿Salgo a ver a mi hermano, o ya se ha marchado?

—En cuanto a mí, Doria, no se preocupe —aseguró Brendon—. Estoy aquí por un único motivo que usted conoce. Sus esperanzas y sus ambiciones personales no tienen nada que ver conmigo.

Al oír estas palabras el italiano pareció recobrar la serenidad.

—Por el momento soy un sirviente y debo obedecer a Mr. Redmayne —contestó—. El mensaje que me dieron es el siguiente: el fugitivo no se arriesgará a estar a puertas cerradas, ni debajo de ningún techo, hasta que haya hablado a solas con su hermano. Se oculta ahora cerca del lugar donde Mrs. Penrod y yo lo hallamos, en una

caverna situada junto al mar, a la cual se puede llegar en bote. Hay también un camino interior que le permite ir a la caverna, bajando por los acantilados. Permanecerá allí hasta que su hermano vaya, mañana por la noche, después de las doce. Pero el camino interior está muy escondido y no quiere indicarlo. Tendrá usted que ir por el mar, señor. Lo planeó todo mientras hablaba conmigo. Encenderá la lámpara en la caverna, y cuando usted vea la luz desde la lancha, podrá acercarse y bajar a verlo. Esto es lo que exige; y si, aparte de su hermano, alguien trata de desembarcar, lo recibirá a tiros. Jura que lo hará. También dijo que cuando Benjamin Redmayne se entere de todo, lo perdonará y estará de su parte.

—¿Hablabas como persona cuerda? —inquirió Brendon.

—Sí; pero está en las últimas. Debe de haber sido muy vigoroso, pero no le quedan fuerzas.

De pronto, una idea inquietante cruzó por la mente del detective. ¿No habría Doria descubierto su presencia en el armario mientras hablaba con Benjamin de cosas personales? ¿No habría avisado a Robert Redmayne de que no vería a solas a su hermano? Pero en seguida desechó la sospecha. El asombro y la ira de Doria al verlo habían sido auténticos. Por otra parte, no existía motivo plausible para que Giuseppe se pusiera de parte del fugitivo.

Benjamin habló.

—Haré lo que me pide —dijo—. Ahora es cuestión de vida o muerte y lamento tener que esperar hasta mañana por la noche. Saldremos en la lancha y cuando veamos la luz nos acercaremos y lo llamaremos —luego, volviéndose a Brendon, añadió—: Le ruego que no haga nada hasta que me haya entrevistado con ese desventurado. Se lo pido como hermano de Robert.

—Pierda cuidado. Está sobrentendido que nada haré hasta que usted lo vea y nos dé su informe. Tal vez no sea lo corriente en estos casos, pero es humano.

—Le ruego que esté aquí mañana por la noche —prosiguió el marino—. Y si logro persuadir al pobre desgraciado, lo traeré en la lancha y trataremos de aconsejarle. No hay que olvidar que nadie ha oído sus razones.

—Si el capitán Redmayne tuviera sus razones no habría huido y no se hubiera tomado tanto trabajo en esconder a su víctima —repuso Marc—. No se ilusione creyendo que por ese lado podrá salvarse. Es mucho más probable que fueran clementes con él si probáramos que se trata de un homicidio cometido bajo la influencia de la conmoción sufrida durante la guerra; y cuanto menos razones haya tenido para asesinar a Penrod, más razones habrá para suponer que estaba loco y, por tanto, que era inocente cuando cometió el crimen.

—Su aspecto actual es el de un hombre muy cuerdo y afligido —declaró Doria—. Vendrá a comer en su mano como un pájaro hambriento, señor.

—Entonces, ni una palabra más. Creo que, por el momento, lo mejor que podemos hacer es acostarnos —dijo Benjamin—. Hay siempre aquí una cama pronta en el cuarto de huéspedes, Brendon. Hallará todo cuanto necesite, menos navaja, en el

cuarto de baño. Ustedes los jóvenes prefieren las modernas navajas de seguridad; sin duda Giuseppe tiene una y se la prestará.

Doria prometió que a la mañana siguiente temprano, la navaja estaría en el cuarto de baño y luego se retiró. Benjamin descubrió que tenía hambre y bajó al comedor. Brendon y él comieron algo antes de marcharse a la cama.

Desde su lecho, en un pequeño cuarto contiguo al del dueño de la casa, Marc oyó que aquél hablaba solo, entre dientes, evidentemente afligido por lo que le ocurría a su hermano. Tan penosa situación conmovía al detective; pero se consoló pensando que faltaban pocas horas para que el asunto se decidiera. El resultado no lo inquietaba. Imaginaba a Robert Redmayne detenido durante cierto tiempo para satisfacer las exigencias legales; y luego, si la opinión médica sancionaba tal medida, libre otra vez.

Su pensamiento derivó hacia sus propios asuntos y se enfrentó al hecho de que las esperanzas que había puesto en Joanna se esfumaban. Al pensar en ella pensaba también en lo que ahora sabía de ella. Hasta entonces, Marc había ignorado que, en el futuro, Joanna sería rica, dueña de una fortuna mucho mayor de todo lo que él podría ganar en su vida. Recordó que al día siguiente tendría oportunidad de conversar con ella a solas. Pero, llegado el momento, ¿qué le diría? Cuando finalmente se durmió, se había disipado la tormenta y despuntaba el alba.

Aquella mañana, Benjamin se mostró gruñón y deseoso de que lo dejaran solo. Visiblemente preocupado, se encerró en el cuarto de la torre con su pipa y *Moby Dick*. A la única persona que quiso ver fue a Joanna, y ésta permaneció largo rato con él. Brendon, que, ante el asombro de Joanna, se había presentado a desayunar en el momento en que ella hacía el té, la puso al corriente de las novedades de la noche anterior. Doria se reunió con ellos algo más tarde; pero Benjamin, madrugador por lo general, no apareció. Joanna le llevó el desayuno.

Redmayne bajó a almorzar y, terminada la comida, Doria condujo a Brendon hasta Dartmouth en la lancha. Al llegar allí, el detective fue a la comisaría y explicó la conveniencia de esperar. No había necesidad, como se había pensado, de dar caza al fugitivo. Comunicó al inspector Damarell que el hombre había sido localizado y que, probablemente, se entregaría dentro de las veinticuatro horas siguientes. Telefonó la misma información a Scotland Yard, y más tarde regresó a «El nido del cuervo». Era un día tranquilo y nublado y caía una fina llovizna; el viento había amainado y presagiaba una noche serena.

Doria dejó a Brendon en tierra y volvió a zarpar, navegando con lentitud a lo largo de la costa. Había pedido permiso a Marc para hacer ese recorrido, explicándole que deseaba tomar mentalmente varias notas de las distancias, para la excursión de la noche. La playa alta, donde habían hablado con Robert Redmayne, se hallaba situada a cinco millas aproximadamente y Giuseppe suponía que el escondite de Redmayne estaría más lejos aún, hacia el Oeste.

Anduvo, pues, a una velocidad determinada y tres cuartos de hora más tarde,

antes del anochecer, se hallaba de regreso. Pero no había encontrado nada. No había hallado ninguna caverna en el lugar que suponía y ahora sospechaba que la guarida de Robert Redmayne debía de estar más cerca de lo que imaginaban.

Por fin, llegó la noche, muy oscura, pero serena y despejada. Debajo de «El nido del cuervo» las olas, reducidas al mínimo, emitían un rítmico susurro en el fondo de los precipicios y sobre las pequeñas playas que, aquí y allí, rompían la línea de los acantilados. La marea empezaba a subir y habían sonado las campanadas de medianoche cuando Benjamin Redmayne, con traje adecuado para el mal tiempo, descendió pesadamente la larga serie de escalones y se hizo a la mar. Brendon y Joanna quedaron arriba, al pie del mástil de la bandera, y minutos después oyeron el rumor de la lancha que se alejaba velozmente entre las tinieblas.

La mujer fue la primera en hablar.

—Gracias a Dios que estamos al final de esta horrible ansiedad —dijo—. Ha sido para mí una cruel pesadilla, Mr. Brendon.

—La he acompañado en su dolor, Mrs. Penrod, y he admirado su extraordinaria paciencia.

—¿Quién podría impacientarse con ese desgraciado? Ha pagado caro lo que hizo. Yo misma lo reconozco. Hay peores cosas que la muerte, Mr. Brendon, y las verá dentro de un rato reflejadas en los ojos de Robert Redmayne. Al mismo Giuseppe lo dejó mudo e impresionado después del primer encuentro.

Al oírla pronunciar con tanta familiaridad el nombre del italiano, Marc sintió en su corazón una irrazonada pesadumbre; pero esta reacción le sirvió de pretexto para hacer una pregunta.

—¿Cree usted todo lo que Doria le cuenta? ¿Consideran ustedes que es un sirviente o un igual?

—Superior más que igual —contestó ella sonriendo—. Sí, no descubro ningún motivo para dudar de la veracidad de su historia. Es, evidentemente, un gran señor y hombre de finos sentimientos. La cuna y la educación son cosas distintas. Le falta educación, pero posee delicadeza natural de pensamiento. Es algo que se siente.

—¿Le interesa a usted?

—Sí —confesó ella francamente—. A decir verdad, estoy en deuda con él, porque tiene el tino y el don de decir y hacer precisamente lo que me cae bien.

—Ha tenido oportunidades espléndidas para ello —dijo Brendon con envidia.

—Sí; pero no todos las hubieran aprovechado. Llegué aquí aturdida..., medio loca. Mi tío procuró ser comprensivo, pero carece de imaginación; sólo se le ocurría leerme pasajes de *Moby Dick*. Doria es de mi generación y posee una cualidad femenina que los hombres, en su mayoría, no tienen.

—Creía que las mujeres detestaban las cualidades femeninas en los hombres.

—Tal vez no me he explicado bien. Quiero decir que posee la rapidez de comprensión y las cualidades intuitivas que se encuentran más a menudo entre las mujeres que entre los hombres.

Marc guardó silencio.

—No se me ha pasado por alto que usted no le tiene simpatía —prosiguió ella—, o si esto es excesivo, que no encuentra en él nada que despierte su admiración. ¿Qué hay de antipático para usted en la naturaleza de Doria, y qué de antipático para él en la de usted? Él tampoco le tiene simpatía. En cambio, los dos me parecen muy corteses y bondadosos. Supongo que no estará usted predispuesto contra los extranjeros... Me extrañaría, tratándose de una persona tan cosmopolita como usted.

Ante esta reconvención, Brendon advirtió con cuánta inconsciencia había mostrado una aversión para la cual no existía razón valedera. Por lo menos, ninguna razón que pudiera alegar con justicia. Sin embargo, fue sincero, y su contestación tal vez no sorprendió a Joanna, a pesar de su evidente asombro.

—No hay más que una respuesta, señora: estoy celoso de Doria.

—¡Celoso! ¡Vamos, Mr. Brendon! ¿Qué tiene usted que envidiarle?

—No es probable que lo adivinara usted —replicó él; pero en realidad Joanna lo había adivinado con bastante exactitud—. Si Doria es un caballero, sé que no debo tener celos; puesto que lo que está en mi pensamiento no puedo expresarlo antes de que pasen muchos meses. No obstante, es natural que lo envidie; y si me pregunta por qué, seré franco y se lo diré: el destino le ha concedido el privilegio de aliviar la cruel desgracia que la hiere. Acaba usted de decirme que su simpatía e intuición han logrado distraerla. Dirá usted que ningún inglés podría competir con él... Tal vez tenga razón; pero este inglés, desde el fondo de su corazón, lamenta que le haya sido negada la oportunidad.

—Usted también ha sido muy bueno —contestó ella—. No me crea ingrata. No fue culpa suya el no descubrir el paradero de Robert Redmayne. Al fin de cuentas, ¿qué se hubiese logrado con ello? Capturar al infortunado algunos meses antes, nada más. Robert comprenderá ahora, así lo espero, que no le queda otro remedio que entregarse en manos de su hermano y confiar en la misericordia de sus semejantes.

De este modo, Joanna desvió la conversación del tema que la relacionaba con Doria, y Marc comprendió la indirecta. Ya no dudaba de que la estimación de la joven por el italiano maduraría fácilmente y se convertiría en amor. Se decía para sus adentros que tal desenlace le inspiraba temor por ella; pero, en su fuero interno, sospechaba que su aflicción era, en realidad, egoísta y nacía de su desilusión más que de su inquietud por el porvenir de Joanna.

A poco, vieron el destello de un rubí y una esmeralda sobre el mar, y al cabo de varios segundos oyeron el rumor de la lancha que regresaba. Había transcurrido menos de media hora desde su partida y Brendon esperaba que Robert Redmayne hubiese cedido a los ruegos de su hermano y que estuviera a punto de desembarcar; pero no había ocurrido tal cosa. Giuseppe Doria, solo, subió los escalones; traía pocas noticias.

—No me necesitan aún, y decidí volver —explicó—. Todo anda bien; la caverna está muy cerca. Vimos la luz cuando estábamos a dos millas de aquí y atraqué; y allí

estaba el hombre, de pie en la playa, delante de una pequeña caverna. Su saludo fue muy curioso. Gritó: «¡Si alguien más desembarca contigo, Benjamin, dispararé contra él!» A su vez, el señor le gritó que no tuviera miedo y saltó a tierra en cuanto la proa tocó la arena; luego me ordenó que regresara en seguida. Entraron juntos en la caverna.

Explicó la posición de la caverna.

—Se halla encima de la playita que aparece durante la marea baja, esa playita donde abundan los moluscos —dijo—. Una vez llevé allí a Madona, que quería reunir conchitas para el amo.

—Mi tío Benjamin fabrica toda clase de preciosos adornos con caparazones de moluscos —explicó Joanna.

Doria fumó varios cigarrillos y luego volvió a bajar. En veinte minutos la lancha se había hecho nuevamente a la mar. Entretanto, Joanna y Marc, después de darse los buenas noches, se retiraron. A ella le parecía mejor no estar presente cuando sus tíos llegaran y Brendon compartía enteramente esta opinión.

Muerte en la caverna

Cuando se quedó solo, Brendon consideró el futuro con cierta melancolía; pensó en que la suerte lo había despojado de su principal esperanza. La suerte, que con tanta frecuencia le había servido fielmente, ahora, en lo más importante de su vida, se volvía contra él. No se le ocurría compararse con su afortunado rival; pero era evidente que la casualidad había proporcionado a Doria magníficas oportunidades que él en ningún momento había tenido. Se dijo, no obstante, que un hombre más hábil hubiera sabido crear las necesarias oportunidades. ¿Qué valor tenía su cariño si no lograba vencer las desventajas de la suerte?

Comprendía que estaba descartado; se sentía incapaz de imponerse y cortejar a Joanna con el pretexto de que la haría más feliz que su rival. No ignoraba que Giuseppe, alegre y lleno de vitalidad, tenía más probabilidades que él de hacerla dichosa, porque estaba en condiciones de dedicarle todo su tiempo; en cambio, para él, Brendon, la boda y el hogar no serían más que parte de su vida futura. Tenía su carrera y bien sabía que, pese a la probable situación independiente de Joanna, jamás abandonaría la profesión que le había dado celebridad. Pero, en un punto, persistían sus dudas y su temor por ella; temor de que un hombre tan atrayente como Doria siguiera la inclinación de su raza y se cansara pronto de los lazos matrimoniales.

Luego se dedicó a considerar otro aspecto de la situación, y analizó las palabras que Joanna había pronunciado un rato antes. Este análisis lo condujo a una sola conclusión: tuvo la seguridad de que, transcurrido el tiempo exigido por el decoro, ella entregaría su amor a Doria. Esto equivalía a aceptar que, inconscientemente o no, lo amaba. Tal deducción sorprendía a Marc, porque aunque reconocía los atractivos de Doria, le costaba creer que se hubiera debilitado tan pronto en la memoria de Joanna la imagen de su marido. Recordaba el dolor que demostraba en Princetown y sus afirmaciones de amor conyugal; veía que estaba vestida de riguroso luto. Era, por cierto, joven; pero su carácter nunca le había parecido juvenil ni despreocupado.

En oposición a ese argumento, era cierto que la había conocido después de la pérdida de su marido, en una hora de duelo. Recordó su canto en el páramo, la tarde que se había cruzado con él por primera vez, a la luz del poniente. Probablemente había sido risueña y jovial antes de la muerte de su marido. Pero con toda seguridad no era frívola. El conocimiento que Brendon tenía del carácter se lo decía. El rostro de la joven reflejaba fuerza y también dulzura. En sus raras conversaciones con ella había comprobado que los temas serios le interesaban; pero esto se debía, quizá, a que Joanna respondía, como un instrumento delicado, al ambiente que la rodeaba; y él, junto a ella, sólo había demostrado seriedad. En cambio, en compañía del italiano,

ella había tenido, seguramente, oportunidades de sonreír y de olvidar. Los asuntos personales de Doria, tema que a éste le encantaba, la habían distraído, sin duda, disipando sus pensamientos tristes; sea como fuere, no era posible que, a su edad, no tuviera otra perspectiva que suspirar toda la vida.

Sus reflexiones se vieron interrumpidas por el regreso de la gasolinera. Hacía una hora que había partido. Marc oyó que navegaba velozmente, rumbo al embarcadero. En la creencia de que Benjamin Redmayne y su hermano llegarían en la embarcación, se dispuso a marcharse a su cuarto y a permanecer allí hasta el día siguiente. Había prometido no mostrarse si Robert Redmayne no deseaba verlo ni discutir el futuro con él.

Pero, una vez más, Doria volvió solo a «El nido del cuervo» y las noticias que traía modificaron los propósitos del detective. El italiano estaba muy inquieto y temía que a su amo le hubiese ocurrido algo grave.

—Cuando transcurrió la hora fijada, acerqué la lancha —dijo—, y la marea la llevó a escasos metros de la entrada de la caverna. La luz estaba encendida; pero no alcancé a divisar a ninguno de los dos. Llamé dos veces, pero nadie contestó. Reinaba una quietud de muerte y aproximé un poco más la lancha para cerciorarme de que no había nadie allí. La caverna estaba vacía. Me alarmé mucho y volví en busca de usted.

—¿No desembarcó?

—No bajé a tierra; pero estuve a menos de cinco metros de la caverna porque la marea seguía subiendo. La luz brillaba en un sitio desierto. Le ruego que me acompañe, porque presiento alguna desgracia.

Muy preocupado, Brendon buscó su revólver y una linterna eléctrica y sin perder tiempo descendió a la playa, en compañía de Doria. Pronto se hallaron navegando rumbo a la caverna. Durante varios minutos la lancha desarrolló el máximo de su velocidad; luego cambió de rumbo y se acercó a la costa, debajo de los acantilados. Al nivel del mar, entre la densa oscuridad de los precipicios, Marc divisó un solitario haz de luz, semejante a la fosforescencia de una luciérnaga; Doria, acortando la marcha, se dirigía hacia ese punto. Segundos después paró el motor y la proa de la lancha encalló en la playita situada frente a la entrada del escondite de Robert Redmayne. La luz de la lámpara era abundante; pero, aunque mostraba la soledad de la caverna, no la iluminaba suficientemente como para distinguir la altura del techo ni revelar la existencia de una segunda abertura situada en el fondo, por donde subía una galería con escalones rudamente tallados en la piedra.

—Es un lugar que el señor me mostró hace mucho tiempo —explicó Doria—. Antiguamente era usado por contrabandistas y los escalones que tallaron existen aún.

Los dos hombres desembarcaron y Giuseppe amarró la lancha. En cuanto entraron, se vieron frente a la evidencia de una tragedia. El suelo de la caverna estaba cubierto de finos guijarros con mezcla de arena. Innumerables grietas hendían las paredes rocosas, cuyo estrato presentaba múltiples salientes y rugosidades. La

lámpara se hallaba colocada sobre un retallo y proyectaba sobre el suelo una zona de luz. Allí estaban amontonados los restos de los alimentos llevados a Redmayne la víspera; se advertía que había bebido y comido de buena gana. Pero el detalle que más llamaba la atención era lo pisoteada que estaba la superficie del suelo. Pesadas botas habían dejado allí marcas profundas. En un punto se veía una depresión que parecía causada por la caída de un cuerpo de gran tamaño y Brendon descubrió sangre: una gran mancha oscura, casi seca, porque su sustancia era absorbida por el suelo arenoso.

Se asemejaba más a un borrón que a un charco y, a la luz de su linterna, Marc divisó un rastro de gotas que se extendía irregularmente hacia el fondo de la caverna. Partiendo de la depresión dejada por la caída del cuerpo, había un rastro en forma de surco trazado en la misma dirección y Marc dedujo que uno de los hombres había tumbado al otro y que luego lo había arrastrado hacia la chimenea o galería que se abría en la extremidad de la caverna. Manchas de sangre y el rastro de un pesado cuerpo llegaban hasta los escalones de piedra y allí desaparecían.

El detective se detuvo al pie de la abertura y preguntó a Doria qué altura tenía la escalera y dónde conducía; pero durante un rato su compañero, aturdido por la impresión, no pudo contestarle. Giuseppe no disimulaba el miedo que lo embargaba, unido a la sincera emoción que le inspiraba la tragedia implícita en los vestigios que acababan de hallar.

—¡Esto significa muerte... muerte! —repetía sin cesar, y entre frase y frase, con la boca abierta, miraba a su alrededor con ojos espantados, tratando de penetrar las sombras circundantes.

—Seréne y trate de ayudarme —dijo Brendon—. Cada minuto que pasa es precioso. Parecería que han subido a alguien a rastras por aquí. ¿Es posible?

—Creo que un hombre muy fuerte podría hacerlo. Pero él no; estaba muy débil...

—¿Dónde lleva esto?

—Hay muchos escalones bajos, luego una larga subida en pendiente; después hay que agachar la cabeza y escurrirse por un agujero. Se llega entonces a una meseta en mitad del acantilado. Es un borde ancho, y de él parte un único sendero, empinado y áspero, que asciende en zigzag, como nuestros caminos de Italia, hasta llegar a la cima. Pero es un sendero difícil y escabroso..., no es posible recorrerlo de noche.

—Tenemos que recorrerlo de cualquier modo y haremos que sea posible. ¿La lancha está bien amarrada?

—Si me ayuda, la entraremos en la caverna. Así podremos explorar tranquilamente, sin temor de que le ocurra algo.

Lamentando la pérdida de tiempo, Marc prestó ayuda, y pronto la lancha estuvo fuera del alcance de la marea alta. En seguida, yendo delante Brendon, que iluminaba los escalones con su linterna, ambos iniciaron la ascensión. Salvo varias gotas de sangre, diseminadas aquí y allí, la escalera de piedra no reveló nuevos indicios; pero cuando llegaron al último escalón, al punto donde el pasaje subterráneo doblaba hacia

la izquierda, siempre entre la roca sólida, advirtieron en la pendiente, resbaladiza debido a las filtraciones del techo, una mancha en línea recta trazada sobre la superficie barrosa. Después de casi cincuenta metros de recorrido la galería se estrechaba y el techo era más bajo; pero seguía visible el rastro liso de un pesado cuerpo que había sido arrastrado hacia arriba. Con excepción de una que otra palabra, los dos hombres avanzaban en silencio; pero de cuando en cuando Brendon oía que el italiano hablaba solo.

—¡Mi amo, mi amo..., la muerte! —repetía.

En los últimos diez metros de galería, Marc se vio obligado a arrodillarse y gatear. Luego salió y se halló al aire libre sobre un borde de piedra situado a gran altura entre la tierra y el mar. Todo era oscuridad y silencio en torno. Hizo un ademán a Doria, y ambos escucharon atentamente durante varios minutos; pero sólo llegaba a sus oídos el sordo murmullo del agua que, a considerable distancia, se agitaba allá abajo. Ningún otro rumor rompía el silencio que los rodeaba.

Estaban de pie sobre una meseta cubierta de fino césped, reseco a causa del invierno y con evidencias de que allí se posaban las aves marinas. Ayudado por la luz de la linterna que recorría la superficie del borde de piedra, Giuseppe recogió varias plumas grises.

—Para las pipas del señor —explicó—. Usa plumas de ave para limpiarlas.

Encima de sus cabezas la línea del acantilado se extendía, negra como tinta, contra el cielo; por contraste, las nubes de medianoche parecían claras. Brendon descubrió indicios de que el peso muerto arrastrado desde abajo, había sido depositado un rato en aquel mismo punto; además, ciertos rastros en la hierba indicaban que el hombre vivo había descansado allí después del enorme esfuerzo. Se veían coágulos de sangre en el césped, cerca de dichas huellas; pero, ninguna otra señal visible en la oscuridad reinante. Recordando la muerte de Michael Penrod, Brendon reconstruía, en teoría, los sucesos que ahora le tocaba investigar. Era más que probable que Robert Redmayne hubiera matado a su hermano mayor; y, al parecer, había procedido en la misma forma que la otra vez, trasladando a su víctima dentro de un saco. Marc admitía esta suposición, porque el rastro que había en el suelo de la caverna y a lo largo del camino que acababa de recorrer, era, evidentemente, el de un bulto redondeado y de mucho peso que no cambiaba de forma al ser arrastrado.

Permaneció varios minutos pensativo.

—¿Por dónde se sale de aquí? —preguntó luego, y Doria, avanzando cautelosamente hacia el lado este del borde, le indicó un sendero ascendente, estrecho y rocoso. Era escarpado y abrupto y se advertía claramente que era poco transitado, porque estaba cubierto de zarzas y de vegetación marchita. Empezaron a subir; Brendon ordenó a su compañero que no tocara nada, para poder realizar luego, si era necesario, una minuciosa investigación a la luz del día. El sendero torcía bruscamente de izquierda a derecha, ascendiendo siempre y, como no era demasiado empinado,

permitía avanzar sin interrupción. Llevaba, finalmente, a la cima del acantilado, donde en el límite de una árida zona de cincuenta metros, se levantaba una tapia de poca altura que separaba de los precipicios las tierras aradas. Pero no vieron a ningún ser humano; y sobre el tupido césped de la cima los pasos no dejaban la menor huella.

—¿Qué opina usted? —preguntó Doria—. Su cerebro es más rápido y experto en dilucidar estas vilezas. ¿Será posible que mi amo y amigo esté muerto? ¿Muerto el viejo lobo de mar?

—Sí —repuso Brendon tristemente—. No me cabe la menor duda. También es cierto que ha ocurrido algo que debí haber evitado. Y se ha perdido una vida que pudo ser salvada. Desde el comienzo de este asunto he sido excesivamente confiado; he prestado crédito a todo lo que me decían.

—No se eche la culpa —contestó el otro—. ¿Qué razón había para que dudase de lo que le decían?

—Había una, y es que mi misión consiste en dudar y en no confiar en nadie. No culpo a otros, ni insinúo que hayan querido engañarme; pero acepté, como todos, lo que parecía obvio y razonable, en lugar de analizar las cosas personalmente. Tal vez no lo vea usted así, Doria; pero otras personas se apresurarán a interpretar las cosas de este modo.

—Hizo lo que pudo, como lo hicimos todos. ¿Quién iba a adivinar que venía a matar a su hermano?

—Un loco es capaz de todo. Mi culpa consiste en haber supuesto que había recobrado la razón.

—¿Hay algo más natural? ¿Qué motivo tenía usted para suponer lo contrario? Únicamente loco pudo asesinar al marido de Madona, y únicamente muy cuerdo pudo después escapar de los esbirros. Por eso usted dedujo que primero había estado loco y luego cuerdo; y que ahora vuelve a estar mal de la cabeza.

Brendon deseaba llegar a Dartmouth cuanto antes a fin de iniciar las investigaciones al amanecer. Doria reflexionó sobre si llegarían más rápidamente por tierra o por agua, y sacó en limpio que el trayecto era más corto yendo en la lancha que por la carretera.

—Tenemos que volver por la galería —dijo—, porque no hay otro modo de llegar hasta la lancha.

Brendon aceptó y bajaron el sendero en zigzag; luego, desde la meseta, volvieron a entrar en la galería y llegaron a los escalones y a la caverna. Apagaron la lámpara que seguía encendida y pronto se hallaron sobre el agua. A la luz trémula del alba, mientras surcaban velozmente el tranquilo y plomizo mar, la pequeña embarcación proyectaba a uno y otro lado una lluvia de espuma, dejando al pasar la blancura de su estela.

Cuando se hallaron frente a «El nido del cuervo» vieron una figura al pie del mástil y reconocieron a Joanna Penrod. La joven no hizo ademán alguno; pero al verla, Giuseppe se puso visiblemente nervioso. Detuvo la lancha y dirigió un ruego a

Brendon.

—Tengo el corazón en la boca —dijo—. Me asalta un súbito temor. Ese loco... No sería raro que tuviese una manía contra su familia y sus mejores amigos. Es una característica frecuente entre los locos. Y usted y yo estamos lejos de la casa... ¿comprende? En este momento hay dos mujeres solas en «El nido del cuervo». Puede llegar y hacer una barrida, ¿no le parece?

—¿De veras lo cree?

—Tratándose de fuerzas indomables, todo es posible —contestó el otro, con los ojos fijos en la casa del acantilado.

—Tiene razón. Atraquemos. Quizá Mrs. Penrod corra peligro.

Doria no ocultaba su satisfacción.

—¡Ya ve; ni siquiera usted piensa en todo! —exclamó; pero el otro guardó silencio. Se sentía abrumado por una terrible responsabilidad y una aplastante sensación de fracaso.

Sin embargo, no dejó de dar a Doria las órdenes pertinentes.

—Diga a Mrs. Penrod y a la criada que cierren con llave la casa y que vengan con nosotros —indicó—. Es mejor que nos acompañen a Dartmouth y que regresen con usted cuando me hayan dejado allí. Ruégueles que no tarden.

Doria obedeció, y a los diez minutos volvió en compañía de Joanna, aturdida y pálida, y de la asustada sirvienta que se abotonaba torpemente la blusa. Ambas tenían mucho miedo y hablaban sin cesar; pero Brendon les rogó que se callaran. Advirtió a Joanna que temía lo peor en cuanto a la suerte que pudiera haber corrido su tío Benjamin; y las terribles noticias la dejaron muda. Recorrieron así el trayecto; antes del alba pasaron velozmente las dos escolleras del puerto, y finalmente atracaron junto al desembarcadero.

Doria había cumplido su cometido. Marc le indicó que regresara con las mujeres y, dirigiéndose a los tres, les pidió que no salieran de la casa hasta que recibieran noticias de él.

—Si tienen algo que comunicar, telefoneen a la comisaría —dijo—, y si Robert Redmayne aparece y quiere entrar, no se lo permitan.

Después de recibir otras indicaciones similares, se marcharon.

A la media hora, la noticia se había propagado. Por tierra partieron grupos encargados de explorar la región; Brendon, en compañía del inspector Damarell y dos agentes, se hizo a la mar en la veloz lancha del capitán del puerto. Llevaban provisiones a bordo y Marc comió mientras relataba los incidentes de la noche anterior. Eran las ocho cuando llegaron a la caverna e iniciaron una metódica investigación en todo el recorrido. Marc había convenido con Doria que, si algo sucedía en «El nido de cuervo», arboraría una señal; pero nada había ocurrido, porque el mástil continuaba desnudo.

Comenzó la laboriosa búsqueda en la caverna y en la galería que la comunicaba con la cima. La claridad matinal invadía la cueva y los policías, trabajando

sistemáticamente, revisaron los rincones; pero sus esfuerzos a la luz del día no revelaron más de lo que Brendon había descubierto en la oscuridad de la noche. No se veía más que la arena pisoteada, los restos de alimentos amontonados, la lámpara en su ménsula de piedra, la negra mancha de sangre y el rastro poco profundo de un bulto redondeado que había sido arrastrado hasta los escalones. La marea estaba baja, pero en la playita sólo se diseñaban los rastros habituales que deja la subida del mar. El inspector Damarell volvió a la lancha y pidió al capitán que regresara a Dartmouth.

—Volveremos en automóvil por el otro lado —explicó—. Dígales que vengan a buscarnos a la cima del Pico del Halcón; y que traigan emparedados y media docena de botellas de cerveza; presiento que los necesitaremos a mediodía.

La lancha zarpó; y la galería escalonada, la pendiente y el borde de piedra en mitad de acantilado fueron nuevamente examinados con paciente minuciosidad. Centímetro por centímetro, los policías avanzaban; pero nada descubrían que no fuese una que otra gota de sangre sobre alguna piedra y la huella del bulto que había sido arrastrado la noche anterior.

—Debe de ser un Sansón —observó Marc—. Piensen ustedes lo que sería si tuviéramos que subir por aquí un saco que contuviese a un hombre que pesara ochenta kilos.

—Yo no tendría fuerzas para hacerlo —admitió el inspector—. Pero alguien las tuvo. Es un caso idéntico al que se produjo el verano pasado en Berry Head. Exploraremos los acantilados como una jauría y, de pronto, descubriremos un lugar que cae a pico sobre el mar. Luego hallaremos un saco en una conejera o en una madriguera de tejón... y eso será todo.

Mientras descansaban un rato en la meseta, Brendon vio rastros de pisadas; correspondían a las suelas claveteadas de unas botas que reconoció. Los rastros estaban estampados en una parte blanda, precisamente junto a la salida de la galería y Marc recordó el refuerzo de hierro que tenían en la suela y las cabezas triangulares de los clavos que lo sujetaban.

Llamó al inspector Damarell.

—Cuando compare estas huellas con los moldes de yeso sacados de las de Foggintor verá usted que se trata de las mismas botas —dijo—. El hecho, como es natural, no me sorprende; pero es prueba irrefutable de que tenemos que lidiar con el mismo individuo.

—Que volverá a emplear los recursos que le permitieron hace meses desaparecer sin dejar rastros —profetizó el otro—. Créame, Brendon, no se trata de la obra de un solo hombre. Debajo de este asunto hay mucho más de lo que parece..., lo mismo que la vez pasada. Es muy fácil declarar que el criminal está loco por la razón de que no encontramos el móvil; significa, sencillamente, aceptar la ley del menor esfuerzo, que está muy lejos de ser la buena. Estamos frente a un individuo que ha atraído a su hermano a la muerte con singular astucia. Inventó un cuento y, después de prometer que se presentará, cambia de idea y ejecuta un nuevo plan que pone en sus manos al

viejo Benjamin. Luego...

—Pero ¿quién podía adivinar que tramaba un crimen? Nos basábamos en hechos concretos. Mrs. Penrod y Doria habían hablado con él. El testimonio de la señora era de todo punto insospechable. No ocultó nada; se comportó como verdadera cristiana, lloró al ver al desventurado y llevó el mensaje que éste enviaba a su hermano. Después, a último momento, el hombre se sintió presa de súbito temor (cosa bastante natural) y rogó a Benjamin que fuera a verlo a solas en su escondrijo. El mensaje parecía absolutamente sincero. Por mi parte, no tuve la menor sospecha.

—Lo creo —aseguró Damarell—, y no soy de los que se hacen pasar por sabios después que han ocurrido las cosas. Pero, como le dije, me pareció un error suspender la persecución y no dejar que el asunto continuase en manos profesionales cuando estábamos a punto de capturar al prófugo. Usted dirigía y nosotros obedecimos; pero, indudablemente, hubiera sido mejor que el asesino nos dijera a nosotros lo que deseaba comunicar a su hermano; porque no sería de extrañar que éste, inducido por el desventurado para ayudarlo, hubiese despreciado la ley. Ahora se ha derramado más sangre inocente, y un peligroso criminal (loco o cuerdo) anda suelto. Lo probable es que haya más de uno. Pero reconozco que de nada sirve hablar. Lo que debemos hacer es atraparlos..., si podemos.

Brendon no replicó. Estaba fastidiado, aun cuando comprendía que no había oído más que la verdad.

Examinó la meseta en que se hallaba y mostró a sus colegas el lugar donde un bulto redondeado había hundido el suelo y el lugar donde una persona se había sentado junto al bulto. Desde aquel sitio no era posible deshacerse de un cadáver arrojándolo al mar. Partiendo del filo de aquella plataforma natural, la roca descendía a pico, formando un precipicio de unos treinta metros hasta un terreno quebrado que, en sucesivos declives, bajaba hasta el agua. Un cadáver arrojado desde aquel punto tendría, necesariamente, que estar allá abajo; pero no divisaron señal alguna de la siniestra carga. El sendero zigzagueante que conducía a la cima no revelaba el menor indicio de que un bulto hubiese sido arrastrado hacia arriba y tampoco había marcas de botas claveteadas. Se veían huellas frescas; pero eran las dejadas la noche anterior por Brendon y Doria.

Los policías siguieron ascendiendo, examinaron las vueltas del camino y, finalmente, llegaron a la cima minutos después de mediodía. Era una altura vertiginosa, suspendida sobre el mar; pero riscos y peñascos sobresalían en los ciento ochenta metros de la pared del precipicio y cualquier objeto arrojado desde lo alto del Pico del Halcón hubiese sido interceptado muchas veces en su caída. El inspector Damarell se detuvo a descansar y se dejó caer, jadeando, sobre la estrecha cornisa de la cima del acantilado.

—¿Qué le parece? —preguntó a Brendon; y éste, después de mirar detalladamente el suelo a su alrededor, y de observar los picos y salientes que se veían abajo, contestó:

—No llegó hasta aquí..., o si llegó, se deshizo antes del cadáver. Tendremos que explorar el terreno quebrado, debajo de la meseta. Tal vez haya un camino para bajar que el criminal conocía. Deduzco que después de arrojar el cadáver bajó y lo cubrió con grandes piedras. Tiene que estar allí..., por la sencilla razón de que no puede estar en otra parte. Si lo hubiese arrastrado hasta aquí, existirían huellas. Y, a mi juicio, aunque hubiera deseado hacerlo, le habrían faltado fuerzas. Por vigoroso que sea, tiene que haberle agotado el esfuerzo de subir el saco hasta la meseta; al llegar allí no habrá podido más. Por tanto, el cadáver debe de estar escondido en las rocas que hay debajo.

—Dejemos, entonces, las cosas en este punto hasta que hayamos comido y bebido algo —repuso el inspector.

Se dirigieron a la carretera, donde los esperaba un automóvil, y procedieron a alimentarse. El agente que conducía el vehículo carecía de noticias; pero Brendon esperaba que en Dartmouth hubiera alguna información. Estaba convencido de que esta vez el hombre que perseguían no los eludiría por mucho tiempo.

Cerraron con llave el vehículo y el agente que lo guiaba los acompañó cuando bajaron a explorar el terreno quebrado.

—No existe nada más odioso para mí que un asesinato sin cadáver —declaró Damarell mientras descendían—. Para empezar, ni siquiera sabe uno si pisa terreno firme, y tiene que basar cada determinación que toma en hechos que sólo se establecen mediante pruebas indiciarias. Cada movimiento puede ser un paso en falso... Y cuando más cerca parece la verdad, más se aparta uno de ella. Medio litro de sangre no significa necesariamente que se haya cometido un crimen; pero ese individuo, ese Robert Redmayne, tiene la manía de dejar rastros rojos detrás de sí.

Los otros lo escuchaban en silencio y, cuando llegaron a la meseta, iniciaron el descenso. La bajada no era difícil. Un alpinista avezado hubiera encontrado allí incontables e improvisadas formas de alcanzar su objetivo; pero ni Brendon ni sus compañeros descubrieron el menor indicio de que otros los hubieran precedido.

Dividieron en cuadrados el terreno pedregoso y, después de explorarlo metro por metro, procedieron a una búsqueda sistemática y completísima debajo de la superficie. Levantaron las piedras y examinaron minuciosamente el suelo; pero nada demostraba que el lugar hubiera sido pisado o removido. Brendon revisó primero el sector situado exactamente debajo de la meseta donde, en el caso de haber sido arrojados, debían haber caído el saco y su contenido, pero no había la menor señal de que hubiese ocurrido tal cosa. No había sangre en las piedras, ni rastros de que un intruso hubiera visitado aquel solitario paraje. Durante tres horas, hasta la llegada del crepúsculo que empezó a oscurecer los precipicios, trabajaron con el máximo de habilidad y perseverancia; finalmente suspendieron su infructuosa tarea. La hipótesis de Brendon, expresada con tanta seguridad, había resultado errónea y éste confesó francamente su fracaso.

Volvieron a trepar juntos la pared del precipicio y regresaron a la cima del

acantilado. Cuando se encontraron en la carretera principal, se cruzaron con varios civiles que habían dedicado el día a ayudar a la policía; pero ninguno de ellos había descubierto el menor rastro del fugitivo.

La entrada de «El nido del cuervo» estaba situada junto a la carretera que el automóvil de la policía recorría en aquel momento, de regreso a Dartmouth; Brendon, después de ordenar al conductor que se detuviera, siguió solo a pie, por el pequeño valle, en dirección a la morada que en forma tan súbita había perdido a su dueño. La casa, rodeada del más profundo silencio, parecía de duelo. Marc preguntó por Joanna, y la criada, asustada aún, expresó sus dudas de que su ama estuviera visible.

—La pobre señora se siente cruelmente afligida —explicó—. Dice que lleva la desgracia dondequiera que va y ruega a Dios que la mate a ella y no al pobre amo. Doria trató de consolarla un poco; pero fue inútil. Le pidió que la dejara sola. Ha llorado tanto desde esta mañana que casi no le quedan ojos.

—En sus palabras no reconozco a Mrs. Penrod —dijo Brendon—. ¿Dónde están ella y Doria?

—La señora, en su cuarto; él, escribiendo cartas. Dice que tiene que buscar trabajo en seguida porque pronto no lo necesitarán aquí.

—Pregunta a la señora si quiere recibirme —ordenó él, y la mujer obedeció. Pero Brendon tuvo una desilusión. Joanna le enviaba decir que no podía verlo; pero que a la mañana siguiente estaría más serena y lo recibiría.

No supo qué contestar y se dirigió al automóvil que lo aguardaba. Cuando había andado un trecho, Giuseppe, saliendo de la casa, lo alcanzó; pero era sólo para comunicarle que durante el día no había ocurrido ninguna novedad en «El nido del cuervo».

—Nadie más que un sacerdote ha venido —dijo—, y hemos cuidado de que todo quedara tal como lo dejó el viejo capitán.

—Lo veré a usted mañana —prometió Marc; luego volvió junto al inspector y el automóvil siguió su camino.

En Dartmouth los esperaba una profunda decepción. La investigación del día no había tenido el menor resultado. De todas partes informaban que no se había descubierto ningún rastro de Robert Redmayne; y el inspector Damarell expuso, como en la ocasión anterior, la hipótesis del suicidio. Pero, esta vez, Brendon no quiso ni oír hablar de semejante conjetura.

—No está más muerto ahora que hace seis meses —contestó—; pero emplea alguna forma de disfrazarse, o de esconderse, que burla completamente los métodos comunes que permiten capturar a un criminal. Mañana utilizaremos los perros, aunque el rastro esté bastante borrado y no sean muchas nuestras esperanzas de éxito.

—Quizá escriba desde Plymouth, como hizo la otra vez —observó el inspector.

Rendido y desalentado, Marc regresó al hotel. La sensación de desconcierto que experimentaba no era nueva en su carrera, y hasta entonces sólo sentía una preocupación análoga a la de un buen jugador de «cricket» que, después de perder un

tiro, reposa un momento sabiendo que su próxima jugada puede ser brillante; lo que le afectaba era su doble fracaso en un mismo asunto. Le extrañaba su propio estado psicológico que, al parecer, no reaccionaba como de costumbre ante el estímulo del misterio y el desafío de un problema de interés irresistible.

Sentía que su ingenio le estaba jugando una mala pasada; en lugar de abrirse camino, como lo hacía siempre en forma audaz y original hasta el nudo mismo del problema, no veía que su inspiración proyectara el menor rayo de luz. A decir verdad, en este caso, su inspiración era nula. Una sola vez en el pasado (después de una gripe) había sido víctima de la misma falta de iniciativa, de la misma debilidad e ineficacia.

Finalmente se durmió, pensando, no en el viejo marino desaparecido, sino en Joanna Penrod. Era natural que la muerte de su tío la afligiera, y a Marc no le sorprendía que una profunda desesperación la embargara. Era mujer sensible y hacía poco que había sufrido una terrible prueba; bien podía provocar un colapso nervioso el hecho de verse súbitamente mezclada en otra tragedia. ¿Quién la ayudaría ahora? ¿A quién recurriría? ¿Dónde iría?

Marc se levantó temprano y, en colaboración con el inspector Damarell, organizó para el día un complicado sistema de búsqueda. A las nueve de la mañana un grupo numeroso emprendió la marcha; hasta ese momento ni el teléfono ni el telégrafo habían transmitido noticias y era evidente que Redmayne seguía prófugo.

Algo más tarde, Brendon se dirigió a «El nido del cuervo»; le preocupaba Joanna porque —se decía— fueran cuales fueran la secreta estimación o los sentimientos que le inspiraba Doria, se advertía fácilmente que éste no podía servirle de mucho en tan difíciles circunstancias. Doria era, sobre todo, un amigo para los días de bonanza. Joanna tendría que ocuparse de muchas tramitaciones y no había junto a ella nadie capaz de ayudarla. La halló afligida, pero serena. Había teleografiado a su tío Albert y, aunque dudaba que se atreviese a correr el riesgo de un invierno en Inglaterra, no perdía la esperanza de que respondiese afirmativamente a su llamada.

—Todo es un caos, lo mismo que en Princetown —expresó—. Pocos días antes de ocurrir estas cosas, mi tío Benjamin, convencido de que su hermano Robert había muerto, me dijo que la ley no reconocería su defunción hasta después de transcurrido determinado número de años. Y ahora sabemos que no está muerto y que Benjamin sí lo está. Pero la ley tampoco reconocerá su muerte, puesto que su cadáver no ha sido hallado. Entre los documentos de Robert no encontramos testamento, de modo que sus bienes, cuando lo hubiera permitido la ley, tendrían que haber sido divididos entre sus dos hermanos; supongo que ahora todo pertenecerá a mi tío que está en Italia. En cuanto a Benjamin, ha de haber dejado testamento, porque era muy metódico; pero aún no sabemos qué pensaba hacer con su casa y su dinero.

Joanna no tenía nada que decir que fuera de utilidad para Brendon; estaba muy nerviosa, y ansiaba abandonar lo antes posible la solitaria casa del acantilado; pero había resuelto aguardar la decisión de Albert Redmayne.

—Temo que la noticia le cause terrible impresión —dijo—. Es ahora el último de «los rojos Redmayne», como llamaban a nuestra familia en Australia.

—¿Por qué el adjetivo?

—Porque hemos sido siempre pelirrojos. Tanto mi abuelo como sus hijos tenían el cabello rojo; su mujer también... Y la única que resta con vida de la generación más reciente es también pelirroja, como usted ve.

—Usted no lo es. Si me permite decirlo, sus cabellos tienen un maravilloso color castaño con destellos rojizos.

Ella no se mostró sensible a la galantería.

—Pronto serán grises —replicó.

Un trozo de tarta de boda

Cumpliendo un deber de conciencia, Albert Redmayne se dirigió a Inglaterra y, al final de su largo viaje, Joanna fue a recibirlo a Dartmouth.

Era hombre pequeño, macilento y calvo, de cabeza desproporcionada y ojos grandes y luminosos. El escaso cabello que circundaba a su calvicie y su barba larga y fina tenían el color rojo de los Redmayne; pero vetado de plata. El tono de su voz era suave y bondadoso y acompañaba sus palabras con pequeños ademanes meridionales. Usaba una gran capa italiana y un enorme sombrero gacho, prendas debajo de las cuales casi desaparecía el bibliómano.

—¡Ah, si Peter Ganns estuviera aquí! —suspiraba una y otra vez, arrimándose lo más cerca posible al gran fuego de la chimenea, mientras Joanna le contaba los detalles de la tragedia.

—Llevaron los perros a la caverna, tío Albert; Marc Brendon en persona presencié la prueba; pero no sacaron nada en limpio. Los sabuesos se abalanzaron dentro de la larga galería que sube desde la caverna y llegaron a la meseta donde desemboca; pero allí se desorientaron y perdieron la pista; no fueron hacia la cima del acantilado, ni hacia el terreno pedregoso que hay debajo. Corrían de un lado a otro ladrando y al rato volvieron a bajar por la galería hasta la caverna. Brendon no cree que los perros sirvan para un caso como éste.

—¿Nada más se sabe de... de... Robert?

—No hay el menor rastro de él. Estoy segura de que en este caso se ha hecho el máximo que permite el ingenio humano; muchas personas inteligentes de la localidad, inclusive el Comisionado del Condado y las altas autoridades, han ayudado a Brendon; pero no han hallado ningún indicio del paradero de mi pobre tío Robert, ni detalle alguno que revele lo ocurrido desde aquella noche terrible.

—Tampoco, si vamos a ver, han hallado a Benjamin —murmuró Albert Redmayne—. Se ha repetido el caso de tu pobre marido... Sangre, ¡ay!, y nada más.

Joanna estaba ojerosa y agotada. Sin embargo, se ocupó de instalar al anciano, expresándole su deseo de que el viaje no le hubiese sentado mal.

Albert Redmayne durmió bien; pero a la mañana siguiente se sintió muy decaído y melancólico. Lo que a distancia parecía espantoso resultaba mucho peor en el lugar del suceso. Mantuvo una larga conversación con Marc Brendon e interrogó minuciosamente a Doria; pero las informaciones de ambos no le proporcionaron elementos para construir la menor hipótesis y a las veinticuatro horas de su arribo se hizo evidente que el hombrecillo no sería de ninguna utilidad. Estaba temeroso, aterrado. Odiaba «El nido del cuervo» y el melancólico murmullo del mar. Expresaba

sin cesar su vehemente deseo de volver a su casa en la primera ocasión y era visible la gran nerviosidad que lo acometía cuando llegaba la noche.

—¡Ah, si Peter Ganns estuviera aquí! —exclamaba cada vez que Joanna o Brendon le referían algún incidente relacionado con el crimen; y cuando ella le preguntó si no sería posible llamar a Peter Ganns, Redmayne explicó que era norteamericano y que en aquel momento se hallaba fuera de su alcance.

—Ganns —les dijo— es el mejor amigo que tengo en el mundo, con excepción de otra única persona. Ésta (mi íntimo y más querido amigo) vive en Bellagio, sobre el lago de Como, en la orilla opuesta a la de mi casa. Se trata de Virgilio Poggi, bibliófilo eminente en Europa, y el más brillante de los hombres; es genial y desde hace veinticinco años ha estado relacionado conmigo. Peter Ganns tiene también una personalidad muy sorprendente (es detective profesional); su comprensión de la humanidad es tan múltiple y sincera que tratarlo es adquirir inapreciable ciencia.

»No poseo el íntimo conocimiento del carácter que es, en él, don natural. Sé más de libros que de hombres, y fue mi afición por la bibliografía la que me relacionó en Nueva York con Ganns. Allí le fui muy útil en un caso policíaco, ayudándolo a probar un crimen cuyo descubrimiento giraba en torno a cierto papel fabricado para los Médici. Pero algo más grande que este mero triunfo profesional surgió de ello: fue mi amistad con el extraordinario Peter Ganns. De todo lo que he leído sólo media docena de obras me han enseñado más que ese hombre. Es un Maquiavelo del lado de los ángeles.»

Se explayó sobre Peter Ganns, hasta que sus oyentes se cansaron del tema. Entonces Giuseppe Doria lo interrumpió, planteándole un problema personal. Deseaba marcharse y ansiaba preguntar a Brendon si la ley le permitiría alejarse de los alrededores.

—A mi entender —les dijo—, soplan malos vientos por aquí, que nada bueno presagian para nadie. Deseo marcharme a Londres, si no hay inconveniente.

Pero tuvo que prolongar durante varios días su permanencia en «El nido del cuervo», porque la investigación oficial del extraño misterio no había sido aún completada. Tal investigación no logró éxito alguno, no proyectó sobre el problema el menor rayo de luz, tanto en lo referente al supuesto asesinato de Benjamin cuanto en lo concerniente a la desaparición de su hermano. El misterio de la cantera de Foggintor fue recordado y volvió a inquietar a los curiosos y a las mentalidades morbosas; pero no se llegó a descubrir ninguna clase de móvil que permitiese relacionar ambos crímenes. El problema de Robert Redmayne se tornaba cada día más insoluble. Ambas tragedias carecían de móvil y hasta la realidad de los hechos era dudosa, puesto que en ninguno de los dos casos había sido hallado el cadáver y no existía prueba material de que fuera cierta la acusación de asesinato contra el hombre desaparecido.

En vista de que en nada podía ayudar a la policía, Albert Redmayne permaneció en Devonshire el tiempo estricto que le imponía su deber. La noche anterior a su

partida examinó la exigua biblioteca de su hermano y no halló en ella nada de interés para un coleccionista. Guardó, por razones sentimentales, el viejo y ajado volumen de *Moby Dick* y el diario íntimo de Benjamin. Se proponía leerlo con tranquilidad cuando estuviera de vuelta en su casa. Hasta el último momento siguió lamentando la ausencia de Peter Ganns.

—Mi amigo vendrá a Europa el año entrante —explicó—. Es, sin duda alguna, el hombre más preparado en la antipática ciencia de descubrir crímenes y, si estuviera aquí, sabría extraer de estos horrores el significado que buscamos a tientas y en vano. No creas —añadió dirigiéndose a Joanna— que tengo en menos los afanes de Brendon y la policía; pero a nada han llegado, porque hay en este asunto fuerzas extrañas y malignas que se agitan a una profundidad que ellos, con su inteligencia, no pueden sondear.

Se marchó, convencido de que su familia era víctima de algún maleficio, oculto para todos; pero prometió a Joanna que escribiría pronto a Estados Unidos y explicaría a su amigo los detalles conocidos del caso.

—Nos presentará un nuevo modo de enfocar el asunto que quizá pese mucho en la solución de este problema —aseguró Albert—. Verá cosas que escapan a nuestra vista, porque su cerebro tiene una cualidad mental sólo comparable a la de los rayos X; ve a través de los objetos como no es capaz de hacerlo una mentalidad corriente.

Antes de regresar a su casita, situada al pie de las montañas y a orillas del Lago de Como, el viejo estudioso se despidió afectuosamente de Joanna y le hizo prometer que iría a reunirse con él en cuanto le fuera posible.

No había advertido los lazos emocionales que la relacionaban con Doria; pero éste le había parecido simpático y había aprobado el buen sentido y el tacto que el italiano demostraba en circunstancias tan penosas. Antes de marcharse le regaló dinero y le prometió una recomendación, si la necesitaba. En cuanto a Joanna, le aseguró que podía disponer cuando quisiera del legado del abuelo y le ofreció su casa para que, en adelante, viviera en ella.

Finalmente partió y la investigación del caso Redmayne, iniciada con decisión y entusiasmo, decayó gradualmente y murió de inanición. Ningún indicio aislado, ninguna señal de que el caso progresaba, premió las investigaciones. Robert Redmayne había desaparecido de la faz de la tierra y su hermano junto con él. De la familia sólo quedaban Albert y su sobrina, como le comunicó Joanna, no sin melancolía, a Marc Brendon cuando llegó el día en que éste tuvo que despedirse de ella para dedicarse a otras tareas de más halagüeñas perspectivas.

La instó a que se reuniera cuanto antes con su tío y le aseguró que tendría el mayor gusto en servirla en lo que pudiera; ella, a su vez, fue muy afable y le agradeció lo que había hecho en su ayuda.

—Nunca olvidaré su paciencia y su enorme bondad —dijo—. Le estoy sumamente agradecida, Mr. Brendon, y espero, aunque sólo sea por usted, que el tiempo descubra la verdad oculta de estos horribles sucesos. Es una verdadera

pesadilla que hombres buenos, que nunca inspiraron odio ni rencor a nadie, hayan sido asesinados. Pero Dios hará que la verdad se ponga al descubierto... Estoy convencida de ello.

Marc se marchó, más profundamente enamorado que nunca; aunque ella, en su despedida, no le había dado la menor esperanza. Tenía, sin embargo, la profunda convicción de que se volverían a ver. Joanna le prometió que le daría noticias de su paradero; no estaba segura de si aceptaría o no la invitación que le había hecho Albert Redmayne para que fuera a vivir con él. De este modo, Marc se separó de ella pensando que su porvenir estaba fatalmente ligado al de Doria y seguro de que si Joanna decidía ir a Como, el alegre e indomable italiano la seguiría sin pérdida de tiempo.

Sin embargo, parecía que por el momento a Giuseppe sólo le preocupaba su situación personal. Llevó a Brendon en la lancha. Era la última vez que el detective hacía el trayecto desde «El nido del cuervo» a Darmouth. Doria le comunicó que había encontrado un buen empleo en Londres.

—Espero que volveremos a vernos —le dijo—; ¡quizá dentro de poco tenga usted noticia de una maravillosa aventura en la que Doria será el *allegro*..., el hombre feliz y el héroe!

Siguieron hablando, y Marc no disimuló su impaciencia al comprender que una mente más ágil e ingeniosa que la suya estaba burlándose de él. No obstante, Doria no perdió su buen humor; pero considerando las circunstancias que lo rodeaban, su gusto latino por cierta clase de bromas resultaba cínico y casi inhumano.

Comentaron el misterioso crimen, y el italiano se declaró incapaz, también él, de encontrarle explicación; pero esto no le impidió aludir, con mal disimulada sorna, al fracaso de Brendon. A decir verdad, las cosas que insinuó, Marc las oiría seis meses más tarde en boca de alguien más responsable que Doria.

—Lo que más me desconcertaba en este horrible asunto era usted, Brendon —afirmó Giuseppe—. A pesar de su reconocida fama como detective, no ha demostrado ser más avezado que nosotros, los incapaces, ante el misterio que nos rodea. Durante algún tiempo esto me preocupó; pero ahora no me extraña.

—He fracasado y lo reconozco. He pasado por alto algo vital..., la piedra clave del arco. Pero ¿por qué dice que ya no le extraña mi actuación? ¿Porque ahora me reconoce y descubre que soy un sabueso muy torpe?

—No, no, mi amigo, lejos de ello. Es usted un sabueso muy astuto e inteligente. Pero... como decimos en Italia: «gato con guantes no caza ratones». Y usted ha usado guantes desde que supo que Madona había quedado viuda.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Sabe usted perfectamente lo que quiero decir.

Y ahí terminó la conversación, porque Brendon frunció el ceño y guardó silencio, mientras Giuseppe disminuía el ritmo del motor para acercarse al desembarcadero.

—Algo me dice que volveré a verlo, Marc —dijo Doria, cuando estrechó la mano

del policía, preparándose a partir; y Brendon, que compartía fuertemente esta impresión, asintió con la cabeza.

—Es probable que sí —contestó.

No obstante, durante varios meses el detective no recibió noticias de ninguna de las personas que habían participado en el impenetrable misterio. Dedicado a sus tareas, logró rehabilitar, en cierto modo, su mancillada reputación, mediante un brillante éxito obtenido con su tradicional maestría. Pero tal éxito no le devolvió su propia estimación y en nada contribuyó a disminuir el fuego que ardía en su pecho.

Cierto día recibió una carta de Joanna en la que le decía que esperaba verlo en Londres antes de marcharse a Italia; y al enterarse de que ella había decidido vivir con su tío, Marc se tranquilizó un poco; pero no tuvo más noticias, y su contestación a la misiva que Mrs. Penrod le había enviado desde «El nido del cuervo» no obtuvo respuesta. Pasaron varias semanas sin que Brendon supiera si Joanna estaba aún en Devonshire o en Londres, o si había partido para Italia, porque ella no volvió a escribirle.

A principios de la primavera, Marc envió una larga carta dirigida a Albert Redmayne para que éste se la entregara a su sobrina; pero tampoco obtuvo respuesta; y, finalmente, llegó la explicación.

Ella había estado en Londres; pero no se lo había hecho saber, por excelentes motivos. No había pensado en él, ni lo había necesitado, porque otro ser colmaba su vida.

Un día, a fines de marzo, Brendon recibió por correo una cajita de forma triangular, procedente del extranjero, y al abrirla se sintió paralizado al ver que contenía un trozo de torta de boda. El obsequio iba acompañado de una línea..., una sola: «Afectuosos y agradecidos recuerdos de Giuseppe y Joanna Doria.»

No enviaban dirección que le permitiese agradecer el obsequio; pero el papel del paquete tenía pegado un sello, y Brendon comprobó que la caja había sido despachada en Italia..., en Ventimiglia, ciudad que Doria había mencionado al hablar del castillo en ruinas y de los perdidos esplendores de su familia.

No obstante, pese a tan repentino, aunque poco sorprendente acontecimiento, persistía en Marc la convicción de que no significaba el fin. Estaba seguro de que, con el tiempo, volvería a estrecharse su compañerismo con Joanna; sabía que esta eventualidad era factor integrante del futuro; pero tal impresión no aliviaba su tristeza ante el hecho consumado. Una subconsciente certeza lo impulsaba a creer que alguna vez se le presentaría la ocasión de prestar una importante ayuda a Joanna; pero tenía que despedirse para siempre del amor. En adelante, toda esperanza había muerto para él e ignoraba qué carácter tendría su deber cuando el deber lo llamase. Atormentándose en vano, revivió mentalmente, durante una larga noche de insomnio, cada minuto de su trato con la mujer de Doria.

Pero otros recuerdos, suscitados por ese examen, lo obligaron a reflexionar y le hicieron entrever misterios hasta entonces insospechados. ¿Era posible que una mujer

tan tierna y delicada, que nueve meses atrás lloraba amargamente a su marido, hubiera podido unirse a otro hombre con tan despreocupada alegría del corazón? ¿Era lógico que la angustiada Joanna Penrod que recordaba se hubiera convertido, de pronto, en la mujer contenta y feliz de un hombre que apenas conocía?

Era posible, evidentemente, puesto que había ocurrido; y, sin duda, debían de existir razones para tan intempestiva boda, razones que, de conocerlas, tendrían quizá la virtud de disculpar a la viuda, cuya aparente veleidad no condecía con su verdadera naturaleza, leal y constante.

Casi tanto como su propio sueño desvanecido y su irreparable pérdida lo entristecía que el amor egoísta fuera capaz de realizar el milagro de desterrar por completo de la vida de una mujer el pasado conyugal, en favor de un futuro dudoso en compañía de un extraño.

Había cosas ocultas y experimentaba un vehemente deseo de descubrirlas en bien de la mujer que tanto amaba.

En el Griante

Amanecía sobre Italia y la mañana iluminaba con tonos de madre selva la neblina de las cumbres. Lejos, al pie de una alta ladera, el mundo seguía entregado al sueño y el lago Larian, joya de oro y turquesa, brillaba entre sus márgenes floridos. En aquella hora silenciosa, semejantes a racimos de caracoles blancos y rosados, los pueblecitos y aldeas diseminados en las cercanías de Como despertaban, uno tras otro, al primer toque de la música clara de sus campanarios. Los bronces se contestaban recíprocamente, creando alrededor del lago un círculo de armonía que flotaba sobre el agua, para luego ascender gradualmente a las alturas hasta que su vibración se atenuaba y era más débil que el canto de los pájaros.

Dos mujeres trepaban por la empinada cuesta del Griante. Una de ellas, de cutis bronceado y edad madura, vestía de negro y llevaba un pañuelo anaranjado atado a la cabeza; era robusta, de fuerte musculatura, y transportaba sobre el hombro una gran cesta vacía. La otra lucía una blusa de seda rosada; su hermosura resplandecía en el fulgor matinal y añadía belleza a la belleza del paisaje.

Joanna escalaba la montaña con la levedad de una mariposa. Estaba más bonita que nunca; pero un halo de apesadumbrada inquietud, de vigilante tristeza, rodeaba su frente. Sus ojos maravillosos miraban hacia arriba, fijos en el sendero escarpado que ella y la italiana recorrían. Acortó el paso para adaptarlo al andar más lento de su compañera y, poco después, ambas se detuvieron frente a una pequeña capilla gris edificada junto al camino.

Casi todos los gusanos de seda de Albert Redmayne habían tejido sus capullos en la barraca grande y ventilada situada detrás de su casa. Era junio y en los valles estaba a punto de agotarse la cosecha anual de hojas de morera.

Por esta causa, Assunta Marzelli, ama de llaves del viejo bibliófilo, había salido de paseo con Joanna, que se hallaba de huésped en casa de su tío y ambas subían en busca del necesario alimento para que las larvas tardías terminaran de transformarse.

Habían salido al despuntar el alba y se dirigían, después de cruzar un arroyo seco, hacia la zona donde predominaban las viñas y donde los despojos de los olivos en flor caían al suelo formando una perfumada filigrana. Habían visto, al pasar, millones de racimos de uvas diminutas que redondeaban y habían atravesado triángulos y cuadrados de tierra cultivada, donde surgían, en alternados sectores, el grano que amarilleaba para la cosecha y el verdor lozano del maíz en crecimiento. Higueras y almendros, e hileras de moreras rojas y blancas, con las ramas desnudas, despojadas de hojas, rompían la línea de las siembras. Aquí brillaba la abundancia de cerezas rojas de los setos; allí, en pequeños y frescos terrenos cubiertos de pasto dulce, pacían

cabras y ovejas. Algo más arriba se destacaban varios bosquecillos de castaños que, iluminados por sus relucientes frutos, contrastaban con la lobreguez de los pinos montañeses.

En el punto donde se levantaban dos altos cipreses paralelos, Joanna y Assunta hallaron la capilla y se detuvieron un rato. Joanna puso en el suelo la pequeña cesta que contenía el almuerzo y su compañera dejó caer la grande que llevaba sobre el hombro, destinada a las hojas de morera.

El lago, allá abajo, se asemejaba a una taza llena de jade líquido, cuya superficie lanzaba veloces rayos de luz contra la sombra que las montañas proyectaban sobre sus orillas; varias embarcaciones ancladas atrajeron la atención de las espectadoras.

Parecían barcos gemelos, torpederos de juguete; apenas pequeñas manchas rojas y negras sobre el agua, con la bandera italiana. Pero los barquitos no eran de juguete; Assunta los odiaba, porque eran prueba patente del incesante combate que libraban las autoridades contra los contrabandistas de la montaña y recordaban a la viuda la muerte de su marido, ocurrida hacía diez años. César Marzelli había llevado demasiadas veces el cántaro a la fuente y había perdido la vida en enconada lucha con los oficiales de la aduana.

Largos rayos de luz pasaban entre las montañas e inundaban el lago; las cimas de los montes más bajos parecían llamear y su reflejo relampagueaba en el agua; allá lejos, entre las mesetas de niebla matinal, contra un cielo color zafiro, brillaban las últimas nieves.

Una cruz de hierro oxidado coronaba el pequeño santuario junto al cual se habían detenido ambas mujeres, y el techo era de viejas tejas tostadas, de suave tono castaño. La capilla estaba bajo la advocación de Stella Maris, y dentro, debajo del altar, se destacaban un montón de huesos blancos: cráneos, fémures y costillas de hombres y mujeres que habían muerto de la peste en tiempos remotos.

Morti delle peste, leyó Joanna en el altar; y Assunta, con el ánimo ensombrecido por los recuerdos del pasado, habló a su joven ama, moviendo la cabeza.

—A veces los envidio, señora. Sus penas han terminado. Esas cabezas que con tanta frecuencia lloraron y sufrieron jamás llorarán ni sufrirán.

Hablaba en italiano y Joanna la comprendía a medias. Pero se arrodilló al lado de Assunta y ambas dedicaron sus oraciones matinales a María, Estrella del Mar, pidiéndole que se cumpliese el deseo más vehemente de sus almas.

Luego se levantaron (Assunta más tranquila después de sus rezos) y continuaron su ascensión. La mujer explicó, a su manera, cuán abominable había sido que su marido, honrado comerciante entre Italia y Suiza, hubiese muerto a manos de los tripulantes esclavos de los barcos gubernamentales que se divisaban allá abajo y Joanna, asintiendo con la cabeza, trataba de comprender. Hacía progresos en italiano; pero la rapidez con que hablaba la mujer y su dialecto no estaban aún a su alcance. Sabía, sin embargo, que el tema de Assunta era la muerte de su marido, el contrabandista, y con movimiento de cabeza le trasmitía su simpatía.

—¡Malditos sean! —exclamó la mujer; y un empinado tramo del camino la redujo a silencio.

El importantísimo acontecimiento del día que con tanta violencia haría retroceder a Joanna Doria hasta la tragedia del pasado no se había producido todavía y transcurrieron varias horas antes de que se viera precisada a afrontarlo. Las dos mujeres subieron hasta el pequeño llano verde y reluciente, cubierto de diminutas flores, que extendía su césped alpino entre los matorrales de moreras. Allí las esperaba su tarea; pero primero comieron los huevos duros y el pan de nueces e higos secos que habían llevado consigo, y compartieron una botellita de vino tinto. De postre, hicieron honor a un puñado de cerezas y luego Assunta se dedicó a arrancar hojas para llenar su cesto, mientras Joanna holgazaneaba un rato, fumando un cigarrillo. Era una nueva costumbre adquirida desde su boda.

Cuando terminó de fumar, puso manos a la obra y ayudó a su compañera a juntar una carga completa de hojas; y terminada esta tarea, cortó varios lirios anaranjados que crecían en la pequeña planicie. Finalmente las dos mujeres iniciaron el regreso. Después de descender aproximadamente dos kilómetros buscaron la sombra bienhechora del Griante y se sentaron a descansar. Veían a sus pies, mirando hacia el Norte, la casa de Albert situada al borde del agua y delante del caserío de Menaggio, diseminado en racimos. Joanna declaró que divisaba el techo rojo de «Villa Pianezzo» y la pátina del tejado de la barraca próxima a la casa, que contenía los gusanos de seda de su tío.

Enfrente, a cierta altura, se extendía el pueblecito de Bellagio, detrás del cual, bajo un sol sin nubes, resplandecía la faz del Lecco. Y de pronto, como una aparición pintada en el aire, vieron, de pie en el sendero, la figura de un hombre de gran estatura. Su cabeza descubierta mostraba rojizos cabellos y sus ojos hundidos tenían un brillo salvaje. Vieron el enorme bigote pelirrojo del desconocido, su traje de «tweed», sus anchos pantalones ceñidos debajo de la rodilla, su chaleco rojo y la gorra que llevaba en la mano.

Era Robert Redmayne. Assunta que, sin comprender, lo miraba asombrada sintió que Joanna le apretaba fuertemente el brazo. La joven lanzó un grito de terror y cayó, desvanecida, al suelo. La italiana se apresuró a ayudarla, tratando de darle ánimo, con sus exclamaciones y rogándole que no tuviese miedo; pero Joanna tardó un rato en recobrar el sentido. Cuando volvió en sí, su calma habitual la había abandonado.

—¿Lo ha visto? —preguntó sin aliento, asiéndose de Assunta y mirando temerosa el sitio de la aparición de su tío.

—Sí, sí... Un hombre grande y rojo; pero no tenía malas intenciones. Cuando usted gritó estaba más asustado que nosotras. Echó a correr hacia abajo, como un zorro, se introdujo en el bosque y desapareció. No era italiano; creo que debe de ser alemán o inglés. Quizá un contrabandista que se propone traer a Suiza té, café, cigarrillos y sal. Si les deja bastante a los aduaneros, ¡le harán un guiño! Si no, lo matarán a tiros..., ¡malditos!

—¡Recuerde lo que ha visto! —instó Joanna con voz trémula—. Recuerde exactamente el aspecto de ese hombre, para describírselo bien al señor, Assunta. ¡Era el hermano de mi tío Albert..., era Robert Redmayne!

Assunta Marzelli sabía algo de lo ocurrido y adivinaba que el hermano de su amo era perseguido por crímenes terribles.

—¡Dios misericordioso! El hombre malo. ¡Y tan rojo! ¡Corramos, señora! —exclamó santiguándose.

—¿Por qué lado se ha ido?

—Directamente hacia abajo; ha entrado en el bosque, allí...

—¿Me ha reconocido, Assunta? ¿Parecía reconocerme? No me he atrevido a mirarlo por segunda vez.

Sólo en parte comprendió la mujer lo que Joanna le preguntaba.

—No. Él tampoco. Fijó los ojos en un punto lejano sobre el lago; tenía aspecto de alma en pena. Y cuando usted gritó, él, sin mirar, echó a correr y desapareció. No estaba enojado.

—¿Por qué se encuentra aquí? ¿Cómo ha venido y de dónde?

—¡Vaya usted a saber! Tal vez el amo esté enterado.

—Temo que le ocurra algo al señor, Assunta. Será mejor que regresemos a casa en seguida.

—¿Cree usted que el amo peligra por causa de su hermano?

—No lo sé. Tal vez. Creo que sí.

Ayudó a la mujer a cargar el gran cesto y cuando lo tuvo al hombro iniciaron la marcha. Pero el ritmo que llevaban era demasiado lento para la impaciencia de Joanna.

—Me asalta un horrible presentimiento —dijo—. Algo me dice que deberíamos apresurarnos más. ¿Tendría miedo, Assunta, si la dejara sola y me adelantara?

La mujer logró comprender sus palabras y aseguró que no sentía temor alguno.

—No tengo nada que ver con el hombre rojo —dijo—. ¿Por qué habría de hacerme mal? Quizá no era hombre, sino fantasma, señora.

—¡Ojalá fuese así! —declaró Joanna—. Pero no era fantasma el que usted vio penetrar en el bosque, Assunta. Correré lo más ligeramente que pueda y tomaré los atajos.

Se separaron, y Joanna corrió, arriesgando a cada paso la vida, adelantándose con la energía de la juventud, e impulsada por el temor que sentía. Assunta vio que varias veces se detenía, volviéndose para escuchar; luego los peñascos y los arbustos colgantes la ocultaron a sus ojos.

Joanna no vio rastros del personaje que en forma tan inesperada volvía a aparecer en su existencia. La preocupaba Albert Redmayne, y pensaba que —como le dijo cuando lo vio— le correspondía a él reflexionar sobre el significado de aquella aparición y determinar las medidas que convenía tomar para su propia seguridad.

Cuando llegó a la casa, su tío había ido a Bellagio, y Ernesto, el sirviente,

hermano de Assunta, le explicó que después del almuerzo el señor había cruzado el lago para visitar a su amigo Virgilio Poggi, el bibliófilo.

—Llegó un libro por correo y el señor no pudo menos que alquilar en seguida un bote para cruzar a la otra orilla —explicó Ernesto, que hablaba inglés y se enorgullecía de ello.

Joanna aguardó con impaciencia el regreso de Albert, y cuando llegó, la joven se hallaba esperándolo en el embarcadero. Sonrió al verla y la saludó quitándose su gran sombrero gacho.

—Virgilio se alegró mucho de que hubiera hallado el famoso libro, la verdadera edición italiana de Sir Thomas Browne, *Pseudodoxia Epidémica* —miró los ojos atemorizados de Joanna y sintió que le apretaba el brazo—. ¿Qué ocurre? Estás alarmada. ¿Has recibido malas noticias de Giuseppe?

—Ven a casa en seguida —contestó ella— y te explicaré lo que sucede. Ha ocurrido algo terrible. Ignoro lo que haremos. Pero lo que sé es que no te dejaré solo hasta que esto se dilucide.

Cuando estuvieron dentro de la casa, Albert se quitó la capa y el sombrero. Luego se sentó en su gabinete; era un cuarto poco común, cuyas altas paredes se hallaban cubiertas de libros que llegaban hasta el techo; el color del aposento era oscuro debido a que predominaba la sobria y rica tonalidad de las encuadernaciones de cinco mil volúmenes. Joanna le comunicó que había visto a Robert Redmayne; después de reflexionar un rato, su tío declaró que el hecho le extrañaba mucho y lo alarmaba. Sin embargo, no mostraba temor y sus grandes ojos luminosos brillaban en su pequeño rostro sin sombra alguna que los empañase. Pero comprendió rápidamente que el extraordinario episodio entrañaba peligro.

—¿Estás segura de lo que dices? —le preguntó—. Todo depende de esto. Es extraordinario y asombroso, Joanna, que hayas visto tan cerca de aquí a mi infortunado hermano. ¿Afirmas positivamente, sin que te quepa la menor duda, que la triste figura que divisaste no fue creada por tu imaginación? ¿Estás segura de que no era un extraño que se parecía a Robert?

—¡Ojalá fuera como tú dices, tío Albert! Pero estoy segurísima.

—El hecho mismo de que apareciera tal como lo recordabas de la última vez que lo viste, con el traje de tweed y el chaleco rojo, podría apoyar mi teoría de la alucinación —declaró su tío—. Porque, si bien se mira, ¿cómo es posible que el pobrecillo, si en verdad vive, siguiera usando aquellas ropas durante un año y viajara con ellas a través de media Europa?

—Es extraordinario. Sin embargo, allí estaba y lo vi tan claramente como te estoy viendo a ti. Y por cierto que en ese momento no pensaba en él. No pensaba en nada; hablábamos con Assunta de gusanos de seda, cuando apareció, de pronto, a menos de veinte metros de distancia.

—¿Qué hiciste?

—Me comporté como una tonta —confesó Joanna—. Assunta dice que grité muy

fuerte y después caí desmayada. Cuando recobré el conocimiento, el aparecido no estaba.

—Lo importante es saber si Assunta también lo vio.

—Lo primero que descubrí fue que lo había visto. Esperé que no fuese así, porque el hecho de que ella no coincidiera conmigo hubiera aclarado, en cierto modo, la situación, al probar que el encuentro podía haber sido fruto exclusivo de mi imaginación, como tú sugieres. Pero ella lo vio muy bien; tan bien que lo describió; me dijo que era pelirrojo, y que no parecía italiano, sino inglés o alemán. Además, oyó el rumor de sus pasos; cuando grité, corrió a esconderse en el bosque.

—¿Te vio y te reconoció?

—Lo ignoro. Probablemente, sí.

Albert Redmayne encendió un cigarro que extrajo de una caja colocada sobre una mesita junto a la chimenea. Antes de hablar nuevamente, aspiró varias bocanadas profundas.

—Es algo muy extraño y desearía que no hubiese ocurrido —dijo—. Quizá no haya por qué alarmarse; pero si recordamos la desaparición de Benjamin, tengo motivos, creo, para inquietarme. Durante los últimos seis meses Robert ha logrado, como por milagro, eludir la justicia y ocultar su demencia. Esto significa, Joanna, que me encuentro frente a un peligro tremendo y que tengo que cuidarme. ¿Y quién nos dice que no corres peligro tú también?

—Es posible —dijo ella—. Pero tú eres más importante. Tenemos que hacer algo en seguida, tío..., hoy..., ahora mismo.

—Sí —reconoció él—. El cielo nos prueba duramente, hija mía; sin embargo, «ayúdame, y Dios te ayudará», dice el refrán. Nunca, a sabiendas, he estado en peligro y la sensación de inseguridad es muy desagradable. Beberemos té bien cargado y luego trazaremos algún plan. Te confieso que no me siento muy tranquilo.

Sus palabras no condecían con la expresión serena y contenida de su cara; pero como Albert nunca en su vida había mentido, Joanna comprendió que estaba verdaderamente alarmado.

—No conviene que te quedes aquí esta noche —instó ella—. Deberías ir a Bellagio, a casa de Virgilio Poggi, hasta que sepamos algo más.

—Veremos. Prepara el té y déjame media hora a solas. Deseo reflexionar.

—Pero..., pero, tío Albert..., él... ¡puede venir en cualquier momento!

—No lo creas. Ahora, pobre alma desventurada, no es más que una criatura de las tinieblas. No hay que temer que se introduzca en pleno día en las moradas de los hombres. Déjame solo y dile a Ernesto que no permita entrar a nadie que no conozca. Pero, te lo repito, no hay nada que temer hasta que oscurezca.

Media hora después, Joanna regresó con el té.

—Assunta acaba de llegar. No volvió a ver señas de..., de tío Robert.

Durante un rato Albert guardó silencio. Bebió el té y comió un almendrado. Luego participó sus planes a su sobrina.

—Creo que la Providencia está de nuestra parte, pequeña —le dijo—, porque mi extraordinario amigo, Peter Ganns, que pensaba visitarme en septiembre, ha llegado a Inglaterra; cuando conozca la desagradable continuación de la historia que le confié el invierno pasado, estoy seguro de que se apresurará a venir y no vacilará en modificar sus proyectos, aunque detesta hacerlo porque es persona metódica; los casos varían, empero, según las circunstancias; por eso me atrevo a asegurar que vendrá en cuanto pueda. Lo digo porque me tiene mucho afecto.

—No dudo de que vendrá —afirmó Joanna.

—Te ruego que escribas dos cartas —prosiguió Albert—. Una a Marc Brendon, el joven detective de Scotland Yard, de quien tengo excelente opinión; y otra a tu marido. Dile a Brendon que hable con Peter Ganns, e insiste en que venga con él en cuanto sus asuntos se lo permitan. A Giuseppe pídele que acuda junto a mí sin demora. Él nos protegerá, porque es valiente y resuelto.

Pero a Joanna no parecía alegrarla esta perspectiva.

—Me había preparado a pasar un mes de tranquilidad en tu compañía —dijo con un mohín de fastidio.

—Eso es lo que esperábamos, pero no es el caso de pensar en la tranquilidad y confieso que la presencia de Doria contribuiría bastante a serenarme los nervios. Es vigoroso, alegre y lleno de recursos. Además, es valiente. Sabe lo que ocurrió en el pasado, y conoce de vista al pobre Robert. Por consiguiente, si mi hermano anda por estos contornos, y tememos que se presente en cualquier momento, me alegraría de que hubiese aquí alguien capaz de defenderme. Si mi hermano llegara a comunicarme, por ti o por cualquier otra persona, que desea verme a solas por la noche, como en el caso de Benjamin, me negaría rotundamente a semejante aventura. La entrevista se realizará en presencia de hombres armados o no se realizará.

Joanna se había separado de Doria por algún tiempo y, al parecer, no tenía el menor deseo de volver a verlo hasta el término de la visita que hacía a su tío.

—He recibido noticias de Giuseppe —dijo—. No está en Ventimiglia; ha partido para Turín, donde antes trabajaba y donde tiene muchos amigos. Piensa poner en práctica un proyecto.

—Hablaré seriamente con él cuando volvamos a vernos —declaró el anciano—. Sabes que admiro mucho a tu simpático marido. Es encantador; pero ya es hora de considerar el porvenir de tus veinte mil libras y el tuyo, Joanna. Con el tiempo, todo lo mío te pertenecerá y mi renta actual, cuando se le agreguen los bienes del pobre Benjamin, llegará al doble. Pero tal vez la ley difiera el reconocer su defunción. Lo cierto es que, tarde o temprano, serás dueña de todo el dinero de los Redmayne; quiero tratar la cosa con Giuseppe y explicarle que debe comprender cuáles son sus responsabilidades.

Joanna suspiró.

—Nadie se las hará comprender, tío.

—No digas eso. Es inteligente y posee, estoy seguro, el sentido del honor, así

como un profundo y ferviente cariño por ti. Pero no debe gastar tu dinero. No lo permitiré. Escríbele a Turín, ruégale que abandone cualquier proyecto que tenga entre manos y que venga inmediatamente. No tendrá que prolongar mucho su estancia; pero cuidará de nosotros hasta que conozcamos el día de la llegada de Ganns y de Brendon.

Joanna prometió, sin mucho entusiasmo, pedir socorro a su marido.

—Se burlará y es posible que se niegue a venir —observó—. No obstante, si tú lo crees prudente, le rogaré que venga en seguida, y le contaré lo ocurrido. ¿Qué haremos, mientras tanto, esta noche y mañana por la noche?

—Esta noche cruzaré el lago hasta Bellagio y tú vendrás conmigo. Robert no sabrá que estamos allí. Virgilio Poggi cuidará de nosotros y desplegará su celo para protegerme si le insinúo que corro peligro.

—Estoy segura de que lo hará. ¿No te parece que convendría comunicar a la policía lo ocurrido y darle la descripción de Robert?

—En cuanto a eso no estoy decidido. Veremos mañana. No me agradan mucho los métodos de la policía italiana.

—Podrías tener aquí, esta noche, guardias listos para prenderlo, si apareciese —insistió Joanna.

Albert, sin embargo, mantuvo su decisión de no dar parte a la policía.

—Por el momento no haré nada. Veremos qué nos trae el nuevo día. Es muy penoso sentir, de pronto, tan próxima esa presencia terrible; no deseo pensar más en esto hasta mañana. Escribe las cartas y después de empaquetar unas cuantas cosas atravesaremos el lago antes de que anochezca.

—¿No temes por tus libros, tío Albert?

—No, no tengo ningún temor. Si hay por aquí un criminal que tiene la obsesión de quitarme la vida, no mirará a derecha ni a izquierda. Cuando estaba en su sano juicio, el pobre Robert ignoraba todo lo concerniente a los libros y al valor que pueden tener. No los buscará..., y tampoco los encontraría aunque quisiera.

—¿Vino a visitarte alguna vez? ¿Conoce Italia? —preguntó ella.

—Por lo que me consta, nunca vino; y, claro está, jamás me visitó. En realidad, hace muchísimos años que no lo veo, y creo que aunque me hubiera topado con él, no habría reconocido al infeliz.

Joanna escribió las cartas y las envió; luego metió en una maleta lo necesario para ella y su tío. Después de ordenar a Ernesto y Assunta que no permitiesen la entrada a ningún desconocido hasta que él volviese al día siguiente, Albert Redmayne se dispuso a cruzar el lago. Pero antes cerró con llave la biblioteca y le puso tranca, y trasladó media docena de libros de gran valor a una caja de caudales que tenía arriba, en su dormitorio.

Un barquero los condujo rápidamente hasta el desembarcadero de Bellagio y en contados minutos llegaron a la casa del amigo de Albert, cuya sorpresa al recibirlo fue tan grande como su deleite.

Virgilio Poggi, bajo, grueso y calvo, de frente ancha y ojos chispeantes, estrechó las manos de ambos y escuchó con asombro la razón de su intempestiva llegada.

Sabía inglés y le encantaba practicarlo cuando se le presentaba la ocasión.

—¡Es increíble! —exclamó—. ¡Un enemigo de Albert! ¿Quién puede ser enemigo tuyo... si eres amigo de todos? ¿Qué novela es ésta, señora; en qué consiste el peligro que corre su querido tío?

—Se trata de la amenazadora proximidad de mi hermano y del terror que nos infunde —explicó Redmayne—. Conoces, Virgilio, los hechos terribles relacionados con la aparición de Robert y con la desaparición de Benjamin. Ahora, repentinamente, cuando me había convencido de que las actividades espeluznantes de mi hermano menor habían cesado, y que su muerte era segura, ¡reaparece corriendo por la montaña, ataviado de igual forma que antes! Y está vivo, sin duda alguna. No es un fantasma, querido amigo; es un hombre de carne y hueso que proyecta su sombra y puede abrigar intenciones contra mi vida, porque es un demente.

—Es una novela —repitió Virgilio—; pero una novela muy lúgubre y dolorosa. Creo que en mi casa estarás bastante seguro porque daría gustosamente mi vida para salvar la tuya.

—Lo sé, querido amigo —declaró el otro—. Pero no abusaremos demasiado de tu valor y generosidad. Hemos escrito a Inglaterra llamando a Peter Ganns, quien, gracias a Dios, se encuentra allí en este momento y pensaba visitarme dentro de unos meses. También hemos escrito a Giuseppe Doria pidiéndole que venga en seguida a acompañarnos. Cuando llegue, volveré a dormir sin temor en mi casa; pero antes, no.

Poggi se apresuró a encargarse una comida digna de la ocasión; en tanto que su mujer, que era también ferviente admiradora de Albert Redmayne, preparaba los dormitorios. Virgilio estaba encantado de que se hubiera presentado la oportunidad de ser útil a su más caro amigo. Planearon sabrosos y abundantes platos y Joanna ayudó a la dueña de casa a prepararlos.

El anfitrión brindó por la felicidad temporal y eterna del grato huésped y Albert devolvió el cumplido. Después de comer se sentaron fuera, en el jardín de rosas de Virgilio, a disfrutar del atardecer de junio. En la brisa vespertina flotaba la fragancia de las adelfas y los mirtos; las luciérnagas encendían su fosforescencia contra el fondo de los olivos pardos y de los cipreses oscuros, y los truenos estivales gruñían suavemente sobre las cimas montañosas de Campione y Croce.

Joanna se retiró temprano y con ella María Poggi. Virgilio y Albert conversaron hasta muy entrada la noche y fumaron varios cigarrillos antes de ir a dormir.

A la mañana siguiente, a las nueve, Albert Redmayne y Joanna regresaron en bote a su casa y se enteraron de que ningún intruso había perturbado la tranquilidad nocturna de «Villa Pianezzo». Tampoco se produjo ninguna novedad en el transcurso del día, y antes del anochecer volvieron a refugiarse en Bellagio. Durante tres días hicieron lo mismo. Al cuarto, llegó un telegrama de Turín anunciando que Doria regresaba inmediatamente a Como por la línea ferroviaria que pasaba por Milán. El

mismo día de su llegada a Menaggio, su mujer recibió una carta de Marc Brendon. Se había puesto en contacto con Ganns y avisaba que ambos emprenderían viaje a Italia a los pocos días.

—Es imposible hospedar aquí a los dos —declaró Albert—; les reservaremos buenas habitaciones en el Hotel Victoria. El hotel está casi lleno; pero su dueño, mi excelente amigo Bullo, encontrará un rincón par ellos, al saber que son personas de mi relación.

Peter Ganns

La larga carta de Joanna Doria despertó en Marc Brendon diversas y encontradas emociones. La misiva lo esperaba en Scotland Yard, y cuando la sacó del casillero y reconoció la caligrafía su corazón latió con violencia. Rara vez el recuerdo del pasado ensombrecía el atareado presente de Marc; pero ahora, al parecer, Robert Redmayne se interponía nuevamente entre él y sus vacaciones anuales. Pensó que el tiempo había borrado la desilusión más grande de su vida y que podía evocar la imagen de Joanna sin sentir otra cosa que el resquemor de una vieja herida. La carta llegó una semana antes del día fijado por el detective para iniciar sus vacaciones. Había proyectado un viaje a Escocia, porque no deseaba todavía volver a Dartmoor; pero esta desgana no se debía al completo y desconcertante fracaso profesional que había tenido allí. Los recuerdos eran demasiado punzantes y dolorosos para que lo sedujera, por el momento, la idea de visitar de nuevo aquella región. Por consiguiente, había decidido conocer otros horizontes y recibir nuevas impresiones.

Titubeó antes de aceptar el inesperado desafío a su habilidad, contenido en la carta. Pero, al leer por segunda vez la petición de auxilio de Joanna, resolvió contestar afirmativamente; porque ella no buscaba protección sólo para sí, sino también para su tío. En uno de los párrafos le recordaba su buena voluntad, expresándole que agradecería su presencia y que se sentiría más segura y confiada en su compañía. Le sugería también que no era muy feliz; pero tal insinuación estaba tácitamente implícita en su larga carta y tal vez hubiera pasado inadvertida a una persona menos interesada en Joanna que Marc.

Lamentando tener que ponerse en comunicación con el amigo de Albert Redmayne y esperando que el célebre norteamericano le daría algunos días de ventaja, Brendon buscó su dirección y la halló sin dificultad. Peter Ganns había ido a New Scotland Yard a visitar a varios amigos y Marc se enteró de que se alojaba en el Gran Hotel, situado en Trafalgar Square. Después de pasar su tarjeta, un botones del hotel le rogó que lo siguiese hasta el salón de fumar.

Marc miró a su alrededor y, en el primer momento, no pudo localizar al famoso detective. Aquella mañana de junio el salón de fumar se hallaba casi vacío, y no vio más que a un joven soldado que escribía cartas, y a un señor de cabellos blancos, bastante corpulento que, sentado de espaldas a la luz, leía *The Times*. Tenía el rostro afeitado, y sus abultadas facciones recordaban vagamente los rasgos de un rinoceronte; en su nariz hipertrofiada se dibujaban finas venas purpúreas. Usaba gruesas gafas de carey, que parecían ojos de búho, y de su frente ancha y aplastada arrancaba una blanca y abundante cabellera peinada hacia atrás.

Brendon dirigió la mira a otro lugar del aposento, pero el botones se detuvo, giró sobre sus talones y se marchó, mientras el hombre corpulento se levantaba, poniendo de manifiesto su fuerte contextura, la anchura de sus hombros y la robustez de sus piernas.

—Encantado de conocerlo, Mr. Brendon —dijo con voz cordial; luego le estrechó la mano, se quitó las gafas y volvió a sentarse—. Es un gusto que tenía la intención de proporcionarme antes de dejar la ciudad —siguió diciendo—. He oído hablar de usted y más de una vez, durante la guerra, lo he admirado. Quizá usted también haya oído hablar de mí.

—Todos los de nuestra profesión sabemos quién es usted, Mr. Ganns. Pero no he venido solamente a manifestarle mi admiración. Me enorgullece que le agrade conocerme, y esta entrevista es un privilegio para mí; pero vengo, además, por algo urgente; hoy he recibido, de Italia, una carta que se refiere especialmente a usted.

—¿De veras? Pienso ir a Italia en el otoño.

—Vengo a preguntarle si lo que dice la carta influirá sobre sus proyectos y lo decidiría a anticipar ese viaje.

El otro lo miró con asombro, extrajo del bolsillo del chaleco una cajita de oro, la abrió, le dio varios golpecitos y tomó un poco de rapé. Esta costumbre explicaba la leve deformidad de su nariz. Era el tabaco, no el alcohol, la causa del exagerado brillo y de la hipertrofia de aquel órgano.

—Detesto cambiar de itinerario —contestó Ganns—. Soy el hombre más ordenado de la tierra. En lo que me concierne, únicamente una persona en toda Italia podría estropear, de golpe, mis proyectos; y si no hay novedad, veré a esa persona en septiembre.

Brendon sacó la carta de Joanna.

—La que escribe es sobrina de la persona a quien usted se refiere —dijo, y entregó la misiva a Peter Ganns.

Éste volvió a ponerse las gafas y leyó lentamente. A decir verdad, Marc nunca había visto leer una carta con mayor lentitud. Parecía escrita en un idioma esotérico que a Ganns le costara mucho descifrar. Cuando terminó la lectura, devolvió la carta a Marc y le manifestó su deseo de reflexionar en silencio. Marc encendió un cigarrillo, se sentó y se puso a observar, de soslayo, al otro.

Por fin, Peter Ganns habló.

—¿Y usted? ¿Puede ir?

—Sí; he obtenido permiso del jefe para proseguir con este asunto. Es mi turno de vacaciones y, en lugar de ir a Escocia como pensaba, iré a Italia. Me ocupé de este caso desde el principio, ¿lo sabía usted?

—Sí, lo sabía... Mi viejo amigo Albert Redmayne me refirió lo ocurrido. Me envió el informe más lúcido que he leído en mi vida.

—¿Irá a Italia, Mr. Ganns?

—Tengo que hacerlo, muchacho. Albert me necesita.

—¿Podrá salir de viaje dentro de una semana?

—¡Una semana! Esta misma noche.

—¡Esta noche! ¿Cree usted que Mr. Redmayne corre peligro?

—¿No lo cree usted?

—Está sobre aviso y sabemos que toma grandes precauciones.

—Brendon —dijo Ganns—, vaya y averigüe a qué hora sale el barco nocturno de Dover, o de Folkestone. Creo que podremos llegar a París mañana temprano, tomar el rápido de Milán y estar en los lagos al día siguiente. Lo haremos, ya verá usted. Telegráfíe después a esta señora, diciéndole que emprendaremos viaje «dentro de una semana». ¿Comprende?

—¿Quiere llegar de improviso, sin que nadie lo sepa?

—Exactamente.

—¿Supone, entonces, que Albert Redmayne está en grave peligro?

—No lo supongo. Sé que lo está. Pero como sólo ahora empieza a cernirse sobre su cabeza, y Albert tiene los ojos bien abiertos, espero que todo marche bien durante algún tiempo. Entretanto, nosotros llegaremos.

Aspiró otra toma de rapé y recogió *The Times*.

—¿Quiere almorzar conmigo aquí, en el *grill room*, a las dos?

—Con mucho gusto.

—Bien. Y telegráfíe ahora mismo que esperamos emprender el viaje dentro de una semana.

Volvieron a encontrarse a la hora indicada, y frente a un succulento bistec con guisantes Brendon comunicó a Ganns que el tren hacia la costa salía de la estación Victoria a las once de la noche y que el rápido partía de París a la mañana siguiente a las seis y media.

—Y estaremos en Baveno mañana al mediodía, aproximadamente —continuó diciendo—. De allí podríamos seguir a Milán, retroceder a Como y cruzar por barco hasta Menaggio, donde vive Mr. Redmayne; o bien, bajar del tren en Baveno, embarcarnos en el Lago Maggiore, cruzar a Lugano y dirigirnos a Como. Siguiendo este último itinerario llegaríamos directamente a Menaggio. Es el camino más corto.

—Tomaremos, entonces, este camino y, de paso, veré los lagos.

Mientras almorzaba frugalmente Peter Ganns habló poco. Encargó un lenguado frito y bebió dos vasos de vino blanco. Luego pidió un plato de guisantes y comparó sus virtudes con las del maíz tierno. El espectáculo del apetito voraz de Brendon lo hacía feliz y lamentó no poder, como él, comer carne y beber medio litro de Bourbon.

—Dichoso de usted —le dijo—. Cuando era joven hacía lo mismo. Me encantaba comer. En nuestra profesión no hay que temerle a ningún trabajo duro mientras se está en condiciones de ingerir un bistec y beber cerveza. Pero hoy en día no realizo trabajos duros..., estoy demasiado viejo y demasiado gordo.

—No diga eso. Usted ha cumplido plenamente su misión. Nadie, en su país, ha estado más cerca de los grandes bandidos, ni afrontado más veces que usted los

disparos de sus pistolas.

—Es verdad.

Peter Ganns levantó la mano izquierda: le faltaban los dedos anular y meñique.

—He aquí un recuerdo del último tiro que disparó en su vida Billy Benyon. Un gran tipo, ese Billy. Nunca habrá otro que lo iguale.

—¿El asesino de Boston? ¡Era un genio!

—Dice usted bien. Un cerebro extraordinario. Cuando lo envié a la silla eléctrica fue como si un bosquimano matara a un elefante.

—A veces los pobres diablos le inspiran lástima, ¿verdad?

—Sí; de cuando en cuando me gusta que al torero lo coja el toro y que el salvaje se coma al misionero.

Terminado el almuerzo fueron al salón de fumar y, ante su gran sorpresa, Brendon se vio sometido a una lección asombrosa que despertó en él emociones semejantes a las de un colegial que se entrevista con el director de escuela.

Peter Ganns pidió café para los dos, tomó rapé y rogó a Marc que lo escuchase sin interrumpirlo.

—Como usted y yo vamos a ocuparnos de este caso, quiero poner bien en claro algunos puntos que, a mi juicio, no ha afrontado usted con precisión —expresó—. Tal vez no dilucidemos por completo este misterio; pero, si lo ponemos en claro, el crédito será para usted, no para mí. Dentro de un instante hablaremos del asunto Redmayne. Primeramente, si no le aburre demasiado, desearía analizar a Marc Brendon.

El otro rió.

—No es persona que llame la atención, sobre todo tratándose de este caso.

—Así es —reconoció Peter afablemente—. Su actuación no fue muy destacada y el primer sorprendido fue el mismo Marc Brendon. También se sorprendieron algunos de sus superiores. Por consiguiente, examinaremos la situación desde este ángulo, antes de analizar el problema propiamente dicho.

Revolvió el café, le echó una cucharadita de coñac, bebió un sorbo, se reclinó en el sillón, adoptando una postura cómoda y, sin pestañear, fijó en Marc una mirada directa. Sus ojos eran celestes, hundidos y pequeños, pero no habían perdido su brillo.

—Pertenece usted a Scotland Yard —prosiguió Ganns—, y Scotland Yard constituye la organización policiaca más perfecta que existe en el mundo. El Central Bureau de Nueva York la sigue de muy cerca, y sería injusto no reconocer la habilidad del Servicio Secreto francés y la del italiano; pero es indiscutible que Scotland Yard marcha a la cabeza y usted se ha ganado, y con justicia, el lugar que allí ocupa. Es un puesto importante, y con toda seguridad no lo obtuvo sin trabajo y sin suerte, Brendon. Pero..., ¿este asunto Redmayne! Estuvo usted presente en el lugar del hecho, se encargó de la investigación antes de que se borrarán las huellas, tenía la ayuda deseable; sin embargo, un novicio no hubiese fracasado de manera más desgraciada. En otras palabras: su modo de proceder en aquella ocasión no coincide

con su fama. Desde el principio, su desempeño no obtuvo el menor éxito. ¿Por qué? Porque, sin duda alguna, tenía usted una teoría y se extravió tratando de seguirla.

—No lo crea. No tenía ninguna teoría.

—¿Ninguna? Entonces el fracaso se debe a otra causa. Su modo de malograr el asunto me interesa mucho. Conozco a fondo lo sucedido y no estoy hablando a tontas y a locas. Por tanto, veamos por qué y cómo anduvo usted tan descaminado.

»Ahora bien, Brendon, tomemos un espectáculo cinematográfico y considerémoslo. Quizá le haga ver las cosas con mayor claridad. Una película cinematográfica nos presenta dos realizaciones completamente distintas. A decir verdad, presenta diez; pero sólo analizaremos dos. Nos muestra una sábana blanca en la cual se proyecta una luz; la luz atraviesa una serie de manchas y sombras, y las manchas se amplifican mediante lentes antes de llegar a la pantalla. Como usted ve, se trata de un mecanismo complicado; pero el espectador no recuerda estas cosas porque el efecto que producen despierta el interés de un sector completamente distinto de su mente. Olvida la sábana, la linterna, la película y el resto, ante la ilusión creada por dichos elementos.

»Aceptamos el convencionalismo del cinematógrafo, las luces y la oscuridad, los tonos y medios tonos, porque esas manchas y sombras animadas adoptan la forma de objetos conocidos, y nos narran cuentos coherentes, presentándonos la vida en acción. Pero mientras miramos la película sabemos, subcientemente, que aquellas imágenes no son más que imitación de la realidad, como lo son un cuadro, una novela o una pieza teatral. Ciertas ingeniosas aplicaciones de la ciencia y el arte, combinados, crean una apariencia de verdad y nos refieren un cuento. Pues bien, en el caso Redmayne, ciertas ingeniosas operaciones se han combinado para contarle a usted un cuento; y usted se interesó tanto en el relato que en ningún momento se fijó en el mecanismo. Pero el mecanismo era lo primero que usted hubiera debido considerar; en cambio, los prestidigitadores, distrayendo su atención, pusieron en práctica cuanto se habían propuesto. Echemos un vistazo al mecanismo, muchacho, y veamos cómo los archibandidos que tramaron la cosa lo engañaron.»

Brendon no disimuló su emoción; pero guardó silencio mientras Ganns tomaba otro poco de rapé.

—Ahora bien; lo poco que he logrado hacer en mi vida —prosiguió— lo debo más que a la tan mentada capacidad de deducción, a la capacidad de síntesis. Eslabonar los hechos, que ha sido mi punto fuerte, constituye la base del éxito; y cuando los hechos no pueden eslabonarse, el resultado es casi siempre el fracaso. Nunca desperdicio un minuto en una teoría, si no cuento con una fuerte arquitectura de hechos para respaldarla. A usted le correspondía buscar los hechos, Marc; y no lo hizo.

—Tenía en mi haber una enciclopedia de hechos.

—Concedido. Pero su enciclopedia comenzaba en la letra «B» en lugar de la «A». Nos referiremos a esto dentro de un momento.

—Mis hechos, tales cuales eran, no pueden negarse —replicó Brendon, un tanto ofendido—. Eran de hierro. He disciplinado mis ojos, mi observación, y están acostumbrados a juzgar exacta y celosamente los hechos. Ninguna síntesis impide que dos y uno sean tres, Ganns.

—Al contrario, dos y uno pueden ser veintiuno, o doce, o medio. ¿Por qué apresurarse a sacar conclusiones? Tenía usted algunos hechos; pero no tenía la totalidad de los hechos ni nada que se le pareciera. Trató de colocar el techo antes de levantar las paredes; y lo que es peor: una cantidad de sus hechos «de hierro», ni siquiera eran hechos.

—¿Qué eran entonces?

—Complicada y deliberada ficción, Marc.

Ante este desafío, Brendon sintió que una oleada de rubor le subía a las mejillas; pero el otro se mostraba sumamente cordial y generoso y era obvio que no buscaba un fácil triunfo frente a un colega más joven. Brendon no experimentaba enojo contra Ganns, pese a que sus observaciones eran bastante provocativas. Estaba enojado consigo mismo. Por su parte, Peter Ganns conocía su propio poder. Leía en la mente del detective como en un libro abierto, y comprendía que, tanto por su posición cuanto por su categoría, Marc poseía cualidades demasiado elevadas para sentirse herido por las críticas de un hombre de mayor edad y experiencia.

—Le llevo ventaja por el momento —explicó sencillamente—, porque he estado en el mundo algunos años más que usted. Llegará el día en que hablará a los jóvenes en la misma forma en que le estoy hablando; y lo escucharán, con respeto y atención, como me escucha usted. Cuando tenga mi edad, infundiré la fe que yo infundo. En general, no es posible confiar por completo en la juventud; pero, con los años, usted se ganará esta confianza; y, créame, en nuestra profesión no existe condición mejor que la de infundir absoluta confianza. Es vano querer imponer una virtud, si no se la posee. Los hombres ven en seguida a través de nosotros cuando actuamos en nombre de algo que no tenemos. En esta ocasión, como de costumbre, mi juego es limpio, Marc; sé que es usted un muchacho demasiado cuerdo y ambicioso para permitir que un falso orgullo o la seguridad que tiene en su capacidad se ofendan si le digo que se ha mostrado usted muy torpe en este asunto.

—Pruébemelo, Ganns, y seré el primero en agachar la cabeza. Viéndolo bien, sé que me he comportado como un idiota... Hace mucho tiempo que lo sé —contestó Brendon.

—Claro que se lo probaré... Es fácil. Lo difícil será descubrir la razón de su torpeza. No le asiste el derecho de ser tonto. La tontería no concuerda con sus antecedentes, ni con su manera de pensar, ni con su aspecto físico. Leo, sobre todo en los ojos, la mentalidad de las personas en general, y los suyos le hacen justicia. Por lo tanto, espero que me explique cuál fue su punto flaco. Tal vez no lo sepa y tal vez tenga que decírselo... cuando encuentre al negro en la carbonera. Eche un vistazo a su alrededor y le apuesto lo que quiera a que empezará a ver claro.

Hizo una nueva pausa, volvió a utilizar su cajita de oro y prosiguió:

—Hablando sin ambages y poniendo, por un momento, fuera de la cuestión a todos, menos a usted, lamento decirle que se equivocó desde el principio, Brendon. No es raro que empezara mal. Me hubiera ocurrido exactamente lo mismo, y nadie, salvo los personajes de una novela policiaca, habría procedido de otro modo; pero mantenerse en el error, apilar falsas suposiciones sobre falsas suposiciones, pese a su capacidad de raciocinio y su inteligencia, me parece una catástrofe muy curiosa.

—Pero no es posible prescindir de los hechos.

—Nada más fácil. Usted prescindió de ellos cuando se marchó de Princetown, e ignora los hechos, como los ignoro yo..., y cualquiera que no sea uno de los responsables de las apariencias creadas para confundir. Supongo que los fenómenos que había observado y los que le comunicaron colegas y varias personas del público eran hechos; cuando en realidad, mediante una detenida reflexión, hubiera debido convencerse de que no lo eran. No le brindó usted la menor oportunidad a su raciocinio, Marc.

»Siga ahora mis argumentos y sea sincero consigo mismo. Dice usted que ocurrieron ciertas cosas. Yo sostengo que no, basándome en la lógica absoluta de que no pudieron ocurrir. No le revelaré la verdad, porque estoy lejos de saberla, y creo que dará usted con ella antes que yo; pero le probaré que una cantidad de detalles que usted considera ciertos, no lo son; y que ciertos sucesos, de cuya exactitud no duda usted, nunca se produjeron. Tenemos sólo cinco sentidos y es fácil que nos engañen. En realidad, hasta en sus mejores momentos, el ser humano se caracteriza por su torpeza, y, en lo que me concierne, no daría un penique por lo que mis sentidos me aseguran. Como dijo alguien: «El arte existe para salvarnos del exceso de la verdad»; y yo añadido: «La razón existe para salvarnos de la excesiva evidencia, a menudo falsa, de nuestros sentidos.»

»Veamos, pues, cómo analiza la razón las pruebas existentes sobre Robert Redmayne y su tramoya, desde el instante de su desaparición. Cuando ocurre una cosa, sólo hay varias maneras, muy limitadas en número, de explicarla. O Robert Redmayne mató a Michael Penrod, o no lo mató. Y si lo hizo, tenía que estar cuerdo o loco en ese momento. Esto no puede negarse y se da por descontado. Si estaba cuerdo, cometió un crimen impulsado por un móvil, pero la investigación minuciosa demuestra que tal móvil no existe. Doy poca importancia a las palabras, sea quien fuere el que las pronuncia, y la declaración de Mrs. Penrod, según la cual su marido y su tío eran excelentes amigos, no tiene peso para mí; pero sí lo tiene el hecho de que Robert Redmayne viviera en Princetown con los Penrod durante más de una semana y de que les invitara a Paignton. Me inclino a creer que Redmayne estaba en excelentes relaciones con Penrod hasta el momento de la desaparición de este último y que no tenía motivo para asesinar a su sobrino político. Por tanto, y presumiendo que estuviese en su sano juicio, no hubiera cometido el crimen. La alternativa es suponer que estaba loco en aquel momento en que, movido por su demencia, mató a

Penrod.

»Pero ¿qué ocurre con un loco cuando comete un crimen así? ¿Logra, acaso, salvarse y vagabundear en libertad por Europa durante un año entero? Admitiendo que empleara, como dicen, los recursos y la astucia de los dementes, ¿se ha dado el caso de algún loco que haya andado tanto tiempo suelto, como este hombre, riéndose de los esfuerzos que hace Scotland Yard para descubrir su paradero y capturarlo? ¿Es razonable que escape con un cadáver, se deshaga de él sin peligro, vuelva a su casa y coma y que luego, a la luz del día, desaparezca de la faz de la tierra durante seis meses, para reaparecer de pronto, engañar de nuevo a otras personas y reincidir? Por segunda vez se burla de la ley, desaparece durante seis meses; para presentarse ahora en Italia, haciendo alarde de su chaleco rojo y su bigote ante la misma puerta de su último hermano vivo. No, Marc, el autor de estos hechos extraordinarios no está loco. Y esto me conduce de nuevo hacia mi alternativa preliminar.

»Dije hace un momento: "O Robert Redmayne mató a Michael Penrod, o no lo mató." Y podemos agregar: o Robert Redmayne mató a Benjamin Redmayne, o no lo mató. Pero, por el momento, nos concentraremos en la primera proposición. La pregunta siguiente que debemos hacernos es ésta: ¿Habrán verdaderamente matado Robert Redmayne a Michael Penrod? Aquí es donde sus "hechos", como usted los llama, empiezan a tambalearse un poco, muchacho. Hay una sola forma segura de comprobar la muerte de una persona, y es ver su cadáver, para luego convencer a la justicia, mediante el testimonio de quienes la conocieron en vida, de que el cadáver corresponde a aquella persona, y no a otra.»

—¡Cielos! Piensa usted...

—No pienso nada. Quiero que usted piense. Por el momento, ha sido derrotado; pero deseo que salga, como el sol, de detrás de una nube y vuelva a sorprendernos con su talento. Hágase, sencillamente, a la idea de que las cosas no sucedieron como usted creyó; y, partiendo de este punto, siga adelante. Recuerde, de paso, que no podría afirmar bajo juramento que hayan muerto Penrod y Benjamin Redmayne. Tal vez los dos estén tan vivos como usted y yo. Medítelo. El asunto fue tramado con mucha habilidad y creo que luchamos contra grandes bribones; pero ni siquiera estoy seguro de esto todavía. Discierno muchos detalles esenciales que usted, con más probabilidades que yo, podrá aclarar. Ha sido usted víctima de una gran desventaja cuya causa no he logrado establecer aún; si reflexiona en lo que le he dicho y analiza sin prejuicios sus recuerdos, tal vez la descubra usted y empiece a ver claro.

—Es una gran generosidad de su parte lo que acaba de sugerirme, pero ni siquiera tengo esa excusa a mi favor —contestó Brendon pensativamente—. A nadie se le ofreció nunca un caso con menos desventajas. Ni siquiera me faltaba un especial incentivo para triunfar. Llegué con todo a mi favor, y lo tenía todo en mis manos. No; lo que usted ha dicho proyecta una luz demasiado fuerte para no entrever la verdad. Todo parecía tan íntegro y sincero que ni por asomo se me acurrió pensar que las apariencias ocultaran una realidad completamente distinta. Ahora, sin lugar a dudas,

sé que es así.

—Estoy convencido de eso. Alguien le dio un naipe marcado, Brendon; y usted, como un inocente corderito, lo aceptó. A todos nos ha ocurrido alguna vez algo semejante. Gaboriau dice lo siguiente, no recuerdo dónde: «Sobre todo, acepte con extremada reserva lo que parece probable, y empiece siempre por creer en lo que parece increíble.» Exageración francesa, por supuesto; pero encierra una gran verdad. Las cosas obvias me incomodan siempre. Si algo se le ofrece precisamente en el sentido que a usted le conviene, desconfíe en seguida. Esta observación es aplicable a la vida tanto como a nuestra profesión.

Siguieron conversando media hora más y finalmente Ganns consiguió su propósito: hacer que su compañero retrocediera hasta el principio del problema que los había reunido. Deseaba que Marc recorriera otra vez el terreno con claridad mental y dejando atrás sus prejuicios.

—Esta noche en el tren —dijo Peter—, le pediré que me dé su versión del caso desde el momento en que Mrs. Penrod lo instó a que se encargase de él... O desde antes que lo llamara, si estuvo usted en contacto con algunas de aquellas personas en ocasión anterior a la tragedia. Deseo escuchar otra vez, desde su punto de vista, todo el relato; y después de lo que le he sugerido, es probable que, analizando retrospectivamente cada detalle, se le aclaren algunos puntos oscuros hasta la fecha.

—Es más que probable —admitió Marc. Y su generosidad natural le impulsó a elogiar a su interlocutor—. Es usted célebre, Ganns, y hoy me ha dicho cosas, elementales para usted, sin duda, pero importantísimas para mí. Ha conseguido que me sienta muy poca cosa... Confesión que no haría a nadie más que a usted. Lo sabe, por lo demás, sin necesidad de que se lo diga. En lo único que difiero de usted es en lo referente a la continuación del asunto. Si alguna vez se pone en claro, será gracias a usted y tendré buen cuidado de que el crédito sea suyo.

El otro rió y aspiró una nueva dosis de rapé.

—¡Tonterías, tonterías! Marcho a la zaga y no ejerzo mi profesión; estoy virtualmente retirado, deseando descansar y dedicarme a mis pasatiempos preferidos. Este asunto no tiene nada que ver conmigo. Me limitaré a observar cómo trabaja usted.

—El pasatiempo preferido de todo detective es, generalmente, su vieja profesión —sentenció Marc.

—La literatura y el crimen —admitió Ganns—, la comida sabrosa y los buenos vinos, el rapé y las charadas... son cosas que llenan mis ocios y representan mis vicios y virtudes —confesó—. Cada una de ellas tiene su lugar en mi vida, y ahora les añado los viajes. He querido ver una vez más Europa, antes de encerrarme definitivamente en mi cueva, y también disfrutar de la compañía de mi querido amigo Albert Redmayne, visitar su casa y prestar de nuevo atención a su sabiduría delicada e ingenua.

»La única sombra que proyecta la amistad ferviente, Brendon, es la certeza de que

algún día los seres tienen que separarse. Cuando le diga "adiós" a mi amigo el bibliómano, sabré que nos quedan pocas probabilidades de volver a vernos. Pero ¿quién, por el hecho de que, tarde o temprano, habrá de terminar, se privaría de la dicha que la amistad proporciona? La estrecha armonía y comprensión, el descubrimiento de espíritus hermanos, figuran entre las experiencias más valiosas al alcance de la humanidad. Claro está que el amor es una aventura aún más estupenda; pero la tormenta acecha cerca del rosado bajel del amor, muchacho, y los que logran ese inefable premio no deben quejarse si tienen que pagar el precio máximo. En cuanto a mí, prefiero la amistad serena.»

Siguió charlando afablemente, y Marc comprendió que, en su faceta humana y sencilla, el carácter de Peter Ganns coincidía a la perfección con el de su amigo Albert Redmayne. Pero su filosofía le pareció extremadamente ingenua, y le extrañó que aquel norteamericano, que consideraba la naturaleza humana con espíritu tan esperanzado, por no decir crédulo, poseyera las extraordinarias dotes que lo adornaban. En éstas, sin duda, y no en su cordialidad elemental y confiada, se basaba su celebridad.

Ganns empuña el timón

Mientras viajaban en plena noche a través de Kent y cuando se hallaron en el vapor que los conducía a Boulogne, Marc Brendon contó detalladamente su historia a Ganns. Antes de hacerlo había releído sus notas y planteó a su compañero, clara y esmeradamente, los incidentes del caso. Peter no lo interrumpió ni una sola vez y felicitó a Marc al final del relato.

—La película cinematográfica es brillante; pero no lo abarca todo —dijo, refiriéndose a su comparación anterior—. En realidad, empiezo a advertir que, sea cual fuere el final de la cinta, habrá que agregarle unas cuantas escenas preliminares.

—He empezado por el principio, Ganns.

Pero éste movió la cabeza.

—La mitad de la batalla se gana conociendo la iniciación del caso. Me atrevo a afirmar que, cuando se logra establecer su verdadera iniciación, el final está asegurado. Usted no empezó por el principio de este enredo, Marc. Si lo hubiese hecho, la clave del enigma estaría en sus manos. Después de los detalles que acabo de escuchar me convenzo cada vez más de que sólo haciendo un esfuerzo para desenterrar el pasado conseguiremos dilucidar este misterio. Es menester empuñar la pala; y usted o yo podríamos vernos obligados a regresar a Inglaterra para efectuar tal trabajo... a menos que obtengamos la información necesaria antes de realizarlo. Pero no hay razón para creer que tendremos tan buena suerte.

—Desearía que me indicara el terreno que no he tenido la previsión de examinar —dijo Brendon; pero Ganns no estaba, por el momento, dispuesto a hacerlo.

—No se preocupe todavía —aconsejó—. Hábleme ahora de usted y deje tranquilo el problema.

Charlaron hasta el alba, para entonces el tren había llegado a París; una o dos horas más tarde se hallaban en camino hacia Italia.

Ganns había resuelto cruzar los lagos y llegar inesperadamente a Menaggio. Había vuelto a ensimismarse, pensando en el problema que se le había planteado, y hablaba muy poco. Tenía en la mano una libreta abierta y, de cuando en cuando, mientras reflexionaba, hacía algunas anotaciones. Marc leía los periódicos, y algo más tarde señaló una página a su compañero.

—Lo que dijo de las charadas me interesa —comentó—. Aquí hay una, y hace una hora que trato de descifrarla. Debe de ser fácil; pero supongo que tendrá sus vueltas. Me pregunto si usted la adivinaría.

Peter sonrió y dejó a un lado la libreta.

—La charada es una costumbre mental —dijo—. Se llega a pensar en charadas y

a aprender las tretas del juego. Con un poco de práctica se conoce la forma en que piensan los que las inventan, y se descubre que todos piensan igual y que tratan de engañarlo a uno siguiendo un mismo sistema. Si me tienta pidiéndome que descifre charadas, pronto se arrepentirá.

Marc señaló el periódico.

—Pruebe con ésta —instó—. No le veo pies ni cabeza; pero a usted, que está acostumbrado a solucionarlas, le costará, sin duda, poco.

Ganns echó una mirada a la adivinanza. Decía lo siguiente:

Mi primera: tiempo de verbo.

Mi segunda y mi tercera: tiempo de verbo.

Mi todo: agua salada.

Durante un minuto el norteamericano examinó el problema en silencio, luego sonrió y devolvió el periódico a Brendon.

—Muy buena, aunque convencional —observó—. Es del molde común. A veces, en mi país, las hay más ingeniosas, pero el sistema es el mismo en todas partes. No ha nacido aún un genio autor de charadas. Si fueran tan importantes como el ajedrez, tendríamos maestros capaces de producir obras maestras.

—Pero ésta... ¿la adivina usted?

—Es facilísimo, Marc.

Ganns volvió a su libreta, escribió algo rápidamente, arrancó la página y se la entregó a su compañero.

Brendon leyó:

SAL-MUERA

—Conociendo los cuentos de Knut Hamsun resulta más fácil; de otro modo, es probable que le cueste —dijo, mientras Brendon lo miraba asombrado—. Existen dos sistemas de inventar charadas —prosiguió Peter, lleno de animación—; el primero es plantear un problema tan difícil que a uno le produce canas mientras lo resuelve; el segundo consiste en poner trampas.

—¿Quién inventa esa clase de charadas?

—Nadie. La vida es demasiado corta; pero si dedicara un año a crear una charada perfecta, apostaría cualquier cosa a que mis semejantes tardarían un año en adivinarla. Lo mismo ocurre con la criptografía, especialidad con que ambos nos hemos topado en nuestra profesión. Las claves son, generalmente, burdas; pero he pensado con frecuencia en la maravilla que uno podría lograr si se tomara un poco de trabajo. Los autores de cuentos policiacos las inventan muy buenas a veces; pero el listo, el que todo lo sabe, las descubre siempre; le basta sacar de la biblioteca del villano el libro correspondiente. Mi criptografía no dependería de ningún libro.

Peter siguió charlando; luego, súbitamente, enmudeció y volvió a enfrascarse en sus notas.

Al rato levantó los ojos.

—La difícil tarea que tenemos por delante es la siguiente —dijo—: entrar en contacto con Robert Redmayne o con su fantasma... Hay dos clases de fantasmas, Marc: los verdaderos..., en cuya existencia usted no cree, y sobre los cuales reservo mi opinión, y los fabricados. Ahora bien, el fantasma fabricado puede ser tan útil a la policía como a los criminales.

—¿Usted cree en fantasmas!

—No he dicho tal cosa. Pero me mantengo imparcial al respecto. He oído cosas muy extrañas sobre el particular, contadas por personas perfectamente fidedignas.

—Si en el caso presente se tratara de un fantasma sería, indudablemente, una solución; pero si así fuera, ¿por qué temería usted por la vida de Albert Redmayne?

—No digo que sea un fantasma y, por supuesto, no creo que lo sea; pero...

Se interrumpió y cambió de tema.

—Estoy comparando su informe verbal con el relato que me escribió Albert —observó, dando golpecitos a su libreta—. Mi viejo amigo retrocede más lejos que usted en el tiempo, porque sabe muchas cosas que usted ignora. Están anotadas aquí. Cuido mis ojos, por esto las he hecho copiar a máquina. Conviene que usted las lea. Hallará la historia de Robert Redmayne, desde su niñez; la historia de la muchacha, su sobrina, y la de su padre muerto. El padre de Joanna Redmayne era un personaje difícil y pendenciero (mil veces peor que Robert, al parecer) y un poco raro; pero nunca estuvo abiertamente en conflicto con la ley. No se le ha ocurrido a usted pensar en Henry, el difunto hermano de Robert, ¿verdad? Le sorprendería comprobar cómo es posible conocer un carácter y hallar explicación a sus contradicciones, estudiando a los distintos miembros de su familia.

—Me gustaría leer esos apuntes.

—Son valiosos para nosotros, porque fueron escritos sin prejuicios. Desde este punto de vista, son superiores a su muy lúcido relato, Marc. A través de su narración se siente como si un hilo de seda pasara constantemente por el algodón, cosa que no ocurre en ese detalle, muchacho, y creo que en ese hilo de seda, antes de extraerlo, hallaré el motivo de su fracaso.

—No comprendo lo que me dice, Ganns.

—Naturalmente... Todavía no. Pero cambiaremos la metáfora. Diremos que emplearon un artificio para atraer su atención y que usted mordió el anzuelo; y que después de empezar bastante bien, abandonó la buena pista y siguió la mala.

—Acertijo: descubrir el artificio —dijo Marc. Peter Ganns sonrió.

—Creo que lo he descubierto —replicó—. Pero a lo mejor estoy equivocado; lo sabré dentro de veinticuatro horas. Espero haber acertado..., por usted, sobre todo. Si tengo razón, queda usted libre de toda mancha; si no la tengo, la cosa se pondrá fea para usted.

Brendon no respondió. Ni su conciencia ni su inteligencia lo ayudaban a aclarar el punto. Volviendo a sus notas, Peter le habló de determinado incidente y le demostró

que no estaba muy claro.

—¿Recuerda la noche que salió de «El nido del cuervo», después de su primera visita? Mientras caminaba hacia Dartmouth vio usted, súbitamente, a Robert Redmayne, de pie junto a un portón; y cuando la luz de la luna lo iluminó a usted, él corrió y desapareció entre los árboles. ¿Por qué?

—Porque me conoció.

—¿Cómo?

—Tuvimos un encuentro en Princetown, junto a la charca de la cantera de Foggintor, donde había ido a pescar, y hablamos un poco.

—Exactamente. Pero él no sabía quién era usted. Aunque hubiese recordado que lo había visto hacía seis meses en Foggintor, a la hora del ocaso, ¿por qué iba a creer que usted lo perseguía?

Marc reflexionó.

—Tiene razón —dijo—. Es probable que aquella noche hubiera huido al ver a cualquiera; no deseaba que lo descubrieran.

—Mi única intención es dejar planteado el interrogante. Claro está que ese detalle se explica fácilmente si nos basamos en la presunción general de que Redmayne suponía que todos estaban contra él. Lo natural, en su condición de fugitivo, era que saliera corriendo al ver aproximarse a cualquier persona.

—Probablemente no se acordaba de mí.

—Probablemente no; pero su actitud sugiere otras posibilidades. Tal vez lo habían puesto sobre aviso contra usted.

—Nadie pudo hacerlo. Robert Redmayne aún no había visto a su sobrina; no había hablado con ella. ¿Quién hubiera podido decirle eso..., aparte de su hermano Benjamin?

Peter Ganns no siguió el tema. Cerró su libreta, bostezó, tomó rapé y declaró que deseaba comer algo. El largo día transcurrió y los dos hombres se retiraron temprano y durmieron hasta el amanecer.

Antes de mediodía habían partido de Baveno en barco y cruzaban las azules y profundas aguas del Maggiore. Brendon, que no conocía los lagos italianos, quedó mudo ante tanta belleza; Ganns tampoco deseaba hablar. Sentados el uno junto al otro contemplaban el desarrollo gradual del panorama: los montes y los desfiladeros, la maravilla de la luz sobre la tierra y el agua, la presencia del hombre, sus casitas en las montañas, sus barcos en el lago.

Desembarcaron en Luino y siguieron hacia Tresa. En este breve recorrido se levantaban, a ambos lados de las vías del ferrocarril, altas empalizadas, con espesa red metálica, de la cual colgaban innumerables cascabeles. Peter, que había recorrido aquellas regiones veinte años antes, explicó a su compañero que dichas empalizadas habían sido colocadas allí a guisa de barreras para detener el continuo contrabando entre Suiza e Italia.

—En realidad, «solamente el hombre es vil» —dijo con tono de conclusión,

despertando una pasajera ola de amargura en el ánimo de Brendon.

—Y nuestra vida se limita a ocuparnos de esa vileza —repuso éste—. A veces me odio y desearía ser abacero o tendero y hasta soldado o marinero. Es denigrante que nuestro trabajo dependa de la maldad del prójimo, Ganns. Espero que ha de llegar un día en que nuestra carrera resulte tan anticuada como el arco y las flechas.

El otro se echó a reír.

—¿Qué dice Goethe en uno de sus libros? —observó—. Que a la humanidad, aunque dure un millón de años, nunca le faltarán obstáculos que le den trabajo, ni la presión de la necesidad que obliga a superarlos. También Montaigne (debería leer a Montaigne, tan lleno de sabiduría) dijo que la sapiencia humana jamás ha alcanzado la perfección de conducta que prescribe; y que, si pudiera alcanzarla, seguiría dictándose nuevas superaciones. Dicho de otro modo, habrá pillos en el mundo mientras perdure la naturaleza humana y hombres preparados que los harán caer de bruces. Mientras exista la humanidad, el crimen, en una u otra forma, continuará existiendo; y cuanto más inteligentes sean los criminales, más tenemos que serlo nosotros.

—Pienso que la naturaleza humana es mejor que eso —contestó Marc y su colega lo felicitó.

—Me parece muy bien, muchacho..., considerando su edad —dijo.

Cruzaron el Lugano y, entre la luz del atardecer, llegaron a su orilla norte. Luego tomaron otro tren, subieron la montaña y bajaron finalmente a Menaggio, al borde del lago de Como.

—Dejaremos aquí nuestro equipaje —dijo Peter— y trataremos de llegar cuanto antes a «Villa Pianezzo». El viejo amigo se asustará; pero le diremos que las cosas se arreglaron tan convenientemente que pudimos emprender el viaje una semana antes de lo que creíamos. Ni una palabra de mi suposición de que está en peligro.

Veinte minutos después el coche de alquiler que habían tomado, arrastrado por un caballo, se detenía ante la puerta de la modesta morada de Albert Redmayne. En aquel momento sus tres habitantes se disponían a sentarse a la mesa. Simultáneamente aparecieron el dueño de casa, su sobrina y Giuseppe Doria; y mientras Albert, a la italiana, abrazaba a Ganns y le estampaba un beso en cada lado de la cara, Joanna saludó a Marc Brendon y éste, una vez más, la miró a los ojos.

No se le pasó por alto que Joanna había vivido nuevas experiencias. Sonreía, como es natural, y el rubor invadía sus mejillas al manifestar su asombro y su admiración ante la rapidez con que habían atravesado Europa en auxilio de su tío; pero, pese a su emoción y alegría, persistía en su rostro la nueva expresión. Marc sintió que su corazón latía violentamente y que renacía su esperanza de poder serle útil. Porque por el rostro de Joanna vagaba una indefinible sombra de tristeza que su sonrisa no lograba disipar.

Doria se mantuvo un poco rezagado mientras su mujer saludaba al amigo de su tío; luego se adelantó, expresó su placer de volver a encontrarse con Marc y su

convicción de que el tiempo no tardaría en revelar la verdad y pondría fin a la siniestra historia del asesino errante.

Fue tan grande la alegría de Albert Redmayne al ver llegar a Ganns que olvidó por completo el motivo de su visita.

—El último anhelo y ambición de mi vida era presentarte a Virgilio Poggi, Peter, para que, al fin, los tres reunidos, pudiéramos charlar largas horas, frente a frente. Y ahora esto ocurrirá. El desventurado espíritu que anda errante por las montañas ha sido, sin saberlo, causa de este maravilloso acontecimiento.

Joanna y Assunta prepararon, rápidamente, comida para los visitantes y todos se sentaron a la mesa. Brendon se enteró de que habían reservado habitaciones para él y Ganns en el Hotel Victoria.

—Sin embargo —dijo, dirigiéndose a Joanna—, creo que Ganns se quedará aquí. Ha tomado las riendas del asunto. No hay, por cierto, razón para que vuelva a ocuparme de un caso en el que he fracasado lamentablemente.

Joanna lo miró con dulzura.

—Me alegro mucho de que haya venido —dijo, en un susurro para que él solo la oyera.

—Si es así, también me alegro —replicó él.

Después de la comida, que había sido animadísima, Peter se negó rotundamente a cruzar el lago de Como para visitar en seguida a Virgilio Poggi.

—Basta de lagos por hoy, Albert —declaró—; deseo hablar del asunto que me ha traído aquí y hacerme una idea general de lo acontecido. ¿Qué ha ocurrido desde que escribió usted a Marc, señora?

—Explíqueles usted, Giuseppe —rogó Albert Redmayne.

—Tu regalo, la cajita de oro..., toma un poco de rapé —propuso Peter, ofreciéndosela al viejo bibliómano; pero éste la rechazó y encendió un cigarro.

—Prefiero el humo al polvo, Peter —repuso.

—Desde que mi mujer les escribió, el hombre ha sido visto dos veces —explicó Doria—. Una de ellas me topé con él, cara a cara, en la montaña, donde me había dirigido con el fin de reflexionar sobre asuntos personales; la segunda vez, anteanoche, vino aquí. Felizmente el cuarto de Mr. Redmayne da sobre el lago y la tapia del jardín es alta, de modo que no pudo escalarla; pero el cuarto de Ernesto, el sirviente, está situado sobre el camino.

»Robert Redmayne se presentó a las dos de la mañana, lanzó varias piedras contra la ventana, despertó a Ernesto y exigió que le permitiesen entrar a ver a su hermano. El criado tenía instrucciones exactas de lo que debía decir y hacer si llegaba a ocurrir algo así. Habla bien inglés y expresó al infortunado la conveniencia de que volviera de día; después le indicó un punto determinado, situado en un valle solitario, a un kilómetro y medio de aquí: un puentecillo que cruza un arroyo, diciéndole que esperase allí a su hermano a las doce del día siguiente. Era el plan de nuestro tío Albert para el caso de que su hermano se presentara.

»Después de oírlo, el hombre rojo se marchó, sin decir palabra y Albert, con gran valor, acudió a la cita, acompañado únicamente por mí. Llegamos allá antes del mediodía y esperamos hasta pasadas las dos. Pero nadie acudió y no vimos a alma viviente.

»Por mi parte, estoy convencido de que Robert Redmayne se hallaba escondido por allí cerca y que hubiera aparecido en seguida de haber estado su hermano solo; pero, como es natural, nuestro tío Albert no quiso concurrir a la cita sin compañía; y nosotros, por otra parte, no se lo hubiésemos permitido.»

Peter escuchaba con atención concentrada.

—¿Y qué ocurrió durante su encuentro con él? —inquirió.

—Se debió, evidentemente, a un descuido de Robert Redmayne. Avanzaba, abstraído en mis pensamientos, por las cercanías del lugar donde mi mujer lo divisó la primera vez, y en una vuelta del sendero me vi súbitamente frente al hombre; se hallaba sentado en una roca. Se sobresaltó al oír mis pasos, levantó los ojos, con toda evidencia me reconoció, y después de vacilar un segundo, huyó hacia los matorrales. Traté de seguirlo; pero se distanció de mí. Vive allá arriba, y quizá esté en contacto con alguno de los leñadores de las montañas que hacen carbón. Parecía vigoroso y ágil, y corría con rapidez.

—¿Cómo iba vestido?

—Exactamente como lo vi en «El nido del cuervo», cuando desapareció Benjamin Redmayne.

—Me agradecería conocer a su sastre —observó Ganns—. Ese traje parece darle muy buen resultado.

Luego hizo una pregunta que no parecía tener mucha relación con el asunto.

—¿Hay muchos contrabandistas en las montañas?

—Muchos —repuso Giuseppe—. Gozan de toda mi simpatía.

—Tengo entendido que eluden a los aduaneros y que, a veces, cruzan la frontera de noche. ¿Es así?

—Si me quedo aquí algún tiempo estaré mejor enterado —replicó el otro jovialmente—. Le repito que mi simpatía está con ellos, Mr. Ganns. Son valientes y bravos y su vida es arriesgada, emocionante, llena de interés. Son héroes y no villanos. Assunta, nuestra criada, es viuda de uno de esos comerciantes libres. Tiene muchos amigos entre ellos.

—¡Vamos, Peter! Dinos lo que piensas hacer —instó Albert, mientras servía cinco copitas de dorado licor—. ¿Piensas que corro peligro a causa de mi desgraciado hermano?

—Creo que sí, Albert. Y en cuanto a lo que pienso hacer, no estoy seguro todavía. Ustedes dicen: «Primero capture a Robert Redmayne y decida después.» Sí; pero les contestaré algo interesante: no vamos a capturar a Robert Redmayne.

—¿Arroja la esponja? —preguntó asombrado Giuseppe.

—¡No negarás que siempre has atrapado a quien te has propuesto atrapar, Peter!

—exclamó Albert.

—Existe una razón debido a la cual no lo haré ahora —replicó Ganns tomando un sorbo de su copita de cristal de Murano.

—¿No será porque cree usted que no se trata de un hombre, sino de un fantasma? —preguntó Joanna, con los ojos dilatados.

—Ganns ha mencionado al posible fantasma —observó Marc—; pero hay distintas clases de fantasmas, señora. Lo he comprendido. Existen fantasmas de carne y hueso.

—Si es fantasma, no deja, por cierto, de ser muy sólido —declaró Doria.

—Así es —admitió Peter—. Y, a mi juicio, no por eso es menos fantasma. Vamos a hablar en términos generales. No es, tal vez, una regla absoluta buscar a la persona que se beneficia con un crimen; no siempre, porque con bastante frecuencia el heredero de un hombre asesinado no ha sido el causante de esa muerte. Albert, por ejemplo, heredará los bienes de Benjamin, cuando la ley reconozca primero su defunción; y Mrs. Doria, oportunamente, heredará de su primer marido. Con esto no pretendo sugerir que su mujer, Mr. Doria, haya matado a su marido, como tampoco que mi amigo, aquí presente, haya asesinado a su hermano.

»No obstante, es prudente preguntarse qué gana con su crimen el hombre de quien sospechamos. Y si nos hacemos tal pregunta, hallamos que Robert Redmayne no ganaba absolutamente nada con el asesinato de Michael Penrod... Nada; es decir, nada más que haber satisfecho el súbito, invencible deseo de hacerlo. El asesinato de Penrod convirtió a Robert Redmayne en un vagabundo, privado de sus rentas y recursos; puso a todos en su contra y lo obligó a andar errante, perseguido por la sombra del cadalso. Sin embargo, pese a que escapó a la justicia, en forma que sólo puede considerarse milagrosa, no intentó desviar de sí las sospechas. Por el contrario, procuró hacerse sospechoso, llevó a su víctima a Berry Head en una motocicleta e hizo centenares de cosas que, una tras otra, probaban su demencia..., siempre que no se tuviera en cuenta un detalle fundamental: un loco hubiera sido atrapado; él no lo fue.

»Desaparece de Paignton para reaparecer en "El nido del cuervo"; suprime otra vida: en apariencia comete otro crimen insensato al asesinar a su propio hermano, y vuelve a desaparecer sin dejar rastros.

»Ahora bien, ante tantas cosas absurdas tenemos motivo para dudar de los hechos aparentes y para hacernos una pregunta esencial. ¿Qué pregunta es, Mr. Doria?»

—Me la hice —repuso Giuseppe—. Se la he hecho a mi mujer. Sin embargo, es una pregunta que no puedo contestar, porque no conozco bien el asunto. Nadie lo conoce bien..., salvo, quizá, Robert Redmayne.

Ganns asintió con la cabeza y tomó rapé.

—Bien —dijo.

—Pero ¿qué pregunta es ésta? —inquirió Albert Redmayne—. ¿Qué pregunta se hace Giuseppe y te haces tú, Peter? Nosotros, que no somos tan inteligentes, no

vemos cuál puede ser.

—La pregunta es la siguiente: ¿Habrá eliminado Robert Redmayne a Michael Penrod y a Benjamin Redmayne? Y cabe hacerse una pregunta aún más importante. ¿Estarán realmente muertos estos dos hombres?

Joanna tembló violentamente. Con un movimiento instintivo se aferró al brazo de Marc Brendon, que se hallaba sentado junto a ella. Marc la miró y advirtió que sus ojos estaban fijos, con extraña expresión de duda y horror, en Doria. En el rostro del italiano se pintaba también la enorme sorpresa que le causaba la conclusión de Ganns.

—*Corpo di Bacco!* ¿Entonces...? —preguntó.

—Entonces puede decirse que ampliamos mucho el radio de la investigación —repuso Ganns serenamente. Se volvió hacia Joanna.

—Comprendo, señora, que esto la impresione, si piensa en su segundo matrimonio —dijo—. Pero no afirmo nada; estamos conversando amistosamente. Queremos establecer hechos, y si fuera un hecho que Robert Redmayne no mató a Michael Penrod, tal comprobación no significaría que Penrod no hubiera muerto. No debe permitir que tales teorías la asusten, puesto que no se dejó acobardar en el pasado.

—Más que nunca es necesario prender a mi desventurado hermano —declaró Albert—. Es interesante recordar —añadió— que el pobre Benjamin, cuando le anunciaron que había llegado Robert, lo primero que creyó es que tenía que vérselas con un fantasma. Era muy supersticioso, como lo son con frecuencia los marinos, y hasta que Joanna vio a su tío y habló con él, Benjamin no creyó en la realidad viviente del que deseaba verlo.

—Ese episodio prueba, Ganns, que se trataba realmente de Robert Redmayne y no de un fantasma —agregó Marc—. De acuerdo con el testimonio de Mrs. Doria, podemos estar seguros de que el hombre que fue a «El nido del cuervo» era, en verdad, Robert Redmayne; ella conoce muy bien a su tío. Sólo nos resta probar, con igual exactitud, que el individuo que está aquí es también él, y tengo pocas dudas al respecto. Parece, por supuesto, milagroso que haya escapado; pero tal vez no lo sea tanto. Cosas más raras han sucedido. Y en todo caso, ¿quién otro podría ser?

—Esto me recuerda una cosa —repuso Ganns—. He oído hablar del diario íntimo de Benjamin. Tengo entendido que lo escribía con gran minuciosidad. Me gustaría ver ese libro, Albert; en tu carta me decías que lo habías conservado.

—Lo tengo aquí —replicó su amigo—. Traje conmigo el diario y la «Biblia», como yo la llamo, del pobre Benjamin: un ejemplar de *Moby Dick*. Hasta ahora no he leído el diario..., es demasiado íntimo y me aflige. Pensaba hacerlo más adelante.

—El paquete con los dos libros está en un cajón de la biblioteca. Los traeré —dijo Joanna y salió del cuarto donde estaban instalados, mirando el lago. Volvió en seguida con un paquete envuelto en papel de estraza.

—¿Para qué quieres revisarlo, Peter? —inquirió Albert; y en tanto que éste se

mostraba satisfecho con la respuesta, Brendon tuvo la impresión de que era una evasiva.

—Es siempre interesante ver las cosas desde todos los ángulos —contestó Ganns—. Puede ser que tu hermano nos diga algo.

Pero no fue posible saber si el diario de Benjamin hubiera sido útil o no; porque cuando Joanna abrió el paquete, no había tal diario. El envoltorio sólo contenía la famosa novela y un cuaderno en blanco.

—¡Pero si yo mismo lo empaqueté! —exclamó Albert—. El diario era del mismo formato de este cuaderno en blanco; y no estoy equivocado, porque antes de hacer el paquete abrí el diario de Benjamin y leí varias páginas.

—Compré un nuevo cuaderno la última vez que fue a Dartmouth conmigo —explicó Doria—. Recuerdo el detalle. Le pregunté qué iba a escribir en él, y me dijo que el otro estaba terminándose y que necesitaba uno nuevo.

—¿Estás seguro de no haber confundido el nuevo con el viejo, Albert? —inquirió su amigo.

—No podría jurarlo; pero no me cabe la menor duda de que no me equivoqué.

—Quiere decir esto que alguien ha sustituido el uno por el otro. Si se comprueba su exactitud, el hecho es interesantísimo.

—Imposible —declaró Joanna—. Nadie tuvo la posibilidad de hacer semejante cosa, Mr. Ganns. ¿Quién, aparte de nosotros, podía interesarse por el diario de mi pobre tío Benjamin?

Ganns reflexionó.

—La contestación a su pregunta nos ahorraría, quizá, mucho trabajo —dijo—. Pero es probable que no haya contestación. Tal vez su tío se equivocase. Aunque, a decir verdad, nunca lo he visto equivocarse en nada que se relacione con un libro.

Tomó el cuaderno en blanco y lo hojeó; luego Brendon le recordó que era hora de marcharse.

—Me parece que estamos haciendo traspasar a Mr. Redmayne, Ganns —observó—. Han enviado nuestro equipaje al hotel, y como tenemos que andar más de un kilómetro, es conveniente que nos pongamos en marcha. ¿Nunca siente usted sueño? —se volvió hacia Joanna—. Creo que no ha cerrado los ojos desde que salimos de Inglaterra, señora.

Pero Ganns no contestó: estaba sumido en profundos pensamientos. De pronto los sorprendió con las siguientes palabras:

—Encontrarás en mí a un amigo que no te dejará ni a sol ni a sombra, Albert. Dicho de otro modo: alguien tiene que ir al hotel a traer mi equipaje, porque no te perderé de vista hasta que dilucidemos este misterio.

Albert Redmayne manifestó su alegría.

—¡Eres siempre el mismo, Peter...; tu actitud no podía ser otra! Te quedarás aquí. Dormirás en el cuarto contiguo al mío. Está lleno de libros; pero haré que lleven el canapé grande de mi dormitorio y todo estará dispuesto dentro de media hora. Es tan

cómodo como una cama —volviéndose hacia su sobrina añadió—: Llama a Assunta y a Ernesto y arregla el cuarto para Ganns, Joanna; usted, Giuseppe, acompañe a Brendon al Hotel Victoria y traiga el equipaje de Peter.

Joanna se apresuró a cumplir las órdenes de su tío; Brendon se despidió y prometió regresar temprano al día siguiente.

—Mis planes para mañana, que someto a la aprobación de Marc, son los siguientes —dijo Ganns—: propongo que Mr. Doria lleve a Brendon a la montaña, al lugar donde apareció Robert Redmayne; mientras tanto, si ella me lo permite, conversaré aquí con Mrs. Doria. Le hablaré un poco del pasado y tendrá que ser valiente y prestarme toda su atención.

De pronto, Ganns se sobresaltó y escuchó, con el oído tenso en la dirección del lago.

—¿Qué es ese ruido? —preguntó—. Parecen cañonazos lejanos.

Doria rió.

—Truenos de verano en las montañas, Mr. Ganns, nada más —contestó.

Súbito retorno a Inglaterra

El detective que desea obtener éxito debe poseer, principalmente, la capacidad de ver todos los aspectos de cualquier problema, en la medida que éste afecta a los envueltos en él. Nueve veces de cada diez el problema no tiene más que un lado; pero muchos infelices han subido al cadalso debido a que sus semejantes carecieron de esa capacidad y, obedeciendo a la ley del menor esfuerzo, corrieron detrás de las conclusiones más obvias hasta llegar a un fin cuya aparente lógica se basaba en una falsa premisa.

Peter Ganns poseía dicha capacidad. Para cualquier entendido en fisonomías era visible la lucidez que revelaba su abultado rostro. Sonreía con los labios; pero sus ojos graves mantenían siempre una expresión seria (nunca irónica, nunca satírica o exenta de bondad).

Aunque observadores, sus ojos eran indulgentes: ojos de conocedor, tanto de las debilidades cuanto de la dignidad de la naturaleza humana. Sabía estimular la inteligencia mediana y común de sus semejantes, y también alentar las alturas geniales que alcanza, a veces, el intelecto. Sus extraordinarias dotes personales, centradas en la justa apreciación del carácter y en la amplia experiencia de la comedia humana, habían fijado en sus ojos una expresión de gravedad, grabando al mismo tiempo una levísima sonrisa en sus gruesos labios egipcios.

Al día siguiente de su llegada se sentó con Albert Redmayne en una pequeña galería que daba sobre el lago, contigua al comedor de la casa. Durante media hora charló y escuchó, aguardando que Joanna fuese a hablar con él.

El viejo bibliófilo expuso su sencilla filosofía de la vida.

—He vivido mucho tiempo apartado de Dios, mientras trataba de no perder la fe en la humanidad, Peter —expresó—. Ahora veo claro, y creo que sólo teniendo fe en el Creador podemos comprendernos a nosotros mismos. Lo mejor es enemigo de lo bueno, y «mejor» es un vocablo de oro que únicamente corresponde aplicar a mártires y a héroes.

—Dos causas impulsan a los hombres a dar lo mejor de sí, Albert —replicó Ganns—. El amor y el odio; sin estos dos tremendos incentivos, ni el más pequeño ni el más grande de nosotros logra alcanzar el límite de sus posibilidades.

—Es cierto, y quizá esto explique la presente actitud del europeo. La guerra nos ha incapacitado para cualquier actividad superior. El entusiasmo ha muerto; en consecuencia, el entusiasmo de la buena voluntad está ausente de nuestras asambleas y andamos a la deriva, sin ninguna mano firme y segura que empuñe el timón del destino. El corazón y el cerebro disienten y andan a tientas por diferentes senderos,

en lugar de avanzar juntos por el camino único. No vemos que haya grandes hombres. Existen, naturalmente, caudillos, grandes en contraste con la mayoría de los dirigentes; pero la historia dirá que hemos sido una generación de enanos y mostrará cómo en estos días la humanidad estuvo frente a una encrucijada de su destino sin que aparecieran las vigorosas mentalidades capaces de encararla. A mi entender, esta situación no tiene paralelo en el pasado. Hasta ahora, los momentos críticos han proporcionado siempre el hombre necesario.

—Como tú dices, vamos a la deriva —repuso Ganns, sacudiendo el rapé de su chaleco blanco—. Sufrimos una especie de conmoción nerviosa universal provocada por la guerra, Albert; y, desde mi punto de observación personal, advierto cuán íntimamente depende el crimen de los nervios. La indiferencia de las clases educadas adopta en las masas la forma de la licencia; y el quebranto de nuestras leyes económicas provoca furia y desesperación. Por donde se mire, nuestro equilibrio no existe. Por ejemplo, el equilibrio entre el trabajo y el recreo ha sido destruido. Para dominar esta inquieta situación se necesitará una decena de años; la presente ansia de revivir las emociones a que nos acostumbró la guerra está creando un estigma definido y peligroso en las gentes de la nueva generación. De esta inquietud a los métodos criminales que tienden a satisfacerla no hay más que un paso.

»Estamos enfermos; nuestro estado es patológico. Lo que necesitamos es renovar la disciplina que nos permitió afrontar la lucha pasada y obtener la victoria. Debemos ejercitar nuestros nervios, Albert, y tratar de restablecer una equilibrada y sana perspectiva para aquellos destinados a guiar el mundo del futuro. Los hombres no son malvados por naturaleza. Los considero seres racionales en su conjunto; pero la civilización, dependiendo como depende del credo y de la codicia, no ha realizado aún adelanto alguno, ni por medio de la educación, para contrarrestar nuestra superstición y nuestro orgullo.»

—Si la luz de la buena voluntad penetrara en este caos, el orden empezaría a retornar —declaró Redmayne—. El problema consiste en descubrir la forma de fomentar esa buena voluntad, amigo mío. Creo que ésta debería ser la preocupación primordial de la religión; porque a fin de cuentas, ¿cuál es la base de toda moral? Sin duda alguna, amar al prójimo como a uno mismo.

Juntos arreglaron el mundo y sus pensamientos derivaron a esferas de benéficas aspiraciones. Luego llegó Joanna y, un rato más tarde, Ganns fue con ella al jardín de flores que había al fondo de la «Villa Pianezzo».

—Giuseppe y Brendon han partido para la montaña —dijo ella—. Y estoy a su disposición, Mr. Ganns. No tema herirme. Estoy más allá de las heridas. No creía posible conservar la razón después de lo que he sufrido durante este último año.

Con atención intensa, Ganns examinó el bellissimo rostro de la joven. Ciertamente su expresión era triste; pero detrás de esa expresión los avezados ojos del detective distinguían una ansiedad que no se relacionaba con el pasado ni con el futuro, sino con el presente inmediato. Al parecer, era desgraciada en su nueva vida.

—Muéstreme los gusanos de seda —propuso él.

Entraron en la alta barraca, situada detrás de la casa, que sobresalía entre un montón de arbustos; era un local cerrado y sombrío, provisto de estantes que llegaban hasta el techo; entre las bandejas de gusanos subían altas ramas de zarza. En la fresca penumbra de este silencioso recinto brillaban por doquier, en los maderos, en las paredes, en el techo, puntos luminosos como millares de lamparillas. En todos los sitios donde los gusanos podían trepar e hilar, los ovalados capullos, diseminados como pequeñas frutas maduras en las ramas, irradiaban su luz delicada y suave. Los gusanos de seda de Albert Redmayne descendían, a través de incontables generaciones, de aquellos huevos históricos, sustraídos en China por peregrinos nestorianos y llevados secretamente hacía trescientos años a Constantinopla, dentro de bastones ahuecados.

Casi todos los gusanos habían terminado su labor completando sus estuches de seda; pero alrededor de doscientos monstruos blancos y gordos, de siete centímetros de largo cada uno, quedaban aún en las bandejas, y se aferraron ávidamente a las hojas frescas de morera que Joanna les tendió. Otros empezaban a tejer sus vestiduras. Las habían diseñado y se atareaban tejiendo la bolsa preliminar de filamento transparente y brillante. Unos cuantos gusanos comenzaban a amarillear, aunque todavía no habían devorado su último alimento. Joanna los levantó y los expuso a la luz matinal.

—Ninguna momia fue nunca vendada tan exquisitamente como la crisálida del gusano de seda —dijo Peter.

Joanna charló alegremente sobre la industria de la seda y sus variados intereses; pero comprobó que Ganns sabía mucho más que ella sobre el particular.

No obstante, la escuchaba con atención, y sólo por etapas graduales desvió la conversación hacia el asunto que lo había llevado allí. Al cabo de un rato volvió al tema de la situación de Joanna, que había abordado sus alusiones la noche anterior.

—¿Ha pensado alguna vez que fue una audacia casarse a los nueve meses de la desaparición de su primer marido, señora? —inquirió.

—No; pero anoche, cuando oí sus palabras, temblé. Y, por favor, no me llame señora; llámeme Joanna.

—El amor siempre ha sido impaciente ante la ley —declaró Ganns—; pero lo cierto es que si no se presentan pruebas de carácter excepcional, la ley inglesa no declara la defunción de una persona hasta que transcurren siete años desde la última prueba de su paso por el mundo de los vivos. Ahora bien, entre siete años y nueve meses, la diferencia es grande, Joanna.

—Cuando miro hacia atrás no veo más que una larga pesadilla. ¡Nueve meses! Me parecieron un siglo. No vaya a creer que no amaba a mi primer marido; lo adoraba y venero su memoria; pero la soledad y la repentina fascinación que mi actual marido ejerció sobre mí... Por otra parte, nadie, ¿verdad?, hubiera puesto en duda las horribles pruebas de lo ocurrido. Consideré la muerte de Michael como un

hecho innegable. ¡Dios mío! ¿Por qué nadie me insinuó que hacía mal en volver a casarme?

—¿Alguien hubiera tenido la probabilidad de convencerla?

Ella lo miró con expresión de intenso infortunio.

—Tiene razón. Estaba dominada. Cometí un lamentable error; pero no crea que he escapado al castigo.

Ganns adivinó el sentido de esas palabras y la apartó del tema de su marido.

—Cuénteme, si no es demasiado doloroso para usted, algo sobre Michael Penrod.

Pero, al parecer, ella no lo había oído. Sus pensamientos estaban enteramente concentrados en sí misma y en la situación en que ahora estaba.

—Usted me inspira confianza. Es sensato y conoce la vida. ¡No me he casado con un hombre, sino con un demonio!

Joanna apretó los puños y Ganns vio resplandecer sus dientes en la oscuridad del silencioso recinto.

Tomó rapé y escuchó, mientras la desventurada mujer desvariaba sobre su error.

—¡Lo odio..., lo detesto! —exclamó, acumulando duros epítetos sobre la cabeza del afable Giuseppe. Al rato se interrumpió, jadeante, y se echó a llorar.

Peter Ganns la estudiaba con suma atención; hasta aquel momento la congoja de la joven no parecía despertarle mucha simpatía. Su respuesta, más que sedante, fue tónica.

—Debe conservar su valor y tener paciencia —dijo—. También Italia, en ciertos aspectos, es un país libre; si no lo desea, no está obligada a continuar junto a Doria.

—¿Estará vivo mi primer marido? ¿Lo cree usted posible? Ahora que estoy curada de esta pasajera locura, pienso en él como en mi único marido. Tengo mucho que contarle a usted. Deseo..., le ruego que me ayude, como ayuda a mi tío. Naturalmente, él está primero.

—Probablemente comprobaremos que ayudarlo a él es ayudarla a usted —repuso Peter—. Pero acaba de hacerme una pregunta, y contesto siempre a una pregunta cuando es razonable hacerlo. No, Joanna, no me parece que Michael Penrod esté vivo. Salgamos fuera; este ambiente es muy sofocante. Advierta que no afirmo que esté vivo. Era, sin duda alguna, sangre humana la que una mano desconocida derramó en Foggintor; era sangre humana la que había en la caverna, debajo de los acantilados, cerca de la casa de Benjamin Redmayne; pero, hasta ahora, no sabemos con absoluta certeza quién la derramó ni quién la perdió. Este es el misterioso problema que he venido a solucionar. Si quisiera ayudarme, podría tal vez hacerlo. Por lo menos, le aseguro lo siguiente: si me ayuda, se ayudará también a sí misma y a su tío Albert.

—¿Está en peligro?

—Considere la situación. Con el correr del tiempo, los bienes de los dos hermanos de Albert pasarán a manos de este último. Lo cual, según creo, significa que, tarde o temprano, la totalidad del dinero le pertenecerá a usted. Albert no es

fuerte. No creo que viva muchos años. ¿Qué ocurrirá entonces? Con toda seguridad, usted, la última de los Redmayne, heredará todo. Y se ha vuelto a casar. Reflexione: ¿qué acaba usted de revelarme? Que su marido es un «demonio», y que lo odia desde que empezó a conocer su corazón. No es posible separar por completo estos hechos. Pueden estar estrechamente ligados.

Ella le miró con serenidad.

—Siempre he considerado a Giuseppe Doria en relación conmigo, nunca en relación con mis tíos Benjamin y Albert. Benjamin murió (si es que ha muerto) antes de que yo consintiera en casarme con Doria..., antes de que Doria me lo propusiera. Pero no le revelé mi error a mi tío Albert. No quiero que sepa cuán desgraciada soy.

—Debe usted optar y decidir en quién tener confianza —repuso Ganns—. De lo contrario, podrá verse en terreno peligroso.

Joanna reflexionó antes de contestar.

—Está usted pensando en algo —observó después de un instante.

—Naturalmente. Lo que acaba de decirme sobre sus relaciones con Giuseppe da motivo para pensar. Pero, medítelo bien. No es posible repicar y andar en la procesión. Por intentarlo, muchos sinvergüenzas y, a decir verdad, muchos inocentes, se han visto en dificultades graves. Dígame, ¿sabe Giuseppe que usted no lo ama?

Ella movió negativamente la cabeza.

—Se lo he ocultado. Aún no conviene que lo sepa. Se vengaría y sólo Dios sabe en qué forma. Hasta que pueda huir de él, no debe ni soñar que he cambiado.

—¿Así lo cree usted? Bien; deseo hacerle dos preguntas: ¿tiene usted suficientes razones que justifiquen su intención de separarse de él? Si es así, ¿está decidida a confiármelas?

—No las tengo —contestó ella—. Detrás de su modo despreocupado y complaciente se esconde un hombre muy listo. Creo que me guarda fidelidad y se cuida de mostrarse siempre bondadoso conmigo en presencia de terceros. Pero también creo lo siguiente: está perfectamente enterado de lo que acaba usted de puntualizar... es decir, de que, tarde o temprano, todo el dinero de los Redmayne será mío.

—¿Y a pesar de eso se comporta como un demonio con usted? No me parece muy hábil por su parte.

—Es difícil de explicar. Quizá he dicho demasiado. Su crueldad es muy sutil. Los maridos italianos...

—Conozco todo lo concerniente a los maridos italianos. Hablaremos de esto en otra ocasión, cuando haya tenido usted tiempo de reflexionar un poco. El odio y la desconfianza que su marido le inspira tienen, sin duda, una causa. No es usted capaz de simular semejantes sentimientos. Me dice que Doria es fiel; supongo, por tanto, que esa causa debe de estar relacionada con algo que usted sabe y que no quiere revelar a nadie; ni siquiera a mí, ¿verdad? ¿Tendrá algo que ver, por ventura, con el misterioso personaje que deseamos capturar..., con Robert Redmayne? ¿Ha

descubierto usted que Doria sabe, sobre ese hombre, cosas que usted y yo ignoramos? Pueden existir varias razones que expliquen el odio que siente por Doria. Medite sobre esto, y considere si sería una ayuda para mí conocer alguna de ellas.

Joanna miró con profundo interés al detective.

—Es usted un hombre extraordinario, Ganns.

—¡Ni por asomo!... Soy nada más que práctico en el rompecabezas comúnmente llamado vida. No le dé mucha importancia a lo que acabo de decirle, ni a las posibilidades que he anunciado. Tal vez me equivoque por completo. Hasta ahora, sólo sé, por lo que usted afirma, que Doria no es marido bondadoso. No sería raro que mi opinión fuera distinta de la suya cuando lo conozca mejor. Puede usted no ser buen juez. Su primer marido fue, quizá, tan excepcional que ignora usted las normas de la generalidad de los maridos. Al decir esto soy enteramente imparcial, porque a menudo he advertido que la mujer conoce mucho menos que los demás el carácter de su marido. Recuerde que, tanto como el amor, el odio ciega; y es tan complicado el amor transformado en odio, que se necesitaría un hábil psicoanalista para interpretarlo. Por consiguiente, para apreciar la importancia de sus temores, necesito saber algo más de usted.

»Dejaremos la cuestión en este punto... y, por el momento, lo único que debe pensar de mí es que deseo serle útil. Pero soy viejo; en cambio, Brendon es joven; y la juventud comprende a la juventud. No olvide que tiene usted en él a un amigo leal y constante. No sentiré celos si le cuenta a él más de lo que me cuenta a mí.»

Los labios de Joanna se movieron; pero, en seguida, recobraron su inmovilidad. Ganns advirtió que había estado a punto de decir algo y que ahora diría otra cosa. La joven apretó entre las suyas la manaza de Peter.

—¡Dios lo bendiga! —exclamó—. Si cuento con la amistad de usted me doy por satisfecha. Brendon ha sido muy bueno conmigo... muy, muy bueno. Pero es probable que usted ayude más que él a mi tío Albert.

Se separaron y Joanna regresó a la casa, mientras el detective, que había hallado un sillón cómodo debajo de un arbusto de adelfas, se sentó y aspiró la fragancia de las rojas flores, lamentando que el rapé hubiera estropeado gran parte de su olfato; no obstante, aspiró durante un rato y luego abrió su libreta. Durante media hora estuvo haciendo anotaciones en ella; luego se levantó y fue a reunirse con Albert Redmayne.

El anciano no pensaba en otra cosa que en el anhelado y próximo acontecimiento.

—¡Pensar que tú y Poggi os conoceréis hoy! —exclamó—. Peter, amigo mío, si no simpatizas con Virgilio, se me partirá el corazón.

—Albert —repuso Ganns—. Hace dos años que simpatizo con Poggi. Tus afectos son mis afectos. Esto prueba que nuestra amistad es muy grande; porque ocurre a menudo que los amigos no comprenden sus mutuas preocupaciones y preferencias. En cambio, en nuestro caso, coincidimos tan perfectamente en todo que no podrías tú sentir cariño por alguien que te fuera antipático. A propósito, ¿quieres mucho a tu sobrina?

Redmayne tardó un poco en contestar.

—La quiero —contestó finalmente—, porque quiero todo lo que es bello; y, sincera e imparcialmente, creo que es la mujer más bonita que he visto en mi vida. Nunca he encontrado otra cara que se parezca tanto a la Venus de Botticelli; y es el rostro más dulce que conozco. Por consiguiente, me encanta su exterior, Peter.

»En cuanto a su interior, no estoy tan seguro. La razón es muy natural: no la conozco bien todavía. Durante su infancia la vi muy poco; y hasta ahora, casi no la había tratado. Cuando la conozca mejor, seguramente la querré sin restricciones; confieso, sin embargo, que nunca la conoceré del todo, porque la diferencia de edad impide la comprensión perfecta. Por otra parte, ella no ha venido aquí sola. Su vida gira en torno a su marido. Aún son recién casados y lo adora.»

—¿No tienes motivos para suponer que pueda ser desgraciada con él?

—Ninguno. Doria es asombrosamente apuesto y atrayente..., el tipo de hombre que, por lo general, encanta a las mujeres. Reconozco que los matrimonios angloitalianos no destacan por su éxito... No obstante, el marido de Joanna es sensato, y atribuyo esta virtud al hecho de que ha corrido mundo. Tiene mucho que ganar si se conduce bien; todas las de perder si procede mal. Joanna es una muchacha altiva. Posee cualidades. Es distinguida. No soportaría ninguna incorrección de Doria, y sabe que tampoco la soportaría yo. Espero verla con frecuencia, aunque tengo entendido que piensan vivir en Turín.

—¿Ha abandonado Doria su ambición de recuperar los bienes de la familia, el título y lo demás? Brendon me contó estos pormenores.

—Por completo. Además, parece que uno de tus compatriotas ha adquirido el castillo de Dolceacqua y el título. Giuseppe nos divirtió mucho hablando de este tema; pero creo que lo que más le gusta es holgazanear.

Antes del almuerzo, Marc Brendon regresó de la montaña en compañía del italiano. No habían hallado el menor rastro de Robert Redmayne y parecían bastante hartos el uno del otro.

—Convendría que infundiera usted a Marc su sabiduría y su espíritu cordial —dijo Giuseppe Doria dirigiéndose a Ganns, mientras Brendon, fuera del alcance de sus oídos, conversaba con Joanna—. Es un hombre muy aburrido; ni siquiera escucha cuando le hablo. No es simpático. Nunca descubrirá nada. Me pregunto si usted logrará hacerlo. ¿Tiene alguna idea sobre el particular? Escoba nueva barre bien, como vulgarmente se dice.

—Lo examinaré yo antes que me examine usted, Doria —dijo Peter afablemente—. Deseo saber lo que piensa del hombre del chaleco rojo. Tenemos que hablar.

—Encantado, encantado, Mr. Ganns. Lo he visto muchas veces; en Inglaterra, tres... cuatro veces; en Italia, una. Siempre es el mismo.

—¿No es una aparición?

—¿Un fantasma? No. Está bien vivo. Pero ¿quién podría decir cómo vive y para qué vive?...

—¿No teme usted por la vida de Albert Redmayne?

—Me tiene muy inquieto —contestó Doria—. Y cuando mi mujer me escribió que había visto a Robert Redmayne, telegrafíé desde Turín diciéndoles que tuviesen cuidado y que no corrieran el riesgo de enfrentarse con él. Cuando piensa en el peligro que lo amenaza, el tío de Joanna tiene miedo; pero tratamos, en lo posible, de distraerlo. No es bueno que tenga miedo. ¡Por amor de Dios, señor, intente llegar al fondo de este asunto! Opino que lo mejor sería tenderle una trampa a ese pelirrojo, y cazarlo, como si fuese un zorro o cualquier otro animal salvaje.

—Es una idea excelente —declaró Peter—. Colaborará con nosotros, Giuseppe. Confidencialmente, le diré que nuestro amigo Brendon ha seguido una pista falsa. Pero si usted y él y yo no logramos aclarar este misterio, no somos lo que creo.

Doria rió.

—«Los hechos son masculinos, las palabras femeninas» —citó—. Se ha hablado demasiado sobre este asunto; pero ahora ha venido usted; veremos realizaciones concretas.

Sólo después del almuerzo Ganns y Marc pudieron conversar sin testigos. Prometiendo que volverían a tiempo para conocer a Virgilio Poggi (quien cruzaría Menaggio para tomar el té con ellos) los dos hombres dirigieron sus pasos a lo largo del lago y, mientras paseaban, cambiaron opiniones.

La entrevista resultó dolorosa para el más joven, porque se enteró de que ciertos puntos de las dudas de Peter se habían aclarado. En realidad, Brendon mismo provocó casi en seguida su propio castigo.

—Me enfurece ver —dijo— la forma en que trata a su mujer ese individuo... Doria, quiero decir. «Margaritas a los cerdos.» Nunca esperé mucho de esa boda; ¡pero pensar que sólo hace tres meses que se casaron!

—¿Cómo la trata?

—No estoy ciego y veo el aspecto que ella tiene. La causa, naturalmente, no se ve; el efecto salta a la vista. Ella es demasiado valiente para confiar sus penas a nadie; pero no puede esconder su rostro, donde esas penas se leen claramente.

Ganns nada respondió, y Marc siguió hablando.

—¿Vislumbra usted alguna claridad?

—Poca, en lo que se refiere al problema principal. No obstante, un detalle se ha aclarado; he descubierto la roca en que usted naufragó, muchacho. Se enamoró de Joanna Penrod cuando supo que era viuda. Y ahora está enamorado de Joanna Doria. Y enamorarse de uno de los principales protagonistas de un asunto es colocarse en total desventaja para correr la carrera.

Brendon lo miró con asombro; pero no pronunció palabra.

—La naturaleza humana tiene sus límites, Marc, y el amor es una pasión muy absorbente. Ningún hombre cegado por el amor ha podido jamás cumplir debidamente una tarea, sea cual fuere. El amor es celoso y no admite competidores. Por tanto, se deduce que, estando enamorado, no es posible desarrollar totalmente una

capacidad de acción. ¡Cuánto más si la dama, como en su caso, es la dama del caso!

—Me ofende usted —replicó el otro acaloradamente—. Su argumento no es razonable. Tenga la absoluta seguridad de que mis sentimientos en nada influyeron, por la sencilla razón de que ella no está en el caso, sino que era una inocente víctima de la maldad ajena. Colaboró conmigo; no me incomodó. Pese a su sufrimiento, mantuvo su sangre fría desde el principio y luchó contra su dolor para ayudarme a ver claro. El hecho de que la amara no estableció diferencia alguna en mi proceder con respecto a mi tarea.

—Pero estableció mucha diferencia en su proceder con respecto a Joanna. No obstante, respeto su palabra, Marc, y ansío dar a sus conclusiones la importancia que merecen. Pero me niego a aceptar, sin mayores pruebas, su opinión sobre el carácter de tal o cual persona. Le ruego que no tome estas palabras como cosa personal. Recuerde solamente que no me he encargado de este caso porque sí; y, hasta ahora, no he descubierto motivos que me induzcan a eliminar a nadie.

—Conocemos algunos detalles y, sin necesidad de pruebas fehacientes, nos enorgullecemos de creer en ellos —contestó Brendon—. ¿Acaso no he visto a Joanna afligida y en difícilísima situación? Ha sido maravillosamente valiente. Después de su dolorosa tragedia, su único pensamiento fue para sus desventurados parientes. Enterró su angustiosa pena...

—Y a los nueve meses se casó con otro.

—Es joven y ha visto usted con sus propios ojos a su marido. ¿Qué recursos habrá empleado para conquistarla? Lo que sé es que ella ha cometido un error terrible. Quizá, más que saberlo, lo siento; pero estoy seguro de que es así.

—Bueno —dijo tranquilamente Peter—, de nada sirve andar con rodeos. Supongo que, después de la muerte de Penrod, tuvo usted oportunidad de decirle a Joanna que la amaba y de pedirle que se casara con usted. Ella lo rechazó; pero el asunto no terminó ahí. En la actualidad lo sigue llevando a usted de las narices.

—Eso no es verdad, Ganns. No me comprende... ni a mí, ni a ella.

—Bien; no exijo demasiado; pero, puesto que me he encargado de este asunto sólo para ayudar a Albert, insisto en lo siguiente: si está usted dispuesto a confiar en Joanna y a presumir que su único deseo es ver cumplida la justicia y aclarado el misterio, no puedo trabajar con usted, Marc.

—La ofende usted; pero esto no importa. Lo que importa es que me hace un agravio a mí —dijo Brendon, clavando en el otro sus ojos iracundos—. Nunca he tenido la menor intención de confiarle nada a ella, ni a nadie. Viéndolo bien, nada tengo que confiar. La he amado y la amo, y me preocupa profundamente el error que ha cometido al casarse con ese individuo; pero tratándose del asunto que nos ha traído aquí, soy ante todo y sobre todo, un detective; y en mi antipática profesión estoy acostumbrado a que me presten crédito.

—Bien. Recuérdele, pase lo que pasare. Y no se enfade conmigo, porque nada se gana con ello. No hago afirmación alguna contra Joanna Doria; pero es Mrs. Doria, y

Doria sigue siendo un interrogante para usted y para mí; por consiguiente, debe comprender que no me dejaré cegar ni dominar por las apariencias. Ahora bien, si una mujer insinúa, o asegura, que es desgraciada con su marido, nada es más natural que un hombre como usted, cuyo corazón rebosa de ternura por esa mujer, crea lo que ven sus ojos y considere auténtica su tristeza. Parece muy plausible; pero suponga que, para sus propios fines, Joanna Doria y su marido deseen crear esa impresión. Suponga que su propósito es hacernos creer a usted y a mí que no son amigos.

—¡Dios mío! ¿Qué pretende insinuar sobre ella?

—No se trata de lo que insinúe sobre ella. Se trata de saber lo que ella es verdaderamente. Y lo averiguaré, porque es posible que de ello dependan muchas más cosas de las que usted parece imaginar.

—Un segundo de reflexión lo convencerá, seguramente, de que ni ella, ni Doria...

—¡Aguarde, aguarde! Sólo estoy diciendo que no quiero que el carácter de nadie, imaginado o real, ponga obstáculos a la investigación. Si la reflexión me convence de la imposibilidad de que Doria sea cómplice de Robert Redmayne, lo admitiré. Por el momento, no es así. Existen varios puntos interesantísimos. ¿Se ha preguntado usted por qué ha desaparecido el diario íntimo de Benjamin Redmayne?

—Sí... Y no comprendo qué podría contener de peligroso para Robert Redmayne. Ganns dejó para otra ocasión la tarea de aclararle el punto, y cambió de tema.

—Necesito varios hechos fundamentales y, ciertamente, no los averiguaré aquí —dijo—. La semana próxima, si no ocurre algo que lo impida, regresaré a Inglaterra.

—¿No sería lo mismo que fuera yo?

—Es necesario que se quede aquí; pero, antes de mi partida, nuestra comprensión tiene que ser completa.

—Confíe en que así será —dijo Marc.

—Tengo absoluta confianza en usted.

—¿Desea que cuide a Albert Redmayne?

—No; yo cuidaré de él. Es mi primera preocupación. No se lo he dicho todavía, pero irá conmigo.

Brendon reflexionó un momento y se sonrojó violentamente.

—¿Quiere decir que teme dejarlo en mis manos?

—No es por usted. Aunque sólo me baso en suposiciones, es demasiado grande el riesgo de dejarlo aquí. Me marchó, porque estaré a oscuras mientras no dilucide varios puntos primordiales que sólo puedo aclarar en Inglaterra. Es decir, creo que son primordiales. En el ínterin no puedo dejar solo a Albert, porque no sabe de qué lado acecha el peligro; tampoco puedo dejarlo en sus manos, porque usted lo ignora tanto como él.

—Pero si Doria, como parece usted insinuar, es el peligroso, ¿quién podría salvar a Albert Redmayne? El italiano le es simpático; lo divierte y tiene tacto e inteligencia cuando quiere agradar. Hoy ha tratado de mostrarse agradable conmigo. Mañana tratará de mostrarse agradable con usted.

—Sí... es simpático y alegre; y, como usted dice, muy inteligente. Pero todavía no sé si la persona que vemos, y la que su mujer ve, es el verdadero Doria.

—Posiblemente no.

Ganns, después de reflexionar un instante, siguió hablando.

—Es necesario que nos comprendamos bien; estoy tan acostumbrado a trabajar solo y a no decir nada hasta que puedo decirlo todo, que no se extrañe si lo trato en forma inmerecida. Ahora le explicaré de qué lado sopla el viento. Sopla en la oscuridad... lo admito; pero, en la penumbra, empiezo a ver lo siguiente: que Giuseppe Doria sabe mucho más que nosotros sobre el hombre del chaleco rojo. Me cuesta creer que Doria sea capaz de asesinar a mi viejo amigo; pero no estoy muy seguro de que Doria lo impidiese si otro lo intentara.

»Es menester recordar que, si Albert desapareciese, la mujer de Doria obtendría un beneficio material. Me pregunto por qué razón alguno se tomaría el trabajo de matar a Albert para poner el dinero en el bolsillo de Joanna. Pero la deducción es obvia. Le ruego que, mientras me encuentre en Inglaterra, abra los ojos y trate de averiguar lo más que pueda sobre Giuseppe Doria. No a través de su mujer, naturalmente. No necesito decírselo. Tendrá usted libertad para rondar de un lado al otro y tratar de sorprender a “Chaleco Rojo”. Quizá lo consiga; pero cuide que no lo sorprenda él a usted. Le pido que no crea la cuarta parte de lo que oiga, ni la mitad de lo que vea. Tenemos que llegar más allá de las apariencias, si queremos triunfar.»

—¿Supone usted, entonces, que Doria y Robert Redmayne trabajan asociados? ¿Supone acaso que Joanna lo sabe y que en esto reside el secreto de su actual infortunio?

—No es necesario mezclarla en el asunto; pero, de por sí, su pregunta sugiere tal posibilidad.

—Sé que no es así. No puede ser cómplice de ningún crimen. Es contrario a su íntima naturaleza, Ganns.

—¿Y dice usted que «ante todo y sobre todo» detective?... Cualquiera creería que le pido que la someta a un estrecho y torturante interrogatorio. Nunca he hecho pasar por ello a nadie. Es un recurso injusto e indigno de nuestra magnífica organización. Por consiguiente, dejaremos a Joanna Doria y nos ocuparemos de su marido. Hay un montón de cosas interesantes que descubrir sobre Doria, muchacho.

—Olvida usted que entró por primera vez en escena en «El nido del cuervo».

—¿Cómo podría olvidar lo que ignoro? ¿Por qué asegura que entró por primera vez en escena en «El nido del cuervo»? Puede haber hecho su entrada en Foggintor. Quizá él, y no Robert Redmayne, fue el que degolló a Michael Penrod.

—Imposible. Reflexione. ¿No recuerda que la viuda de Penrod es la mujer de Doria?

—¿Y qué? No quiero decir que ella lo supiera, si Doria fuera realmente el asesino.

—Otra cosa: a la sazón, Doria estaba al servicio de Benjamin Redmayne.

—¿Cómo sabe usted tanto?

Brendon se impacientó.

—Mi querido Ganns, ¡todo el mundo lo sabe!

—¡Pamplinas! No puede usted jurar que Doria era sirviente de Benjamin el día del crimen. Para probar este punto habría que realizar una sólida y paciente investigación cuyos resultados lo sorprenderán a usted. De los aquí presentes, solamente Doria conoce con certeza el día que entró al servicio de Benjamin. Su mujer puede saberlo, o no saberlo. No estoy dispuesto a creer lo que diga Giuseppe sobre esa fecha.

—¡Ah! ¿Por este motivo le interesaba a usted el diario de Benjamin?

—Sí, éste era uno de los motivos. Puede ser que el diario esté todavía. Búsquelo después de nuestra partida y trate de hallarlo. Si tropieza con él fíjese, especialmente, si tiene páginas arrancadas, borradas, o con falsa escritura.

—¿Cree aún que los que rodean a Albert son criminales?

—Creo en la necesidad de probar que no lo son. Quizá lo consiga usted antes de nuestro regreso. Hay mucho más que despejar antes de empezar a construir. Lo que, francamente, me desconcierta es que Albert siga vivo. No veo la razón para que todavía lo esté... y sí una docena de razones para que lo hubieran hecho desaparecer.

—Gracias a su previsión de llegar inesperadamente, quizá.

—Con toda la mejor voluntad e inteligencia del mundo no es posible evitar que un hombre mate a otro, si está empeñado en hacerlo...; es decir, siempre que el supuesto asesino esté en libertad y no se sepa quién es. Otra cosa, Marc. Cuando parta con Albert, desapareceré por completo, y él también. Es menester que nadie tenga aquí noticia alguna de nosotros hasta nuestro regreso. Si me necesita con urgencia, telegráfíe a New Scotland Yard, y únicamente allí, para que me remitan su telegrama. Y usted también cuídese mucho. No corra riesgos inútiles por fiarse demasiado. Puede verse en peligro y seguramente lo estará si da con la buena pista.

Dos días después, el bibliófilo y Peter subieron a un barco que partía hacia Varenna, donde pensaban tomar el tren hasta Milán, para luego dirigirse a Inglaterra. El encuentro de Poggi y Ganns había procurado enorme satisfacción a Albert, y su placer no tuvo la menor sombra, porque Peter no hizo ninguna alusión al viaje hasta la mañana siguiente. Después de expresarle la entusiasta opinión que le merecía Virgilio y su esperanza de visitarlo con frecuencia a su regreso, el norteamericano comunicó a Albert la necesidad de partir inmediatamente. Había supuesto que protestaría; pero el espíritu de Albert Redmayne era demasiado lógico para hacerlo.

—Te pedí que solucionaras este enigma —dijo— y no me corresponde objetar los métodos que empleas para conseguirlo. Estoy completamente seguro, Peter, de que llegarás al fondo de estos horrendos y misteriosos crímenes. Tengo la convicción de que los dilucidarás, y apoyaré tus procedimientos; si es necesario que vaya contigo a Inglaterra, iré, naturalmente. No debes, sin embargo, contar conmigo para ninguna ayuda práctica. Es enteramente contrario a mi naturaleza tomar parte activa en esta

campana. Encargarme de una empresa o hacerme participar en cualquier aventura sería un fracaso seguro.

—No temas —repuso Ganns—. Solamente te pido que permanezcas oculto y te diviertas. Ignoro si el peligro te seguirá o no; lo único que me propongo es interponerme entre tu persona y ese peligro y no perderte de vista. Por lo demás, borraremos nuestros rastros. Dile a Joanna que te haga una maleta para un viaje de diez días. Si todo marcha bien, estarás de vuelta a fines de la semana próxima.

La mañana de la partida, y mientras Redmayne daba las instrucciones finales a su sobrina, Peter y Marc avanzaron por el desembarcadero mientras el vapor «Pliny», que conduciría a los viajeros en la primera etapa de su viaje, se acercaba procedente de Bellagio, impulsado por sus ruedas que golpeaban el agua.

—Por el momento —dijo Brendon—, la situación es la siguiente: usted abriga graves sospechas de que Doria esté en complicidad con alguna persona, pero duda de que esa persona sea Robert Redmayne. Desea que vigile a Doria y que procure sorprender al enigmático desconocido o averiguar quién es. Entretanto vuelve usted a Inglaterra y prefiere guardar reserva sobre su forma de tratar el caso, hasta que esté más claro y avanzado que ahora.

—Ha sintetizado perfectamente la situación. Manténgase imparcial. Es lo único que le pido.

—Lo haré —contestó Brendon—. Sospecho de la explicación que le dio Joanna Doria sobre sus sufrimientos. Sabe, evidentemente, más que nosotros y conoce algún secreto que la hace desgraciada, referente a su marido.

—No sería raro que esa teoría llegara a probarse. Usted verá frecuentemente a Joanna durante la semana próxima, y no ha de ser tiempo perdido si lo que usted cree es verdad.

A bordo los esperaba Virgilio Poggi. Había cruzado el lago para saludar a Albert y acompañarlo hasta Varenna. Los tres hombres partieron, dejando atrás a Marc y a Joanna y su marido. En Varenna, Virgilio se despidió. No contento con abrazar a Albert, abrazó también afectuosamente a Ganns.

—Los tres somos grandes hombres —dijo Poggi—, y la grandeza busca la grandeza. Vuelve en cuanto puedas, Albert y obedece en todo a Ganns. ¡Dios quiera que esta nube desaparezca rápidamente de tu vida! Mientras tanto, rezaré por los dos.

Albert tradujo a Peter estas palabras; luego el tren arrancó y Virgilio regresó a su casa en el primer barco. Estornudó durante todo el camino, porque había aceptado una toma de rapé de Peter, ignorando el efecto que produce en narices desacostumbradas.

Revólver y zapapico

Pese a que, en su fuero interno, Brendon no estimaba a Giuseppe Doria, su mente equilibrada le permitía juzgarlo imparcialmente. Descartaba el hecho del triunfo sentimental del italiano y, por lo mismo que se sabía rival sin éxito, ponía mayor celo en que su desilusión no le creara prejuicios. Pero Doria no había conseguido hacer de Joanna una mujer feliz; Marc lo comprendía muy bien y tenía presente que de las circunstancias podía surgir alguna futura ventaja para él. La actitud de la joven había cambiado; no era ciego y no dejaba de advertirlo. Sin embargo, desechaba por el momento su propio interés y trataba, con toda su alma, de solucionar los problemas con que se enfrentaba. Tenía especial empeño en suministrar a Peter Ganns, cuando regresara, sustanciosas informaciones.

Procedió según su criterio; pero no halló razones suficientes para relacionar a Doria con el misterioso asunto, ni con Robert Redmayne. Porque, pese al luminoso análisis de Peter, seguía creyendo que el fugitivo era el hermano de Albert Redmayne; y no hallaba argumento razonable para asociar a Giuseppe, en el presente y en el pasado, con aquel misterioso personaje. Antes bien, todo indicaba una dirección opuesta. Brendon rememoró los pormenores de la desaparición de Benjamin Redmayne y no recordó nada sospechoso en la conducta de Giuseppe durante su permanencia en «El nido del cuervo»; y, puesto que parecía irrazonable suponer que había participado en la segunda tragedia, menos probable aún resultaba la idea de que estuviera complicado en la primera.

Doria, por cierto, se había casado con la viuda de Penrod; pero era absurdo suponer que para hacerlo hubiese asesinado al primer marido. Además, como psicólogo, y sinceramente, Marc no descubría en el carácter de Doria ningún detalle que revelase malignidad. Amaba el placer y sus puntos de vista y ambiciones, aunque frívolos, no eran, por cierto, criminales. Hablaba mucho de los contrabandistas y manifestaba la simpatía que le inspiraban; pero era una fanfarronada; no demostraba particular valentía física; le gustaban las comodidades y era poco probable que hubiera arriesgado su libertad asociándose con infractores de la ley y el orden.

Prueba sorprendente de que Marc no había errado en sus apreciaciones fue el diálogo que sostuvo cierto día con Doria, poco después de la partida de Ganns y Albert Redmayne. Giuseppe y Joanna habían decidido visitar a un amigo que vivía en Colico, paraje situado al norte del lago; y ese día, una hora antes de la salida del barco, los dos hombres se dirigieron a pie a las montañas y ascendieron hasta dos kilómetros más allá de Menaggio. Brendon había solicitado una conversación a solas y el otro había accedido gustoso.

—Como usted sabe, pasaré el día en el lugar frecuentado por el hombre rojo —explicó Marc—, y volveré a la hora de cenar, puesto que así lo desea usted; pero antes de dirigirme allí, le ruego que demos un paseo de una hora. Deseo hablar con usted.

—Perfectamente, volveré en seguida —repuso el otro.

Regresó a la media hora, halló a Brendon charlando con Joanna en la oscura entrada de la barraca de los gusanos de seda y se lo llevó consigo.

—Hablará con ella esta noche después de cenar —prometió Giuseppe—. Ahora me toca el turno a mí. Subiremos hasta el pequeño templete situado junto al sendero, más allá de los huertos. Hay muchas ermitas dedicadas a la Virgen, amigo. Pero ésta no es la Madona del viento, ni del mar, ni de las estrellas. Es la de la Madonna del *far niente*, como yo la llamo..., la Virgen de los fatigados, que sufren dolores en el cuerpo y en el cerebro debido al excesivo trabajo.

Ascendieron; Doria con traje de paseo, de color castaño dorado, y corbata de color rubí; Brendon con traje de tweed, y llevando su almuerzo en el bolsillo. A poco, el italiano cambió de actitud y abandonó su tono burlón. Durante un rato guardó silencio.

Brendon inició la conversación, y, por supuesto, trató al otro como si su honradez estuviera fuera de duda.

—¿Qué opina sobre el asunto que nos preocupa? —inquirió—. Durante bastante tiempo ha estado usted en contacto directo con los sucesos. Debe de tener alguna teoría.

—No tengo ninguna —replicó Doria—. Me basta y sobra con mis asuntos personales, y ahora este maldito misterio se entremete en mi vida y la oscurece. Estoy volviéndome nervioso y desgraciado, y le explicaré la causa, porque es usted comprensivo. Le ruego que no se enfade si menciono a mi mujer en esta cuestión. Como dice un proverbio nuestro, el molino y la mujer siempre necesitan algo; cuesta poco saber lo que le falta a un molino; pero ¿quién comprende los caprichos de una mujer? Me desespera no interpretar sus deseos. No me gusta ser duro ni cruel. No está en mi naturaleza ser cruel con ninguna mujer. Pero ¿qué se hace cuando la propia mujer es cruel con uno?

Habían llegado al templete; un pequeño nicho en una deteriorada construcción de ladrillo y revoque. Debajo había un asiento de piedra donde el caminante podía arrodillarse o sentarse; encima, en el nicho, protegida por una reja de alambre, había una imagen pintada, con un manto azul y corona dorada. Ofrendas de flores silvestres del camino adornaban una repisa que había delante de la pequeña imagen.

Se sentaron y Doria empezó a fumar su habitual cigarro toscano. Su desaliento aumentó y con él el asombro de Brendon. El hombre adoptaba, respecto a su mujer, exactamente la misma actitud que ella había adoptado respecto a él.

—*Il volto sciolto ed i pensieri stretti* —declaró en italiano Giuseppe con melancolía—. Es decir, «su rostro es franco, pero sus pensamientos oscuros»,

demasiado oscuros para comunicármelos a mí..., a su marido.

—Quizá le tema a usted un poco. La mujer está siempre indefensa ante el hombre que no le confía sus secretos.

—¿Indefensa? ¡Lejos de ello! Es dueña de sí, hábil, perspicaz. Su belleza es una cortina. Usted no ha visto todavía el otro lado. La amaba usted; pero ella no le correspondió. Me quiso a mí y se casó conmigo. Y soy yo quien conoce su carácter; no usted. Es muy lista y simula mucho más de lo que siente. Si le dice que es desgraciada y que está indefensa, lo hace intencionadamente. Tal vez sea desgraciada, porque guardar un secreto es buscar la desgracia; pero indefensa no está. Sus ojos parecen pedir ayuda; su boca, jamás. En su boca hay voluntad y firmeza.

—¿Por qué insinúa que existe un secreto?

—Porque usted lo mencionó. Yo no tengo secretos. Es Joanna, mi mujer, la que los tiene. Le diré lo siguiente: ¡ella sabe todo lo concerniente al hombre rojo! Es más astuta que el demonio.

—¿Quiere usted decir que comprende lo que ocurre y no quiere explicárselo a su tío ni a usted?

—Eso, precisamente, es lo que quiero decir. No le importa un comino Albert: de tal palo tal astilla... no lo olvide. Su padre tenía un carácter diabólico, y a un primo de su madre lo ahorcaron por asesino. Son hechos que ella no puede negar. Los conozco por su tío. Le tengo miedo y la he desilusionado, porque no soy lo que ella creía y he dejado de ambicionar los bienes de mis antepasados y mi título.

Tan monstruosa semblanza de Joanna desconcertó primero a Brendon y luego lo encolerizó. ¿Cabía dentro de los límites de lo posible que al cabo de tres meses de vida conyugal, un hombre pudiera lanzar contra su mujer semejante acusación y estar convencido de sus palabras?

—Ella es grande a su modo..., demasiado grande para mí —prosiguió con franqueza—. Hubiera debido ser una Médici, o una Borgia; debiera haber vivido muchos siglos atrás, antes de la invención de los oficiales de policía y los detectives. Usted me mira con asombro y cree que miento. Pero no miento. Veo con demasiada claridad. Miro hacia el pasado y el velo se levanta. Comprendo muchas cosas que no comprendía cuando me cegaba el amor que sentía por ella. Y en cuanto a ese Robert Redmayne (Robert el Diablo, lo llamo) creí una vez que era un fantasma; pero no lo es: es de carne y hueso.

»¿Y qué pasará dentro de poco si no lo capturan y lo cuelgan? Matará a Albert, y quizá también me matará. Luego huirá con Joanna. Y le digo lo siguiente, Brendon: cuanto antes se la lleve, mejor, con tal de que me deje solo. ¿Palabras horribles? Sí, horribles; pero perfectamente ciertas, como muchas cosas horribles.»

—¿Supone usted sinceramente que yo, que conozco a su mujer, voy a creer esa grotesca historia?

—No me importa que la crea o no. Enfádese cuanto quiera. Si vamos a ver, yo también siento ira. Una nueva ferocidad se insinúa en mí. Cuando se vive junto a un

lobo, pronto se aprende a aullar..., por eso doy aullidos en secreto, se lo aseguro. Pronto aullaré, para que todos me oigan. De modo que ahora sabe usted lo que me ocurre. Estoy al margen de los secretos que ella esconde y no tengo el menor deseo de conocerlos, salvo en lo que puedan afectarme personalmente. Si ella me da varios miles de libras y me deja desaparecer de su vida, lo haré encantado. No me casé con ella por su riqueza; pero, puesto que el amor ha muerto, no desdeñaré un poco de dinero que me ayude a empezar a trabajar en Turín. Entonces ella quedará libre como el aire. A usted le conviene arreglar este trato.

Brendon no prestaba crédito a sus oídos; pero, al parecer, el italiano hablaba muy en serio y continuó con la charla un rato. Luego, mirando su reloj, declaró que era hora de regresar.

—El barco llega pronto —dijo—. Me voy y espero no haberme equivocado al confiarme a usted. Medite sobre la mejor forma de ayudarme y de ayudarse. No sabría decirle lo que ella siente ahora por usted. Tal vez llegue su turno. Así lo espero. No soy celoso. Pero esté sobre aviso. Ese hombre rojo... no es amigo de usted ni mío. Nuevamente se ha puesto usted a perseguirlo. Muy bien. Pero si lo encuentra, cuide su pellejo. Aunque, a decir verdad, nadie puede proteger su vida contra el destino. Nos veremos a la hora de cenar.

Se alejó con paso elástico, tarareando una canción italiana y desapareció rápidamente. Brendon, anonadado por tan extraña conversación, permaneció una hora sentado, inmóvil y absorto en sus pensamientos. A duras penas conseguía abrirse paso entre lo que parecía ser una selva de flagrantes mentiras. Pero en tanto que otro hombre hubiera procurado descubrir el propósito recóndito de aquella diatriba, reflexionando sobre el objeto perseguido por Doria al elegirle como confidente, Brendon, aunque rápido en calificar de falso y vil el ataque a Joanna, no vaciló en admitir lo que su deseo lo impulsaba a creer. Separando el grano de la barcia, se dejó guiar por su pasión y lo único que vio fue que la mujer de Giuseppe quedaría libre. Pero no podía imaginarla falsa. Desdeñó la deplorable descripción hecha por el italiano y creyó adivinar que el propósito de éste era hundir a Joanna, acusándola de crímenes cometidos por él. La impresión que tenía de Doria se confirmó; y desde aquel momento tuvo, como Peter Ganns, la convicción de que el italiano conocía los propósitos del fugitivo y lo ayudaba a cumplirlos. Pero su espíritu caía otra vez en el error de apartar y elegir. Olvidaba que Ganns también le había indicado (aunque con palabras más suaves que las empleadas por Doria) que no confiara en Joanna. Por el momento confiaba en ella como en sí mismo; y esto significaba desconfiar de su marido.

Reflexionó sobre la forma en que procedería en el futuro inmediato; y, poco después, se dirigió hacia la zona donde Robert Redmayne había sido visto con mayor frecuencia. Enterados de varias apariciones del prófugo, antes del regreso de Ganns a Inglaterra, habían llegado a la conclusión de que aquél se escondía en lo alto de la montaña en alguna fortaleza y que vivía en compañía de montañeses que hacían

carbón de leña. Brendon sentía la necesidad de comprobar esta teoría y estaba decidido a hallar, si era posible, la guarida del hombre rojo.

No esperaba, sin embargo, poder hacerlo solo. Se proponía, en adelante, vigilar a Doria y descubrir de quién era cómplice. En esa forma mataría dos pájaros de un tiro, simplificando las cosas para cuando regresara Peter Ganns.

Siguió ascendiendo con paso firme; y, después de un trecho, se sentó a descansar sobre una alta y pequeña meseta donde crecían, entre las hierbas de la montaña, lirios del valle y blancas rosas silvestres. Se sentó, encendió un cigarrillo y despreocupadamente se puso a observar los barcos que se deslizaban allá abajo como insectos acuáticos sobre la reluciente superficie del lago; luego detuvo la mirada en un zorro que tomaba el sol sobre una piedra; finalmente juntó un ramo de fragantes lirios del valle con la intención de ofrecérselo a Joanna aquella noche, a la hora de la cena en «Villa Pianezzo». Pero las flores nunca llegaron a manos de Mrs. Doria.

Al enderezarse, después de su inocente pasatiempo, Marc advirtió que era observado por alguien y, de pronto, se halló frente a frente con el hombre que buscaba. Una distancia de treinta metros lo separaba de Robert Redmayne; el misterioso personaje se hallaba de pie, detrás de las ramas de un arbusto que le llegaba al pecho. Estaba sin sombrero y lo miraba por encima del matorral; el sol brillaba en su ígnea cabellera y en su rojizo bigote. No había confusión posible; y Brendon, regocijándose ante la idea de que la luz del día le permitiría, por fin, luchar contra él, arrojó al suelo el ramo y se abalanzó en dirección al hombre rojo.

Pero, al parecer, éste no deseaba una proximidad mayor. Giró sobre sus talones y corrió hacia una salvaje región de piedras y pajonales que se extendía al pie de los últimos precipicios de la montaña. Directamente hacia aquella escarpa, como si conociese algún secreto conducto por donde podía escapar, el hombre rojo corría y avanzaba con velocidad sorprendente. Pero Marc ganaba terreno. Se esforzaba, con toda la rapidez de que era capaz, en alcanzar al otro, y luchar con la fuerza necesaria para vencerlo y apresararlo.

Pero no pudo hacerlo, porque cuando se encontraba a menos de veinte metros del fugitivo, avanzando con menor celeridad a causa del suelo rocoso, vio que, de pronto, Robert Redmayne se detenía y se volvía hacia él empuñando un revólver. El destello del sol en el arma y la detonación fueron simultáneas. Marc Brendon abrió los brazos y cayó de bruces; un convulsivo temblor sacudió sus miembros y quedó inmóvil. Sólo habían transcurrido cinco minutos desde el encuentro y la persecución hasta el desenlace; y mientras uno de los hombres, jadeante después del esfuerzo, se acercaba para cerciorarse de que su víctima no daba señales de vida, el otro, con la cara hundida entre las flores alpinas, permanecía donde había caído, con los brazos abiertos, los puños apretados y el cuerpo inerte, mientras la sangre manaba de su boca.

El vencedor tomó nota, minuciosamente, del sitio en que se encontraba y, extrayendo un cuchillo, hizo una señal en el tronco de un árbol joven que se

levantaba a poca distancia de su víctima. Luego desapareció, y la paz reinó sobre el caído. Tan inmóvil yacía, que un zorro, despertando de su siesta, asomó su hocico negro detrás de una roca y olfateó el aire; pero no se fió de las apariencias; después de contemplar el cuerpo yacente, levantó la cabeza, lanzó un gruñido indeciso y se alejó al trote. Desde arriba, un águila divisó también al hombre caído; pero volvió a elevarse rápidamente hacia la cima de la montaña y desapareció. El lugar era solitario. No obstante, a menos de cien metros corría un sendero por el cual transitaban a menudo los carboneros y sus mulas cuando bajaban al valle.

Pero nadie apareció; el sol giró hacia el Oeste y la fresca sombra de la montaña empezó a proyectarse sobre el pequeño desierto que había debajo. Pasaron aquella zona, resonaron, muy cerca, extraños ruidos y el sonido intermitente de algo metálico que golpeaba la tierra. El ruido procedía de detrás de una roca que levantaba su mole gris sobre un arbusto de enebro; y allí, mientras la pulida superficie de la piedra empezaba a relucir, blanquecina bajo la claridad de la luna que en aquel instante aparecía, la luz vacilante de una linterna revelaba la presencia de dos sombras ocupadas en excavar un hoyo oblongo. Hablaban entre dientes y se turnaban en el trabajo. Luego, una de las sombras dio varios pasos y, orientándose, proyectó la luz de la linterna sobre el tronco del árbol marcado y avanzó hacia un bulto oscuro e inmóvil caído en el suelo.

Reinaba un silencio infinito. Arriba, cerca de la cima de la montaña, brillaba el resplandor rojizo del fuego de algún horno de carbón de leña. Abajo, hacia el Este, sólo se veía la meseta que llegaba hasta un borde escabroso, porque las laderas de los montes interceptaban la visión del lago. En aquella altura no bailaban las luciérnagas; pero no faltaba música, porque un ruiseñor lanzaba sus trinos desde un frondoso mirto que se elevaba a diez metros escasos del lugar donde se hallaba el cuerpo inmóvil.

La sombra se aproximó y al distinguir el bulto que buscaba se adelantó resueltamente. Se proponía enterrar a la víctima (que había atraído hasta allí para quitarle la vida) y borrar cualquier rastro que hubiera en el lugar donde yacía. Se inclinó, deslizó las manos debajo de la chaqueta del hombre inmóvil, y al emplear toda su fuerza para levantarlo ocurrió una cosa extraña y horrible. Entre sus manos el cuerpo se deshizo y cayó en pedazos. La cabeza rodó hacia un lado; el tronco se desmembró, y la sombra cayó de espaldas, izando en el aire un torso amorfo. Al desplegar el impulso necesario para mover un peso grande, no había hallado resistencia, y ahora sostenía una chaqueta rellena de hierba.

Se puso inmediatamente de pie, temiendo una emboscada; pero el asombro le desató la lengua.

—*Corpo di Bacco!* —exclamó, y el tono aterrorizado de su exclamación repercutió en los peñascos y en los oídos de su cómplice.

Pero ninguna respuesta lo detuvo; ningún disparo sonó que impidiera su avance. Se alejó a la carrera, escabullándose y saltando como un gamo para escapar al balazo

esperado y desapareció detrás de la roca. Ninguno de los dos cómplices tardó en alejarse... A los pocos segundos se oyó el eco entremezclado de sus pasos que se alejaban en precipitada huida; luego, el rumor fue desvaneciéndose paulatinamente y volvió a reinar el más completo silencio.

Nada ocurrió durante diez minutos. Transcurrido este tiempo, surgió, de una cueva situada a menos de quince metros del desplazado maniquí, una figura blanca como la nieve a la luz de la luna. Era Marc Brendon. Se acercó a la trampa armada por él, sacudió su chaqueta para quitar la hierba que había en su interior, levantó su sombrero, que cubría una bola de hojas, y, después de vaciar el relleno de paja que contenían, se puso los pantalones. Su actitud era fría y tranquila. Había descubierto más de lo que esperaba, porque la sobresaltada exclamación que había oído revelaba a las claras la identidad de uno de los sepultureros: Giuseppe Doria había ido allí a trasladar el cadáver y era más que probable que su acompañante no fuera otro que el hombre que había intentado asesinar a Marc.

—*Corpo di Bacco*, quizá; pero no *corpo di Brendon*, mi amigo —murmuró para sí.

Luego se dirigió hacia el Norte, atravesó un espeso matorral que cercaba la meseta y llegó a un sendero de mulas, distante casi dos kilómetros, que había descubierto antes del anochecer. Conducía a Menaggio a través de bosques de castaños.

Relataremos brevemente las actividades del detective, desde el momento en que, desplomándose de bruces, dio la impresión de que no se levantaría ya.

Cuando su enemigo se detuvo y le disparó el arma a quemarropa, la bala pasó a dos centímetros de la oreja de Brendon. En ese instante, el recuerdo de una experiencia análoga cruzó por la mente del detective y lo impulsó a proceder en la misma forma.

En una ocasión anterior, habiéndose salvado, por muy poco, de un disparo, simuló haber recibido el impacto y cayó, al parecer sin vida, a quince metros de un célebre malhechor. El ardid surtió efecto; el bandido se acercó sigilosamente, dispuesto a gozar de su triunfo sobre un viejo adversario y cuando se inclinó para examinar el supuesto cadáver, Brendon, de un certero disparo, terminó con él. Tampoco podía arriesgarse esta segunda vez, mientras su enemigo tuviese en la mano un revólver cargado, y optó por arrojar al suelo. Su idea era tentar al hombre rojo a fin de que se acercara y, si era posible, arrebatarle el revólver antes de que estuviera en condiciones de volver a disparar.

Pero sufrió una desilusión, porque su agresor, al ver que caía de bruces y que la sangre manaba de su boca, tuvo evidentemente la seguridad de que había cumplido su propósito. Durante un rato Brendon simuló estar muerto y, cuando se convenció de que su atacante había partido, se levantó sin otras heridas que varias magulladuras en la cara, una fuerte mordedura en la lengua y rasguños en una de las piernas.

Sopesó en todos sus aspectos la situación creada y dedujo que los culpables de su

supuesta muerte buscarían, sin pérdida de tiempo, la ocasión de suprimir las pruebas del crimen. La marca en el árbol, que pronto descubrió, confirmó sus suposiciones. Nadie había visto jamás a una víctima de Robert Redmayne y era poco probable que hiciera una excepción con la última. Pensó que, hasta la noche, nadie lo incomodaría. Regresó, por tanto, al punto de donde había partido, encontró el paquete de comida y el frasco de vino tinto que había dejado allí.

Después de comer y mientras fumaba su pipa, trazó su plan. Poco después volvía al terreno rocoso situado al pie de la escarpa donde había simulado, con tanta realidad, estar muerto. No se proponía efectuar una detención; después de fabricar una efigie de sí mismo, rellenando sus pantalones y su chaqueta para que dieran la impresión de que cubrían un cuerpo humano y engañaran a cualquiera que llegara en la oscuridad en busca de su cadáver, Brendon halló un escondite lo suficientemente cercano como para observar lo que pudiera acontecer. Esperaba el regreso de Redmayne y estaba seguro de que no volvería solo. Quería descubrir la identidad del cómplice y, por lo menos, comprobar si Joanna tenía razón cuando se refería a la perversidad de su marido, o si era justa la acusación de Doria al afirmar que su mujer estaba en connivencia con el fugitivo. Era imposible que ambos dijesen la verdad.

Con profunda satisfacción oyó, de pronto, la voz de Giuseppe y experimentó un sombrío placer al advertir el sobresalto del italiano y al verlo huir, grotesca y precipitadamente, agachándose a fin de eludir un esperado disparo de revólver.

Brendon sacó muchas conclusiones de la aventura y su primer impulso fue detener a Doria a la mañana siguiente; pero no tardó en dominar su deseo. Una estrategia más segura se le presentaba. Abandonando su ambición primera —encerrar bajo llave al marido de Joanna— orientó su mente hacia un concepto más profesional. Pensaba, no obstante, que Giuseppe podía tomar la iniciativa, privándolo de la oportunidad de vigilar mejor sus procederes; y aquella noche, mientras procuraba conciliar el sueño pese al dolor de su pierna y de su boca, trató de considerar la situación desde el punto de vista de Doria. Por el momento, estas reflexiones fueron un consuelo para él.

Era del todo punto evidente que Doria y Redmayne querían asesinar a Albert para su provecho personal. La muerte del viejo bibliófilo significaba que Robert y su sobrina, últimos de los Redmayne, heredarían la fortuna de los hermanos desaparecidos. Claro está que Robert no se hallaría en condiciones de compartir abiertamente dicha herencia, porque estaba fuera de la ley; pero, con el correr del tiempo, cuando Joanna entrase en posesión de las tres herencias y la ley declarara difuntos a Robert, Benjamin y Albert, podría disfrutar, a escondidas, de su parte de fortuna junto a su sobrina y Doria. Esta hipótesis explicaba la presencia de Peter Ganns y su sorpresa ante el hecho de que Albert Redmayne estuviese aún en el mundo de los vivos. No obstante, se había equivocado en un detalle primordial, porque nadie, dentro de lo razonable, podía dudar de que Robert Redmayne existía.

Aunque las teorías de Brendon eran absolutamente erróneas, como más tarde se

comprobó, tenían, para su mente fatigada, el sello de la verdad; por consiguiente, se preguntó cuál sería la actitud que asumiría Doria ante el problema que se les planteaba a él y a su cómplice. El italiano no podía saber con seguridad si lo habían reconocido, ni si lo habían visto en el momento en que se acercaba al supuesto cadáver de la víctima de Redmayne; en todo caso, nadie que hubiese estado en la oscuridad podía jurar que era Doria quien había ido allí a excavar la fosa y a deshacerse del cadáver. Brendon reconoció, para sus adentros, que únicamente la sobresaltada exclamación de Doria había denunciado su presencia; era fácil imaginar que el marido de Joanna prepararía una sólida coartada por si acaso lo detenían. En consecuencia, a juicio de Brendon, Doria negaría todo conocimiento de lo ocurrido; y el tiempo demostró que esta suposición de Marc era acertada.

Un fantasma

A la mañana siguiente, mientras distendía sus doloridos músculos en un baño caliente, Brendon trazó su plan de acción. Se proponía referir a Joanna y a Doria lo ocurrido, omitiendo, por supuesto, la parte final del episodio.

Desayunó, encendió su pipa y se dirigió, cojeando, a «Villa Pianezzo». En realidad, no estaba muy cojo, pero acentuaba intencionalmente la rigidez de su pierna. Assunta fue la única que acudió a recibirlo; un momento antes, al entrar en el jardín, Brendon había divisado a Doria y a Joanna que se encontraban cerca de la barraca de los gusanos de seda. Preguntó por Giuseppe, y la buena mujer, después de ofrecerle un asiento en la sala, fue en busca del italiano. Casi en seguida apareció Joanna y saludó al detective con evidente placer, aunque reprendiéndolo.

—Anoche lo esperamos una hora para la cena —dijo—; luego Giuseppe no quiso aguardar más. Empecé a inquietarme por usted; toda la noche estuve preocupada. Me alegra verlo, porque temí que le hubiese ocurrido algo grave.

—Ha ocurrido algo grave. Tengo que contarle un extraño episodio. ¿Está en casa su marido? Conviene que también oiga mi relato. Puede, lo mismo que otros, correr peligro.

Ella movió la cabeza con impaciencia.

—¿No cree usted en mis palabras?

—Claro que no. ¡Por qué había de creer! ¡Doria en peligro! Si quiere hablar con él, no me necesita a mí, Marc.

Era la primera vez que lo llamaba por su nombre y el corazón de Brendon latió violentamente; pero la tentación de confiar en ella no duró más que un segundo.

—Por el contrario, los necesito a los dos —replicó—. Se equivoca usted; doy enorme importancia a sus palabras, no sólo porque me conviene, sino porque también le conviene a usted. Aún no hemos llegado al final, en lo que atañe a usted, Joanna, puesto que su bienestar significa para mí más que nada en el mundo..., usted lo sabe. Tenga la seguridad de que se lo probaré dentro de poco. Pero otras cosas ocupan ahora el primer lugar. Tengo que cumplir la tarea que me ha sido encomendada, antes de estar en libertad para realizar mi anhelo.

—Confío en usted... y en nadie más —dijo ella... En medio de este desconcierto y esta desgracia es usted la única roca firme a la cual me aferro. No me abandone, es lo único que le pido.

—¡Nunca! Con orgullo y agradecimiento me pongo enteramente a su disposición, puesto que así lo desea. Vuelvo a repetirle que confíe en mí. Llame a su marido. Deseo contarles a los dos lo que me sucedió ayer.

De nuevo Joanna vaciló y clavó los ojos en él.

—¿Está seguro de que procede usted bien? ¿Lo aprobaría Mr. Ganns si supiera que le ha dicho algo a Doria?

—Cuando me haya oído verá que sí.

Otra vez le asaltó el deseo de confiar en ella y demostrarle que estaba enterado de la verdad; pero dos consideraciones le sellaron los labios: el recuerdo de Peter Ganns y la reflexión de que cuanto más supiera Joanna, mayor peligro correría. Esta última convicción lo impulsó a poner punto final al diálogo.

—Llámelo. No conviene que crea que tenemos conversaciones privadas. Es esencial que no imagine tal cosa.

—Tiene usted secretos que no me cuenta..., pese a que le he contado el mío —murmuró ella, preparándose a obedecerlo.

—Si no la hago partícipe de algún secreto es por su bien..., por su seguridad —repuso él.

Joanna salió de la sala y en contados minutos regresó junto con su marido. A duras penas Doria disimulaba la fuerte curiosidad que sentía y Brendon percibió la gran ansiedad que se ocultaba bajo su alegre arrogancia habitual.

—¿Una aventura, Brendon? Lo adivino antes de que me lo diga. Su rostro está serio como el de un cuervo y advertí que cojeaba cuando llegó a la puerta. Lo divisé desde la barraca de los gusanos. ¿Qué ha ocurrido?

—He estado en un tris de perder la vida —dijo Marc—, y he cometido un error estúpido. Le ruego, Doria, que preste suma atención a lo que voy a contarle, porque no sabemos quién corre ahora peligro y quién no lo corre. El disparo que ayer estuvo a punto de interrumpir para siempre mi carrera pudo igualmente haberlo tenido a usted por blanco si hubiese estado en mi lugar.

—¿Un tiro? ¿Del hombre rojo? ¿No sería algún contrabandista? Tal vez se cruzó en el camino de alguno de ellos, y sabiendo que nadie de la región...

—Fue Robert Redmayne quien disparó contra mí y erró por milagro.

Joanna lanzó una exclamación de temor.

—¡Gracias a Dios! —dijo luego en voz baja.

A continuación, Brendon relató detalladamente el episodio y explicó el ardid que había puesto en práctica. No dijo más que la verdad..., pero no toda; a partir de cierto momento expuso sucesos que no se habían producido.

—Después de fabricar el falso cadáver, y antes de que oscureciera, me escondí bastante cerca del maniquí, con el propósito de vigilar, porque estaba seguro de que el asesino (él creía que lo era) regresaría durante la noche a fin de ocultar su obra. Pero se produjo un tonto e inesperado contratiempo. Me sentí débil..., tan débil que empecé a alarmarme. No me había alimentado desde la mañana y la comida y el vino que había llevado en mi paseo se hallaban a casi un kilómetro de distancia. Quedaron por supuesto, donde los había dejado cuando corrí detrás de Redmayne. Tenía que elegir entre ir a buscar la comida mientras podía hacerlo, o permanecer donde me

encontraba, más helado y débil a medida que transcurrieran las horas.

»No soy de hierro y el día había sido bastante agitado. Me sentía dolorido y completamente exhausto. Además cojeaba. Me pareció que tendría tiempo de buscar la comida y volver a mi escondite antes de que saliera la luna. Pero no fue tan fácil, ni tan rápido, llegar al punto de partida de la persecución de ayer tarde. Invertí bastante tiempo; luego tuve que buscar el sitio donde había dejado los emparedados y el Chianti. Creo que nunca he comido con tanto gusto. Recuperé las fuerzas, y media hora después emprendí el regreso a la meseta.

»Aquí empezaron mis tribulaciones. Supondrán ustedes que el vino se me subió a la cabeza, y tal vez haya sido así; lo cierto es que perdí el sendero y, al rato, me extravié por completo. Empezaba a desesperar y renunciaba a intentar el regreso, cuando vi brillar entre los árboles la blanca faz del precipicio que se encuentra debajo de la cima del Griante y reconocí mi posición. Seguí avanzando lenta y silenciosamente, manteniéndome alerta y vigilante.

»Pero alcancé la meta demasiado tarde. Cuando llegué, una mirada al maniquí me hizo comprender que había perdido la ocasión que buscaba. Lo habían desarmado. El tronco se hallaba por un lado, la cabeza de hojas, con mi gorra puesta, por el otro. Fácil era deducir que tan violento estropicio no podía ser obra de ningún zorro o de otro animal.

»Un silencio de muerte reinaba en aquel lugar; temiendo a mi vez una emboscada, aguardé una hora antes de salir al claro de la meseta. Aunque no vislumbré ser alguno, era evidente que Redmayne había estado allí y que, después de descubrir mi estratagema, se había marchado. La gravedad del momento no me impidió pensar en lo que habría sido de mí si el criminal se hubiera llevado mi ropa. Me vi llegando al hotel en camisa y con la escasa ropa interior que tenía encima. Me puse la chaqueta y los pantalones, los calcetines y la gorra, y me dispuse a regresar.

»En el aire había olor a tierra..., un vaho de humus removido; pero ignoro de dónde provenía. Inicié el descenso y tomando un sendero orientado hacia el Norte, me interné en los bosques de castaños. Una hora después de medianoche llegaba al hotel. Éste es el episodio y me propongo visitar hoy nuevamente el lugar donde ocurrió. Hablaré a la policía local, que tiene orden de ayudarnos... Es decir, a menos que usted, Doria, quiera acompañarme. Preferiría no recurrir a la policía; pero no volveré solo a aquel sitio.»

Joanna miró a su marido, esperando, para hablar, que éste lo hiciera primero. Pero Giuseppe parecía más interesado en lo que había sucedido a Brendon que en lo que podría suceder en adelante. Le hizo muchas preguntas, y Brendon pudo darle respuestas verídicas. Luego, Doria declaró que acompañaría gustoso al detective al lugar de su aventura.

—Esta vez iremos armados —dijo.

Pero Joanna protestó.

—Brendon no está lo suficientemente repuesto como para subir hoy hasta allí —

declaró—. Está cojo y debe de sentir los efectos del día de ayer. Le suplico que no vuelva tan pronto.

Doria nada dijo y miró a Marc.

—Me hará bien otra ascensión —aseguró éste.

—Es cierto; además no hay razón para subir de prisa —apoyó el italiano.

—Si van los dos, también iré yo —dijo ella con voz contenida. Los nombres protestaron, pero Joanna se mantuvo firme en su decisión.

—Les llevaré la comida —dijo y, aunque de nuevo se opusieron, fue a prepararla.

Giuseppe también se retiró a fin de dar órdenes a Ernesto; y antes de que aquél regresara, Joanna se había reunido con Brendon. El detective le rogó una vez más que no los acompañara; pero ella se impacientó.

—¡Qué tonto es usted a pesar de su celebridad, Marc! —replicó—. ¿No es capaz de reflexionar un poco y de extraer, cuando se trata de mí, las deducciones exactas que extrae de todo lo demás? No corro peligro junto a mi marido. No le conviene acabar conmigo... todavía. Pero usted... Le imploro que no suba otra vez sin compañía. Giuseppe es astuto como un gato. Le dará cualquier excusa, desaparecerá y se reunirá con el otro. No fracasarán por segunda vez, ¿y qué puede hacer una mujer para ayudarlo contra dos?

—No necesito ayuda. Iré armado.

No obstante, los tres se pusieron en camino; los temores de Joanna resultaron infundados. Doria no mostró veleidad alguna y no hizo nada sospechoso. Permaneció junto a Brendon, ofreciéndole el brazo en las cuestas empinadas, y expuso una docena de teorías sobre el episodio del día anterior. Le interesaba profundamente, y reiteró su sorpresa de que el disparo del desconocido no hubiese dado en el blanco.

—Es mejor tener suerte que ser sabio —sentenció—. Pero ¿quién puede negar que es usted muy sabio? Su ardid fue estupendo: caer como muerto cuando la bala había errado el objetivo.

Brendon no contestó, y guardaron silencio mientras continuaban avanzando hacia el escenario de sus aventuras; pero, al rato, Doria tomó nuevamente la palabra.

—Cuatro ojos ven más que dos. Será interesante observar cómo interpretará todo esto Peter Ganns. Pero pienso en el hombre rojo. ¿Qué pasará ahora por su mente? Estará furioso consigo mismo y, quizá, asustado. Porque sabe que sabemos. Sigue siendo un asesino; y no se arrepiente.

Recorrieron el lugar de las andanzas de Brendon y, de pronto, Joanna descubrió la fosa. Cuando acudieron a su grito, la encontraron trémula y mortalmente pálida.

—¡Pensar que ahí estaría usted ahora! —exclamó dirigiéndose a Marc.

Éste examinaba el humus amontonado junto al hoyo. Aquí y allá se veían huellas pesadas, y Doria declaró que las marcas dejadas por los clavos indicaban que eran botas de las que usaban generalmente los montañeses. No hallaron ningún otro indicio; pero Giuseppe no cesaba de exponer teorías, y Brendon, ocupado en sus propios pensamientos, lo dejaba charlar sin interrumpirlo. Al detective le parecía

difícil que Robert Redmayne volviera a aparecer. Era probable que, durante algún tiempo, su fracaso lo llevara a una pausa en sus actividades.

Marc decidió no tomar medida alguna hasta que Ganns estuviera de regreso en Menaggio. Mientras tanto, se ocuparía del marido y la mujer y trataría, en lo posible, de mantener una actitud amistosa con ambos. Se notaba que las relaciones entre Joanna y Doria eran secretamente tensas; y el detective sumaba mentalmente los resultados de las visitas, inesperadas y frecuentes, que pensaba hacer a «Villa Pianezzo», antes del regreso de Albert Redmayne y de Peter Ganns. No dudaba de que Doria era cómplice del oculto adversario ni de que pensaba, para sus propios fines, atentar contra la vida del tío de su mujer. Estaba igualmente convencido de que, aunque Joanna sabía que su marido no era digno de confianza y que abrigaba nefandos propósitos, no alcanzaba aún a comprender el total significado de sus diabólicas maquinaciones.

Brendon creía que si Joanna hubiera estado enterada de que Giuseppe y Robert Redmayne tramaban juntos la muerte de su tío, no hubiera dejado de comunicárselo. Pero suponía que ella, aparte de sus sospechas, no tenía una noción definida del asunto. Había manifestado gran inquietud ante el peligro que él, Marc, corría, y le había implorado, una y otra vez, que no se ocupase más que de su propia seguridad hasta el regreso de Peter Ganns. Entretanto, la grieta entre ella y su marido parecía agrandarse. Llorosa y ensimismada, Joanna se expresaba con vaguedad; sin embargo, admitió que una de aquellas noches le había parecido divisar nuevamente a Robert Redmayne. Aunque Doria no se mostraba, en modo alguno, celoso, Brendon no quiso presionarla pidiéndole que le confiara sus cuitas. A menudo Giuseppe los dejaba solos durante horas enteras y la actitud que tenía con el detective era sumamente amable. También Doria, en varias ocasiones, confesó que el matrimonio era un estado del cual se hacía exagerado elogio.

—No deje de alabar la vida conyugal, Brendon —le dijo—; pero... permanezca soltero. La paz, amigo mío, es la felicidad más grande y rara que existe.

Pasaron los días y, de pronto, sin previo aviso, aparecieron de vuelta Albert Redmayne y el norteamericano. Llegaron a Menaggio algo después del mediodía.

Albert estaba de excelente humor y encantado de hallarse de nuevo en su casa. Nada sabía de las actividades de Peter y nada le importaban. Había pasado en Londres los días de su permanencia en Inglaterra, reanudando relaciones con coleccionistas de libros y examinando muchos objetos de precio, sorprendido y satisfecho de su energía física y de su ánimo emprendedor.

—Soy aún muy fuerte, Joanna —dijo—. He desplegado enorme actividad física y mental, y no he avanzado tanto como creía en la pendiente de la vejez, que termina en el Leteo.

Comió abundantemente y luego, pese a la larga noche de tren, insistió en tomar un bote y cruzar el lago hasta Bellagio.

—Traigo un regalo para Virgilio —dijo—, y no podré dormir hasta oír su voz y

estrechar su mano.

Ernesto fue en busca de un barquero. Minutos más tarde, la embarcación esperaba al pie de los escalones que descendían hasta el lago desde las habitaciones privadas de Albert. Éste se alejó en el bote, y Brendon, que se hallaba de visita en «Villa Pianezzo» en el momento de la imprevista llegada de Albert Redmayne y Ganns, supuso que tendría unas horas de conversación reservada con este último. Pero el viajero estaba fatigado, y después de saborear tres vasos de vino blanco y una exquisita tortilla cocinada por Assunta, declaró que se retiraría a dormir hasta que su naturaleza no le exigiera más descanso.

Habló en presencia de Giuseppe; pero dirigió sus observaciones a Brendon.

—Tengo mucho sueño atrasado —dijo—. Ignoro si he conseguido algo con mis averiguaciones. Hablando con franqueza, lo dudo. Mañana conversaremos, Marc; y tal vez Doria recuerde algunos sucesos de «El nido del cuervo» que puedan ayudarme. Pero hasta que haya dormido no serviré para nada.

Al rato se retiró, llevando en la mano su libreta; mientras Brendon, prometiendo regresar a la mañana siguiente después del desayuno, se dirigió con paso lento a la barraca de los gusanos de seda, donde hasta la última larva había terminado de tejer su áurea vestidura. No se sentía deprimido por el tono cansado de la voz de Peter, ni por su desalentadora y breve declaración; porque, mientras hablaba, Ganns había desvirtuado su pesimismo con un guiño lleno de intención que Doria no había visto. Era evidente que no deseaba comunicar sus descubrimientos a Giuseppe..., si es que los había; y esto interesaba tanto más a Marc cuanto que, hasta aquel momento, Peter ignoraba su aventura en el Griante. No se la había comunicado por escrito, porque no quería distraer a Ganns de sus actividades.

Al día siguiente, el fatigado era Albert Redmayne. Después de dormir toda la noche decidió quedarse en cama veinticuatro horas. No obstante, parecía tener ocupación para todos sus huéspedes. Pidió a Doria que fuese a Milán, con encargos para varias librerías de viejo y envió a Joanna a Varenna con un regalo para una persona amiga.

Brendon comprendió que había sido planeado el alejamiento, durante algunas horas, del matrimonio Doria; pero no descubrió si Giuseppe había adivinado tal intención. En cambio, Joanna no tenía la menor sospecha al respecto, porque había aceptado con gusto la visita a Varenna; la amiga de su tío era una viuda a quien conocía y estimaba.

Brendon llegó a «Villa Pianezzo» en el preciso instante en que ambos salían a cumplir sus misiones respectivas, y él y Peter los acompañaron hasta el embarcadero y los vieron partir en distintos barcos.

Pero este arreglo no parecía satisfacer totalmente a Ganns. La actitud del norteamericano era misteriosa.

—Si ese barco no hiciera escalas hasta llegar a Como, no habría motivo para preocuparse —dijo—; pero como las hace, y Doria puede desembarcar en cualquiera

de ellas y regresar dentro de una hora, será mejor que volvamos junto a Albert.

—Estará durmiendo y podremos charlar sin que nos interrumpan —observó Marc.

Pronto se hallaron en «Villa Pianezzo», sentados a la sombra, en un banco del jardín, desde donde veían la entrada; después de extraer su libreta del bolsillo, Peter aspiró una buena toma de rapé, colocó su cajita de oro en una mesita que tenían delante y se volvió hacia Brendon.

—Hable usted primero —dijo—; necesito saber tres cosas: ¿Ha visto usted al hombre rojo? ¿Qué piensa de Doria? ¿Qué piensa de su mujer? Es inútil que le pregunte si encontró el diario de Benjamin, porque estoy absolutamente seguro de que no fue así.

—No lo encontré. Le pedí a Joanna que lo buscara y me propuso que la ayudara a hacerlo. Por lo demás, he visto a Robert Redmayne (porque, sin temor a equivocarme, podemos dar este nombre al desconocido) y he llegado a una conclusión muy definitiva en lo concerniente a Giuseppe Doria y a la desventurada mujer que es actualmente su esposa.

La sombra de una sonrisa se esbozó en las abultadas facciones de Peter Ganns.

Movió la cabeza en señal de asentimiento, y Marc continuó su relato, empezando por la aventura de la montaña. No omitió detalle, y repitió palabra por palabra su conversación con Doria; explicó luego que éste había ido a reunirse con Joanna, porque ambos se proponían realizar una excursión a Colico; refirió la sorpresa que había tenido algo más tarde, y cómo había escapado a la muerte. Habló del tiro que le habían disparado, de la forma en que se había dejado caer al suelo, esperando tentar a su adversario a que se acercara, de la rápida desaparición de éste, del maniquí que después había fabricado, y de su comprobación de que Giuseppe Doria había ido allí con el propósito de enterrar el supuesto cadáver.

Describió la huida de Giuseppe y Robert Redmayne al descubrir su ardid; luego se refirió a su decisión de contarle la aventura al italiano a fin de que éste no adivinara que conocía la parte que había desempeñado en ella; habló también de su regreso (al día siguiente) al lugar del suceso, en compañía de los Doria, y del hallazgo de la fosa vacía rodeada por huellas dejadas por botas características de los montañeses. Añadió que, cuatro días después, Joanna le confió que había visto a un hombre de aspecto parecido al de su tío, pero que, como era de noche, no podía jurar que se tratara de él; no obstante, tenía la íntima convicción de su identidad. El hombre se hallaba de pie a menos de doscientos metros de «Villa Pianezzo», en un sendero que bajaba de las montañas, y cuando ella se acercó, giró sobre sus talones y desapareció en un santiamén.

Peter prestó profunda atención al relato y no ocultó la satisfacción que le causaba.

—Me alegro mucho por dos razones —dijo—. Primero, porque usted, muchacho, continúa en el mundo de los vivos, gracias a que cierta y determinada bala pasó junto a su oreja en lugar de detenerse en su ancha frente; y, segundo, porque lo que me ha

contado refuerza y hasta cierto punto confirma el argumento que le expondré más tarde. Su ardid fue muy ingenioso, aunque yo hubiera procedido en forma algo distinta. Pero es innegable que se mostró usted muy listo. Por otra parte, hacer confidencias a Doria sobre lo ocurrido está a la altura de nuestras mejores tradiciones. No nos detengamos en el concepto que tiene usted de Giuseppe. Sólo me falta escuchar la opinión que le merece la bonita Mrs. Doria.

—Mi opinión sobre esa mujer maravillosa y valiente no ha cambiado —contestó Brendon—. Es víctima de un odioso matrimonio y temo que su situación empeore antes de poder mejorar. Es recta y sincera, Ganns; pero está enterada de que su marido es un pícaro.

»No necesito decirle que ni siquiera le he insinuado la verdad: es, en cierto modo, leal con Giuseppe, trata de no mostrar sus sufrimientos y sospechas; pero no simula ser feliz, y tampoco hace creer que Doria es un buen marido, o una buena persona. Sabe que no conseguiría engañarme. No ha hecho más que desear el regreso de usted, y me pregunto si no sería cuerdo confiar en ella. Si supiera lo que nosotros sabemos ahora, indudablemente vería más claro, y nos revelaría muchas cosas. En cuanto a su buena fe y honor, no los pongo en tela de juicio.»

—Bien..., así sea. Lo he escuchado; ahora escúcheme usted a mí. Estamos asistiendo a una maravillosa representación, Marc. Es un caso que cuenta con números estupendos... algunos de ellos únicos, hasta para mi experiencia. Sin embargo, como la historia se repite, es posible que hayan existido sinvergüenzas mayores que nuestro ilustre desconocido..., pero no muchos, seguramente.

—¿Más sinvergüenzas que Robert Redmayne?

Peter hizo una pausa antes de proseguir su breve disposición. Tomó rapé, cerró los ojos y continuó hablando.

—¿Por qué repite como un loro «Robert Redmayne», muchacho? Piense un minuto en lo que le han dicho sobre este asunto y sobre las falsificaciones en general. Se puede falsificar todo cuanto ha hecho el hombre y algunas cosas hechas por Dios. Puede falsificarse un cuadro, un sello de correos, una firma, una impresión digital; y nuestras mentes humanas, acostumbradas a los cuadros, los sellos y las impresiones digitales se dejan engañar fácilmente por las apariencias y pocas veces poseen la necesaria pericia para reconocer una falsificación cuando están frente a ella. Ahora estamos tratando con individuos que han «falsificado» una personalidad humana, pues a eso se reduce el hombre rojo.

»¿No hizo usted algo análogo la semana pasada? ¿No se "falsificó" a sí mismo y se dejó caer al suelo, como muerto? No podemos jurar que el verdadero Robert Redmayne haya perdido la vida, aunque, en lo que me concierne, estoy dispuesto a probar que sí; pero estoy seguro de lo siguiente: el hombre que disparó contra usted y huyó no era Robert Redmayne.»

—Recuerde que me conoce, Ganns —objetó Brendon—. Lo vi y hablé con él junto a la charca de la cantera de Foggintor, antes del crimen.

—¿Y qué importancia tiene eso? Nunca volvió a hablar con él; y, lo que es más, no volvió a verlo desde entonces. Lo que vio era una falsificación. Un falsario lo miró a usted cuando regresaba a Dartmouth a la luz de la luna. Un falsario robó la comida en la alquería, vivió en la caverna y degolló a Benjamin Redmayne. Un falsario trató de matarlo a usted de un tiro que felizmente no dio en el blanco.

Ganns aspiró una nueva toma de rapé y siguió hablando.

Pero como sus deducciones pertenecen a la terrible culminación de este enigma, y no pueden aún ser relatadas aquí en toda su significación, nos limitamos a decir que Brendon sintió que su cerebro daba vueltas ante la hipótesis que le exponía su interlocutor; hipótesis a la cual no habría prestado el menor crédito si otro que no fuese el célebre Ganns se la hubiera expresado.

—Y escuche bien lo siguiente —dijo, al terminar Peter, que había hablado sin interrupción durante dos horas—; no afirmo que estoy en lo cierto. Sostengo únicamente que, por descabellada que parezca mi teoría, ajusta bien y construye una historia lógica, aun cuando supere todo lo que hemos conocido hasta ahora. Lo que supongo puede haber sucedido; y si no ocurrió así, no sabría decir, aunque me mataran, cómo ocurrió, ni lo que ocurre en este momento. Si mis conjeturas son ciertas, la cosa en sí es horrible; pero desde el punto de vista profesional, es algo magnífico, como pueden serlo el cáncer, una batalla, o un terremoto colocados en una categoría fuera de lo humano.

Brendon tardó en contestar; su rostro traslucía las diversas y punzantes emociones que lo atormentaban.

—No puedo creer lo que me dice —replicó por fin con voz que indicaba la medida de su asombro y su desconcierto mental—; pero cumpliré sus órdenes al pie de la letra. Puedo y, evidentemente, debo hacerlo.

—Así me gusta, muchacho. Y ahora le propongo que comamos algo. ¿Ha comprendido bien? Recuerde que la hora es muy importante.

Marc consultó su libreta, en la que acababa de hacer copiosos apuntes, asintió con la cabeza y la cerró.

De pronto, Ganns se echó a reír. La libreta de su colega le traía algo a la memoria.

—Ayer por la tarde me ocurrió una cosa curiosa que había olvidado —dijo—. Me acosté y dejé mi libreta en la mesilla de noche; al rato un visitante entró en el cuarto. Estaba dormido; pero ni en el más pesado de mis sueños se me pasa por alto el zumbido de una mosca que roza el vidrio de una ventana. Acostado de cara a la puerta, oí un levísimo ruido y levanté un párpado. Se abrió la puerta y Doria asomó la nariz. Aunque la persiana estaba baja, había luz suficiente y Giuseppe divisó mi vademécum colocado, a cincuenta centímetros de mi cabeza, sobre la mesilla de noche. Se acercó, silencioso como una araña y le permití que llegara a menos de un metro. Entonces bostecé y me moví. Huyó como un mosquito, y media hora más tarde oí que se acercaba nuevamente. Me levanté, y no hizo más que escuchar desde el lado de fuera. Necesitaba con urgencia esa libreta... ¡vaya si la necesitaba con

urgencia!

Durante dos días Ganns se dedicó al descanso, y la tarde del tercero invitó privadamente a Doria a salir de paseo con él.

—Deseo preguntarle varias cosas —expresó—. Usted partirá primero y yo después; es mejor que nadie se entere de nuestra salida. Usted conoce el rincón de la montaña que prefiero. Nos encontraremos allí..., digamos a las siete.

Giuseppe aceptó con alegría.

—Iremos hasta la *Madonna del far niente* —dijo; y a la hora convenida, Peter lo halló en el lugar de la cita. Ascendieron juntos la montaña: el detective pidió a Doria que colaborase con él.

—Aquí entre los dos —le dijo—, le confieso que no estoy muy satisfecho con los resultados de esta investigación. Brendon es un excelente muchacho y tan buen detective como los mejores que he encontrado en mi larga carrera. A veces es bastante listo..., como cuando fingió estar muerto allí en la cima; pero ¿de qué sirve planear la trampa para luego no ver al hombre? Esto no me habría ocurrido a mí. A usted tampoco. Hablando sin ambages, hay algo que se interpone entre Marc y su trabajo, y me agradaría saber la opinión que tiene de él, puesto que es usted hombre sagaz y testigo independiente. Ha tenido muchas oportunidades de estudiarlo; por tanto, le ruego que me diga lo que piensa. Estoy harto de andar dando vueltas como un tonto alrededor de este asunto... y, lo que es peor, pasando por tonto.

—Marc está enamorado de mi mujer —contestó francamente Giuseppe—. Esto es lo que le ocurre. Y, como en este caso no confío en Joanna y sigo creyendo que conoce mejor que nadie detalles del hombre rojo, opino que mientras ella tenga engañado a Brendon, éste no le prestará a usted ninguna ayuda.

Peter simuló gran asombro.

—¡Cielos! ¡Lo toma usted con mucha calma!

—Por la excelente razón de que no estoy enamorado de mi mujer. No soy como el «perro del hortelano». Quiero paz y tranquilidad. No deseo participar en intrigas ni en conspiraciones. Soy hombre sencillo, Mr. Ganns. El misterio me aburre. Además, vivo temeroso de verme complicado en un lío. No comprendo qué tengo que ver con esto. Mi mujer y ese asesino persiguen algún fin. Si quiere llegar al fondo del asunto, vigílela a ella, no a mí. Lo que usted presiente puede producirse en cualquier momento.

—¿Me aconseja usted que haga seguir a Joanna?

—Eso es lo que yo haría. Tarde o temprano, hallará una disculpa para ir sola a las montañas. Déjela que vaya, y sígala, usted y Brendon. El problema es muy sencillo: atrapar al rojo Redmayne. Si no puede hacerlo usted, pida ayuda a la policía y a los aduaneros. Hay siempre aquí a mano un destacamento que persigue a los contrabandistas. Descríbales a ese zorro mitad humano y mitad salvaje y ofrézcales una buena recompensa si lo cazan. Entonces sí que lo capturarán en seguida.

Ganns asintió con la cabeza y detuvo el paso.

—No me extrañaría que tuviésemos que hacer lo que dice; pero preferiría que lo capturáramos nosotros. De todos modos, me veo obligado a partir en esta quincena, porque no puedo permanecer más tiempo en Italia. Pero me inquieta marcharme, dejando a mi viejo amigo a merced de esta amenaza. Cuando me encuentro aquí me parece que está a salvo; pero ¿qué ocurrirá cuando vuelva la espalda?

—¿No quiere que le ayude?

Ganns movió negativamente la cabeza.

—No puedo trabajar asociado con usted, muchacho, porque empiezo a temer que tenga razón cuando me asegura que su mujer está contra nosotros; es absurdo creer que un hombre quiera hundir a su propia mujer.

—Si eso es todo...

Siguieron avanzando sin apresurarse y Peter mantuvo la conversación, mientras simulaba estar muy preocupado por sus planes y proyectos. Prometió que cuando Joanna fuera sola a las montañas, él y Brendon la seguirían sigilosamente.

Y en aquel instante ocurrió algo muy extraño. Al iluminarse en la penumbra la primera luciérnaga, y cuando llegaban el templete en ruinas situado junto al camino, apareció de pronto, delante del nicho, un hombre de alta estatura. Un segundo antes no había nadie allí, y ahora se destacaba, corpulento, en la luz purpúrea del atardecer; la oscuridad no era tanta como para no distinguir sus inconfundibles rasgos: Robert Redmayne, con su gran cabeza roja y su enorme bigote, surgía de la oscuridad. Completamente inmóvil, los miraba con fijeza. Sus brazos colgaban a ambos costados del cuerpo, y eran visibles las rayas de su chaqueta de tweed y los botones dorados del familiar chaleco rojo.

Doria se estremeció violentamente; luego sus músculos se endurecieron. Durante un segundo no consiguió ocultar su sorpresa y lanzó a la aparición una mirada de evidente horror y asombro. Era obvio que reconocía al personaje; pero en la mirada de azoramiento que le clavó no había amistad ni connivencia. Se pasó rápidamente la mano por los ojos, como para borrar de ellos la imagen; luego volvió a mirar... y halló el sendero desierto. Ganns lo observaba con sorpresa.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—¡Dios mío! ¿Lo ha visto usted... ahí en medio del sendero... a Robert Redmayne?

Pero el otro seguía mirándolo sin comprender, y luego se esforzó en escudriñar la oscuridad.

—No he visto nada —aseguró; y, repentinamente, la actitud del italiano cambió. Desapareció su preocupación y se echó a reír.

—Yo tampoco he visto nada —dijo—; era una sombra.

—Me parece que el pelirrojo le ha alterado los nervios. No me extraña. ¿Qué ha sido lo que ha creído ver?

—No he visto nada —repitió el italiano—; era una sombra.

Ganns cambió en seguida de tema e hizo como si no diera importancia al

episodio; pero el estado de ánimo de Doria se había modificado. Se mostraba menos expansivo y más alerta.

—Volvamos —propuso media hora más tarde—. Es usted listo y me ha dado varias buenas ideas. Tenemos que aleccionar a Marc. Será mejor que usted, como marido de Joanna, disimule un poco aunque le cueste. Avíseme discretamente cuando su mujer vaya a la montaña.

Se detuvo y, con la mirada fija en Giuseppe, tomó rapé.

—Mañana daremos, tal vez, un paso hacia delante —observó.

Dueño de sí otra vez, aunque taciturno, Doria le sonrió, y sus dientes blancos brillaron en la penumbra.

—Nadie puede predecir lo que sucederá mañana —contestó—. El hombre que lo supiese sería dueño del mundo.

—Sin embargo, tengo esperanza en el día de mañana.

—Los detectives nunca deberían dejar escapar la esperanza —repuso Giuseppe—, porque es muy frecuente que sea lo único que no dejan escapar.

Y, dirigiéndose mutuamente amables burlas, regresaron juntos.

El último de los Redmayne

En las horas de la noche que siguieron al episodio acaecido a Doria junto al viejo templete, Albert Redmayne y su amigo Virgilio Poggi acudieron al Hotel Victoria, donde se hospedaba Marc, invitados a cenar por éste. Ganns le había pedido que los invitara; y, aunque suponía que la reunión despertaría las sospechas de Giuseppe, no daba, en el punto en que estaban las cosas, gran importancia a tal posibilidad.

Al hacer que Albert Redmayne se ausentara aquella noche de su casa, perseguía un doble propósito: hablar a solas con Marc Brendon y tener la seguridad de que, en adelante, su amigo el bibliófilo no estaría ni un segundo cerca de su temible enemigo. Por consiguiente, a fin de vigilar de cerca a Albert mientras hablaba con Brendon, había propuesto a este último que invitara a comer a los dos amigos en cuanto Albert regresara.

Sin advertir estas combinaciones, Albert y Poggi se presentaron, luciendo impecables camisas blancas y trajes de etiqueta algo anticuados. En su honor había sido preparada una comida especial, que fue compartida por los cuatro comensales en un salón privado del hotel. Luego pasaron al salón de fumar y, a poco, mientras Poggi y su amigo se enfrascaban en un absorbente tema bibliográfico, Peter, sentado algo más lejos junto a Marc, comentó con éste el episodio del fantasma aparecido a Giuseppe.

—Fue una maravilla, muchacho —dijo—. Es usted un actor nato; llegó y desapareció en la mejor forma en que un mortal puede hacerlo, y mucho mejor de lo que esperaba. El resultado fue estupendo. Le dimos un buen susto a Doria. Cuando creyó ver al verdadero Robert Redmayne recibió un golpe en el plexo solar..., estoy segurísimo de ello. Durante un segundo se vendió; y, en realidad, ¿cómo hubiese podido evitarlo?

»Es fácil adivinar el dilema en que se encontró: de haber sido inocente, se habría lanzado contra usted; pero no lo es. Sabía muy bien que su Robert Redmayne, el falso, no saldría esa noche a buscar pendencia; y cuando le dije que nada había visto, se dominó y juró que él tampoco había visto nada. ¡Pero, en seguida, comprendió lo que había hecho! Era demasiado tarde. ¡Le aseguro que después de esto no dejé de empuñar constantemente el revólver dentro del bolsillo! Nuestro hombre estaba deseando devolver el golpe..., lo está ahora, y no va a desperdiciar esta noche. Pero lo que importa, por el momento, es que lo hemos hecho caer en la celada, y él lo sabe.»

—Tal vez huya antes de que volvamos a «Villa Pianezzo».

—No. Está en su carácter hacer hasta el fin lo que se ha propuesto, si no se lo

impedimos nosotros. Y tampoco perderá más tiempo. Ha estado jugando y divirtiéndose, con nosotros y con Albert, como un gato con un ratón. Pero dejará de jugar. A partir de esta noche se lanzará de cabeza contra nosotros tres. Está furioso consigo mismo porque cometió la tontería de aplazar los acontecimientos. Es un personaje asombroso, Marc; pero, a fin de cuentas, es hombre...; no superhombre.

—¿Qué ocurrió exactamente y qué piensa Doria de lo que vio?

—No puedo asegurarlo; pero le diré lo que creo. Observé atentamente a Giuseppe con lo que llamo mi tercer ojo: una especie de receptor colocado en mi cerebro, que extrae y absorbe como una esponja lo que piensan las demás personas. En el primer momento se sintió perplejo, perdió la sangre fría y hasta es posible que haya creído que veía un fantasma. Gritó: «¡Es Robert Redmayne!», e instantáneamente me preguntó si también lo había visto. Lo miré asombrado, y contesté que no; entonces su actitud cambió y, riéndose, dijo que sólo había sido la sombra del templete. Pero, al reflexionar, comprendió perfectamente que no había sido una sombra y, al rato, sumido en sus pensamientos, guardó silencio mientras yo charlaba de cualquier tontería, como había hecho desde el principio del paseo. Adopté una actitud confidencial, ¿comprende?; y le oí decir exactamente lo que había previsto que me diría: que estaba usted enamorado de su mujer, que él no la quería, que ella sabía lo concerniente al pelirrojo, y varias cosas por el estilo.

»Ahora bien, ¿qué pasó por su mente? Debe de haber llegado a una de dos conclusiones: o supuso que había sido víctima de una alucinación y que sólo había visto un engendro de su propia mente y, por ende, me creyó, o bien adivinó la verdad. Si hubiese interpretado el hecho en la primera forma, no habría habido razón para preocuparse. Pero no lo interpretó así y, después de reflexionar, comprendió que le había mentado. Nadie mejor que él mismo sabe que no acostumbra ver fantasmas; recordó que usted había pasado dos días en Milán, y se dio cuenta, en cuanto recobró la tranquilidad, de que era una emboscada urdida entre usted y yo para sorprenderlo y descubrir algo. Y comprendió que, al jurar que nada había visto, me daba la información que yo deseaba obtener.

»Y así quedó la cosa. En consecuencia, va a estar muy atareado; pero nosotros debemos estarlo más aún. Él y su cómplice piensan suprimir a Albert, tratando de que no podamos asociarlos con su muerte; pondrán en práctica, si se lo permitimos, los mismos métodos que usaron en Inglaterra. Albert desaparecería... y, lo mismo que en el caso de los otros dos, veríamos, tal vez, su sangre; pero no lo veríamos a él. El lago de Como es la tumba que, seguramente, le preparan.»

—¿Quiere decir que piensa usted atacar a Doria abiertamente?

—Sí. En este momento traza sus planes, como lo estamos haciendo nosotros; y de nosotros depende que los nuestros desbaraten los suyos. ¿Comprende usted? Somos dos y ellos son dos: la próxima jugada tiene que ser nuestra; de no ser así, nos darán jaque mate. Tenemos una gran ventaja: la de que Albert esté a nuestra disposición y no a la de ellos; y mientras él se encuentre a salvo vamos ganando la partida.

Giuseppe lo sabe; pero sospecha que él no está a salvo; por consiguiente, en las próximas veinticuatro horas arriesgará su suerte.

—¿Todo gira en torno a la seguridad de Mr. Redmayne?

—Efectivamente; y debemos vigilarlo como dos halcones. Para mí el aspecto más interesante de este caso es el factor personal que ha desenmascarado al genial asesino. Este factor es la vanidad: una vanidad dominante, monstruosa, aunque pueril, que lo tentó a aplazar la realización de su propósito por el simple placer de jugar primero con usted y después conmigo. Él mismo se ha vendido; nuestro crédito se ha reducido mucho, Marc. Doria ha sido derribado por su orgullosa inteligencia. Si consiguiera ganar la partida, creo que me sentiría capaz de perdonarlo.

—Todo el crédito será suyo, Ganns, si acierta en sus conjeturas; desde el principio hasta el final, no merezco ninguno —repuso Brendon tristemente—. Sin embargo —añadió—, puede ser que se equivoque usted. Las convicciones de un hombre no se desarraigan con facilidad; el amor no es siempre ciego, y sigo creyendo que, aunque haya perdido mi reputación, ganaré tal vez, algo mejor... después de que hayamos puesto punto final a esta desgraciada historia.

Bondadosamente, Ganns le dio varias palmaditas en el brazo.

—Le suplico que no se haga ilusiones —instó—. Luche contra esa esperanza; pronto comprobará que está basada en una quimera..., en algo que no existe y que nunca existió. Ahora bien; su reputación es otro asunto, y le ruego que no permita que, mañana a estas horas, sus espléndidos antecedentes profesionales sean barridos por el viento.

—¿Mañana?

—Sí; mañana por la noche le colocaremos las esposas.

A renglón seguido, Peter explicó sus planes.

—Doria no creerá que nos movemos con tanta rapidez; si entramos en seguida en acción, nos adelantaremos al golpe que está a punto de asestar. Por lo menos, esto es lo que intentaré con la ayuda de usted. Esta noche y mañana temprano no me separaré de Albert; luego hará usted lo mismo; porque, después del almuerzo, iré a la policía local de Como. Tendrán pronto la orden de detención, y regresaré al anochecer en uno de los barquitos negros de los aduaneros. Navegaremos con las luces apagadas y arribaremos a «Villa Pianezzo» sin que nos vean. A usted le corresponderá no perder de vista a Albert y vigilar a los demás. Doria creerá, probablemente, que mi viaje a Como es un pretexto, y sin duda aprovechará la ocasión para realizar su propósito. Existe la posibilidad de que empleen veneno. No quiero que Albert cruce a casa de Poggi, porque allí lo atacarán con mayor facilidad.

—¿Está enterado Albert de lo crítico de la situación?

—Sí, se lo he expuesto claramente, y me ha prometido no comer ni beber nada, salvo lo que lleve conmigo de aquí esta noche. Hemos proyectado que mañana finja una indisposición y que no salga de sus habitaciones. Simulará que hoy ha comido demasiado. Me quedará junto a él..., esta noche no dormiré; haré las veces de

centinela. Mañana su desayuno bajará intacto..., y el mío también. Ambos comeremos lo que tendremos escondido.

»Después de mediodía las cosas dependerán de usted. Ignoro lo que hará Doria, pero no debe darle ninguna ocasión de hacer algo. Si Giuseppe desea ver a Albert, haga valer su autoridad y dígame que no puede verlo hasta mi regreso. Écheme la culpa; y, si insiste, utilice su arma.»

—Es posible que escape cuando comprenda que ha perdido la partida —sugirió Marc—. Quizá haya huido ya.

—No —repuso Peter—. No es razonable pensar que haya adivinado lo que sé. El concepto que tiene de mí es demasiado inferior para crearme capaz de tanto. No escapará; seguirá fanfarroneando hasta que sea tarde. No temo perderlo, temo perder a Albert.

—Por lo menos en esto tenga confianza en mí.

—Así lo haré. Y quiero planear alguna pequeña sorpresa para que Albert, sin saberlo, nos ayude. No podemos pedirle que haga nada raro; no está en su carácter; pero como tenemos que cuidar al rey, ganaríamos si el rey favoreciera una jugada inesperada. Conviene estar alerta y ver las posibilidades. Si, por ejemplo, intentaran envenenarlo y advirtieran el fracaso...

—¿Qué ocurriría si les hiciéramos creer que habían tenido éxito, y Albert simulara que se sentía muy enfermo después del desayuno?

—Pensé en eso. Pero la dificultad reside en que no estaremos seguros de si utilizaron o no veneno. No hay tiempo para análisis.

—Probémoslo en el gato.

Peter reflexionó un instante.

—A menudo esta clase de engaños da excelente resultado —admitió luego—; pero he presenciado demasiados casos en que la policía ha cavado un pozo en el cual ha caído de narices. Una de las dificultades consiste en que no debemos alarmar a Albert más de lo necesario. Por el momento, sólo sabe que lo considero en peligro; pero no tiene la menor idea de que nuestras sospechas recaen sobre personas de la casa. No lo sabrá hasta que le prohíba tocar su desayuno. Sí; nadie nos impide recurrir a este ardid. Pedirá pan y leche...; sabemos quién se los subirá. Luego, su gato «Grillo» desayunará en lugar de él —Peter miró a Marc intencionadamente—. Esto lo convencerá, amigo mío.

Pero el otro movió la cabeza.

—Depende de las circunstancias. Aun cuando se emplease veneno, muchos hombres y mujeres honrados han sido instrumento inocente de la voluntad de un criminal.

—Es cierto; pero perdemos tiempo en algo que probablemente no sucederá. No creo que lo intenten. Correspondería a la ley del menor esfuerzo, y, en general, la ley del menor esfuerzo significa mayores riesgos después. No... Si se le ofrece la menor ocasión, Doria procederá en forma más ingeniosa. El peligro grande estaría en que se

hallara a solas con Albert, aunque fuese un instante. Tal es la situación que es menester evitar a todo trance. Que nada lo induzca a usted a perder de vista a Albert; y aunque Doria, ostensiblemente, trate de escapar antes de que yo vuelva, no se deje engañar y no lo persiga. Después que me vaya, inventará cualquier ardid para desconcertarlo a usted; es decir, si sospecha que estoy dando un paso decisivo e inmediato. Pero si me marchó sin despertar sospechas sobre el objeto de mi partida, estaremos en condiciones de sorprenderlo antes de que dé el golpe. Tal es, en pocas palabras, nuestro objetivo.

Una hora más tarde, Ganns y Brendon acompañaron a Poggi hasta su bote, y luego regresaron a pie con Albert Redmayne. Peter llevaba alimentos ocultos entre sus ropas. Después de un rato explicó a su amigo que las cosas habían llegado a su punto culminante.

—En veinticuatro horas espero terminar con estos misterios y conspiraciones, Albert —dijo—; pero, mientras tanto, tendrás que obedecerme en todos los detalles; en esta forma me ayudarás a liberarte de la abominable acechanza que se cierne sobre tu cabeza. Confío en ti, y tú debes confiar, a ojos cerrados, en Marc y en mí, hasta mañana por la noche. Pronto estarás de nuevo en paz y sin preocupaciones.

Albert agradeció las palabras de Ganns y expresó su satisfacción porque se vislumbraba el final del asunto.

—Apenas he alcanzado a ver a través del vidrio, oscuramente —les dijo—. En realidad, no puedo decir que haya visto nada a través del vidrio. Estoy completamente desconcertado, y me alegra mucho saber que este horror que me amenaza terminará pronto. Sólo mi absoluta confianza en ti, Peter, ha impedido que pierda la razón.

Al llegar a la casa, Brendon se despidió de ellos, y Joanna recibió a su tío. La joven invitó a Marc a que entrara un momento antes de marcharse; pero era tarde, y Ganns opinó que convenía que se retiraran a descansar.

—Venga por aquí temprano, Marc —advirtió—. Albert me dice que hay en Como unos viejos cuadros sumamente interesantes. Tal vez vayamos a verlos mañana, cruzando el lago en excursión de placer, si a él le parece bien.

Antes de partir, Brendon se quedó un instante a solas con Joanna, y ella le dijo en secreto:

—Algo le ha ocurrido esta noche a Doria. Está mudo desde su paseo con Ganns.

—¿Está en casa?

—Sí; hace horas que se acostó.

—Elúdalo —aconsejó Marc—. Elúdalo, en lo posible, sin despertar sus sospechas. Los tormentos que usted sufre pueden terminar antes de lo que cree.

Se marchó sin decir más. Al día siguiente se presentó por la mañana temprano, y Joanna fue la primera que lo vio. Luego Ganns se reunió con ellos.

—¿Cómo está mi tío? —preguntó ella, y Peter le comunicó que el viejo bibliófilo se hallaba indispuesto.

—Estuvo de juerga hasta muy tarde anoche, y demasiado vino blanco —observó

—. No se siente bien. Se quedará en su habitación y puede usted llevarle algo de comer dentro de un rato.

A continuación Ganns anunció que iría más tarde a Como, e invitó a Brendon y a Doria a que lo acompañasen. Marc, conociendo el papel que le tocaba interpretar, rechazó la invitación; por su parte, Giuseppe declaró que no podía realizar el paseo.

—Tengo que prepararme para regresar a Turín —dijo—. El mundo no se detiene mientras Mr. Ganns caza a su hombre rojo. Mis ocupaciones me reclaman y nada hay aquí que me retenga.

Falto de su habitual buen humor, parecía que los demás lo dejaban indiferente; pero sólo más tarde Brendon conoció la razón.

Después de almorzar Ganns partió; llevaba chaleco blanco y otras vistosas prendas; Giuseppe también salió, prometiendo volver a las pocas horas; Brendon subió a acompañar a Albert. Durante un rato estuvieron solos; luego se presentó Joanna llevando un plato de sopa. Charló un momento con ellos, pero al ver que su tío mostraba somnolencia y poca voluntad de conversar, se dirigió a Marc en voz baja. Mostraba agitación y parecía muy preocupada.

—Más tarde, cuando sea posible, desearía hablar con usted..., es indispensable que hablemos. Estoy en peligro, y usted es la única persona que puede ayudarme —susurró. El temor y la súplica asomaban a sus ojos, y posó la mano en el brazo de Marc. Éste se prendió a ella y la estrechó entre las suyas. Al oír las palabras de Joanna olvidó lo demás. Al fin iba ésta hacia él por propia voluntad.

—Confíe en mí —repuso en voz baja, a fin de que sólo ella lo oyera—. Su felicidad y bienestar significan para mí más que cualquier otra cosa en el mundo.

—Doria volverá a salir más tarde. Al anoecer, después de que se haya ido, podremos conversar sin peligro —expresó ella. Y se marchó apresuradamente.

En cuanto Joanna se alejó, Albert hizo un movimiento. Estaba vestido, recostado en un canapé junto a la chimenea.

—Es muy desagradable este subterfugio que me obliga a fingirme enfermo —declaró—. Me siento espléndidamente, y me sentó muy bien la deliciosa comida de anoche. Por nadie que no fuera Peter me rebajaría a simular lo que no siento; es contrario a mi naturaleza y a mi carácter. Sin embargo, puesto que mi amigo me ha prometido que hoy se aclararán las dudas y tinieblas que nos rodean, debo armarme de paciencia, Brendon. Peter abriga horribles temores. Nunca lo he visto sospechar de personas decentes. Hoy ni siquiera me permite beber y comer en mi propia casa. Esto equivale a decir que tengo enemigos de puertas adentro. ¿Hay, por ventura, algo más aflictivo?

—Es por precaución.

—El mero hecho de sospechar es increíblemente doloroso para mí. No quiero sospechar de nadie. Cuando en mi mente se esboza una suposición de esta clase, desecho instantáneamente la causa que la suscita. Si se trata de un libro, lo descarto de una vez para siempre, aunque sea muy valioso. No permito que la desconfianza y

la duda me atormenten. En esta casa viven Assunta, Ernesto, mi sobrina y su marido. Sería abominable sospechar de alguna de estas excelentes personas y me siento incapaz de hacerlo.

—Esto no durará más que unas cuantas horas. Creo que después todos, menos uno, se verán libres. A decir verdad, estoy seguro de que así será.

—Parece que Giuseppe es centro de las conjeturas de Peter. Lo que está sucediendo supera mi capacidad de comprensión. Doria me ha tratado siempre con respeto y cortesía. Posee sentido del humor y comprende que a la naturaleza humana le faltan muchas cosas que desearíamos ver en ella. Sus gustos literarios son también excelentes; lee autores de calidad. Es buen europeo y, exceptuando a Poggi, el único hombre que conozco que comprende a Nietzsche. Esto habla en su favor; sin embargo, hasta Joanna parece considerar a Giuseppe como a un inservible. Insinúa que está desilusionada de él. Sé en qué consiste un verdadero hombre; pero, le confieso, ignoro totalmente en qué consiste un buen marido. Un hombre bueno puede ser mal marido, porque la mujer tiene sus normas conyugales propias; y desconozco en absoluto dichas normas.

—¿Simpatiza usted con Doria?

—No tengo motivo alguno para no simpatizar con él. Espero que mi infortunado hermano (si en realidad es lo que creen y no una aparición etérea proyectada por el subconsciente) sea capturado pronto, tanto por su propio bien como por el nuestro. Leeré ahora *Las Consolaciones* de Boecio (último de los autores latinos propiamente dichos) y fumaré un cigarro. No veré a Giuseppe. Lo he prometido. Se entiende que estoy enfermo; pero seguramente lo ofenderá que me niegue a verlo. El hombre no sólo tiene cabeza; tiene también corazón.

Se levantó y se acercó a una pequeña biblioteca que contenía las obras de sus autores preferidos. Luego se enfrascó en la lectura de Boecio, y Marc contempló, a través de la ventana, la vida en el lago y la belleza del cielo estival reflejada en sus aguas. Más allá del líquido espejo, las torres de Bellagio, rodeadas de altos cipreses, se agolpaban al pie de una pequeña montaña. De cuando en cuando se oía el palmoreo de las ruedas que impulsaban el ir y venir de las blancas embarcaciones.

Por la tarde, Doria regresó por poco tiempo y Joanna le comunicó que su tío estaba mejor, pero que consideraba más prudente permanecer en su cuarto. El italiano había recobrado su jovialidad. Bebió vino, comió fruta y dirigió casi toda su conversación a Brendon, quien, junto con Joanna, durante un rato le hizo compañía en el comedor.

—Espero que cuando usted y Ganns se harten de perseguir a esa sombra roja vayan a verme a Turín —dijo Giuseppe—. Y tal vez consigan convencer a Joanna de que mis ideas son razonables. ¿Cuál es el objeto del dinero? Tiene en sus manos veinte mil libras y yo, su marido, le ofrezco una inversión que a pocos capitalistas les cae en suerte. Vendrán ustedes a ver lo que mis amigos y yo estamos haciendo en Turín. ¡Poco les costará entonces hacerle ver a Joanna que me sobra buen sentido!

—¿Un nuevo automóvil, me dijo usted? —inquirió Marc.

—Sí..., un automóvil que, comparado con los otros, será lo que un transatlántico junto al Arca de Noé. No tenemos más que cosechar los millones que se nos brindan. Sin embargo, languidecemos por obtener los modestos millares que nos permitirían empezar. Los perritos descubren la liebre; los perros grandes la cazan.

Joanna guardó silencio. Doria se volvió hacia ella y le pidió que hiciese la maleta.

—No puedo permanecer aquí —dijo, cuando su mujer se retiró—. No es vida para un hombre. Es probable que Joanna se quede con su tío. Está harta, como vulgarmente se dice, de mí. Me siento muy desgraciado, Brendon; no merezco perder el cariño de mi mujer. Pero si un nuevo enamorado llena sus pensamientos, es inútil lloriquear. Los celos son defecto de tonto. ¡Pero tengo que trabajar, porque si no me ocupo en algo haré alguna barbaridad!

Se marchó y Brendon volvió junto a Albert Redmayne; halló inquieto y temeroso al anciano.

—No soy feliz, Brendon —dijo—. En mi mente se insinúa una nube; el presentimiento de que se desatarán terribles desastres sobre los seres que amo. ¿Cuándo regresa Ganns?

—En cuanto oscurezca, Mr. Redmayne. Debe de llegar alrededor de las nueve. Tenga otro poco de paciencia.

—Nunca me he sentido como hoy —contestó el bibliófilo—. Una sensación de desgracia ensombrece mis pensamientos... Me persigue la idea de que se acerca el fin, y Joanna comparte esta idea. Algo anda mal. Ella lo presiente. Puede ser, como ella supone, que mi alter ego tampoco se sienta feliz. Virgilio y yo somos como mellizos. Estamos extraña y psicológicamente unidos. Tengo la seguridad de que se siente en este momento inquieto por mí. No estaría mal enviar a Ernesto a ver si allá todo marcha normalmente y a decirle a Virgilio que estoy bien.

Siguió hablando y luego, saliendo al balcón, miró hacia Bellagio; después pareció que por un rato olvidaba a Poggi. Más tarde comió algunos de los alimentos que Ganns había llevado en secreto la noche anterior.

—Es doloroso para mí —volvió a comentar— que Peter tema una traición bajo este techo. ¿Acaso Dios no es todopoderoso? ¿Cómo podría permitir que un veneno concluyese con una vida tan llena e inofensiva como la mía? Me alegraré mucho cuando Peter abandone su desagradable profesión; cuando se retire y dedique su noble intelecto a pensamientos más puros.

—¿Qué ocurrió con la sopa, Mr. Redmayne?

—«Grillo» la tomó hasta la última gota; después, mi hermoso gato ronroneó, dándome las gracias por su comida, como hace siempre, y se entregó tranquilamente al sueño.

Marc miró al enorme gato persa, de color gris azulado, que dormía en postura de perfecta comodidad. Le acarició la cabeza, y el animal despertó, bostezó, se desperezó, ronroneó suavemente y volvió a acurrucarse.

—Está muy bien.

—Por supuesto. Joanna me dice que su marido vuelve a Turín mañana. Ella se quedará aquí conmigo por el momento. Es mejor, quizá, que se separen durante una temporada.

Conversaron y fumaron y Albert se distrajo evocando episodios de su vida pasada. Transportado por sus recuerdos, olvidó sus inquietudes presentes y contó detalles de sus tempranos años en Australia y de su ulterior carrera como librero y comerciante.

Joanna se reunió con ellos y algo más tarde fueron juntos al comedor donde servían el té.

—Pronto se irá —susurró ella a Brendon. Comprendió que se refería a su marido. Albert se negaba a comer y a beber.

—Me excedí en ambas cosas ayer —explicó— y conviene que deje descansar mi maltratado estómago.

Conversó mucho con Doria, dándole instrucciones sobre varios mensajes que debía llevar a distintos librerías de Turín. Largo rato permanecieron en el comedor y las sombras se intensificaron antes de que el anciano regresara a sus habitaciones. Entonces Giuseppe, haciéndose el gracioso, suplicó una vez más a Marc que influyera en el ánimo de Joanna a favor de los automóviles; luego, encendiendo un cigarro toscano, buscó su sombrero y salió de la casa.

—¡Por fin! —murmuró Joanna, con el semblante iluminado por una expresión de alivio—. Estará ausente dos largas horas; ahora tendremos oportunidad de hablar.

—Pero no aquí —repuso Marc—. Salgamos al jardín. Desde allí podré ver cuándo regresa.

Avanzaron en la creciente oscuridad y se sentaron en un banco de mármol, debajo de un acebo, tan cerca de la entrada que nadie podía llegar sin ser visto por ellos.

Al rato apareció Ernesto y encendió una lamparilla eléctrica que colgaba sobre la artística verja de hierro del portón exterior. Cuando estuvieron solos otra vez, ella se despojó de toda sombra de reserva y del dominio que sobre sí misma ejercía.

—¡Gracias a Dios! ¡Por fin! —exclamó y se desató en un torrente de súplicas. Marc se sintió arrastrado lejos de todo asidero mental, ahogado en el torrente de los ruegos de Joanna; por momentos desconcertado y confundido; por momentos en el colmo de la felicidad.

—¡Sálveme! —imploraba ella—, sólo usted puede hacerlo. Soy indigna de su amor y tal vez ha dejado usted de quererme y hasta de respetarme; pero sigo respetándome a mí misma, porque ahora sé que he sido víctima inocente de este hombre maldito. No fue un amor natural el que me obligó a seguirlo y a casarme con él; fue la fascinación magnética que posee, lo que en Italia se denomina «mal de ojos». He sido cruelmente, malignamente agraviada y no merezco lo que he sufrido; porque fue la magia del hipnotismo o algo diabólico de esta especie lo que hizo que lo viera en forma tan errónea, engañándome e impulsándome hacia él.

»Desde el día de la muerte de mi tío, en "El nido del cuervo", Doria me ha dominado. Entonces no lo sabía; de otro modo, me hubiese suicidado antes de rebajarme a ser juguete de ningún hombre. Creí que era amor y me casé con él; luego, el ardid se puso de manifiesto y no le importó que mis ojos se abrieran a la verdad. Le aseguro que si no me separo de él perderé la cabeza.»

Habló durante una hora seguida y detalló lo que había soportado. Absorto, Brendon la escuchaba con profundo interés. De cuando en cuando, la joven tocaba el hombro del detective; otras veces le asía la mano. En cierto momento se la besó, agradecida porque acababa de prometerle que dedicaría su inteligencia y energía a salvarla. Marc sentía en la mejilla el roce de la respiración de Joanna y, cuando se echó a llorar, la rodeó con su brazo.

—¡Sálveme y seré suya! —prometió la joven—. No sigo engañada. Giuseppe confiesa la trampa que me tendió y en la intimidad se burla cruelmente de mí. Sólo quiere mi dinero; con gusto le daría hasta el último penique si con ello pudiera verme libre de él.

Brendon la escuchaba con tanto embeleso que era casi incredulidad; por fin lo amaba y no deseaba otra cosa que ser suya y olvidar la doble tragedia que había destrozado su vida.

Estaba en sus brazos y trató de tranquilizarla, de ayudarla y de orientar sus pensamientos hacia un futuro de paz, asegurándole que la felicidad y la alegría volverían a pertenecerle. Pasó otra hora, las luciérnagas danzaban sobre sus cabezas; dulces perfumes emanaban del jardín; las luces de la casa brillaban y, en el silencio que se había producido entre ellos, oyeron, procedente del lago, el suave golpe de la hélice de un barco. Doria no había regresado aún, y cuando el reloj de la iglesia dio la hora, Joanna se levantó. Se había arrojado a los pies de Brendon, llamándolo su salvador. Ahora, soñando todavía con el extraño cambio de su suerte, preocupado con las medidas que debía tomar para liberar a su futura mujer, Marc hizo un esfuerzo para volver a la realidad.

Joanna se separó de él y fue en busca de Assunta; él, oyendo el rumor del barco y pensando que Peter estaría de vuelta, se apresuró a entrar en la casa. El más absoluto silencio reinaba en ella; y en el momento en que Marc, levantando la voz, llamaba a Albert Redmayne, el ruido sobre el agua cesó. Ninguna respuesta llegó a sus oídos; y, dejando atrás la biblioteca, penetró en el dormitorio contiguo. Al comprobar que estaba vacío, salió precipitadamente a la galería que daba sobre el lago. Pero el bibliófilo no aparecía por ninguna parte. Una embarcación larga y negra, con las luces apagadas, había anclado a cien metros de «Villa Pianezzo»; era el barco de la policía lacustre, y de su costado se separó un bote que bogó hasta la escalinata que se hallaba a los pies de Brendon.

En ese preciso instante Joanna se reunió con él.

—¿Dónde está mi tío Albert? —inquirió.

—No lo sé. Lo he llamado y no he recibido respuesta.

—¡Marc! —exclamó ella con voz atemorizada—. Es posible que...

Entró en la casa y llamó en voz alta a su tío. Brendon oyó que Assunta contestaba. Momentos después Joanna lanzaba una exclamación de angustia.

Brendon había descendido los escalones para recibir el bote que se acercaba. En su cerebro bullía aún un torbellino de encontradas emociones. Mientras sujetaba la embarcación oyó el grito de Joanna que, desde arriba, le llamaba.

—¡No está en casa! ¡Vengan pronto, por Dios! ¿Ha llegado Mr. Ganns? ¡Mi tío ha cruzado el lago y mi marido no ha vuelto!

Acompañado de cuatro hombres, Peter desembarcó rápidamente y Brendon le explicó lo ocurrido; pero, como ignoraba los detalles, Joanna se encargó de proporcionárselos. Dijo que mientras ella y Marc se hallaban en el jardín, vigilando la puerta de entrada y el portón delantero, había llegado por agua, a la parte trasera de la casa, un mensaje de Bellagio para Albert. Una sola persona en el mundo tenía poder suficiente para hacer que Albert Redmayne olvidara sus promesas y el peligro que corría, y la llamada de esa persona era, precisamente, lo que había impulsado al anciano a partir en seguida.

Assunta contó que había llegado en un esquife, al pie de la escalinata, un italiano que venía de Bellagio; que la había llamado para darle la mala noticia de que Mr. Poggi había tenido un grave accidente y suplicaba a sus amigos que fuesen a verlo sin demora.

«Virgilio Poggi ha tenido una caída fatal y está a punto de morir —había dicho el mensajero—. Ruega a Mr. Redmayne que corra a su lado antes de que sea demasiado tarde.»

Assunta no se atrevió a aplazar el informe. A decir verdad, sabiendo lo que significaba para su amo, se lo comunicó inmediatamente y cinco minutos después de oír la terrible noticia, Albert Redmayne, presa de tremenda aflicción, se había embarcado rumbo al promontorio en que vivía su amigo.

Assunta declaró que su amo estaba ausente desde hacía una hora o más.

—Tal vez sea cierto —observó Joanna; pero Brendon sabía demasiado bien lo que había ocurrido.

Se agruparon para recibir órdenes; y, sin tardanza, Peter las impartió. Lanzó a Marc una mirada que éste nunca olvidaría; pero nadie más la vio.

—Lleve este bote hasta el vapor, Brendon —ordenó Ganns—, y dígales a bordo que lo conduzcan a usted, cuanto antes, a casa de Mr. Poggi. Si Albert está allí, déjelo y vuelva. Pero si no está allí, está en el fondo del lago. ¡Vaya!

Marc corrió al bote, y uno de los policías que habían ido con Ganns escribió una orden en un pliego de un bloc. Con ella Brendon llegó hasta el barco pintado de negro, y pocos minutos después la embarcación desaparecía en la noche a toda velocidad, rumbo a Bellagio.

Peter se volvió entonces hacia los demás y les pidió, inclusive a Joanna, que lo acompañaran a la sala. Habían preparado allí la comida, pero no había nadie en el

cuarto.

—He aquí lo que ha sucedido —explicó Peter—: Doria ha empleado el único medio seguro de hacer salir de esta casa a Albert Redmayne; e, indudablemente, su mujer lo ha ayudado, atrayendo la atención del colega a quien dejé de guardia. Adivino fácilmente el procedimiento que usó.

Joanna se sonrojó y sus ojos horrorizados lo miraron lanzando chispas.

—¡Qué equivocado está! —exclamó—. ¡Lo que dice es una crueldad y una infamia! ¿Le parece que no he sufrido bastante?

—Si estoy equivocado, seré el primero en reconocerlo, señora —replicó Ganns—. Pero no lo estoy. Lo ocurrido significa que su marido regresará a la hora de la comida. Sólo faltan diez minutos. Assunta, vuelva a la cocina. Ernesto, escóndase en el jardín y eche la llave al portón de hierro en cuando Doria entre.

Otras disposiciones fueron respectivamente traducidas a tres hombretones vestidos de civil por el cuarto, todos ellos miembros de la policía. Ernesto salió al jardín, los policías ocuparon sus puestos y Ganns, señalando una silla a Joanna, se sentó en otra muy cerca de ella. Ésta había tratado de salir del cuarto, pero Peter se lo había impedido.

—Si es usted inocente, no tiene por qué temer —le dijo. Ella desoyó la observación y guardó para sí sus pensamientos. Estaba muy pálida y sus ojos erraban sobre los rostros extraños que tenía alrededor.

Nadie pronunció palabra, y cinco minutos más tarde, rompiendo el silencio, se oyó primeramente el ruido metálico del portón y luego los pasos de un hombre que se acercaba. Doria cantaba su canción favorita. Entró directamente en el cuarto, miró con sorpresa a los hombres allí reunidos y, finalmente, clavó los ojos en su mujer.

—¿Qué significa esto? —exclamó azorado.

—Terminó la partida y usted ha perdido —contestó Ganns—. Su inteligencia es superior a la del común de los bandidos, y sólo ha perdido por culpa de su desmedida vanidad.

Peter se volvió rápidamente hacia el jefe de policía, y éste, mostrando una orden de detención, la leyó en inglés.

—Michael Penrod —dijo—, queda usted detenido por los asesinatos de Robert y Benjamin Redmayne.

—Y añada: de Albert Redmayne —gruñó Ganns.

Mientras esto decía, saltó hacia un lado con asombrosa agilidad: el criminal, apoderándose del arma que tenía más a mano —un pesado salero de la mesa— acababa de arrojarlo a la cabeza del viejo detective.

La pieza de cristal chocó contra un antiguo espejo italiano que estaba detrás de Ganns, y en el momento en que todos los ojos miraban caer los cristales rotos, el marido de Joanna se abalanzó hacia la puerta. En un santiamén había girado sobre sus talones y, antes de que pudieran impedirselo, trasponía el umbral; pero uno de los presentes vigilaba y, en ese instante, levantó su revólver. Este joven oficial de policía

—que se haría célebre en el futuro— no le había quitado los ojos de encima y, sin vacilar, hizo fuego. Había procedido con suma rapidez; pero otra persona, más rápida que él, al adivinar su intención se había anticipado al ademán. Joanna, que se había precipitado hacia la puerta, se desplomó. Había detenido con su cuerpo la bala destinada a Michael Penrod.

Cayó al suelo sin un gemido, y el fugitivo, instantáneamente, volvió sobre sus pasos. Renunciando a huir, corrió junto a ella, se arrodilló y la estrechó contra su pecho.

Estaba ileso, pero abrazaba a un cadáver. Sus labios se tiñeron de sangre cuando besó la boca de la muerta. Al comprender la verdad, abandonó la lucha, cargó el delicado cuerpo, lo llevó a un diván y lo extendió suavemente; luego volviéndose, alargó los brazos para que le colocasen las esposas.

Un momento más tarde, Marc Brendon entró en el cuarto.

—Poggi no envió mensaje alguno, y Albert Redmayne no ha sido visto en Bellagio —dijo.

Los métodos de Peter Ganns

Dos hombres viajaban juntos en el tren de Milán a Calais. Ganns llevaba una banda negra cosida en la manga izquierda; muestras de dolor surcaban el semblante de su compañero: a Brendon le habían caído muchos años encima; estaba ojeroso, hasta su voz parecía envejecida.

Peter trataba de distraer a su joven colega y éste fingía que lo escuchaba; pero su pensamiento estaba fijo en una tumba lejana.

—La policía italiana y la francesa se asemejan a la nuestra, la de Estados Unidos —observó Ganns—. Son mucho menos reticentes en sus métodos que ustedes los ingleses. En Scotland Yard prefieren el secreto y alegan que este sistema les permite obtener resultados superiores a los de cualquier otra parte. Y las cifras apoyan este argumento. En Nueva York, en 1917, fueron cometidos doscientos treinta y seis asesinatos y sólo se dictaron cuarenta y siete condenas. En Chicago, en 1919, se produjeron trescientos treinta y seis asesinatos, por lo menos; y las condenas sólo llegaron a cuarenta y cuatro. No muy brillante, ¿verdad? En París se cometen, anualmente, cuatro veces más crímenes que en Londres, aunque la población es mucho menor. ¿Y cuáles son los éxitos de la policía en ambos países? En Francia sólo se descubre la mitad de crímenes en relación con los que se descubren en Inglaterra. Esto se debe al sistema de tarjetas índices que emplean ustedes.

Siguió perorando, y al rato Brendon parecía recobrarse.

—Hable del pobre Albert Redmayne —instó.

—Poco hay que agregar a lo que usted sabe. Como Penrod ha decidido guardar silencio, por lo menos hasta su extradición, tenemos que limitarnos a presumir lo que ocurrió; sin embargo, estoy seguro de los detalles. Era Penrod, naturalmente, el hombre que usted vio salir de «Villa Pianezzo», mientras su mujer le daba conversación y le mentía de tal manera que usted, olvidándose de todo, no pensaba más que en la forma de salvarla de su marido.

»Ella tuvo buen cuidado de complicar su porvenir y decirle precisamente lo que con mayor probabilidad lo apartaría a usted de su deber: es decir, de su promesa de cuidar a mi querido Albert. Disculpe mi descortesía; mas mire hacia atrás, comprenderá que la pérdida grande y verdadera es la mía, no la suya. Una vez fuera, Michael Penrod consiguió un bote, se desfiguró la cara con la barba y el bigote postizo que encontramos en uno de sus bolsillos y remó hasta la escalinata privada de Albert. Vio a Assunta, que no lo reconoció, y le dijo que iba de parte de Virgilio Poggi que se hallaba agonizante en Bellagio. No cabía mayor tentación para Albert. Olvidando cualquier otra consideración, se preparó en cinco minutos para ir a

Bellagio. El bote estuvo pronto en medio del lago, rodeado de tinieblas y allí halló Albert la muerte y la tumba. Sin duda, Penrod lo mató asestándole un golpe... Probablemente en la misma forma en que asesinó a Robert y a Benjamin Redmayne; luego, debe de haber utilizado pesas, pesadas piedras que llevaba con ese objeto, y hundió a su víctima en las profundísimas aguas del lago de Como. Regresó poco después en un bote limpio y con el disfraz en el bolsillo. Tenía una coartada, porque averiguamos que había estado bebiendo, más de una hora, en una posada, antes de volver a la casa.»

—Gracias —dijo Brendon humildemente—. No cabe duda de que fue así. Y ahora le pediré un favor final, Ganns. Lo ocurrido ha dejado lagunas en mi mente. Le agradecería que volviera sobre sus pasos, sobre los que dio en Inglaterra. Deseo hacer de nuevo ese recorrido. No asistirá usted al juicio, pero yo sí; y, gracias a Dios, será la última vez que estaré presente en un tribunal de justicia.

Se refirió a una decisión expresada anteriormente: la de dejar la carrera de policía y buscar otra ocupación para el resto de sus días.

—El tiempo lo dirá —comentó Peter, extrayendo su cajita de oro—. Espero que cambie de idea. Su experiencia ha sido amarga y ha aprendido mucho; esto le ayudará en su trabajo tanto como en la vida. No se deje derrotar por una mala mujer; recuerde solamente que ha tenido la suerte de conocer y estudiar a una de las más extraordinarias criminales femeninas puestas en el mundo por misteriosa permisión de nuestro Creador. Cara de ángel y corazón demoníaco. Deje transcurrir algún tiempo y verá que este episodio ha sido únicamente una laguna en una carrera que empieza. Tiene por delante mucho trabajo bueno y útil que realizar; por otra parte, es rehuir a la Providencia misma.

Después de una pausa y un largo silencio, mientras el tren corría en la oscuridad del túnel del Simplón, Peter explicó cómo había logrado resolver el enigma de los Redmayne.

—Le dije que no había empezado usted por el principio —expresó—. Todo, en realidad, se basa en este hecho. La situación suya era extraordinaria. El propio criminal, dominado por el orgullo de su arte y por la destructora vanidad que finalmente lo hundió, hizo, con toda intención, que usted participara en la investigación. Era parte de su diversión (o, si prefiere, de su arte) complicar a un célebre detective con el fin de regocijarse burlándose de él. Para Michael Penrod era usted la esencia de su sangrienta copa: la sal, el sabor. Si se hubiese limitado a su asunto, ni un millar de detectives hubiera dado con él. Pero era jugueteón como un tigre que sale a cazar. Disfrutaba añadiendo cien detalles a su plan original. Es un artista; pero demasiado florido, demasiado decadente en sus decoraciones. De este modo echó a perder lo que hubiera sido el crimen del siglo. La falibilidad humana ha hecho que la justicia retributiva castigue a muchos criminales.

»La maquinaria que empleó concentró la atención, desde el primer momento, en el aparente asesino más que en su víctima. Parecía imposible dudar de lo que había

sucedido, y la supuesta muerte de Penrod nunca fue comprobada. Los detalles referentes a Robert Redmayne eran abundantes; en cambio, durante el curso de la investigación oficial, no se logró averiguar nada relativo a la supuesta víctima. Usted había oído hablar de Michael Penrod a su mujer y el relato que ésta le hizo en Princetown (cuando le llamó, sin duda por indicación de Penrod, para que se ocupara del caso) fue magistral, porque estaba muy cerca de la verdad en todos sus aspectos.

»No obstante, desde el día en que conocí a la sobrina de Albert y hablé con ella, empecé a reflexionar sobre dicho relato y pronto llegué a la siguiente conclusión: que era imprescindible saber mucho más sobre el marido de Joanna. No vaya a creer que en ese momento estaba cerca de la verdad. Lejos de ello. Sólo deseaba obtener más datos y consideraba que la historia de Michael Penrod, tal cual la conocíamos, no era de mucha utilidad, porque los detalles nos habían sido proporcionados por su mujer. Me pareció absolutamente necesario saber más de lo que ella nos contaba. La había interrogado, pero descubrí que ignoraba mucho de lo concerniente a su primer marido... o que, intencionadamente, contestaba con evasivas. De sus tres tíos, solamente Robert conocía a Michael Penrod. Ni Benjamin, ni Albert lo habían visto jamás; y este hecho, que al principio no tenía importancia alguna, adquirió, por cierto, gran significación en una etapa ulterior de mis investigaciones.

»Primeramente fui a Penzance y dediqué varios días a averiguar todos los detalles posibles sobre la familia Penrod. Al examinar la ascendencia de Michael, antes de averiguar lo que se sabía de Penrod, propiamente dicho, hice un importantísimo descubrimiento. Joseph Penrod, padre de Michael, había pasado largas temporadas en Italia llevado por su negocio de sardinas y se había casado con una italiana. Ésta vivió en Penzance con su marido y tuvieron un hijo y una hija que murió en la infancia. La señora parece haber sido motivo de escándalo porque su temperamento latino y su carácter alegre no eran bien mirados en el círculo austero y religioso donde actuaban su marido y sus parientes.

»Fue varias veces a Italia y más tarde Joseph Penrod se arrepintió de su boda. Pudo haberse divorciado, según afirman personas con quienes hablé; pero en consideración a su hijo no tomó tal decisión. Michael quería mucho a su madre y con frecuencia la acompañó a Italia. En uno de los viajes, cuando tenía diecisiete o dieciocho años, sufrió un accidente y se hirió en la cabeza; pero no conseguí detalles sobre el particular. Parece que era un muchacho silencioso y observador y nunca se querelló con su padre.

»Mrs. Penrod murió poco después en Italia. Su marido asistió en Nápoles al entierro, y regresó en seguida a Inglaterra, en compañía de su hijo. El muchacho comenzó a trabajar de ayudante de un dentista, manifestando que deseaba seguir esta carrera. Era joven; tuvo éxito en sus exámenes y practicó en Penzance durante algún tiempo. Pero cierto día se desinteresó por su trabajo; luego quiso trabajar junto a su padre. El negocio de sardinas le permitió visitar Italia, y a menudo pasaba un mes en este país.

»Pocas personas podían darme referencias de su carácter, y no parecían existir retratos suyos; pero una anciana parienta me dijo que Michael había sido un muchacho silencioso y difícil. Me mostró una fotografía de sus padres, junto con su hijo, cuando tenía unos tres años de edad. Su padre no me dio la impresión de haber sido hombre de mucho carácter; en cambio, a juzgar por el retrato, Mrs. Penrod había sido una hermosísima criatura; y, estudiando su rostro a través de una lente de aumento, tuve la convicción de que se parecía a alguien cuyas facciones me eran familiares.

»Es regla para mí, cuando una intuición repentina proyecta luz, falsa o verdadera, sobre un caso que investigo, someter la inspiración a un análisis inquisidor y exhaustivo y oponerle los hechos conocidos. Por tanto, al vislumbrar en la fotografía de la madre de Michael Penrod una posible semejanza con el hermoso rostro de Giuseppe Doria, empecé a ordenar lo que sabía, con el objeto de desvirtuar cualquier deducción surgida de tan curiosa coincidencia. Juzgue usted cuáles no serían mi asombro e interés cuando descubrí que ninguno de mis datos refutaba por completo la teoría que cobraba forma en mi mente. Ni un solo hecho comprobado chocaba con esa nueva posibilidad.

»A la sazón, nada sabía con certeza que excluyera la hipótesis de que la mujer de Joseph Penrod fuera madre de Giuseppe Doria. Sin embargo, podían existir hechos, ignorados por mí, que probaran la inexactitud de mi suposición. Mientras meditaba sobre la forma de averiguar la verdad, mis pensamientos se centraron, naturalmente, en Giuseppe. Para que vea usted cómo a veces se llega a terreno firme después de andar sobre un tembladal, le diré que en esta etapa de mi investigación no se me había pasado por la imaginación que Doria y Michael eran una misma y única persona. Eso vendría después. En aquel momento se me ocurrió la posibilidad de que Mrs. Penrod, dama que había causado algún revuelo en los hogares metodistas de Penzance, hubiera tenido otro hijo en su país de origen. Pensé que tal vez Michael y el medio hermano italiano se conocían y que ambos habían trabajado juntos en la destrucción de los hermanos Redmayne, a fin de que la mujer de Michael heredase el dinero de la familia.

»Después de averiguar lo más que pude en Penzance, me dirigí a Dartmouth; ansiaba conocer, si era posible, la fecha exacta de la entrada de Giuseppe Doria, en calidad de lanchero, al servicio de Benjamin. No encontré a ningún amigo del hermano de Albert; pero di con su médico y, aunque no podía aclararme el punto, conocía a un hombre (un hotelero de Torcross, localidad distante varios kilómetros sobre la costa) que tal vez estuviera enterado de esta importantísima fecha.

»El hombre, Noé Blades, resultó muy capaz e inteligente. Había conocido mucho a Benjamin Redmayne y me explicó que precisamente después de pasar una semana en el Hotel Torcross y de salir a pescar con Blades en su gasolinera, el viejo marino decidió procurarse una embarcación similar para «El nido del cuervo». Así lo hizo y su primer lanchero resultó un fracaso. Puso nuevo anuncio pidiendo otro y recibió

muchas respuestas. Había navegado con italianos y le gustaban como marinos; por consiguiente, eligió a Giuseppe Doria, cuyas recomendaciones eran excepcionales. El hombre llegó a «El nido del cuervo» y dos días después condujo a Benjamin que iba a Torcross a visitar a Blades.

»Como es de suponer, Benjamin no pensaba en otra cosa que en el asesinato que acababa de producirse en Princetown y la tragedia era tan interesante que Blades no tuvo tiempo de fijarse en el nuevo lanchero. Pero lo importante era saber que al día siguiente del crimen (el mismo día en que Benjamin supo lo que su hermano Robert había hecho, al parecer, en la cantera de Foggintor), Giuseppe Doria había llegado a «El nido del cuervo» a ocupar su nuevo empleo.

»Partiendo de la base de este hecho principal, construí mi caso; y no necesito decirle que cada peldaño del camino proyectaba nueva luz sobre el siguiente, hasta que llegué al objetivo final. Robert Redmayne fue visto la noche de la supuesta muerte de Michael Penrod. Se le siguió la pista hasta Paignton. Escapó de su casa antes de que los demás ocupantes se hubiesen levantado; y desde entonces desapareció de la faz de la tierra. Pero ese mismo día (probablemente alrededor de las doce) Giuseppe Doria (un italiano que nadie conocía ni había visto jamás) llegaba a «El nido del cuervo».

»Esto echaba por tierra la teoría del medio hermano de Michael y significaba que no era Penrod, sino el tío de su mujer, Robert Redmayne, quien había muerto en Dartmoor. ¡Y allí yace todavía, muchacho!»

Ganns tomó rapé y prosiguió:

—Ahora bien, después de esta deducción importantísima, examiné de nuevo los hechos y se tornaron mucho más interesantes. Suponía que, en cualquier momento, un golpe decisivo derrumbaría mi construcción; a cada paso temía que algún argumento irrefutable desbarataría totalmente mi teoría; pero no ocurrió tal cosa. Naturalmente, existen pormenores ignorados; muchas pequeñas piezas del rompecabezas que únicamente un hombre en el mundo puede colocar en su sitio, es decir, el mismo Michael Penrod; pero los rasgos principales, el verdadero cuadro, aparecían claramente a mis ojos antes de mi partida de Dartmouth en busca de Albert, que me esperaba en Londres. En el rompecabezas estaban colocadas las piezas principales y nada podía modificarlas. En algunos puntos el cuadro era borroso; sin embargo, no me cabía duda de lo que representaba. Hasta los increíbles detalles que parecían contradictorios ajustaban y se aclaraban a la luz del temperamento de Michael Penrod.

»Aquí corresponde rendir tributo admirativo al arte histriónico de este hombre. Su concepción y creación de "Giuseppe Doria" fue una excelente y bien pensada interpretación teatral. Vivió realmente el personaje y día tras día puso en juego una actitud frente a la vida y cualidades mentales ajenas por completo a su verdadera naturaleza que, en realidad, es reservada y algo melancólica. Pero ambos, su mujer y él, eran por naturaleza comediantes, además de criminales natos.

»Prosigamos. Los detalles principales son, en consecuencia, los siguientes: el primer plano, el segundo y el fondo, forman un todo sintético, lógicamente consistente y hasta racional..., siempre que aceptemos la existencia del disfraz. Me atrevo a profetizar que, antes de morir, Penrod hará una declaración completa. Se lo exigirá su extraordinaria vanidad. Lo que escriba no será, probablemente, sincero; el artista tendrá los ojos fijos en el reflector; pero, antes de que lo cuelguen, podemos esperar una narración bastante completa de sus aventuras, y algo original en materia de suicidio, si le brindan la ocasión; porque tenga la seguridad de que ha pensado en ello.

»Y ahora le diré cómo procuré bombardear mi teoría con cada uno de los hechos, y cómo la teoría soportó todos los asaltos, hasta que me vi forzado a aceptarla y a proceder de acuerdo con ella.

»Empecemos suponiendo que Penrod vive y que Robert Redmayne ha muerto. En seguida partamos de la base de que Penrod, después de matar en Foggintor al tío de su mujer, se viste con las ropas de éste, se pone un bigote rojo y una peluca del mismo color, y parte hacia Berry Head en la motocicleta de Robert. Durante la investigación, sólo se encuentra el saco que, según se supone, sirvió para transportar el cadáver. Lo que el criminal se propuso es desviar la atención hacia un sitio determinado para hacer creer que allí escondió el cuerpo; pero desconfía del mar y no correrá el riesgo de que el cadáver de Robert Redmayne le desbarate el juego. No, su víctima queda en Foggintor, y probablemente Michael Penrod nos indicará el lugar donde se encuentran sus restos.

»Entretanto crea un falso ambiente y amparándose en él, se dirige a cumplir su compromiso en "El nido del cuervo". ¿Qué ocurre entonces? Surge el primer indicio: la carta falsificada, de Robert a su hermano. ¿Quién la envió? Joanna Penrod a su paso por Plymouth, cuando se dirigía a casa de su tío Benjamin. Ella y su marido están otra vez juntos y traman el siguiente golpe. Como le digo, esta pareja hubiese debido trabajar en las tablas; los dos habrían ganado mucho más que la fortuna de los Redmayne; pero tenían el crimen en la sangre; deben de haberse entendido como las hojas de una tijera; coincidían seguramente en cuerpo y alma. Rendían culto al mal y cuando mutuamente adivinaron la mentalidad de forajidos que los asemejaba, sintieron, sin duda, la necesidad de unir sus fuerzas. Era una mujer perversa, Marc, pero sabía amar. Es innegable que las mujeres perversas son capaces de querer, tanto como las buenas... y, a menudo, mucho más.

»Se instalan y la supuesta muerte de Michael Penrod cae en el olvido. Joanna interpreta su papel de viuda; pero pasa el tiempo que quiere en brazos de su marido y juntos planean la desaparición del pobre Benjamin. El infortunado marino nunca había visto a Penrod, detalle que hizo posible el engaño de Doria. Un punto en extremo importante (que sólo Michael está en condiciones de aclarar) es el concerniente al orden en que pensaba cometer sus crímenes. Esto me dio que pensar bastante, porque antes de que Robert Redmayne llegara a Princetown y se

reconciliara con la pareja, Michael debe de haber obtenido el puesto de lanchero en casa de Benjamin, sabiendo que iría allí con nombre falso y supuesta personalidad. Me inclino a creer que su intención era empezar por el viejo marino y que, cuando Robert apareció inesperadamente en Dartmoor, modificó sus planes. Si no me equivoco, la casualidad de dicho encuentro le abrió el camino para su primer paso; pero él se encargará de aclararnos este punto y de explicarnos lo que pasó.

»Ahora llegamos a los prolegómenos del drama de "El nido del cuervo", que terminó con la muerte del segundo hermano. No sabemos a ciencia cierta qué plan se proponía seguir Penrod; pero la segunda visita que usted efectuó a Dartmouth (visita sorprendente, recuérdelo) aceleró ese plan. Usted ofrecía el punto de partida; y, aquella noche de luna y de tormenta, antes de que usted se marchara, Penrod volvió a crear al falso Robert Redmayne y se le presentó, interpretando el personaje. No contento con esto, siguió representando su papel en forma sostenida. Entró en la granja Strete, haciéndose pasar por Robert Redmayne y fue visto por Brook, el granjero. A la mañana siguiente, en su papel de "Doria", lo buscó a usted en Dartmouth para decirle que el asesino de Michael Penrod había reaparecido.

»Cuesta poco imaginar el gusto que le proporcionaba esta doble personificación, y cuan fácil le resultaba, con la ayuda de su mujer, engañarlo a usted de medio a medio. Los celos de usted ante las atenciones que él le prodigaba a Joanna eran para Doria una fuente de exquisita diversión, como también el hecho de que usted sospechara que a ella le agradaban esas atenciones. En cuanto a Joanna... Bueno, es interesante considerar de nuevo la actitud que tuvo con usted. Sí; era una estupenda actriz; pero ¿quién podría decir si procedió inspirada por su amor, por el odio que le despertaban sus desventurados parientes o tan sólo por el puro goce creador de su propio talento? Probablemente, todos estos factores tuvieron su parte.

»Llegamos ahora al juego de la gallina ciega con el falso personaje. Preste atención a cada uno de los pasos. Benjamin no vio ni una sola vez a su supuesto hermano; usted no volvió a verlo nunca. La búsqueda que realizaron ustedes en el bosque fue infructuosa; pero Joanna y su marido, en la lancha, trajeron noticias de él. Ella regresa con lágrimas en los ojos. ¡Ha visto a Robert Redmayne... asesino de su marido! Ella y el marinero han hablado con él; describen la miserable situación del fugitivo y su vehemente deseo de hablar con su hermano. Trazan una imagen maravillosa y realista. Robert quiere ver a solas a Benjamin... y necesita que le lleven a su escondrijo comida y una lámpara. Ha estado en Francia (esto fue un regalito para apaciguarlo a usted, Marc), pero no puede seguir soportando la incertidumbre sobre su suerte.

»Bien; se ponen de acuerdo y Benjamin acepta tener, sin testigos y después de medianoche, una entrevista con su hermano; pero el valor del viejo marino vacila; ¿quién podría echarle la culpa? Dispone secretamente que se halle usted escondido en el cuarto de la torre cuando Robert Redmayne acuda a la cita. Escribe una carta a su hermano, y Joanna y Doria salen nuevamente en la lancha con el objeto de llevársela,

junto con provisiones y una lámpara. Durante la ausencia de ambos, usted se instala en el cuarto de la torre para vigilar la entrevista que está a punto de realizarse, y cuando llega la pareja de la lancha, Benjamin dice a su sobrina que usted se ha ido a Dartmouth y que volverá a la mañana siguiente. Usted recuerda lo que luego sucedió. Cae la noche y, a la hora prefijada, se oyen pasos que suben la escalera que lleva al observatorio, y Benjamin se prepara a enfrentarse con su hermano. Pero no aparece Robert Redmayne; se presenta Giuseppe Doria. Ha hablado largamente con su amo a propósito de Joanna Penrod. Ha confesado al viejo marino el amor que siente por Joanna, y todo lo demás. Usted, oculto en el armario, ha oído el cuento y la respuesta de Benjamin aconsejando a Doria que disimulara su sentimiento y no dijese nada hasta pasados seis meses.

»Ahora bien, lo que ocurrió después me extrañó un poco; pero creo conocer la razón. Unicamente la declaración de Penrod, si lo hace, explicará el punto; sin embargo, adivino que Doria, en su primera entrevista con Benjamin advirtió que usted estaba escondido en el cuarto. Su capacidad de observación es extraordinaria, y apostaría a que, antes de salir de la habitación después de la conversación sobre Joanna, había descubierto su presencia..., sabía que se encontraba usted allí.

»Si fue así, se vio obligado a modificar por completo sus planes. No estoy seguro de que pensara matar a Benjamin aquella noche; pero me inclino a creerlo. Todo estaba dispuesto de antemano. La entrevista con Robert había sido concertada, y varias personas, inclusive usted, lo sabían. Su mujer se hallaba preparada, abajo, para ayudarlo a deshacerse del cadáver; indudablemente, había madurado sus planes hasta el último detalle. Si, por tanto, las cosas se hubieran desarrollado en la forma prevista por Penrod; si en verdad aquella noche usted se hubiese ido, es probable que a la mañana siguiente lo hubieran recibido con la noticia de la desaparición de Benjamin. Habría hallado usted rastros de lucha en el cuarto de la torre y medio litro de sangre decorando juiciosamente el suelo; pero nada más.

»La única explicación plausible de que el crimen no se cometiera en sus narices, Marc, es la suposición de que Penrod había descubierto la presencia de usted dentro del armario. Si hubiera creído que su amo estaba solo a la una de la mañana, lo habría tumbado de un golpe en la cabeza y habría procedido como le digo. Pero no lo hace. Llega presa de gran agitación y describe a su amo el nuevo encuentro que ha tenido con Robert; dice que el prófugo ha cambiado de idea y que sólo verá a su hermano, de noche, en la caverna que le sirve de refugio.

»Al oír esto, Benjamin le ruega a usted que salga de su armario, y Doria, por llamarlo así, finge gran indignación y sorpresa.

»Obtenemos ahora otro informe vívido del fugitivo Robert; y, por fin, Benjamin consiente en visitarlo en su escondrijo. La lámpara estará encendida e indicará una de las cuevas de la apanalada costa donde, al parecer, se oculta Robert. Cae otra vez la noche y Benjamin se dirige a la muerte. Probablemente lo asesina en cuanto pone pie en tierra y luego lo arroja al mar. Por segunda vez no se encontrará el cadáver. Penrod

regresa a "El nido del cuervo" junto a usted y a Joanna. Les comunica que los hermanos están hablando, y revela el lugar del escondrijo. Al rato vuelve a partir, y en su segunda excursión pone en práctica sus tretas de tigre; traza un rastro de sangre a lo largo del túnel, hasta la meseta, y arma su trampa para cuando llegue la policía.

»No es menester detallar la búsqueda infructuosa que se efectuó al día siguiente. Sucedió, punto por punto, como Penrod lo había previsto, y puede usted fácilmente imaginar la diversión que proporcionaría a la pareja de vampiros la cacería del hombre que luego se desarrolló.

»Dos Redmayne habían ido a rendir cuentas al más allá; sólo faltaba uno. Entretanto, el amor sigue sin tropiezo su curso; Doria vuelve a casarse con su mujer. Al menos, así se complacen en declararlo para satisfacción de Albert Redmayne y de usted. No necesito decirle que se fueron a Italia en calidad de marido y mujer, dieron parte de una ceremonia que nunca se realizó y, después de un plazo razonable, fijaron su atención en mi infortunado amigo.

»¿No encuentra usted que junto a ese espíritu cándido y bondadoso algún destello de simpatía humana hubiera debido tocar sus corazones? ¿Es posible que el trato diario con un ser tan amable y de corazón tan generoso no despertara una chispa de piedad en sus almas? No; fueron allá a matarlo y la víctima recibió amistosamente a sus asesinos. Es interesante observar que, de los dos, Albert prefería a Giuseppe. No sabía qué pensar de Joanna; así me lo confesó; le extrañaba que hubiese olvidado tan pronto a su primer marido. Tanta indiferencia era incomprensible para la tierna sensibilidad de Albert, quien, sin duda, recordaba también el antecedente del casamiento de su sobrina con Penrod, contra la voluntad de la familia; la joven le traía a la memoria el carácter voluntarioso de su padre y sus obcecadas pasiones.

»Llegan decididos a cumplir sus siniestros propósitos, y Albert los recibe con cariño: y entonces..., ¡un acto de insensata locura! ¡El punto débil del despiadado plan de esta pareja! ¡Doria desentierra a Robert Redmayne y vuelve a desafiarlo a usted! Tenía en sus manos un centenar de medios más seguros y simples para suprimir a Albert. La región donde vivía, su naturaleza confiada e ingenua lo convertían en facilísima presa para cualquier criminal; pero la vanidad de Penrod se nutría y crecía con el éxito. Era un artista y deseaba completar su obra maestra prestando las debidas atenciones a la forma. Tenía que realizarla para que ocupase un puesto perdurable en las más altas categorías del crimen. Su orgullo rechaza la ley del menor esfuerzo. Todo se hará de acuerdo con los planteamientos del gran diseño originalmente concebido por él. Corteja el peligro y crea la dificultad a fin de acrecentar la importancia de su última realización.

»Por consiguiente, el falso personaje vuelve a surgir; y no basta que Joanna comunique a su tío la aparición de Robert Redmayne en el lago de Como. Se necesita un testigo importante: Assunta Marzelli no sólo ve al hombretón del bigote, de la cabellera y del chaleco rojos, comunica también la terrible impresión que esta súbita presencia ha causado a su ama. Como usted recordará, Albert creía que el marido de

Joanna se hallaba en Turín. La infame pareja pone entonces en ejecución las viejas prácticas: Doria, en persona, llega; juegan con el tema; lo enriquecen con detalles; alarman a su infortunada víctima y lo llaman a usted, con la intención de tratarlo de la misma forma que las veces anteriores.

»El hecho de que Albert me llame para que lo ayude tampoco acelera sus planes. ¿Quién es Peter Ganns? Un célebre policía norteamericano. ¡Bien! Otra víctima que caerá bajo las ruedas de su carroza. Será un triunfo internacional. Hay que asesinar a Albert ante un público digno de la ocasión. Las fuerzas policíacas combinadas de Estados Unidos, Italia e Inglaterra, buscarán a Robert Redmayne y auxiliarán a Albert; pero el uno escapará a la captura; el otro morirá en las narices de todos ellos —se volvió hacia Brendon—. Y cumplieron sus propósitos gracias a usted, muchacho.»

—Y lo pagaron... gracias a usted —repuso Brendon.

—Somos hombres, no máquinas —observó Ganns—. El amor perturbó su mente, Brendon, y creó el inevitable fermento. Naturalmente, Penrod fue rapidísimo en aprovechar su debilidad. Es posible que haya hecho sus cálculos sobre esta base cuando al principio, inducida por él, Joanna le pidió ayuda. Conocía la impresión que causaba a los hombres; seguramente en Princetown había averiguado quién era usted y sabía que era soltero. Por consiguiente, cuando pase el tiempo y esté en condiciones de mirar hacia atrás sin resquemor, su punto de vista será más amplio y, viéndose desde fuera, se perdonará a sí mismo y reconocerá que su castigo fue más grave que su error.

En la oscuridad creciente, el tren cruzaba con su estruendo a través del valle del Ródano, mientras arriba las cimas de las montañas se esfumaban en la noche. Un camarero se asomó al compartimiento.

—Está servida la comida, señores —dijo—. Cuando vayan al coche-comedor, con el permiso de ustedes, les prepararé las camas.

Se levantaron y se dirigieron juntos al comedor.

—Estoy sediento, muchacho, y creo que merezco un trago —dijo Peter.

—Merece mucho más de lo que cualquier otro podrá pagarle jamás, Ganns —replicó Brendon.

—No diga semejante cosa, ni la piense. No hice más de lo que usted hubiese hecho en plena posesión de su libertad de espíritu. Y recuerde siempre lo siguiente: no le echo la culpa ni siquiera cuando pienso en mi viejo y queridísimo amigo. Sólo me echo la culpa a mí mismo, porque el error último y fatal fue mío..., no suyo. Cometí una tontería al confiar en usted, y no tengo disculpa. En aquel momento no era posible tener la menor confianza en usted, y hubiera debido saberlo. Nuestra limitada capacidad hizo que los dos erráramos, e hizo que errara Penrod. Usted sabe, Marc, lo que acontece con los planes mejor trazados «de ratones y hombres»... El villano desfigura su villanía; el virtuoso mancha su vida inmaculada; el cerebro más astuto se reseca repentinamente... todo porque en el bien y en el mal la perfección es

inaccesible para los santos como para los pecadores.

Confesión

Durante las audiencias de otoño, Michael Penrod fue juzgado en Exeter y condenado a muerte por los asesinatos de Robert, Benjamin y Albert Redmayne. No presentó defensa y se mostró impaciente por volver a su reclusión entre las rojas paredes de la cárcel del Condado; allí empleó lo poco que le restaba de vida en redactar una declaración, coincidente con la anunciada por la clarividencia de Peter Ganns.

Este extraordinario documento tenía las características del asesino en cuestión. Era, en cierto modo, atrayente; pero le faltaba verdadera distinción y la calidad propia de la grandeza; muy semejante en esto a los crímenes que refería y al hombre que los había cometido. La confesión de Penrod revelaba insensibilidad, deficiente sentido humorístico, afectación y amor por el relumbrón y la grandiosidad, defectos que anulaban cualquier desmedida pretensión de que este escrito figurara en los anales de la literatura o del crimen. El documento terminaba con la afirmación de que el autor no moriría a manos de sus semejantes. Varias veces había repetido este aserto, y se tomaron todas las precauciones concebibles para impedir que eludiera su sentencia: suceso que será registrado oportunamente. He aquí su declaración, palabra por palabra, tal cual la escribió:

MI APOLOGÍA

«¡Vosotros, jueces, oíd! Hay otra locura, y es anterior al hecho. ¡Ah! ¡No habéis ahondado lo bastante en esta alma! Así habló el juez rojo: "¿Por qué cometió un asesinato este criminal? Con propósitos de robo." Sin embargo, os digo que su alma tenía sed de sangre, no hambre de botín: ¡tenía sed de la felicidad del cuchillo!

«Dice también:

»¿Qué es este hombre? Un nudo de feroces serpientes que luchan entre sí... y que se separan para buscar su presa en el mundo.

»Así escribía alguien cuyo arte y cuya sabiduría nada dicen a esta generación de cerebros de topo; pero me fue dado hallar alimento y bebida en sus páginas y ver mis impresiones juveniles reflejadas y cristalizadas, con el brillo del genio, en su mente maravillosa.

»Recordad: yo, el que escribo, no he cumplido aún treinta años.

»Como muchacho sin experiencia, me preguntaba a veces si no se habría deslizado dentro de mi esqueleto algún espíritu perteneciente a un orden de seres

distintos del humano. Tenía la impresión de que ninguna de las personas con quienes trataba era de pasta igual a la mía; porque hasta entonces sólo había conocido a una sola —mi madre— libre de la enfermedad del remordimiento. Mi padre y sus amigos se revolcaban en este mal. Se declaraban abiertamente miserables pecadores; y, al parecer, consideraban que tal actitud era la única respetable de la humanidad en general. "La seguridad" era la exclusiva situación que había que buscar; "el peligro" la única condición que debía evitarse. ¡Los de Cornualles son la hez de la cobardía!

»No obstante, pronto descubrí que la historia abundaba en grandes figuras que habían pensado y actuado de otra manera; y, más tarde, a la luz del espectáculo del pasado, logré reconocerme.

»En la noción contenida en el término general y vago de "crimen", todo depende de los valores del ejecutante; una y otra vez descubrimos que un criminal ha dado el golpe sin prever lo que le costará o sin detenerse a considerar a los inquisidores insomnes que pueden ocultarse en su corazón y su mente, y que tarde o temprano lo descubrirán o denunciarán.

»El hombre de conciencia, el hombre capaz de remordimiento, el que asesina dominado por la violencia, advertirá en seguida que por bien realizado que esté el crimen, mil distracciones desconcertantes nacidas de su debilidad, inherente o adquirida, surgen para confundirlo. El remordimiento, por ejemplo, es siempre el primer paso que conduce al descubrimiento del crimen, cuando no a la confesión; del mismo modo, cualquier inquietud menor origina preocupaciones mentales, con el consiguiente peligro para la persona. Los asesinos comunes que van a la horca, ciertamente la merecen; los que matan como yo, sin que sus opiniones se modifiquen después de consumado el crimen y se mantienen en una resolución fija e inteligente, superior a cualquier acto impulsivo, no deberían correr peligro. Nos complacemos en la sublime satisfacción mental que sigue al éxito; sensación que constituye nuestro sostén espiritual, nuestro sustento y nuestra recompensa.

»¿Qué otra cosa en el mundo proporciona tanta experiencia como el asesinato? ¿Qué pueden darnos la ciencia, la filosofía, la religión, comparable a los misterios, peligros y triunfos de un crimen capital? Comparado con el crimen, aquello es juego de niños; y como de todos modos el otro mundo embrutecerá irremediabilmente nuestro conocimiento, confundirá nuestras verdades aceptadas y reducirá la sabiduría de esta tierra al balbuceo de la infancia, abandoné la física y la metafísica para dedicarme a la acción..., y como probé la sangre temprano, vibré con el goce que me brindó.

»A los quince años de edad maté a un hombre; y este asesinato, realizado por razones muy concretas, me produjo una emoción que superaba todo lo imaginado. Fue como si bebiendo de un manantial, a la vera del camino, hubiese probado un elixir. Tal incidente quedó en el misterio; nadie conoce, hasta ahora, la causa de la muerte del capataz de mi padre, Job Trevoise. Este hombre vivía en Paul, aldea situada en las colinas próximas a Penzance; en el trayecto que recorría para dirigirse a

su trabajo pasaba por el sendero de los guardas de costas que corre a lo largo de altos acantilados. Cierta día que me hallaba entre los cobertizos destinados al acondicionamiento del pescado oí, sin ser visto, que Trepose, conversando con otro hombre, le decía que la mala conducta de mi madre deshonraba a mi padre.

»Desde aquel momento Trepose estuvo sentenciado a muerte por mí; y, semanas después, tras varias infructuosas tentativas que realicé a fin de establecer condiciones adecuadas, lo atrapé al anochecer en medio de la niebla marítima, cuando regresaba a su casa. No había nadie más que nosotros dos en el sendero del acantilado; él era de físico endeble y yo un muchachote grande y vigoroso. Avancé unos cincuenta pasos detrás de él; cuando estuve cerca acorté la marcha y, saltándole al cuello, lo arrojé, en un santiamén al espacio, por encima del borde del acantilado. Lanzó un solo alarido y recorrió ciento ochenta metros en su caída. Cumplido mi propósito, huí a través del campo, tierra adentro, y llegué a casa cuando era de noche. Nunca relacionaron este asunto conmigo ni con ninguna otra persona. La muerte de Job Trepose fue atribuida a un accidente..., tanto más creíble cuanto que aquel hombre era bastante aficionado a la bebida.

»En lugar de despertarme remordimiento, esta experiencia aumentó mi virilidad. Mi acción me causaba regocijo. Pero a nadie confié lo que había hecho; únicamente mi mujer supo, más adelante, la verdad. Transcurrió el tiempo y proseguí mi vida en forma normal, tratando de conocerme a mí mismo y acrecentando mi comprensión de la naturaleza humana. Nunca me dejé llevar por pasión alguna; aprendí a reprimirme y comprobé que sólo mediante el conocimiento y el dominio de sí mismo se conquista el poder. No perseguí la fruta prohibida; pero no la eludí. Mi vida continuó ordenadamente; elegí la profesión de dentista, porque pensé que me daría la oportunidad de conocer a personas más interesantes que las relacionadas con mi padre; y conservé abierta la mente para mí mismo y cerrada para los demás.

»En aquella época mi mayor felicidad eran los ocasionales viajes a Italia que realizaba en compañía de mi madre. Sentía que este país era mi verdadera patria y odiaba a Cornualles y a sus habitantes. Y en el momento psicológico, cierta muchacha despertó en mí instintos hasta entonces adormecidos; fui objeto de una suerte poco común: hallé en el otro sexo un espíritu hermano. Hasta que conocí a Joanna Redmayne no creía que existiese mujer capaz de ver con mis ojos, ni de compartir mi desdén por las trabas impuestas a la vida. Nunca me habían interesado las mujeres, excepto mi madre; no había conocido a ninguna dotada, como ella, de gran corazón, de tolerancia, de humorismo y de indiferencia ante las convenciones.

»Cuando un amigo casual, el loco de Robert Redmayne, llevó con él a su sobrina a pasar las vacaciones, descubrí en la estudiante de diecisiete años una magnífica mentalidad, pagana y sencilla, que unida a su extraordinaria belleza clásica, me conmovió profundamente. Desde el día en que nos conocimos, desde la hora en que la oí burlarse de las objeciones que oponía su tío a los baños de mar mixtos, me sentí como poseído; y es fácil adivinar, aunque no medir, la magnitud de mi dicha cuando

comprendí que Joanna reconocía en mí al complemento y agregado que su espíritu, inconscientemente, buscaba.

»Hasta entonces había tenido muy escasa noción de su propia alma; y después de nuestro encuentro, la luz blanca, límpida e impetuosa de su mundo interior brilló en secreto y únicamente para mí. Nos amamos apasionadamente desde el primer momento, y cada nuevo hallazgo que mutuamente hacíamos en nuestros corazones nos unía con creciente adoración y vehemencia. Éramos, con toda seguridad, el hombre y la mujer más exquisitos, originales, hermosos, valientes y distinguidos que había visto pasar por sus calles el atrasado pueblo de Penzance. A veces las gentes nos miraban como a bellos personajes mitológicos; pero no sabían que nuestros espíritus eran tan maravillosos como nuestros cuerpos. Las dos llamas se unieron; y antes de que la joven terminara su educación estábamos prometidos para siempre.

»Lo que vio en mí fue una extraordinaria belleza masculina, unida a un intelecto que colocaba en su debido sitio el bien y el mal y se elevaba, por instinto nato, sobre uno y otro. Lo que descubrí en ella fue una actitud mental tan libre e indagadora, tan completamente exenta de prejuicios familiares, de opiniones aprendidas de sus mayores, que me sentí descubridor de una joya inapreciable y sin mancha, terrestre o celestial. Su intelecto era puro y no estaba viciado por ninguna superstición; revelaba una saludable sed de conocimiento; al adorarme, adoraba también mi actitud frente a la vida. Hicimos fascinadores viajes de descubrimiento de nuestras almas; varias veces efectuamos experiencias con personas comunes y pronto comprendimos que ambos poseíamos una excepcional habilidad histriónica.

»Anteriormente, Joanna había acariciado la ambición de trabajar en las tablas; y, pese a que su difunto padre no se lo hubiera impedido, su deseo no fue alentado por los tres bodoques de sus tíos, que, a la sazón, creían dominar el porvenir de su sobrina. Con mi mujer, el mundo ha perdido a una maravillosa artista.

»No tenía secretos para mí y pronto me enteré de que un día sería rica; sin embargo, no fue la perspectiva del dinero de los Redmayne lo que acertó la vida de sus tíos. Joanna y yo no éramos caníbales y, aunque mi juvenil experiencia del crimen atraía y aumentaba su admiración por mis cualidades, no abrigábamos, en aquel momento, la intención de anticiparnos a los acontecimientos ni de disgustarnos con sus parientes.

»Cuando la conocí, su abuelo vivía aún y en nuestros proyectos tenían escasa cabida el monto de la fortuna del anciano y sus disposiciones testamentarias. Estábamos demasiado enamorados para pesar el valor del dinero, y la distinción de nuestros temperamentos no nos permitía perder un minuto en sórdidos cálculos.

»Transcurrió un año; Joanna estaba dispuesta a casarse conmigo y a convertirse en mi estrella gemela; yo la deseaba con ansia incontenible. Por suerte, la situación se aclaró; murió su abuelo y supimos que, oportunamente, sería dueña de cuantiosos bienes; yo disfrutaba de una renta del negocio de Penrod y Trecarrow.

»Entonces estalló la guerra, provocando incidentalmente la sentencia de muerte

de los hermanos Redmayne. La locura y falta de comprensión que demostraron tuvieron la culpa de lo que más adelante ocurrió.

»Los hechos son conocidos de todos, pero no las tremendas y violentas emociones que soporté cuando estos patriotas estúpidos me tacharon de cobarde y de traidor a mi país. No discutí con ellos; me bastó que en Joanna se despertara rápidamente un odio más amargo aún que el mío y un resentimiento más furioso y profundo que el que yo experimentaba. Habían suscitado la tempestad latente y nuestros rayos eran sólo cuestión de tiempo.

»¿Tenía, por ventura, que convertirme en carroña a causa de estúpidas luchas internacionales? ¿Tenía que sacrificar mi espléndida vida porque cerebros embrutecidos y de ínfima categoría, cegados por su propia ignorancia y engañados por estadistas más inteligentes habían permitido que Inglaterra se dejara arrastrar a una guerra con Alemania? ¿Acaso era el cordero que sería ofrecido en holocausto por un gobierno de disidentes de la iglesia anglicana...? ¿Consentiría en ser mutilado por los "boches" porque mi insensato país confiaba en la vieja pandilla? ¡No!

»Había comprendido hacía tiempo que la guerra estallaría; había subido a tribunas públicas, sumándome al pequeño núcleo que advertía del peligro al Imperio, y cuyos esfuerzos eran ridiculizados por los murciélagos y topos que gobernaban. Pero morir para salvar a esa escoria diplomática, sufrir tormentos indecibles y la muerte por culpa de aquella banda de miopes hipócritas que se denominaba gobierno británico... ¡Nunca!

»Como lo hicieron varios millares de hombres inteligentes, eludí el servicio activo ingiriendo una droga que afectaba al corazón. Conservé mi pellejo, no salí del país y obtuve mi parte: la Orden del Imperio Británico, en lugar de una tumba sin nombre. Fue bastante fácil.

»Antes de que Joanna y yo nos casáramos, ella sabía que mi honor ultrajado había sentenciado a muerte a su familia. Pero este trabajo podía esperar hasta que la guerra terminase. Tal vez Alemania diera cuenta de Robert Redmayne; y era posible que hasta el anciano Benjamin, asignado a un dragaminas, perdiera la vida luchando por su patria. Mientras tanto nos presentamos como voluntarios y nuestra hoja de servicios en el Depósito de Musgo de Princetown es inmejorable.

»Mis intenciones para el futuro empezaban a colorear mi vida. Dejé que me creciera la barba, usé lentes e hice creer que mi organismo era endeble, porque me proponía matar a tres hombres después de la guerra, haciéndolo en forma tal que nadie pudiera atribuirme esos crímenes. Mi mujer, naturalmente, aprobaba sin reservas mi decisión y dedicamos muchas horas al proyecto. Odiaba a su familia, como sólo pueden odiar los parientes; por otra parte, tenía motivos personales de queja, porque su legado de veinte mil libras se hallaba retenido a la espera de lo que quisiera disponer Albert Redmayne. A Joanna le interesaba el dinero más que a mí; me hizo notar que sus tíos y ella heredaban la fortuna de su abuelo (bastante más de cien mil libras) y que, siendo solteros los tres hermanos, ella podía, razonablemente,

esperar que le llegaría el turno de heredarlos a todos.

»Con esto a la vista, nos dedicamos intensamente al trabajo en el depósito de musgo, y esperábamos conquistar más adelante la confianza y la buena voluntad de los hermanos antes de suprimirlos de la faz de la tierra. En Princetown adoptamos la actitud activa y sencilla frente a la vida que mejor podía engañar a los seres con quienes el trabajo nos había puesto en contacto. Fingimos entusiasmo por nuestras tareas y afecto por Dartmoor; ambos eran igualmente falsos.

Para dar un ejemplo de nuestros métodos de largo alcance, citaré nuestro regreso al páramo después de la guerra. Iniciamos allí la construcción de una casita que, excuso decirlo, nunca tuvimos intención de habitar. Pero la semilla estaba sembrada, y creamos en muchas mentes la impresión de una pareja sencilla, convencional, de criterio estrecho, ingenua y, por tanto, atrayente para la mayoría.

»Llego ahora a mi confesión, y antes de empezar debo reconocer que las circunstancias tuvieron la virtud de modificar los detalles y mejorar el plan inicial. Mi grandeza aumentará gradualmente a los ojos de los críticos inteligentes y sin prejuicios, cuando consideren mis dotes de adaptación; porque el juego imprevisible del azar, que enreda para el resto de sus días al noventa y nueve por ciento de los hombres, fue para mí motivo de mayor inspiración y aprovechamiento. Domé la suerte; le puse el freno en la boca, y la brida en el fogoso pescuezo. La suerte alteró enormemente mi plan original; pero no consiguió modificar mi talento; se convirtió en esclava para servir un propósito inexorable, superior a ella.

»La guerra dejó con vida a los tres hermanos. Había proyectado suprimir primero a Benjamin y a Albert, que nunca me habían visto, y dejar para el final a mi viejo amigo Robert; pero éste llegó en el momento crítico, como un corderito que se ofrece al sacrificio y esta circunstancia me inspiró la invención magnífica que ahora conoce el mundo civilizado.

»Era hora de matar a aquellos hombres que me habían insultado y ultrajado; y cuando Benjamin Redmayne publicó un anuncio pidiendo un lanchero, acepté el desafío. Dejé a mi mujer y desde Southampton ofrecí mis servicios, haciéndome pasar por marino italiano, entendido en mecánica y familiarizado con este país, que buscaba ocupación en Inglaterra. Desde niño había sido el mar mi patio de recreo y dominaba perfectamente lo relativo a la navegación. No obstante, dudé de que Benjamin me eligiese y pensé que esta tentativa no me brindaría la oportunidad de conocer a mi primera víctima. Envié varias cartas falsificadas, de recomendación, con formas extranjeras y aguardé. Aceptó. Le agradaban los marineros italianos; los había conocido en el transcurso de sus viajes, y le gustaron mi carta y mis imaginarios antecedentes de soldado. Convinimos en que ocuparía mi puesto un día determinado de fines de junio; y regresé a Princetown llevando esta interesante noticia.

»No es necesario que detalle mi plan original; cualquier lector dotado de imaginación advertirá que Benjamin Redmayne hubiera estado muy pronto en mi poder y que poco me hubiese costado deshacerme de él. Pero, en el transcurso de la

quincena anterior a mi traslado a "El nido del cuervo", la llegada de Robert Redmayne cambió las cosas. Aunque parezca extraño, mi mujer había estado la víspera a punto de conseguir que no fuese a cumplir mi compromiso con Benjamin. Había sabido que Robert se hallaba en Paignton, y el peligro de un encuentro con él (la posibilidad de que visitara a su hermano y me reconociera) era demasiado grande. Por tanto, casi había abandonado el papel de "Giuseppe Doria", cuando Robert llegó a Princetown y nos reconciamos con él. Entonces Joanna, a quien corresponde la gloria de esta etapa —¡mi fiel, mi admirable Joanna!—, entrevió la brillante ocasión que se nos ofrecía. Estudiamos los pormenores con minuciosa precaución; previmos y calculamos los azares y riesgos.

»El hecho de que, en cualquier momento, Robert Redmayne visitara a Benjamin hacía que el personaje de "Doria" constituyese un peligro; porque pese a la escasa percepción de Robert —era un tonto ruidoso y fácil de engañar— estaba pendiente de la probabilidad de que me reconociera. Y más aún después de haber reanudado nuestra antigua amistad. Había una solución; si Robert Redmayne era reducido a silencio, si desaparecía, podría interpretar tranquilamente el papel de "Giuseppe Doria" en casa del viejo marino.

»De esta decisión, impedir que Robert visitara a Benjamin, nació la forma fatal de conseguirlo. Una semana antes de que muriera Robert Redmayne, habíamos planeado las etapas de nuestro itinerario.

»¿Cuál fue el primer paso? ¡La súplica que me hizo Joanna de que me afeitase la barba! Me lo rogó reiteradamente y pidió a Robert que la apoyase. Me opuse a complacerlos hasta la mañana de la fecha señalada para su muerte. Aparecí sin barba, y ambos me felicitaron. Hicimos otros pequeños preparativos. Días antes mi mujer había ido a Plymouth con su tío, en la motocicleta; en cierto momento se separó de él para efectuar varias compras, adquirió en la tienda de artículos teatrales Burnell una peluca roja de mujer. De vuelta a casa la convirtió en peluca roja de hombre. Entretanto me había fabricado unos grandes bigotes. Aprovechando las ausencias de Mrs. Gerry, nuestra huésped, sustraje pelo de la cola de uno de los zorros disecados, cuyo color era exacto al mostacho leonado de Robert Redmayne. Era cuanto necesitaba. El resto de mi disfraz lo llevaría el mismo Robert a la cantera.

»También trasladé otros adminículos a ese sitio; era indispensable prever muchas cosas. Cuando salimos los dos, después del té, en la motocicleta, con el objeto de trabajar en la obra en construcción, llevaba conmigo una maleta que contenía el traje de Giuseppe Doria; traje muy sencillo de sarga azul, que se componía de chaqueta, chaleco, pantalones y gorro de marino. Llevaba asimismo una herramienta..., el pequeño instrumento con el cual asesiné a los tres Redmayne. Se asemejaba al hacha de un matarife; era muy pesada y uno de sus lados tenía filo. La encargué en una herrería de Southampton y hoy yace bajo las aguas del lago de Como. En otras ocasiones había llevado la maleta a la cantera, con vasos y una botella de "whisky"; por consiguiente, a Robert no le extrañó que volviese a hacerlo.

»Nos dirigimos a Foggintor y llegamos cuando aún era de día. Yo, que anteriormente había estudiado la cantera, sabía dónde descansaría para siempre Robert Redmayne. Lo hallarán —y con él el traje que usaba yo aquella tarde— en el punto donde las piedras se abren en forma de abanico, deslizándose desde arriba y ensanchándose hacia abajo. A la derecha, en la base, el agua que cae de los salientes de granito gotea ininterrumpidamente; allí, a medio metro de la superficie está enterrado su cuerpo. El agua alisa, sin cesar, la pendiente; y todos los días los guijarros y la arena granítica que descienden aumentan el volumen que cubre su cadáver. La corriente líquida debe de haber lavado, en seguida, los rastros de mi trabajo; y aun con estas señas, quizá resulte difícil encontrar al muerto.

»Llegados a la casita, lo primero que propuso Robert fue que nos bañásemos en la charca de la cantera. Lo había acostumbrado a hacerlo. Nos desvestimos y pasamos diez minutos nadando. Advertirá el lector la importancia de este detalle. Sus ropas estaban a mi disposición, sin mancha alguna. Cuando volvimos de la charca a la casa, tumbé de un solo golpe, con mi arma formidable, a un hombre desnudo. Me volvía la espalda y el hacha atravesó su cráneo como si atravesara un pan de manteca. Antes de que le cortara el cuello estaba muerto. Me puse los zapatos, empuñé una azada y, desnudo, me dirigí rápidamente al montón de granito.

»Abrí la fosa debajo del agua que caía, excavando sesenta centímetros en las piedras sueltas, porque aquella profundidad era suficiente. Luego transporté el cadáver y mi ropa; los enterré; volví a cubrir el suelo y dejé que las incesantes filtraciones de lo alto hicieran el resto. Únicamente una persona muy sagaz habría podido, a la mañana siguiente, descubrir rastros en aquel sitio, aunque lo hubiese recorrido en su totalidad. Pero las medidas que tomé hicieron que la policía se orientara en otra dirección. Un Ganns hubiera, tal vez, hallado indicios; un Brendon era más fácil de engañar.

»Había conseguido deshacerme del cuerpo del delito. Afrontaba ahora la tarea de crear la falsa apariencia de realidad que con tanto éxito rodeó dichas actividades. Me vestí con las ropas de Redmayne. Nuestra estatura y corpulencia eran casi iguales, y el traje me quedaba bastante bien, aunque, examinado en detalle, un poco grande. Luego me coloqué la peluca y el bigote y me calé la gorra de Robert: era demasiado holgada, pero hice caso omiso. Busqué el saco, lo manché con sangre e introduje en él, para rellenarlo, mi maleta y un montón de helechos y cascotes. Lo até detrás de la motocicleta: un bulto pesado cuyo objeto era crear las necesarias sospechas.

»No quedaba, en Foggintor, nada de Redmayne ni nada que me perteneciera. Largo rato después de la caída de la tarde emprendí la marcha y fui dejando rastros a través de Two Bridges, Postbridge y Ashburton, rumbo a Brixham. Una sola vez me vi en apuros; fue en la barrera del camino situado junto a la estación costanera de Brixham; pero levanté la motocicleta y, pasándola por encima del obstáculo ascendí los acantilados en la dirección de Berry Head. El destino me favoreció, porque, pese a lo tardío de la hora, hubo testigos de mis pasos; hasta tuve la suerte de cruzarme con

un joven pescador que bajaba del faro en busca de un médico en un lugar donde nunca hubiera esperado hallar a alma viviente. De esta forma las autoridades pudieron seguir mi camino y anotar cada etapa de su largo recorrido.

»Cuando llegué al acantilado vacié el saco, arrojé al espacio el relleno, até mi maleta en el soporte que antes había sostenido el bulto, introduje el saco manchado de sangre en una conejera, donde con seguridad sería hallado y regresé a Paignton, a la casa donde Robert Redmayne se alojaba. La dueña de casa había recibido un telegrama en el que le anunciaba su regreso para aquella noche. Había conseguido sonsacarle a Robert detalles del lugar y, debido a ello, sabía dónde guardaba su motocicleta; la dejé en el cobertizo y, utilizando la llave de la víctima, entré en la casa hacia las tres y di cuenta de la abundante comida preparada para él. En la casa sólo vivían una viuda y su criada, y ambas dormían profundamente.

»No me atreví a buscar el cuarto de Robert, porque ignoraba cuál era; pero cambié de traje, poniéndome el de sarga, y el gorro, y los zapatos de color castaño de Doria. Luego guardé en mi maleta las ropas de Redmayne: el traje de tweed, el llamativo chaleco, las botas y los calcetines, junto con la peluca, los bigotes y el arma. Algo después de las cuatro me marché, convertido en un marinero afeitado, de tez bronceada: en el "Giuseppe Doria" de fama inmortal.

»Empezaba a aclarar, pero Paignton dormía aún y no me crucé con un agente de policía hasta cosa de un kilómetro más allá del balneario. Después de admirar la belleza del alba, que despuntaba sobre Torquay, me dirigí a pie a Newton Abbot y llegué antes de las seis. Desayuné en la estación y más tarde tomé el tren que salía para Dartmouth. Antes de mediodía estaba en "El nido del cuervo" y conocía a Benjamin Redmayne. Era tal cual había descrito Joanna, y conseguí conquistar fácilmente su amistad y su estimación.

»Pero en aquellos momentos tenía poco tiempo para ocuparse de mí, porque su sobrina le había comunicado la misteriosa tragedia de Dartmoor.

»Excuso decir que pensaba constantemente en mi mujer y ansiaba recibir noticias suyas. Esta breve separación me hacía sufrir, porque nuestras almas eran una, y nunca, excepto la vez que fui a Southampton, nos habíamos separado.

»La idea exquisita de hacer intervenir en el asunto al hombre de Scotland Yard se le ocurrió a ella. Le habían recomendado a Marc Brendon que se hallaba de vacaciones en Princetown, y no se equivocó al juzgarlo; además, su intuición femenina le hizo comprender el cariz verosímil que prestaría a nuestro plan la participación activa del detective. Genialmente segura de sí misma, complicó las cosas llamando a Brendon y obteniendo su entusiasta ayuda. Ganamos mucho con esto, porque el incauto se convirtió pronto en condescendiente víctima de Joanna. Mientras su ineptitud y sus pecados de omisión agregaban a episodios ulteriores un cúmulo de detalles provechosos para nosotros, su mediocre talento se oscurecía cada vez más porque se había enamorado de mi mujer. De este modo, con el correr del tiempo nos fue muy útil; pero a veces la suerte favorece a los tontos; y al final, su

misma estupidez lo ayudó. Cuando traté de matarlo en el Griante, creyendo que lo había logrado, el hombre demostró un ingenio que nunca le hubiera atribuido y, sin saberlo, preparó los cimientos de nuestro futuro desastre.

»La carta que recibió Benjamin, y leyó convencido de que había sido enviada desde Plymouth por su hermano, fue puesta en el correo por Joanna cuando se trasladó a "El nido del cuervo". La habíamos escrito juntos una semana antes, estudiando cuidadosamente la letra, de rasgos impersonales, de su tío Robert; consideraba muy útil esta pantalla y no me equivoqué, porque concentró la atención en el citado puerto y afianzó la teoría de la huida de Robert a Francia o a España.

»De este modo terminó el primer episodio. El asesinato de Michael Penrod fue aceptado como un hecho abonado por abundantes indicios y al cual sólo le faltaba la evidencia absoluta del cuerpo del delito; en cambio, la huida de Robert Redmayne planteaba a las autoridades un problema irresoluble. En realidad, era como si Michael Penrod hubiera muerto, porque mi plan incluía la decisión de que nunca reaparecería. Como es de suponer, no podía presentarse nuevamente ante el mundo; y yo, que había creado a "Doria", empecé a interpretar con deleite mi nuevo papel en la vida: era autor y actor al mismo tiempo. El personaje no brotó completo de mi cerebro; al igual que otros grandes intérpretes, amplié y enriquecí gradualmente mi creación, hasta llegar a sentir como propia la personalidad del ser en que me había transformado, y a pensar como él. Penrod se convirtió en la sombra de una sombra.

»El pasado, mediante el esfuerzo de mi voluntad, se desvaneció de mi memoria. Inventé otro pasado y pronto creí en la realidad de su existencia. Cuando mi mujer volvió a mi lado, me enamoré de ella por segunda vez. ¡Entré de modo tan magnífico en la existencia y en el punto de vista mental de Giuseppe Doria que estuve a punto de escandalizarme ante la familiaridad de Joanna cuando me besó y abrazó en la primera oportunidad que tuvimos después de su llegada a "El nido del cuervo"!

»Y su talento, que vibraba al unísono con el mío, aceptó sin vacilar esta espléndida transformación de su marido inglés. También a sus ojos me convertí en un nuevo ser. Con la maravillosa capacidad de imaginación que sólo poseen las mujeres geniales, no tardó en formarse de mí una idea enteramente distinta de la que tenía de Michael Penrod —me vio como a un hombre más dotado y original— y este esfuerzo imaginativo nos permitió crear esa sólida apariencia de un creciente entendimiento entre ambos que con tanta eficacia engañó a Benjamin Redmayne y despistó a Marc Brendon.

»No tengo palabras para explicar la singular diversión que nos proporcionó este aspecto de nuestra impostura. Decidimos que dejaríamos pasar seis meses antes de matar a Benjamin Redmayne, y estábamos estudiando los detalles de la ejecución y la mejor forma de hacer que Robert reapareciera en escena, cuando Marc Brendon se presentó de sopetón. Llegó muy a propósito con sus ojos llenos de ingenuo amor; era evidente que nos ayudaría una vez más, aplicando sus limitadas dotes al problema de la próxima desaparición de nuestro viejo lobo de mar. Conocíamos bien a Marc y

comprendimos que nos sería muy útil, porque su presencia serviría para proteger la falsa realidad del ambiente ficticio que habíamos creado.

»Tuvimos que proceder con rapidez... Con tanta rapidez que dimos los primeros pasos antes de haber planeado totalmente los últimos; pero el lugar, las ventajas de las largas y oscuras noches invernales, y otras circunstancias más, nos prestaron valiosa ayuda en la difícil empresa que realizábamos. En seguida hice revivir a Robert Redmayne. Claro está que no lo habría ataviado con su viejo traje, si hubiese tenido más tiempo para perfeccionar mi acción; pero este burdo detalle no carecía de valor, como lo prueba el hecho de que engañara a Brendon. Ante la súbita aparición, en medio de aquella noche de tormenta, el incauto detective no se detuvo a pesar de probabilidades ni recurrió a la lógica. A la luz de la luna, sacudido por el vendaval, vio la cabeza pelirroja, el bigote enorme y el chaleco con botones dorados de Robert Redmayne y, omitiendo la consideración de los detalles, se dejó arrastrar por el torbellino de emociones y sospechas que despertaba en él tan inesperada presencia.

»Seguramente iba pensando en Joanna y calculaba con profunda preocupación la forma de acercarse a aquella mujer solitaria y bellísima. No se le habían pasado por alto mis atractivos personales y podemos estar seguros de que el amor y los celos atormentaban su corazón. Sus reflexiones fueron interrumpidas por Redmayne, el asesino; y el primer pensamiento de Marc fue, sin duda, poco halagador para los habitantes de "El nido del cuervo". Ignoro lo que pensaba hacer al día siguiente; pero lo obligamos a hacer lo que queríamos. Después de presentarme ante sus ojos, en el límite del Bosque Negro y de levantar el telón para el segundo acto de mi romántica tragedia, permanecí un rato allí; luego ascendí hasta la granja Strete y, más tarde, a la madrugada, desperté al granjero, dejé que me viera robar comida y salí corriendo.

»En virtud de esto, cuando Giuseppe, horas más tarde, fue en busca de la leche, le relataron el robo y volvió con la noticia a "El nido del cuervo". Describió al hombre y, sin la menor dificultad Benjamin y Joanna reconocieron en él, respectivamente, al hermano y al tío. ¡Robert Redmayne había entrado de nuevo en la lid!

»Los sucesos que se produjeron a continuación son demasiado conocidos y no es necesario que los refiera. Conviene, sin embargo, recordar que Robert no vuelve a aparecer ante nadie que no sea Joanna o Doria. En pocas palabras. No vuelve a aparecer. El disfraz permanece escondido y sólo es usado meses más adelante cuando el pelirrojo se muestra otra vez en las agrestes montañas del Griante. Aunque, a través de la descripción que Joanna y yo hacemos de él, parece muy próximo y con suficiente vida como para impresionar con su presencia a Benjamin y a Brendon, ha desaparecido en la nada. La "falsificación" queda nuevamente dormida; tan profundamente como el que yace en Foggintor.

»Como dije, un accidente modificó el plan inicial y la suerte volvió a ayudarnos, permitiéndonos mejorar nuestra primera combinación.

»Las lágrimas acuden a mis ojos cuando pienso en mi incomparable Joanna y en el asombroso dominio del detalle que demostró en "El nido del cuervo"; su sutileza y

exquisito tacto, su delicadeza, su rapidez y su seguridad felinas. Benjamin y Brendon eran como niños en sus manos. ¡Oh maravilloso fénix femenino, tú y yo éramos espíritus iguales, incorporados a la humana arcilla! ¡Tú lo heredaste de tu padre; yo, de mi madre; fuego primitivo que se abre camino a través de los obstáculos para cumplir sus tenaces propósitos!

»Digo que un accidente nos obligó a alterar radicalmente nuestros planes, porque mi intención, la noche de la cita de Robert Redmayne con Benjamin, era matar al viejo marino en el cuarto de la torre y, con la ayuda de mi mujer, deshacerme de él antes del alba. Pero se postergó la muerte de Benjamin porque aquella noche, durante la conversación previa que sostuve con él a propósito de Joanna, adiviné, al advertir sus miradas torpes y su evidente nerviosidad, que alguien estaba oculto en el cuarto.

»Sólo había un escondite; únicamente determinada persona podía ser la que lo utilizaba. Oculté que había descubierto el secreto, y no fue el detective quien se vendió; cuando presentí su presencia proyecté rápidamente un haz de luz en uno de los orificios de ventilación del armario, y comprobé que nuestro sabueso estaba oculto allí dentro. Tuve que modificar mi plan de campaña de acuerdo con la novedad y resultó mucho más ventajoso. El hecho de asesinar a Benjamin en su propia casa, al llegar yo en lugar del esperado hermano, hubiera constituido, por cierto, una torpeza comparada con la notable hazaña de la noche siguiente.

»Conduje al viejo marino a la caverna, donde había dejado encendida la lámpara durante el recorrido que efectué más temprano a lo largo de la costa después de dejar a Brendon; desembarqué detrás de él y apenas sus pies pisaron tierra, le asesté un hachazo. Murió instantáneamente; y, minutos más tarde, su sangre corría por la arena. Luego excavé una fosa en el suelo de guijarro, en un punto que, a la hora, estaría cubierto por la marea. En menos de veinte minutos Benjamin Redmayne dormía debajo de un metro de arena y piedras; y yo regresaba a "El nido del cuervo". Una vez allí comuniqué a Brendon el encuentro de los hermanos y la petición que me habían hecho de que volviera más tarde. Fumé varios cigarrillos, bajé a nuestro pequeño puerto, saqué la pala de la lancha y la guardé en la casita, saqué un saco y emprendí el regreso al lugar del crimen.

»Cuando llegué a la caverna las olas cubrían la tumba del viejo lobo de mar. Desembarqué, llené a medias el saco con piedras y arena, desparramé estratégicas gotas de sangre y subí los peldaños del túnel, dejando el rastro que ocupó la atención oficial, con tan pobres resultados, durante los días siguientes. Al llegar a la meseta, vacié el saco, arrojando el contenido desde lo alto del acantilado; luego estampé varias huellas de las botas de Robert Redmayne que, por supuesto, había tenido la previsión de calzarme. Estaba seguro de que Marc Brendon las reconocería, porque rastros de las mismas existían en Foggintor y sus impresiones habían sido registradas.

»Volví a bajar rápidamente por el túnel, regresé a la casita de la lancha, guardé el saco, me cambié las botas y corrí a transmitir mi historia a Brendon. El traslado de éste a la caverna, nuestras infructuosas investigaciones y la imposibilidad de explicar

la desaparición de Benjamin y la reaparición de Robert, son hechos que todos recuerdan. Sería superfluo relatar otra vez estos episodios; pero me parece interesante revelar que para nosotros fue sumamente divertido, por saber que Benjamin Redmayne estaría a menos de un metro de los pies de los investigadores, imaginar el trabajo que tendría, al día siguiente, la policía, cuando desembarcara en la playuela.

»Una vez más, mi admirable mujer y yo nos separamos por un breve período. Luego tuve la dicha de mostrarle el paisaje de Italia, donde nos esperaba la tarea restante. Aunque estábamos allí, resolvimos dejar pasar un tiempo prudencial antes de poner en práctica nuestros propósitos; y durante muchos meses no nos presentamos ante el último de los tres hermanos. Mientras tanto, disfrutamos de una segunda luna de miel; comunicamos nuestro casamiento a Albert y al ilustre Marc, a quien, por idea de Joanna, enviamos un trozo de la tarta de boda, para que comprendiera bien nuestra unión. No habíamos terminado aún con el genial representante de New Scotland Yard.

»Y ahora hablaré de Italia. Es verdad que en mi juventud sufrí un grave accidente en Nápoles, cuyo secreto sólo conocíamos mi madre y yo. En consecuencia, abrigaba cierto rencor por este bello país, no tan grande, sin embargo, como para disminuir el amor que me inspiraba. Desde tiempo atrás, Joanna y yo habíamos decidido que, una vez terminada nuestra tarea de eliminación, viviríamos allí, con dignidad y paz, el resto de nuestros días.»

Un legado para Peter Ganns

«Si en algún momento experimenté una sombra de pena al pensar en la supresión de quienes me habían calumniado y, por consiguiente, sellado su sentencia de muerte, fue después de vivir una temporada a orillas del lago de Como en compañía de Albert Redmayne. Emana del lago una sentimentalidad tan notoria; sus alrededores son tan serenos y sugieren una paz tan candorosa y llena de buena voluntad, que poco faltó para que mi corazón lamentase la próxima muerte del inocente bibliófilo. Pero Joanna, burlándose de mí, pronto consiguió anular esta impresión.

»"Guarda tu ternura y tus sentimientos para mí —me dijo—. No los compartiré con nadie."

»Mil veces hubiéramos podido asesinar a Albert sin dejar rastros: detalle que me trae a la parte de mi relato que más deploro. Pero cierta demora era necesaria, porque deseábamos conocer el valor comercial de sus libros, de lo contrario Virgilio Poggi nos hubiera robado después de la muerte del viejo. Entre esos libros se contaba un volumen medieval con la historia de la familia Borgia que, en circunstancias más felices, hubiera conservado como un tesoro.

»No obstante, aunque habíamos logrado éxito en cosas difíciles y peligrosas, fracasamos en esa tarea infantilmente fácil; y no fue por culpa de Joanna, sino por culpa mía. Si hubiese escuchado a mi inflexible compañera, me habría limitado a esperar el tiempo necesario para que ella buscara y encontrara el testamento de su tío. Lo hizo y, en vista de que el documento resultó plenamente satisfactorio, hubiera debido recordar que vale más pájaro en mano que ciento volando y cumplir de una vez mi tarea. La vanidad del artista se interpuso; mi orgullo, la conciencia de mi capacidad para sobresalir, estropearon la debida culminación del asunto. Los dos, sin duda alguna, éramos artistas, pero ¡cuánto más lo era ella! ¡Cuán severa y directa, cuán desdeñosa de toda innecesaria elaboración! Pertenecía en cuerpo y en espíritu al período más excelso del arte griego, y en ella se repetía la simplicidad y la perfección austera y sin alma de aquella época. Si me hubiera convencido, estaríamos ahora disfrutando juntos de nuestra tarea cumplida.

»Aunque no pudo conseguirlo, realizó, en el momento de la derrota, la hazaña última y magnífica de interceptar la muerte en mi camino para que viviera. Leal hasta el fin, se sacrificó, olvidando en aquel supremo instante que, sin ella, la vida no tiene para mí ninguna razón de ser. Cuando Joanna exhaló el último suspiro, mi deseo hubiera sido morir al mismo tiempo que ella. En cuanto a la vida futura, en cuya existencia creo con todas mis fuerzas, tengo la convicción de que compartiremos la eternidad, puesto que ella y yo hemos merecido el mismo trato; en consecuencia, por

el hecho de seguir juntos estaremos en el cielo, aunque el Supremo Hacedor quiera lo contrario. Pero ¿quién osa dogmatizar? "Nada, en sí, es bueno ni malo; sólo el pensamiento lo convierte en uno u otro"; y lo que la mente de Dios tenga a bien pensar de cualquier proceder humano es, hasta ahora, un secreto que sólo Él conoce. No creó al tigre para que comiera hierba, ni al águila para que se alimentara de miel.

»La sensatez de mi mujer y su claridad de visión la indujeron a desconfiar en seguida del norteamericano Peter Ganns. Apenas vio Joanna a ese extraordinario personaje, comprendió que su mentalidad en nada se parecía a la de Brendon. No era una edición norteamericana de nuestro pobre y manso Marc. Su sorprendente llegada a Menaggio, cuando aún no lo esperábamos, convenció a Joanna de que el nuevo detective constituiría un factor de suma gravedad en cualquier cálculo futuro. Por mi parte, advertí también la reciedumbre de su carácter, y me alegré, porque al fin me veía frente a un enemigo digno de mi inventiva y de mis recursos.

»Debido, sin duda, a su desagradable profesión, Peter Ganns era sumamente escéptico. Hubiera debido llamarse "Thomas", en vez de "Peter". Tenía la desconcertante costumbre de no aceptar, a primera vista, la existencia de un hecho; y su "tercer ojo", como lo llamaba —un ojo mental—, veía mil cosas invisibles para la generalidad de los observadores. Poseía las dotes que caracterizan al criminal clásico.

»Mi vanidad artística, esta falsa y estúpida sensación de superioridad, desbarató mi obra, porque me impidió proceder de modo que Ganns se viera ante el problema de descubrir al asesino de Albert en lugar de verse ante la tarea de preservar su vida. Si Albert hubiese desaparecido bajo las aguas del lago de Como antes de la llegada de Ganns, ni veinte Peters con su inteligencia lo habrían hallado; pero, aunque nadie en el mundo hubiera podido salvar la vida de Albert, puesto que había decidido quitársela, embrollé con mis errores lo que había premeditado para después de su muerte. Una vez más, Ganns actuó antes de lo que esperaba y me vi, demasiado tarde, frente a destructora verdad. Me había descubierto. Regresó a Inglaterra, trabajó como un topo, y seguramente desenterró mi historia y llegó a la conclusión lógica de que era más razonable que Michael Penrod hubiera asesinado a Robert Redmayne, que éste a aquél. Partiendo de esta base, cada suceso reconstruido por él debe de haber proyectado nueva luz sobre los siguientes; no obstante, es indudable que sólo una prodigiosa chispa de inspiración le permitió identificar en Doria al desaparecido Penrod.

»Ganns es hombre excepcional en su esfera, pese a que es comilón y cava su tumba con los dientes; pese a su repugnante costumbre de atragantarse con tabaco en polvo, en lugar de fumar como un caballero; pese a esto, no siento sino admiración por él. Su pequeña tramoya —servirme una dosis de mi propia medicina, presentándose en la penumbra a un falso "Robert Redmayne"— fue admirable. Ocurrió en forma tan repentina e inesperada que no hallé la adecuada respuesta. Confesar que había visto al fantasma era peligroso; pero fingir, después, que no lo había visto fue fatal. El detective demostró su extraordinaria inteligencia cuando me

aseguró que nada había visto, induciéndome a sospechar que había sido víctima de mi propia imaginación. Desde aquel momento la batalla estaba librada, con grave desventaja para mí.

»Me faltaba averiguar qué provecho sacaría el adversario de mi desliz. En todo caso, no había tiempo que perder; porque supuse que Ganns no podría menos que asociarme con el desconocido que, usando las ropas de Redmayne, había disparado su arma contra Brendon cuando él, Ganns, estaba ausente. Como es de imaginar, Joanna fue quien me ayudó a excavar, en el Griante, la fosa destinada a Marc, y compartió mi desilusión al saber que Brendon había escapado al disparo. En realidad, lo salvó el pequeño accidente de haberse mordido la lengua. Vi la sangre que manaba de su boca; por eso no hice un nuevo disparo.

»No adiviné que Peter pensaba detenerme la noche de la muerte de Albert; ¿en qué podía basarse para hacerlo? A decir verdad, creí que después de completar nuestra obra, eliminando a Albert, el bueno de Ganns no tardaría en comprobar, a su entera satisfacción, que no había motivo para sospechar de mí y pondría en tela de juicio su teoría. De haber sabido que Peter estaba a punto de alcanzar la meta, mi primer pensamiento hubiera sido desaparecer inmediatamente para reaparecer un año o dos después, bajo el disfraz de una nueva personalidad, cuando la tormenta se calmara. En tal caso hubiera echado a correr el rumor de que "Giuseppe Doria" se había suicidado y habría dejado pruebas fehacientes de la forma en que había cometido el hecho.

»Pero no fui capaz de medir la majestuosa altura del talento de Peter Ganns; y, aprovechando su corta ausencia, recurrí a un sencillo ardid y asesiné a Albert Redmayne. Únicamente Marc Brendon hubiera podido impedirlo; pero poco le costó a Joanna, que había reservado su irresistible y definitiva súplica para cuando se presentase alguna ocasión de importancia vital, dominar la limitada inteligencia de Marc, despertando en él esperanzas y visiones de un porvenir dichoso en brazos de la amada. Es menester subrayar que el apasionamiento de este hombre sirvió reiteradamente para mejorar nuestra situación y desbaratar los esfuerzos de Peter Ganns. El hecho de que éste confiara en él aquella importantísima noche, encargándole que cuidara a Albert, demuestra que Peter nunca advirtió las limitaciones de su colega. Sí; hasta Peter es humano; demasiado humano.

»Mientras Joanna narraba sus sufrimientos recurriendo a la pasión de que era presa su interlocutor, salí de la casa, y Brendon me vio partir. Conseguir un bote para cruzar a Bellagio fue cuestión de diez minutos. Subí a uno, sin incomodar al dueño, embarqué una docena de pesadas piedras, y poco después bogaba hacia "Villa Pianezzo" y subía la escalinata. Mi disfraz consistía, solamente, en una barba negra, salvo que había dejado mi chaqueta en el bote y me presenté en mangas de camisa ante Albert Redmayne.

»Con voz trémula comuniqué a Assunta, quien, por supuesto, no me reconoció, que Poggi estaba gravemente enfermo y que no había esperanzas de que viviera una

hora. Fue suficiente. Volví al bote y en seguida Albert estaba junto a mí y me ofrecía una cuantiosa suma de dinero si remaba como nunca lo había hecho en mi vida. A ciento cincuenta metros de la costa, le pedí que pasara a proa, explicándole que así nos deslizaríamos con mayor velocidad. Cuando pasó a mi lado, la pequeña hacha cayó. No sufrió; y cinco minutos después, con piedras atadas en pies y manos, se hundía en el lago. El hacha lo siguió; no la necesitaba. En épocas más grandiosas aquel arma hubiese pasado en herencia a través de las generaciones. Todo ocurrió a menos de doscientos metros de "Villa Pianezzo", al amparo de las tinieblas.

»Luego remé rápidamente hasta la orilla, dejé el bote sin que nadie me viera, me quité la barba y la escondí en mi bolsillo y me dirigí a una taberna conocida. Sólo habían pasado veinticuatro minutos desde el momento de mi salida de la casa ante los ojos de Brendon, que estaba sentado en el jardín. Permanecí largo rato en la taberna, a fin de establecer una coartada y de que no se supiera exactamente a qué hora había llegado, por si acaso me veía precisado a aclarar el punto. Y entonces se produjo el derrumbe. Regresé a casa sin la menor sospecha... para caer como Lucifer, para hallar que todo estaba perdido, para estrechar entre mis brazos a mi mujer muerta y saber que sin ella la vida había terminado para mí.

»Murió en forma digna y espléndida y no se podrá decir que el hombre a quien amó esa maravillosa mujer terminó sus días con menos distinción y propiedad. Morir en el cadalso es hacer lo que otros muchos se han visto obligados a hacer; no aceptaré semejante ignominia. Ganns me conoce demasiado bien para ignorarlo. ¿Acaso no advirtió a los policías que he sido dentista, aconsejándoles que me revisaran minuciosamente la boca? Sólo él ha comprendido mi talento; pero no en toda su extensión. Nuestros iguales, y nadie más, están en condiciones de juzgarnos, y hombres como yo llegan a la atmósfera terrestre semejantes a solitarios cometas, y solitarios se van. Nuestra grandeza causa terror... y el rebaño humano agradece a Dios cuando desaparecemos. En realidad, tuve un privilegio que se sale de lo común porque mi compañera de viaje fue una criatura más excepcional que yo. Como estrellas gemelas irradiamos una luz mezclada; brillamos y desaparecimos juntos, para que jamás nos nombren separados.

»No olvidéis el legado que dejó a Peter Ganns, ni que he nombrado a Marc Brendon albacea y heredero universal. No tengo nada contra él; hizo lo que pudo para mejorar nuestra situación. Seguramente os preguntáis: "¿Cómo un hombre condenado a muerte y vigilado día y noche a fin de que no atente contra su vida..., cómo hará para morir por su propia mano?" Antes que estas palabras sean leídas por el mundo, conoceréis la respuesta.

»Creo que no tengo nada más que añadir.

»*"Al finir del gioco, si vede chi ha guadagnato."*

»Al final del juego se ve quién ha ganado. Pero no siempre, porque a veces la partida es equilibrada y los tantos se obtienen con facilidad. He jugado una partida con Peter Ganns y hemos empatado; él no pretenderá que ha triunfado, ni dejará de

conceder el primer aplauso a quien lo merece. No ignora que, aunque él y yo somos iguales, ella era superior a nosotros dos.

»Adiós.

GIUSEPPE DORIA.»

Diez días después de leer este relato y su continuación en la cómoda casa que poseía en los alrededores de Boston, Peter Ganns halló sobre su mesa de desayuno un paquetito enviado desde Inglaterra. El envoltorio parecía contener una nueva caja de rapé que iría a engrosar su famosa colección. Había dejado varios encargos en Londres, y estaba seguro de que lo aguardaba un nuevo tesoro. Pero sufrió una desilusión. Sus azorados ojos vieron algo mucho más curioso que una caja de rapé. El paquete contenía, además, una larga carta de Marc Brendon con notas informativas que Ganns conocía por los periódicos; pero le comunicaba otras noticias destinadas solamente a él.

New Scotland Yard, 20 de octubre de 1921

Estimado Peter Ganns: Seguramente conoce la confesión de Penrod y el mensaje que le dirigió a usted; pero es probable que no haya leído los detalles completos que le conciernen a usted personalmente. Le envío adjunto el regalo del reo, y me atrevo a predecir que nadie poseerá jamás algo tan notable. Redactó en la cárcel su testamento y la ley admitió que yo heredara sus bienes personales. No le sorprenderá a usted saber que los he repartido, por partes iguales, entre los orfanatos de la Policía de mi país y del suyo.

He aquí los hechos. Al acercarse el día de la ejecución, se tomaron extraordinarias precauciones; pero Penrod se comportó con la mayor serenidad, no dio trabajo, ni anunció que atentaría contra su vida. Después de completar su declaración escrita, pidió que se le permitiese copiarla a máquina; pero su ruego no fue atendido. Guardó su confesión, y le prometieron que no intentarían leerla hasta después de que fuera ejecutado. A decir verdad, le hicieron esta promesa antes de que empezara a escribir. Se mostraba tranquilo y sobrio, comía bien, hacía ejercicio con los guardianes y fumaba muchos cigarrillos. Le aviso, de paso, que el cuerpo de Robert Redmayne fue encontrado donde Penrod lo enterró; en cuanto a los restos de Benjamin, la marea ha desplazado los guijarros de la playa que le sirvió de tumba, y ha sido imposible hallarlos.

Dos noches antes del día fijado para la ejecución, Penrod se retiró, como de costumbre, y aparentemente durmió varias horas con la cara tapada por las ropas de cama. Dos guardias se hallaban sentados a ambos lados de la cama y la luz estaba permanentemente encendida. De pronto lanzó un suspiro y, extendiendo el brazo, alcanzó algo al hombre de la derecha.

Ocúpese de que esto llegue a manos de Peter Ganns..., es mi legado —dijo—. Y recuerde que Marc Brendon es mi heredero.

Y dejó un pequeño objeto en la mano del guardián. Al mismo tiempo sufrió una espantosa convulsión, lanzó un gemido y, de un salto, se incorporó. En seguida cayó de bruces, sin sentido. Uno de los hombres lo sostuvo, mientras el otro corría en busca del médico de la cárcel. Pero Penrod estaba muerto..., envenenado con cianuro de potasio.

Recordará usted dos detalles que hubieran podido proyectar luz sobre su secreto. El primero es el accidente que sufrió en Italia cuando era muchacho; el segundo la constante curiosidad que despertaba en usted la calidad peculiar e inhumana de su expresión y que nunca logró explicarse. Ambos están ahora aclarados. Tratándose de ojos comunes, hubiéramos descubierto en seguida el secreto. Pero, tratándose de este caso, la oscuridad de sus ojos era tan grande que la pupila y el iris se unificaban casi en un mismo color; de ahí nuestro fracaso cuando buscábamos una explicación al misterio artificial de su mirada. Llevaba consigo un receptáculo secreto que nadie conocía ni podía descubrir; porque, según dice él, solamente su madre estaba enterada del accidente que le costó la pérdida de un ojo. Detrás del de cristal, que ocupó el lugar del verdadero, había escondido, para utilizarla en caso necesario, la cápsula de veneno que fue hallada, mordida, dentro de su boca, después de su muerte.

Imagine usted lo que significó para mí la declaración, hecha pública, de este bandido. He abandonado mi profesión de detective y he encontrado otra ocupación. Lo único que puedo hacer es tratar de olvidar mi espantosa experiencia. El año próximo mi trabajo me llevará a Estados Unidos; y cuando esto ocurra, sería un enorme placer para mí volver a verlo, siempre que usted lo permitiese... No con el objeto de hablar del pasado, con todo el fracaso y la amargura que encierra para mí; sino para mirar hacia adelante y comprobar que sus horas de retiro le traen felicidad, honor y bienestar. Hasta ese día, quedo de usted su admirador y fiel amigo

MARC BRENDON

Peter abrió el paquete.

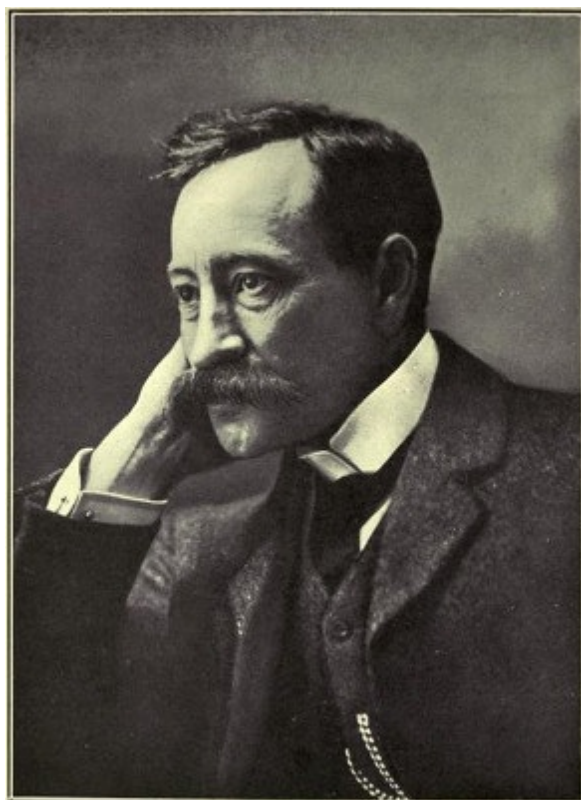
Contenía un ojo de cristal, exquisitamente fabricado, imitando la realidad. Su color oscuro había impedido conocer la verdad; sin embargo, aunque perfecto en brillo y color, el falso órgano había comunicado a la expresión de Penrod algo indefinible que siempre había inquietado a Peter. No era siniestra; pero, en su larga experiencia, el viejo detective no recordaba haber visto semblante que pudiera parecerse al de Penrod.

Ganns hizo girar el pequeño objeto que tantas veces se había encontrado con su mirada inquisidora.

—Un pillo como no hay dos —dijo en voz alta—; pero tenía razón: su mujer era

superior a él y a mí. Si en lugar de vanagloriarse la hubiera escuchado, ambos estarían hoy con vida y prosperando.

El ojo de color castaño oscuro parecía mirar fijamente, con un destello humano, al detective, mientras extraía del bolsillo su cajita de oro y aspiraba una nueva toma de rapé.



EDEN PHILLPOTTS (Rajastán, India, 1862 - Broadclyst, Reino Unido, 1960). Escritor, poeta y dramaturgo inglés. Nacido en India, su padre, el capitán Henry Phillpotts, lo envió a Inglaterra en 1867. Fue educado en la Mannamead School de Plymouth (Devon) y, antes de dedicarse por completo a la literatura, trabajó diez años en una compañía de seguros. Durante ese tiempo dedicaba sus horas libres y buena parte de sus noches a escribir.

Su primera novela, *Children of the mist* (1898), fue un gran éxito y comenzó su carrera de escritor prolífico que abarcaría más de 250 libros, obras de teatro y colecciones de poesía. Algunos aparecieron con el seudónimo de Harrington Hext.

Phillpotts se instaló en Dartmoor y llegó a escribir más de 18 novelas y numerosos relatos cortos y poemas sobre Dartmoor y la zona circundante. Era amigo y vecino de Agatha Christie y alentó sus escritos durante sus primeros años. También fue Presidente de la Dartmoor Preservation Association.

Phillpotts tuvo un gran éxito con sus libros de misterio y Alfred Hitchcock adaptó una de sus obras, *La mujer del granjero*. Fue admirado por Jorge Luis Borges, que publicó la novela *Los rojos Redmayne* (*The Red Redmayne*, 1922) en su colección Biblioteca Personal. También promovió la publicación de la novela *El señor Digweed y el señor Lumb*, traducida por su madre, en la colección El Séptimo Círculo, que dirigía el mismo Borges con su amigo Adolfo Bioy Casares.